

Comentario Antiguo Testamento Andamio

JUECES

Abundancia de Gracia

Michael Wilcock

Coeditado por PUBLICACIONES ANDAMIO® y LIBROS DESAFÍO®

PUBLICACIONES ANDAMIO

C/ Alts Forns nº 68, sòt. 1º

08038 Barcelona

Tel: 934 322 523

E-mail: editorial@publicacionesandamio.com

www.publicacionesandamio.com

Publicaciones Andamio es la sección editorial de los Grupos Bíblicos Unidos de España (G.B.U.).

LIBROS DESAFÍO

1700 28th Street SE

Grand Rapids, Michigan 49508-1407

Estados Unidos

1-800-333-8300 ó 616-224-0728

www.librosdesafio.org

Jueces

The Message of Judges

© Michael Wilcock 1992

Esta traducción de *The Message of Judges* publicada primeramente en 1992 se publica con el permiso de Inter-Varsity Press, Nottingham, Reino Unido.

Las citas bíblicas están tomadas de LA BIBLIA DE LAS AMÉRICAS

© Copyright 1986, 1995, 1997 by The Lockman Foundation

Usadas con permiso. (www.LBLA.com)

© PUBLICACIONES ANDAMIO®

1ª Edición castellano 2009.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización de los editores.

Traducción: Pilar Florez

La imagen de portada es una obra de Joan Cots

Diseño de cubierta: Fernando Caballero

Depósito legal:

ISBN 10: 84-96551-78-4

ISBN 13: 978-84-96551-78-7

*Para
Geoff y June*

Contenido

Prólogo

Prólogo del autor

Introducción

El Señor, el Juez (1:1–3:6)

Aod: el gobierno del zurdo (3:7–31)

Débora y Barac: distinguiendo entre “nosotros y ellos” (4:1–5:31)

Gedeón: obstáculos insuperables (6:1–8:35)

Abimelec: algo por completo distinto (9:1–10:5)

Jefté: un hombre de palabra (10:6–12:15)

Sansón: apartado para Dios (13:1–16:31)

De principio a fin (17:1–21:25)

Prólogo

Hay muchos cristianos que se sienten a menudo desorientados cuando leen el Antiguo Testamento. ¿Qué hacemos con estas tres cuartas partes de la Biblia? Es como si de alguna manera tuvieran menos que ver con nuestras vidas, que el Nuevo Testamento. Su contexto nos parece demasiado lejano. Su literatura parece tan diferente a la que conocemos hoy. Porque la verdad es que no hay mucha gente que lea leyes, códigos, oráculos contra naciones extranjeras, o poesía sin rima...

Es cierto que nos gustan algunas de sus historias. Nos identificamos con sus personajes, tentaciones y conflictos. Participamos de la misma realidad de pecado y obediencia, éxito y fracaso... Pero ¿es esto lo que quieren decir estas historias? ¡Todo parece tan subliminal! Después de todo, si somos cristianos, ¿no es el Nuevo

Testamento, el que nos habla principalmente de Jesucristo, como nuestro Salvador?

“Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. A éstos se les reveló que no para sí mismo, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles”. (1 *Pedro* 1:10–12)

Los profetas indagaron acerca de ello; los ángeles anhelaban verlo; y los discípulos, no lo entendían; pero Moisés, los profetas y todas las Escrituras del Antiguo Testamento hablaban de ello (*Lucas* 24:25–27): Jesús tenía que venir y sufrir, para ser después glorificado. Él no vino sin ser anunciado. Su llegada fue declarada con antelación en el Antiguo Testamento. Pero no sólo en aquellas profecías que explícitamente hablan del Mesías, si no por medio de las historias de todos los sucesos, personajes y circunstancias del Antiguo Testamento.

Dios comenzó a contar una historia en el Antiguo Testamento, cuyo final se esperaba con impaciencia. Desarrolló el argumento, pero faltaba la conclusión. En Cristo, Dios ha llevado el relato del Antiguo Testamento a su culminación. Los cristianos aman por eso el Nuevo Testamento. Pero Dios estaba contando una sola historia, que se extiende a lo largo de todas las páginas de la Biblia. Desde *Génesis* a *Apocalipsis*, Dios desvela progresivamente su plan de salvación.

La Biblia, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, presentan una sola revelación de Dios, centrada en Cristo. Cuando estudiamos los diferentes géneros, estilos y enseñanzas de cada libro, vemos que anuncian y señalan a Cristo. El carácter cristo-céntrico de la Biblia puede parecer “oculto en el Antiguo Testamento”, como decía Agustín, pero es “revelado” en el Nuevo. Ver la relación entre Antiguo y Nuevo Testamento, es clave para comprender la Biblia.

El Antiguo Testamento nos revela a Jesús. El Dios de Israel es el Dios encarnado en Jesús: “El mismo, ayer, y hoy y por los siglos” (*Hebreos* 13:8). La Biblia de Jesús es el Antiguo Testamento. Los apóstoles se refieren continuamente a él. Ya que el Antiguo Testamento no es sólo para Israel. ¡Es para nosotros! Nos enseña acerca de Dios y su propósito en la Historia, pero también sobre nuestra propia vida.

¿Para qué sirve un comentario bíblico?

Aunque hay algunos cristianos que todavía se enorgullecen de nunca usar un comentario, cada vez son más los creyentes que aprecian esa literatura que está específicamente destinada a exponer y analizar el texto bíblico. Pocas herramientas hay tan fundamentales en la vida de un predicador, pero también de muchos cristianos con inquietudes por profundizar en el estudio de las Escrituras, que esos libros que denominamos comentarios bíblicos.

El problema es que hay muchos tipos de comentarios. Por lo que no son pocos los

que se decepcionan al comprar un libro que luego no les ofrece la ayuda deseada. Es importante por eso considerar qué clase de comentario necesitamos, antes de iniciar la búsqueda de algún título que nos ayude a entender mejor determinada porción de la Biblia.

Conviene recordar en ese sentido una vez más que los comentarios son útiles, pero ninguno puede sustituir a la Escritura misma. Así que debemos consultar primero diferentes traducciones —si no conocemos los idiomas bíblicos—, tomándose tiempo para orar y meditar en la Palabra de Dios, antes de usar cualquier modelo de comentario.

Hay básicamente dos enfoques difícilmente combinables en la literatura expositiva de la Biblia. Uno pretende acercarse al texto con el mayor rigor exegético posible. Por lo que en un lenguaje bastante técnico intenta aclarar el sentido de cada palabra en su contexto original. Y otro busca más bien presentar el mensaje de cada libro, esforzándose en aplicar su sentido a la vida personal y social del lector contemporáneo. Entre medio hay, por supuesto, una enorme variedad de textos que oscilan entre una y otra dirección, pero generalmente podemos distinguir entre estos dos tipos de comentarios.

¿Qué es un comentario evangélico?

Aquellos que tenemos la extraña costumbre de leer los comentarios bíblicos de principio a final —o sea de la primera a la última página, como cualquier otro libro—, observamos cómo el estilo de muchos exégetas se va haciendo cada vez más farragoso y oscuro, hasta el punto de resultar casi ilegible. La estructura de muchas colecciones actuales se ha vuelto tan complicada e incomprensible, que sus divisiones parecen multiplicarse indefinidamente. Cuesta entender la lógica de tantas secciones y apartados, sobre todo cuando acompañan unos textos realmente inaccesibles, capaz de desanimar a cualquiera que vaya a estos comentarios para aclarar sus dudas...

Porque lo peor de muchos comentarios modernos, es su lenguaje. La jerga de la crítica bíblica, no sólo es difícil de traducir, sino que parece que ya no la entienden ni siquiera los especialistas —a juzgar por las interpretaciones que hacen unos de otros, cuando se quejan de que les mal entienden—. Todo parece que se ha convertido en un inmenso de galimatías, en que la complejidad se confunde con la erudición...

Basta leer los antiguos comentarios, para ver como es posible exponer un texto con claridad, a pesar de su evidente dificultad... Aquellos que leemos una gran variedad de comentarios, para preparar un estudio o una exposición bíblica, nos encontramos con que no solamente los críticos son difíciles de leer, sino que la lectura de algunos autores evangélicos actuales, que buscan el reconocimiento académico, se ha convertido también en un verdadero suplicio...

Hay series de comentarios evangélicos, incluso norteamericanos —cuya literatura ha sido siempre conocida por su sentido práctico—, cuyo contenido carece de ninguna aplicación. Su teología es dudosa, y claramente difícil de distinguir de otros autores

protestantes, que son a veces peores que algunos eruditos católicos. Ya que tratan con más respeto el texto bíblico, y tienen más carácter devocional que algunos comentarios evangélicos. ¡Vivimos tiempos extraños!

La Biblia habla hoy

Es por lo tanto refrescante encontrarse con una serie de comentarios como ésta, claramente inspirada en la colección *The Bible Speak Today* de *Inter-Varsity Press*. La mayor parte de los libros pertenece a esta colección pero no en su totalidad. Esta colección sobre el mensaje de los libros Antiguo Testamento, que ahora traduce al castellano *Publicaciones Andamio*, está editada por veteranos predicadores como Alec Motyer o Raymond Brown. La erudición de estos hombres no tiene nada que envidiar a la de algunos jóvenes profesores evangélicos, pero su fuerza y claridad están a años luz de muchos autores actuales, más preocupados por las notas a pié de páginas y las referencias bibliográficas, que por la comprensión del texto bíblico. Necesitamos comentaristas como ellos, llenos de sabiduría, pero también de pasión por el mensaje de la Escritura.

Es cierto que ésta no es una serie de comentarios bíblicos, que desarrollen los libros, siguiendo el texto versículo a versículo. Como su título inglés indica, se centran en su mensaje. Aunque hay pocos libros tan útiles como éstos, para comprender el sentido de cada sección y libro en su totalidad. Lo que tenemos aquí es una comprensión global de cada texto, que nos lleva inmediatamente a la actualidad, considerando su valor práctico y aplicación, para la vida del creyente.

También hay autores jóvenes en esta colección, como Chris Wright, que ha enseñado mucho tiempo el *Antiguo Testamento* en un centro bíblico orientado a la tarea misionera (*All Nations Christian College*), antes de dedicarse en Londres a la fundación de cooperación internacional *Langham* (que fundó John Stott para mantener proyectos de educación en todo el mundo).

La visión de la profecía de estos autores está lejos de las especulaciones escatológicas de tantos autores populares, que juegan con el texto bíblico para dar su propia interpretación del mundo, siguiendo las más caprichosas identificaciones, para leer la Biblia a la luz del *telediario*. Su enfoque es riguroso, claramente arraigado en el contexto histórico, pero lleno de referencias al mundo actual. Lo mismo cita una canción de *U2* que analiza el mapa del Templo.

Algunas obras, como la de Motyer sobre Isaías, no pertenece en realidad a la serie *The Bible Speak Today* de *Inter-Varsity*, aunque está publicado por esta editorial. Es un comentario al que dedicó toda su vida, basado en su propia traducción y meditación durante muchos años. Para muchos, no hay duda que se trata de una obra maestra, un trabajo magistral, en una línea radicalmente diferente a la mayor parte de los comentarios que se hacen hoy en el mundo evangélico en un contexto académico.

Algunos de los comentarios, por otro lado, pertenecen a la colección *Tyndale* también de *Inter-Varsity*. Otros son de autores que consideramos “nuestros”, como:

David F. Burt y Stuart Park, que han escrito algunos comentarios de un nivel excelente.

La Palabra Eterna

Estos libros parten de los presupuestos clásicos de la teología evangélica, como es la unidad del texto y su mensaje cristo-céntrico. Se atreven a veces incluso a prescindir de toda referencia crítica, para concentrarse en el sentido del texto, que explican con claridad y pasión evangélica. Estas obras están destinadas por eso a ser libros de referencia durante muchos años, siendo apreciadas por muchas generaciones, que descubrirán en su trabajo una obra perdurable, que trasciende las absurdas polémicas entre uno y otro autor de esta generación, para desvelarnos el verdadero mensaje del libro.

La publicación de estas obras nos da en este sentido un modelo de lo que debe ser un comentario evangélico. Cuando muchos de los libros que abundan en este tiempo, sean finalmente olvidados, las obras que seguirán atrayendo al lector del futuro, son las que transmitan el mensaje de la Palabra eterna, más allá de modos y modas, sobre los que prevalece el espíritu de la época.

Estos autores muestran una capacidad excepcional para sintetizar lo que otros hacen en multitud de páginas de oscuro contenido. Su extraordinaria claridad se ve resaltada a veces por una increíble genialidad para dividir el texto en unos encabezamientos tan atractivos, que uno no puede resistirse a la tentación de repetirlos en tu propia exposición. Son comentarios ideales, porque animan a predicar estos libros de la Escritura.

Alguien ha dicho que nunca se debería escribir un comentario sobre un texto bíblico, que no se haya predicado. Es más, los comentarios que resultan más útiles a los predicadores, son aquellos que están escritos por predicadores. Y eso es lo que son los autores de estos libros, maestros que piensan que es más importante comunicar la Palabra de Dios, que obtener un prestigio académico. Son servidores de la Iglesia, pero anunciadores también al mundo de la Buena Noticia que hay en este Libro.

Estas obras son una excelente ayuda para estudiar la Biblia y exponerla, en nuestra lengua y generación. Esperamos con impaciencia todos los títulos de esta colección, deseando que sean usados por muchos predicadores y lectores de la Escritura, para anunciar el Evangelio a un mundo y una Iglesia necesitada de la Palabra viva. Puesto que Dios sigue hablando hoy por su Palabra y su Espíritu.

José de Segovia

Prólogo del autor

El libro de Jueces está lleno de paradojas. En sus páginas encontramos algunas de las historias más famosas, y también unas cuantas apenas conocidas. De lectura amena, lo que tiene de atractivo compensa con creces aquello que pueda suscitar rechazo. Las lecciones que sacamos de todo ello son a un tiempo sencillas y difíciles, revelándonos el lado más oscuro del hombre pecador, aunque visto a la luz de la gracia iluminadora de Dios.

El haber predicado sobre esas historias durante un buen número de años y en muy distintos lugares, me ha llevado a concluir que es precisamente este último contraste el que mejor capta y resume el mensaje del libro. De hecho, creo que podría incluso dársele el título que, doce años después de publicarse *El Progreso del Peregrino*, John Bunyan diera a su autobiografía espiritual —*Grace Abounding to the Chief of Sinners* (Abundancia de Gracia para el más Grande de los Pecadores)—. Personalmente, estoy convencido de que no puede encontrarse en las páginas de las Escrituras un mensaje que mayor reto nos plantee o que mayor satisfacción produzca.

Quisiera aquí dejar constancia de mi gratitud a todos aquellos que me han ayudado a llevar a cabo la presente exposición, no siendo en poca medida prestándome atención y aportando comentarios. La página de las dedicatorias es una forma de expresar esa gratitud, siendo en mi caso, y de modo muy particular, a mi hermana y a mi cuñado, por haber hecho posible que redactara en su hogar los últimos capítulos del libro, y asimismo por su cariñosa hospitalidad y estímulo en oración tanto entonces como ahora.

Michael Wilcock

Introducción

Los jueces

Este libro nos presenta a algunos de los personajes más conocidos del relato bíblico en su totalidad. No hace falta ser lector habitual de la Biblia para haber oído, pongamos por caso, del forzado Sansón. En un entorno judaico o cristiano, además, hasta un niño sabrá quién fue Gedeón, familiarizándose progresivamente con personajes tales como Débora, Barac, Jefté o el zurdo Aod. Posteriormente, el lector atento podrá comprobar que el libro de los Jueces no es un mero cúmulo de historias, sino que hay un hilo conductor que subyace al relato. Vez tras vez, el pueblo de Dios se aparta de Él, provocando la movilización de un enemigo en su contra; es entonces cuando se vuelve de nuevo a Dios implorando clemencia, enviando Él como respuesta a alguien que los

rescate.

Muy pronto se hace evidente que hay ahí algo más que tener en cuenta, partes de la narrativa que no parecen encajar como es debido en el conjunto. De hecho, los “jueces menores”, la narración correspondiente a Abimelec, los dos capítulos del prólogo, y los cinco capítulos del epílogo, no guardan aparente relación con el ciclo de rebeldía/retribución/arrepentimiento/rescate. Es más, aun esperándose que desaprobemos esos actos de rebeldía de Israel, nos causa también desazón la forma de retribución que Dios permite —que, de hecho, Él mismo envía— en paralelo con los métodos de los que se sirve para rescatar a ese pueblo suyo; y así, y en más de una ocasión, puede que no podamos evitar preguntarnos, “¿Podrá esto estar *bien*?”. Sin embargo, no deja por ello de ser cierto que, en medio de tanto conflicto, hubo también largos períodos de paz, creando el trasfondo en el que viene a desarrollarse el libro de Rut; aunque no por ello deja de ser igualmente cierto que se concede bastante menos protagonismo al tiempo de paz que a los conflictos y a una trama que, conforme va desarrollándose, se vuelve cada vez más sombría e inquietante. ¿Cuál es entonces el verdadero sentido de estos relatos? De entrada, podría pensarse que las historias de Sansón y Gedeón no son difíciles de entender, viéndolas como coloristas episodios que contienen distintas lecciones espirituales. Pero, si lo abordamos como una unidad, en modo alguno puede decirse que el todo sea simplemente la suma de sus partes; y cuanto mayor es nuestro empeño en averiguar en qué consiste ese todo, más velado y opaco se nos manifiesta.

Lo que aquí afirme será, evidentemente, a título personal, como predicador. Son ya varias las series de sermones que he dedicado a distintas partes de Jueces. Y raro ha sido el caso en que he podido utilizar la misma serie en dos ocasiones distintas. He tenido que repensar, revisar, incluso rechazar ciertas partes para poder comenzar de nuevo. El libro que tiene en sus manos el amable lector es el resultado final de todo ese proceso. Y si es que es el caso que alguno de los libros de la serie “La Biblia Habla Hoy” sea transcripción de un sermón del autor en cuestión, puedo asegurar que jese no ha sido, ni mucho menos, mi caso! Espero, pues, que las presentes meditaciones sobre porción tan fascinante, aunque difícil, de las Escrituras estén más próximas al auténtico núcleo central de su mensaje de lo que estuvieron mis primeros intentos. Ese núcleo central existe sin lugar a dudas. El problema radica en acertar a discernirlo adecuadamente.

Estoy convencido de que las Escrituras se interpretan a sí mismas, y es de esperar que seamos capaces de llegar a ver cada parte constituyente a la luz que arrojan los demás libros, ya que no es sino encaminando al pueblo de Dios a la verdad de la Biblia, con su propio equilibrio interno, que podremos percibir al Espíritu Santo fomentando la presencia de la mente de Cristo y una santidad de vida. Entre otras cosas, eso significa que trataremos de ver en qué maneras la parte última de las Escrituras nos ilumina en este punto, al tiempo que asumiremos la necesidad de lo que se ha dado en llamar “controles” del Nuevo Testamento, ya que la manera en que Cristo y sus apóstoles entendieron el Antiguo Testamento es obviamente de importancia capital.

Pero, en el caso del libro de Jueces, esos controles son más bien escasos. Contamos

con el libro en sí y con sus inmediatos, y podremos ver con más claridad en qué consisten esos jueces y el libro que se les dedica, si logramos dar con una forma de lectura que fomente la iluminación mutua de las partes que lo integran; dicho en otras palabras, si aplicamos un enfoque que lo trate como unidad literaria. La cuestión del modo en que el libro como tal haya venido a quedar ensamblado puede resolverse con dos posibles respuestas y, para nuestros propósitos, tan sólo una de ambas será relevante. Dejaremos, pues, a un lado las posibles fuentes, contribuciones, editores y métodos de compilación que puedan haber tenido parte en el proceso y contribuido a constituir el libro de Jueces en su estado actual. En su lugar, nos centraremos en el libro ya *en su forma presente*, para preguntarnos en qué maneras se relacionan entre sí las distintas partes que lo constituyen, y en la enseñanza que se supone ha de impartirnos.

¿Cuál podría ser la respuesta que diéramos a semejante cuestión?

Hay algo obvio en referencia a Jueces, y es que aquel que se llegue por vez primera a leerlo puede que encuentre esa etiqueta (y no sin razón) un tanto equívoca. Se trata de la propia palabra “juez”, que en la actualidad asociamos exclusivamente a tribunales, letrados, procesos legales y parafernalia judicial que, a su vez, culminan en deliberaciones y dictámenes de índole venerable y consecuencias muy graves. Ni uno solo de los jueces que aparecen en el libro de Jueces encaja en *esa* visión. Débora sería la más próxima a ese concepto, pero, en cuanto al resto, no puede decirse que fueran más que guerreros y aventureros, cuyas correrías quedan muy lejos de los solemnes procedimientos propios de la Ley.

Aun así, puede que el término “juez”, aplicado en este caso en concreto, no sea tan equívoco como pudiera pensarse en un principio. El hecho de juzgar conlleva un arbitrio; supone discernir y decidir. Y puede que las cuestiones más profundas del libro sí tengan que ver con eso. ¿Quién va a encargarse de tomar las decisiones y calibrar los juicios? ¿Cómo han de ser “enjuiciados” los juicios? Esto es, ¿cómo se sabe que la decisión tomada es la correcta? Más en particular, ¿qué consecuencias tiene el ignorar un juicio recto y dejarse guiar por el equivocado? Y, si esos errores se multiplican, ¿qué dictamen final habrá de pronunciarse al respecto?

Todas estas consideraciones subyacen en cada uno de los capítulos de Jueces, y no sólo con relación a los propios “jueces”, sino también respecto a todos aquellos que tuvieron que ver con Abimelec, en la parte central del libro, y por las cuestiones propias de la introducción y la conclusión.

El Juez

El primero y el último de los versículos del libro sitúan el relato con toda precisión en un claro contexto histórico. Se trata del período que sigue a “la muerte de Josué” (Jue. 1:1) y “en estos días [en que] no había rey en Israel” (Jue. 21:25), esto es, entre el período del éxodo y la monarquía. Hay comentaristas que opinan que la frase que da comienzo al libro, “después de la muerte de Josué”, es en realidad su título; el capítulo 1 describe, de hecho, acontecimientos *anteriores* a la muerte de Josué, siendo el caso

que se da cumplida noticia de su muerte en 2:8, y, como continuación de estos preliminares, lo sustancial del libro que es conocido como “Después de la muerte de Josué” comienza a partir de ese punto. De igual manea, hay otros que creen que, en el versículo final del libro, “rey” equivale a “juez”, y que los capítulos 17 a 21 nos muestran el tipo de cosas que, por así decirlo, ocurrirían “entre los jueces”, es decir, en aquellos intervalos en los que no había gobernante (rey/juez) en Israel. Volveremos a ocuparnos de estos puntos en su momento. Por ahora daremos por sentado que el libro en su totalidad se ocupa de esos años instructivos dentro de la historia de Israel que enlazan la era de Moisés/Josué con el período de instauración del reino.

En los tiempos del éxodo y, posteriormente, en los de la monarquía, se imponían los hechos fácticos de la existencia, que nadie tenía por qué cuestionar o dudar: se sabía quién estaba (o debía de estar) al mando. Moisés era el amigo de Dios, hablaba con Él cara a cara, y actuaba como portavoz suyo; Josué era el sucesor de Moisés por designio divino, poseedor de una autoridad similar y estaba “lleno del espíritu de sabiduría”.⁴ En los días del éxodo, entre la partida de Israel del país de Egipto y su posterior asentamiento en Canaán, todo el mundo sabía también de dónde procurarse consejo.

- | | |
|--|---|
| X¹ Victoria de los vados del Jordán (Jue. 1:3:28–29). | Invasión moabita (Jue. 3:12–14). |
| X² Victoria de Barac sobre los ejércitos de Jabín al mando de Sísara (Jue. 4:12–16; 5:19–21). | Invasiones de los madianitas por el sur (Jue. 6:1–16) y en el valle de Jezreel (Jue. 6:33). |
| X³ Victoria de Gedeón sobre los madianitas en la colina de More (Jue. 7:1, 19–25). | Penetración de los amonitas en territorio de Efraín, Benjamín y Judá (Jue. 10:9). |
| X⁴ Batalla de Abimelec para capturar Siquem (Jue. 9:44–49). | Incursión filistea en territorio de Judá (Jue. 15:9). |
| X⁵ Victoria de Jefté sobre los amonitas, lograda por medio de una batalla librada en una amplia zona al sur de Mizpa (Jue. 11:33). | |

Los reyes, a su vez, eran virreyes de Dios; Él les enviaba profetas y sacerdotes para que les guiasen; y aun en el caso de que el rey tomara decisiones erróneas, en los buenos tiempos de la monarquía, de Saúl a Sedequías, no cabía duda alguna de cuál era la auténtica sede y origen de la autoridad.

Sin embargo, en ese lapso de tiempo que iba de la autoridad representada por Moisés y Josué, en un extremo, y por David y Salomón, en el otro, Israel pareció andar como en precario equilibrio sobre endeble puente de sogas tendido entre grandes abismos. ¿Quién asumió entonces la toma de decisiones? No puede extrañarnos que se nos diga ahí de continuo que cada cual obraba como bien le parecía, y que fueran muchos los que tropezaron y cayeron al abismo. Y apenas sí hace falta destacar en qué manera se refleja el mundo actual, o que profunda lección supone el libro de los Jueces a la vista del exacerbado individualismo de nuestra sociedad, con su más que recalcitrante resistencia a todo tipo de autoridad.

Con todo, la cuestión principal sigue vigente: ¿Quién se encargaba de juzgar en esos tiempos sin ley? Hay una respuesta positiva a esa cuestión, que no es tan sólo la aparentemente obvia (los doce que el propio libro menciona con sus correspondientes nombres). Israel no tenía que esperar a estar en crisis, y a la consiguiente aparición de un salvador, para saber cuál era la respuesta. Jefté, uno de esos doce jueces, aun equivocándose mucho en su comprensión del Dios al que servía, sí que entendía eso con toda claridad, poniéndolo de manifiesto al apelar a “el Señor, el Juez” (11:27). Ese juicio es el que siempre estará a nuestra disposición. La fragilidad del puente de sogas no deja de ser, en este sentido, mera apariencia. El pueblo de Dios se encuentra tan a salvo en precario equilibrio sobre el abismo como pueda estarlo en tierra firme sobre una roca. El primer versículo de Jueces nos lo muestra buscando esa autoridad firme e inmutable en el Señor en persona, para que emita su juicio respecto a cuál haya de ser la siguiente etapa en la conquista de esa nueva tierra. Hasta ese momento, habían buscado ese juicio a través de sus siervos Moisés y Josué; pero, “tras la muerte de Josué”, iban a ir directamente a la fuente; lo que anteriormente habían oído de boca de los jueces lo oirían ahora del Juez en persona.

Lo que tenemos ahí, pues, como tema primario de este libro de no tanto relumbré, son los grandes temas fundamentales de las Escrituras. Los salmistas se regocijan en la perspectiva de la venida de Dios para juzgar la tierra, anticipando las poderosas y dinámicas decisiones que habrían de resultar en la implantación de todas las cosas tal como deben ser: “[Él] vino a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia”. El Nuevo Testamento centra ese tema en la segunda venida de Jesús: “Porque Él ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por medio de un Hombre a quien ha designado”.⁶ Dos mil años atrás era ya un hecho reconocido que las decisiones de Dios operaban tanto en un presente actual como en un futuro dilatado: Abraham esperaba que, en sus días, “el Juez de toda la tierra” intervendría para corregir los errores de Lot y poner fin a la maldad de Sodoma.

Ese es el verdadero Juez que respalda la autoridad de todos los jueces. En esos tiempos de prueba, tanto a jueces como a pueblo se les da la responsabilidad de averiguar y poner por práctica las decisiones divinas. No es ya momento de culpar a Moisés, y aún no es posible delegar la responsabilidad en el rey; ahora son ellos los que tienen que aprender a “[juzgar] con juicio justo”⁹ y “pensar según los pensamientos de Dios”. Su éxito o su fracaso, y las consecuencias que se siguieron, es de lo que se ocupa el libro de Jueces. Y el hecho de que Jueces nos ponga en antecedentes de la

imposibilidad de la criatura humana para conducirse dentro de los límites marcados, y lo fiel que es Dios en cuidar de su pueblo a pesar de todo, hace de este libro un testigo de excepción de una gran verdad: allí donde el pecado se multiplique, la gracia sobreabundará.¹¹

El Señor, el Juez

Jueces 1:1–3:6

Jueces, al igual que cualquier otro libro de la Biblia, tiene que leerse antes de poder ser “de verdad” leído. Eso supone llevar a cabo el tipo de lectura que pretende primero tener un conocimiento del contenido general para, posteriormente, acometer la tarea de intentar captar y comprender la composición y distribución de sus partes, junto con el contenido central de su mensaje. Al iniciarse esa segunda lectura más atenta, sabremos ya que el título de “Jueces” hace referencia a los doce personajes que van sucediéndose en el transcurso de la historia, siendo todos ellos, en alguna medida, líderes surgidos en el seno mismo del pueblo de Dios. A algunos (evidentemente, no a todos) sí se les reconoce explícitamente como jueces; a otros, en cambio, se hace referencia como rescatadores o salvadores de Israel;² y hay también casos en que se los presenta al inicio de su historia como agentes necesarios a la vista de la situación: “el pueblo hizo lo malo...”, el Señor envía un castigo y, ante el arrepentimiento de Israel, hace que surja un nuevo rescatador o salvador. Así, cada uno de los doce viene a significarse por una o varias de esas circunstancias. Por otra parte, es también de notar la desproporción entre en el espacio dedicado a cada personaje (a Gedeón se le conceden cien versículos, mientras que Samgar es mencionado en una única y escueta frase); un capítulo entero es dedicado, a mitad del libro, a la persona de Abimelec, siendo el caso que no ejerció como juez en momento alguno; mientras que hay dos capítulos más, al inicio del libro, y otros cinco, al final del todo, que parecen quedar fuera de la categoría de escrito de valoración o juicio. A la vista de estos indicios, los juicios en sí tendrían su inicio en la persona de Otoniel (3:7), siendo el pasaje que va de 1:1 a 3:6 la introducción propiamente dicha. Ciertamente, en el conjunto de esos sesenta y cinco versículos, ninguno de los personajes, en apariencia, se ha erigido todavía en juez de Israel⁵. Pero, tal como veíamos en la propia introducción, aquel que posteriormente será reconocido como *el* Juez es ya personaje evidente y principal, esto es, el Señor en persona. Tres son las ocasiones en las que toma la palabra en estos capítulos de apertura y, en cada una de ellas, si nos detenemos a reflexionar, es evidente que se ha emitido juicio.

1. Los tres juicios

Tal como advertíamos en un principio, el período de los jueces puede ser visto como un precario puente tendido entre la certidumbre de la autoridad en el éxodo y la incipiente monarquía. Hay que mostrarse precavido, sin embargo, respecto al uso que hagamos de la metáfora. Dentro de ese orden de cosas, no hay razón para inferir que Jueces suponga una situación anómala del pueblo de Dios, y que cuanto antes podamos transferir la responsabilidad de la toma de decisiones a alguna figura de autoridad, equivalente a la del legislador Moisés o el rey David (sea ahora en nuestros tiempos la del sacerdote, o el predicador, o el “pastor”, o una “luz interior” no verificable), antes podremos volver a pisar terreno firme. Pero, por otra parte, tampoco deberíamos reaccionar en oposición a la idea de modo y manera que pasemos a considerar la falta de certidumbres de Jueces como la norma, aun a pesar de todos aquellos que se vuelven a “Moisés” o a “David” a la hora de tomar decisiones, y vengamos entonces a encontrar virtud positiva en toda acción de hombre que actúe según propio criterio sin referente externo alguno (Jue. 17:6; 21:25). La verdadera cuestión es que *seguimos necesitando* el mensaje de Jueces a lo largo de los tiempos. Y es ese mensaje tan especial el que le hace ver al pueblo de Dios, en cualquier posible situación, qué es lo realmente importante en asuntos fundamentales de autoridad y juicio.

Es por eso que una cuestión planteada al comienzo del libro puede quedar —quizás para sorpresa nuestra— sin aparente respuesta. “Los hijos de Israel consultaron al Señor”, y “el Señor respondió [...]” (1:1–2). Pero, en realidad, ¿qué fue lo que ocurrió? ¿Qué es lo que hicieron exactamente, y en qué manera concreta respondió el Juez? El libro guarda cauto silencio al respecto. El método no le interesa. Si nuestra pregunta apunta en esa dirección, erraremos el blanco. La verdadera cuestión es que el Señor, que ya había hablado por medio de la Ley, habla ahora también a través de su ángel, hablará más tarde de forma sucesiva por boca de los profetas y, a su debido tiempo, impondrá formas propias en el Nuevo Testamento para los noveles tiempos del Nuevo Pacto. En tiempos del Antiguo Testamento, aun cuando Dios y el hombre dialogaban en armonía, se nos deja igualmente a menudo a oscuras respecto al mecanismo que operaba en el encuentro. Lo que sí nos consta, en cambio, es que rara fue la ocasión, si es que en verdad la hubo, en que cupiera la duda de que no fuera Dios el que hablaba. En cuanto a la verdad de la Palabra de Dios en tiempos cristianos, la certeza de esa clase sólo le corresponde a las palabras de Jesús y los apóstoles, en la forma en que aparecen en los escritos del Nuevo Testamento; toda palabra posterior, y los posibles mensajes y señales, son de carácter discutible y nos exponen al fallo.

Estas cuestiones, sin embargo, en nada afectan a Jueces. Fueran cuales fuesen los métodos empleados para dar a conocer los juicios de Dios, lo importante es que afectaban, y afectan, a la voluntad y a la conciencia del hombre, y presuponen una respuesta tanto de mente y corazón como de vida.

Así, podemos constatar que, en estos capítulos, el Juez se pronuncia en varias

maneras: apuntando a la dirección a seguir (1:2), acusando (2:1–3), y mediante un decreto (2:20–22), teniendo como denominador común estas ocasiones, si nos paramos a reflexionar, una forma u otra de juicio.

2. El primer juicio, y lo que de ello se sigue (Jue. 1:1–36)

Después de la muerte de Josué, los hijos de Israel consultaron al Señor, diciendo: ¿Quién de nosotros subirá primero contra los cananeos para pelear contra ellos?

- 2 Y el Señor respondió: Judá subirá; he aquí, yo he entregado el país en sus manos.
- 3 Entonces Judá dijo a su hermano Simeón: Sube conmigo al territorio que me ha tocado, para que peleemos contra los cananeos; yo también iré contigo al territorio que te ha tocado. Y Simeón fue con él.
- 4 Subió Judá, y el Señor entregó en sus manos a los cananeos y a los ferezeos, y derrotaron a diez mil hombres en Bezeq.
- 5 Hallaron a Adoni-bezeq en Bezeq y pelearon contra él, y derrotaron a los cananeos y a los ferezeos.
- 6 Huyó Adoni-bezeq, pero lo persiguieron, lo prendieron y le cortaron los pulgares de las manos y de los pies.
- 7 Y Adoni-bezeq dijo: Setenta reyes, con los pulgares de sus manos y de sus pies cortados, recogían *migajas* debajo de mi mesa; como yo he hecho, así me ha pagado Dios. Lo llevaron a Jerusalén, y allí murió.
- 8 Y pelearon los hijos de Judá contra Jerusalén y la tomaron, la pasaron a filo de espada y prendieron fuego a la ciudad.
- 9 Después descendieron los hijos de Judá a pelear contra los cananeos que vivían en la región montañosa, en el Neguev y en las tierras bajas.
- 10 Y Judá marchó contra los cananeos que habitaban en Hebrón (el nombre de Hebrón antes *era* Quiriat-arba); e hirieron a Sesai, a Ahimán y a Talmai.
- 11 De allí fueron contra los habitantes de Debir (el nombre de Debir antes *era* Quiriat-séfer).
- 12 Y Caleb dijo: Al que ataque a Quiriat-séfer y la tome, yo le daré a mi hija Acsa por mujer.
- 13 Y Otoniel, hijo de Cenaz, hermano menor de Caleb, la tomó, y él le dio a su hija Acsa por mujer.
- 14 Y sucedió que cuando ella vino a él, éste la persuadió a que pidiera un campo a su padre. Ella entonces se bajó del asno, y Caleb le dijo: ¿Qué quieres?
- 15 Y ella le dijo: Dame una bendición, ya que me has dado la tierra del Neguev, dame también fuentes de agua. Y Caleb le dio las fuentes de arriba y las fuentes de abajo.
- 16 Y los descendientes del ceneo, suegro de Moisés, subieron de la ciudad de las palmeras con los hijos de Judá, al desierto de Judá que está al sur de Arad; y fueron y habitaron con el pueblo.

- 17 Entonces Judá fue con Simeón su hermano, y derrotaron a los cananeos que vivían en Sefat, y la destruyeron por completo. Por eso pusieron por nombre a la ciudad, Horma.
- 18 Y Judá tomó a Gaza con su territorio, a Ascalón con su territorio y a Ecrón con su territorio.
- 19 El Señor estaba con Judá, que tomó posesión de la región montañosa, pero no pudo expulsar a los habitantes del valle porque éstos tenían carros de hierro.
- 20 Entonces dieron Hebrón a Caleb, como Moisés había prometido; y él expulsó de allí a los tres hijos de Anac.
- 21 Pero los hijos de Benjamín no expulsaron a los jebuseos que vivían en Jerusalén; así que los jebuseos han vivido con los hijos de Benjamín en Jerusalén hasta el día de hoy.
- 22 De igual manera la casa de José subió contra Betel; y el Señor estaba con ellos.
- 23 Y la casa de José envió espías a Betel (el nombre de la ciudad antes *era* Luz).
- 24 Y vieron los espías a un hombre que salía de la ciudad, y le dijeron: Te rogamos que nos muestres la entrada de la ciudad y te trataremos con misericordia.
- 25 Él les mostró la entrada de la ciudad; e hirieron la ciudad a filo de espada, mas dejaron ir al hombre y a toda su familia.
- 26 Y el hombre fue a la tierra de los heteos y edificó una ciudad a la que llamó Luz; y este es su nombre hasta hoy.
- 27 Pero Manasés no tomó posesión de Bet-seán y sus aldeas, ni de Taanac y sus aldeas, ni de los habitantes de Dor y sus aldeas, ni de los habitantes de Ibleam y sus aldeas, ni de los habitantes de Meguido y sus aldeas; y los cananeos persistían en habitar en aquella tierra.
- 28 Y sucedió que cuando Israel se hizo fuerte, sometieron a los cananeos a trabajos forzados, pero no los expulsaron totalmente.
- 29 Tampoco Efraín expulsó a los cananeos que habitaban en Gezer; y los cananeos habitaron en medio de ellos en Gezer.
- 30 Zabulón no expulsó a los habitantes de Quitrón, ni a los habitantes de Naalal; de manera que los cananeos habitaron en medio de ellos y fueron sometidos a trabajos forzados.
- 31 Aser no expulsó a los habitantes de Aco, ni a los habitantes de Sidón, ni de Ahalb, ni de Aczib, ni de Helba, ni de Afec, ni de Rehob.
- 32 Así que los de Aser habitaron entre los cananeos, los habitantes de aquella tierra, porque no los expulsaron.
- 33 Neftalí no expulsó a los habitantes de Bet-semes, ni a los habitantes de Bet-anat, sino que habitó entre los cananeos, los habitantes de aquella tierra; y los habitantes de Betsemes y de Bet-anat fueron sometidos a trabajos forzados.
- 34 Entonces los amorreos forzaron a los hijos de Dan hacia la región montañosa, y no los dejaron descender al valle.
- 35 Y los amorreos persistieron en habitar en el monte de Heres, en Ajalón y en Saalbim; pero cuando el poder de la casa de José se fortaleció, fueron sometidos a trabajos forzados.

36 El límite de los amorreos fue desde la subida de Acrabim, desde Sela hacia arriba.

La pregunta que Israel le hace al Señor es de índole militar. La ocupación del territorio invadido no se ha consumado del todo. Los ejércitos están a la espera de órdenes. ¿Cuál habrá de ser, según criterio del comandante en jefe, el siguiente movimiento? “¿Quién de nosotros subirá primero contra los cananeos para pelear contra ellos? Y el Señor respondió: Judá subirá; he aquí, yo he entregado el país en sus manos” (Jue. 1:1–2).

a. Órdenes desde el cuartel general (Jue. 1:1–3)

Aunque no se nos dice por qué medios se trasmitían esas órdenes, el trasfondo del libro de Josué nos pone en antecedentes de un par de detalles útiles al respecto. La invasión inicial de Canaán parece que fue rápida, efectiva, y, en un cierto sentido, completa; en el resumen que tenemos en Josué 11:16–23, encontramos a cada paso los términos “toda” y “todos” —toda la tierra es tomada en posesión, todos los reyes son derrotados—. Pese a ello, al final de sus días, Josué reconoce que aún hay tierra por ocupar⁷ y naciones a las que expulsar. Si, tal como parece probable, la conquista propia de la tierra en su totalidad le llevó mucho tiempo a Israel, y los pueblos cananeos no hacían sino resurgir y reorganizarse de continuo (puede que estuvieran muertos, pero no parece que estuvieran dispuestos a estarse quietos), resulta comprensible la necesidad de organizar renovados ataques “después de la muerte de Josué” (Jue. 1). La cuestión es que las órdenes que se dan en 1:2 forman parte de una estrategia global ya dispuesta con bastante antelación al propio héroe y a Moisés mismo. Esa estrategia previa supone un “juicio” emitido por Dios, y —paralelo en importancia— un juicio aceptado por su pueblo, como evidencia el hecho de estar a un tiempo impacientes y dispuestos a embarcarse en la siguiente etapa de la campaña orquestada.

La otra información relativa al trasfondo que nos proporciona Josué tiene que ver con los aliados de Judá en la campaña. “La heredad de los hijos de Simeón *se tomó* de la porción de los hijos de Judá”, por lo tanto, nada más propio y natural que la tribu al mando invitara a sus hermanos a unirse a la empresa acometida, sin tener por qué detenerse a buscar una autorización explícita por parte de Dios.

Dicho con otras palabras, si llega el caso de que, en épocas posteriores, el pueblo de Dios llegue a verse en la necesidad de buscar instrucciones equivalentes a ese “Judá subirá” (1:2), hay dos directrices que, sin duda, habrán de servirnos tanto a ellos como a nosotros: unos principios básicos emitidos por Dios en lenguaje llano, y el uso de un “sentido común santificado” en línea con esos principios.

b. Informe desde el campo (Jue. 1:4–36)

La primera de las fuerzas combinadas comprende los ejércitos de Judá y Simeón, y quizás también Benjamín (1:21), incluye asimismo la casa de Caleb (1:12ss), y va

acompañada de los parientes quenitas de Moisés (1:16). El objetivo es el territorio concedido a esas tribus, que comprende la parte sur de Canaán. Por usar un término hecho famoso muchos años más tarde por el escritor griego Jenofonte, las tropas acometen una verdadera *Anábasis*, esto es, una “marcha a través del país” (“¿Quién irá [...]?”, “Entonces Judá fue”), con lo cual se moviliza primero a los atacantes de Jericó a Jerusalén (1:8), para, acto seguido, en un despliegue que Jenofonte sin duda habría calificado de *Katábasis*, esto es, “un descenso a través del territorio”, proceder a su traslado camino de las colinas de la zona de Hebrón, el Neguev o el desierto del sur, y la parte de las tierras bajas (1:9). La campaña se salda con una nota media de éxito, aunque sin poder expulsar en su totalidad a los habitantes del valle (1:9 y 21).

A continuación, “la casa de José subió” (1:22) en campaña contra Betel, que podría juzgarse como de éxito similar a la anterior. Este párrafo, junto con el resto del capítulo, se ocupa de la zona norte de Canaán. Pero lo cierto es que los esfuerzos de las seis tribus a las que se hace referencia en 1:27–35 se saldan con lamentables fracasos en lo que hace a la expulsión de los cananeos.

c. Revisión de la campaña

En total consonancia con un informe de índole militar, Jueces 1 es puro dato. No hay apostilla moral, no hay comentario adicional. Es, pues, a partir de datos escuetos de donde han de sacarse las conclusiones que cabe esperar.

Las dos distintas fases de la afortunada campaña en territorio del sur, tienen en su base la obediencia de Judá a las órdenes recibidas (1:2–3). No es de extrañar, pues, que la ayuda del Señor sea una experiencia ininterrumpida de principio a fin (1:4 y 19), no es tampoco de extrañar que el saqueo de Jerusalén sea tan a fondo y tan total como los correspondientes a las victorias de Josué, y claro está que no ha de extrañarnos que sea ahí donde veamos el cumplimiento de antiguas y nuevas promesas —la victoria de Judá, la herencia de Caleb, la bendición de los quenitas—. ¹³ Un único fracaso ensombrece el relato de la campaña de Judá, al no ser capaz de expulsar y erradicar a los moradores del valle (Jue. 1:19). El breve apéndice (Jue. 1:20–21) va en paralelo, resaltando, en la campaña de “descenso por el territorio”, la expulsión de Anac del territorio de Hebrón, mientras que, en la “subida hacia el norte”, se da noticia de la no expulsión de los jebuseos del sitio de Jerusalén.

Esto nos lleva al lamentable episodio en que resultó la campaña de conquista del norte. ¿Puede decirse que el saqueo de Betel por parte de Judá fuera realmente un éxito? El Señor subió con su pueblo a guerrear contra la ciudad, y ya había precedentes de la estrategia empleada para superar sus defensas; el resultado fue que mientras la antigua Luz fue destruida, se construyó una nueva ciudad, perpetuando la cultura cananita que Dios había marcado para destrucción. ¿No se nos está pidiendo ahí que contrastemos ese primer incidente en el norte con la campaña del sur? En uno de los casos, el señor de Bezeq es sometido y escarnecido con toda justicia a manos de Judá (1:6–7); en el otro, José (1:25–26) le perdona, injustamente, la vida al hombre de Betel (Luz). Pero el contraste no se detiene ahí. En vez de las victorias de Judá, nos

tropezamos con una funesta serie en la que primero se les permite a los cananeos vivir a prudente distancia de los israelitas (1:22–26), para después permitir a los cananeos vivir entre los israelitas mismos (1:27–30), y, a su vez, permitir a los israelitas vivir entre los cananeos (1:31–33), y, por último, permitir a los israelitas vivir a prudente distancia de los cananeos (1:34). Un brevísimo apéndice (1:20–21), lo resume en su esencia: los moradores de esa tierra están comportándose con una tenacidad tan admirable que, pese a los éxitos de Judá, incluso la frontera sur es tenida todavía como territorio amorreo (1:36).

En resumen, no cabe decir sino que ese publicitado informe de campo acerca de la situación francamente nos defrauda. Pese a ello, la cuestión es que, acto seguido, tiene su inicio una buena racha. Y no nos queda más remedio que asumir este ritmo alternante, porque es el que va a imperar en todo el relato. Así, constatamos que el capítulo 1 empieza con la obediencia de Judá y acaba con la caída en desgracia de Dan.

Y no hay por qué sorprenderse de que la historia de los doce jueces, en sus rasgos generales, nos resulte progresivamente insatisfactoria, empezando por Otoniel, el judaíta, y acabando por Sansón, el danita. El Señor se mantiene fiel y cumple sus promesas, pero ¿será capaz su pueblo de cumplir con la parte que *le* corresponde? ¿Aceptarán su juicio (lo que él juzgue o decida es lo que se hará —por ser pauta directiva antes que juicio—) pasando a actuar en plena consecuencia con ello, o ignorarán al Señor y actuarán según propio criterio?

Sea como fuere, lo cierto es que no podemos dejar este capítulo 1 sin tratar de encontrar algún consuelo en ese episodio que aún resta, y esto junto con los relativos a Jerusalén y Betel. Este episodio nos pone en antecedentes de la captura de Debir, de la que ya se había dado noticia en Josué 15:14–19, pero que probablemente reaparece aquí, en 1:11–15, por apuntar ya a mucho de lo que iremos encontrando en Jueces. Por el momento, baste con hacer notar un único punto. Al tomar la ciudad cananita, Otoniel consigue a un tiempo la mano de la hija de Caleb y una rica tierra de labrantío; esto supone encontrar, en medio de un capítulo que resulta más bien frustrante, un relato que nos pone en antecedentes de una tarea bien hecha, una promesa cumplida, un don otorgado, y un matrimonio consumado. Tomamos ahí conciencia de que ese matrimonio va a venir a simbolizar, en el conjunto de las Escrituras, la relación entre Dios y su pueblo. Puede, entonces, que tengamos aquí, como clave a Jueces, la esplendorosa esperanza de que, allí donde la conducta del pueblo vaya unida al juicio divino y las empresas se acometan en su poder, Israel vendrá ciertamente a ser la esposa de su Señor y los acontecimientos discurrirán por el cauce debido.

3. El segundo juicio y lo que de ello se sigue (Jue. 2:1–19)

Y el ángel del Señor subió de Gilgal a Boquim, y dijo: Yo os saqué de Egipto y os conduje a la tierra que había prometido a vuestros padres y dije: “Jamás quebrantaré mi pacto con vosotros,

2 y en cuanto a vosotros, no haréis pacto con los habitantes de esta tierra; sus

- altares derribaréis". Pero vosotros no me habéis obedecido; ¿qué es esto que habéis hecho?
- 3 Por lo cual también dije: "No los echaré de delante de vosotros, sino que serán *como espinas* en vuestro costado, y sus dioses serán lazo para vosotros".
 - 4 Y sucedió que cuando el ángel del Señor habló estas palabras a todos los hijos de Israel, el pueblo alzó su voz y lloró.
 - 5 Y llamaron a aquel lugar Boquim; y allí ofrecieron sacrificio al Señor.
 - 6 Después que Josué despidió al pueblo, los hijos de Israel fueron cada uno a su heredad para tomar posesión de la tierra.
 - 7 Y el pueblo sirvió al Señor todos los días de Josué, y todos los días de los ancianos que sobrevivieron a Josué, los cuales habían sido testigos de la gran obra que el Señor había hecho por Israel.
 - 8 Josué, hijo de Nun, siervo del Señor, murió a la edad de ciento diez años.
 - 9 Y lo sepultaron en el territorio de su heredad, en Timnat-sera, en la región montañosa de Efraín, al norte del monte Gaas.
 - 10 También toda aquella generación fue reunida a sus padres; y se levantó otra generación después de ellos que no conocía al Señor, ni la obra que Él había hecho por Israel.
 - 11 Entonces los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos del Señor y sirvieron a los baales,
 - 12 y abandonaron al Señor, el Dios de sus padres, que los había sacado de la tierra de Egipto, y siguieron a otros dioses de *entre* los dioses de los pueblos que estaban a su derredor; se postraron ante ellos, y provocaron a ira al Señor.
 - 13 Y dejaron al Señor y sirvieron a Baal y a Astarot.
 - 14 Y se encendió la ira del Señor contra Israel, y los entregó en manos de salteadores que los saquearon; y los vendió en mano de sus enemigos de alrededor, y ya no pudieron hacer frente a sus enemigos.
 - 15 Por dondequiera que iban, la mano del Señor estaba contra ellos para mal, tal como el Señor había dicho y como el Señor les había jurado, y se angustiaron en gran manera.
 - 16 Entonces el Señor levantó jueces que los libraron de la mano de los que los saqueaban.
 - 17 Con todo no escucharon a sus jueces, porque se prostituyeron siguiendo a otros dioses, y se postraron ante ellos. Se apartaron pronto del camino en que sus padres habían andado en obediencia a los mandamientos del Señor; no hicieron como *sus padres*.
 - 18 Cuando el Señor les levantaba jueces, el Señor estaba con el juez y los libraba de mano de sus enemigos todos los días del juez; porque el Señor se compadecía por sus gemidos a causa de los que los oprimían y afligían.
 - 19 Pero acontecía que al morir el juez, ellos volvían atrás y se corrompían aún más que sus padres, siguiendo a otros dioses, sirviéndoles e inclinándose ante ellos; no dejaban sus costumbres ni su camino obstinado.

En esta ocasión sí se nos dice el cauce por el que se hace oír el mensaje del Señor — aunque no puede decirse que sea de mucha ayuda para aquellos ansiosos por descubrir modos y medios para el tiempo presente—: “el ángel del Señor subió de Gilgal a Boquim” (2:1), siendo presumible que allí dirigiera su alocución a alguna clase de asamblea israelita. Lo cierto es que los ángeles no se dejan convocar a capricho nuestro, y, en el caso que nos ocupa, se dan una serie de circunstancias en su venida que hacen del hecho algo irreplicable. Cuando el ángel del Señor hace su aparición trayendo mensajes para Gedeón, o para los padres de Sansón, ese ángel irrumpe sencillamente en escena para, de forma posterior al encuentro, desvanecerse o ascender de nuevo a las alturas (6:11–12, 21; 13:3, 20), siendo para entonces ya reconocido como un visitante de carácter sobrenatural. Pero, en este caso en concreto, el ángel nos es presentado en camino desde Gilgal, tal como haría cualquier criatura humana — y, muy significativamente, tal como habían hecho no mucho antes los ejércitos de Judá y José—. El libro de Jueces no nos revela la identidad del mensajero (que bien pudiera haber sido de naturaleza común y no sobrenatural), y tampoco se detiene a explicar el modo en que lo hace. Pero el hecho de que se identifique el lugar geográfico está cargado de significado. Gilgal, “el Círculo”, constituía el monumento en piedra que marcaba el lugar en Jericó donde Josué había conducido en un primer momento al pueblo de Israel, tras pasar el río Jordán, para hacer su entrada en Canaán. Ese lugar constituía, además, el punto de partida de su propia campaña, y desde Gilgal/Jericó habría tenido asimismo su inicio las campañas de Jueces 1. El lugar que, tras ese incidente, pasó a ser conocido como Boquim (“Los que lloran”) bien pudiera haber sido la ciudad conocida por los cananeos como Luz y por los israelitas como Betel.¹⁹ Si esto es así, entonces el lugar del que tanto los ejércitos del sur como los del norte habrían partido, camino de ese otro lugar donde —tal como enseguida veremos— el pacto había sido traicionado, sería también el lugar del que habría subido, a su vez, el mensajero de Dios, siguiendo, de esta manera, el curso de los acontecimientos y constatando qué clase de obediencia se hacía manifiesta, antes de dirigirse explícitamente al pueblo para emitir juicio.

a. La acusación y la apelación (Jue. 2:1–5)

Si la primera de las manifestaciones del Señor había sido de índole militar, esta otra viene a tener carácter legal. Antes había sido directiva, ahora pasa a ser acusación en firme, con cargos explícitos, apelación y presentación de pruebas. Es más, en vez de darse información relativa al curso de los acontecimientos, se indaga ahora en los motivos y se sopesan actitudes.

La acusación no consiste en lo que podría pensarse. “Vosotros no me habéis obedecido” (2:2), pues, ¿qué clase de desobediencia ha visto el Señor mientras seguía el curso de los ejércitos en el capítulo 1? ¿El fracaso, quizás, en expulsar a los moradores de Canaán? Evidentemente que sí. Pero ese no es en realidad el núcleo central de la acusación. El factor que se tiene ahí en cuenta es la desobediencia al

mandamiento de “no establecer pacto con los moradores del lugar”. Es, pues, esa falta de obediencia y fidelidad a la ley de lo que se acusa a Israel.

Aun así, los dos fracasos imputados (tolerar a los cananeos y establecer un pacto con ellos) no pueden ser desligados. Un diálogo imaginario nos mostrará la razón:

- ¿Por qué no se han llevado a cabo mis planes para la ocupación?
- No contábamos con suficientes efectivos militares para la acometida final.
- Pero ¿no dejé bien claro que si vuestra voluntad se comprometía con mi poder, yo me ocuparía personalmente de expulsar al enemigo? Algo ha fallado en el “compromiso”. Si no los habéis expulsado, ¿qué es lo que habéis hecho con ellos?
- Hemos tenido que llegar a un acuerdo. Los términos del mismo han sido lo más favorables posible.

Y ese acuerdo era, evidentemente, el pacto prohibido, la clase de compromiso que vemos implícito en cada línea de 1:27–35, la aceptación de la cultura cananita que se reafirmaba en su deseo de persistir. De hecho, la disponibilidad para convivir dentro de ese tipo de arreglo está claramente presente, como gusano en fruta madura, en el centro mismo del “éxito” de Israel en la campaña de Betel: la ciudad es tomada, pero el informante cananita sigue con vida para edificar otra Luz, porque los israelitas se han portado con “benevolencia”, o *lealmente*, con ella. Ese ha sido el pacto suscrito, esa ha sido la promesa hecha, un arreglo preñado de riesgos y mal pergeñado. Ahora bien, ¿qué asociación tienen la justicia y la iniquidad? ¿O qué comunión la luz con las tinieblas?²³

La acusación es aún más penetrante y aguda precisamente por no ser más que una simple acusación, e Israel queda en suspenso respecto a cuál vaya a ser la sentencia que el Juez dicte. Pues, aun cuando algunas versiones puedan llevarnos a creer lo contrario, el versículo 3 no muestra esa sentencia. Jueces 2:1 y 2:3 han de ser leídos de la siguiente manera: “Yo jamás quebrantaré mi pacto con vosotros [...] por lo cual *también dije*, ‘Si llegáis a un acuerdo con estos pueblos, Yo no los echaré de delante de vosotros’ ”. Es, en realidad, como si el Señor dijera: “Yo he jurado daros esta tierra en su totalidad, pero también he jurado no dársela por completo a un pueblo desobediente. Vosotros me habéis puesto en una situación imposible de sostener. *¿Qué es esto que habéis hecho?* ¿Y cómo creéis que voy yo a resolver tan terrible dilema?”.

No es de extrañar, pues, que “el pueblo alzara la voz y llorara” (Jue. 2:4). El hoyo cavado por ellos mismos resultaba ahora ser más profundo de lo pensado. La única alternativa era reconocerse culpables. Su llanto era prueba de su remordimiento, los sacrificios presentados ponían de manifiesto su devoción, y el hecho de que bautizaran el lugar como el de los “Llantos” dejaba patente hasta qué punto pensaban tener en cuenta en el futuro la advertencia recibida. Ahora bien, ¿qué conclusión hemos de sacar nosotros de todas esas muestras de arrepentimiento y voluntad de cambio? A juzgar por la evidencia que respalda la acusación, no parece ser mucho lo que quepa esperar.

b. La evidencia (Jue. 2:6–19)

Dando por sentado que todo cuanto ocurre en Jueces es “después de la muerte de Josué”, interpreto la siguiente referencia a su persona en este capítulo 2 como un apunte retrospectivo. Esta presunción da sentido a 2:6–19. Sobre su base, el pasaje puede entenderse como un repaso al estado espiritual de Israel que abarca la totalidad de ese período en concreto. Al plantearse en perspectiva el tiempo completo de los jueces, contempla asimismo en retrospectiva el tiempo de Josué. Ciertamente, claro está, que la acusación en Boquim, que tiene que ver con este repaso general, es hecha con anterioridad incluso a la aparición en escena del primero de los jueces. Pero el proceso de declive fue algo continuado. Lo que de ello se seguiría era de idéntica naturaleza a lo que ya había ocurrido. La búsqueda de pruebas y evidencias comprende tres “generaciones”, y los israelitas de Boquim eran suficientemente conscientes de pertenecer a una “segunda generación” que entendía bien de qué les hablaba el ángel, y que sabía también qué tipo de acusación iba a ir acumulándose a medida que esta segunda generación diera lugar a la aparición de una tercera.

La primera generación (2:6–9) se correspondía con Josué y sus coetáneos. Si se hace referencia a ella es con la intención de establecer un contraste con lo que seguiría. Sus dos características principales marchaban al unísono: su gente había servido al Señor, y habían entrado a tomar posesión de la tierra que Él les había concedido. El entierro de Josué “en el territorio de su heredad” (2:9) lo pone de relieve —la consumación de una larga vida de obediencia y confianza puesta en el Señor—. No que Josué fuera indispensable, pues ese mismo deseo de averiguar y poner en práctica los planes del Señor alentaba igualmente en todos los israelitas, incluso en “todos los días de los ancianos que sobrevivieron a Josué”; la cuestión crucial era que todavía persistía en Israel un conocimiento personal de la obra redentora del Señor, y eran gentes que habían experimentado de forma directa su rescate de la servidumbre en Egipto y la consiguiente formación de una nueva identidad como nación.

Aquí residía el contraste con la segunda generación (2:10–18). Esa era ahora una generación que “no conocía al Señor, ni la obra que Él había hecho por Israel”. En consecuencia, con palabras que pronto iban a ser demasiado conocidas, “los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos del Señor, y sirvieron a los baales”. Su maldad era muy simple, pero terriblemente profunda, y no hay generación que no tenga su equivalente. Cambiando el Dios de la redención histórica de sus antepasados por diosillos de la naturaleza que dominan la voluntad del común de las gentes que viven a su alrededor (Jue. 2:12) ¿qué cosa podría ser más lógica y sensata? Esos dioses de la naturaleza se presentan bajo múltiples formas. En los días de los jueces respondían al nombre de Dagón y Baal; en la actualidad, los encontramos de nuevo en el panteísmo de la Nueva Era o las fuerzas de la economía de mercado. Son poderes que nos atraen por ser superiores a nosotros, pero que, sin embargo, puedes manipular a tu antojo para que sirvan a tus propios fines.

Llegados a este punto, bien puede uno preguntarse cómo es que una generación

que no estaba allí en el momento del éxodo va ser castigada por nacer a destiempo. La respuesta es que las Escrituras ve la experiencia de la redención como algo infinitamente renovable. Los hijos preguntan a los padres, y los padres enseñan a los hijos, de modo y manera que aquellos “que no *la* conocen [...] *la* oirán y aprenderán”, la verdad liberadora del éxodo y el evangelio puede hacerse realidad repetidamente. No hay excusa posible para esa “segunda generación” de Jueces 2.

Al igual que la expresión “el pueblo hizo lo malo”, el esquema general del curso de los acontecimientos —que pronto vendrá a ser lamentablemente familiar— hace su primera aparición en esta generación. Su rebeldía contra el Señor (2:11–13) provoca una retribución, y es así como caen en manos de opresores (2:14–15). Su posterior desgracia, aunque expresada tan sólo con meros “gemidos” (2:18), sin clamar pidiendo ayuda y menos aún mostrar genuino arrepentimiento, mueve pese a todo al Señor a rescatarlos mediante un juez o libertador (2:16–18). El ciclo de rebelión/retribución/arrepentimiento/rescate, ya evidente con anterioridad, vendrá a ser motivo recurrente en el libro.

Ahora bien, por muy insatisfactorio que pueda ser tener que resignarse a lo inevitable de ese ciclo, del que Jueces no parece capaz de liberarse, viene a perfilarse ahí algo todavía más inquietante. Notamos de pasada que los jueces ejercen en alguna manera de guías, junto con su función de rescate, y se advierte que, pese a todo, “no escucharon”; esa viene precisamente a ser una de las características de la segunda generación, en agudo contraste con la obediencia de la primera (2:17). Es entonces cuando hace su aparición la tercera generación que, cuando el juez moría, se “corrompían aún más que sus padres”, y que, con la experiencia de su rescate aún reciente, “no dejaban sus costumbres ni su camino obstinado” (2:19). Lo que vemos en este período de los jueces, que se sigue del juicio en Boquim, es lo ya visto con ocasión de las campañas militares precedentes —a saber, un declive inexorable—. Y si algo de cíclico hay en ello, es que no tenemos ahí círculo alguno, sino una auténtica espiral de declive.

Esa es la evidencia en la que el Señor basa su segundo juicio. Lo que había pasado, y lo que iba a pasar, era de su conocimiento. El pueblo, pese a un conocimiento limitado, también sabe, y eso les condena, tal como ellos mismos reconocen. Y, por haber estado a su disposición la guía de los jueces pero hacerse evidente que no iban, pese a todo, a obedecer, se ven irremediabilmente abocados a oír un tercer juicio.

4. El tercer juicio, y lo que se sigue (Jue. 2:20–3:6)

Y se encendió la ira del Señor contra Israel, y dijo: Por cuanto esta nación ha quebrantado el pacto que ordené a sus padres, y no ha escuchado mi voz,

- 21 tampoco yo volveré a expulsar de delante de ellos a ninguna de las naciones que Josué dejó cuando murió,
- 22 para probar por medio de ellas a Israel, a ver si guardan o no el camino del Señor, y andan en él como *lo* hicieron sus padres.

- 23 Así pues, el Señor permitió que aquellas naciones se quedaran *allí*, sin expulsarlas enseguida, y no las entregó en manos de Josué.
- 3:1 Y estas son las naciones que el Señor dejó para probar con ellas a Israel, *es decir*, a los que no habían experimentado ninguna de las guerras de Canaán
- 2 (*esto fue* sólo para que las generaciones de los hijos de Israel conocieran la guerra, aquellos que antes no la habían experimentado):
- 3 los cinco príncipes de los filisteos, todos los cananeos, los sidonios y los heveos que habitaban en el monte Líbano, desde el monte de Baal-hermón hasta Lebo-hamat.
- 4 Y eran para probar a Israel, para ver si obedecían los mandamientos que el Señor había ordenado a sus padres por medio de Moisés.
- 5 Y los hijos de Israel habitaron entre los cananeos, los heteos, los amorreos, los ferezeos, los heveos y los jebuseos;
- 6 tomaron para sí a sus hijas por mujeres, y dieron sus propias hijas a los hijos de ellos, y sirvieron a sus dioses.

El segundo juicio había guardado relación con el primero, por cuanto el ángel del Señor “subió” para ver hasta qué punto habían cumplido las órdenes dadas; y este tercer juicio queda ahora unido al segundo, con su acusación, su apelación y su evidencia, culminando todo ello en la correspondiente sentencia. Pero, aun así, lo cierto es que cada uno de estos juicios tiene sus propias características. El primero implica una directiva militar, el segundo supone una acusación de orden legal; este último va a adoptar la forma de un decreto real.

a. El decreto (Jue. 2:20–22)

Lo que el Señor dice ahora es secuela de lo dicho en Boquim. Ahí ya se había hecho evidente el dilema. El Señor no está aún dictando sentencia, ni proclamando un decreto, sino recordando a Israel las dos cosas, aparentemente contradictorias, que había pactado en su momento. El pueblo desobediente iba ciertamente a comprobar que no era librado de sus enemigos; pero la cuestión es que estaba también la promesa de darle a Israel la tierra en total y exclusiva propiedad. ¿Cómo iba a ser posible reconciliar ambas cosas?

Contamos, de entrada, con el juicio del Señor. Relacionada con la promesa primera, está la no expulsión de los enemigos, algo que van a comprobar personalmente. La segunda promesa, la total posesión en exclusiva del territorio, tiene que sostenerse en alguna manera, pero nada se dice respecto al cómo y al cuándo, y ciertamente no va a tener lugar en su tiempo. Al igual que ocurre con muchas otras afirmaciones que encontramos en la Biblia respecto a la posesión de la tierra, esta promesa va a ser interpretada de forma equivocada en el transcurso de los años. Pero la dañina y peligrosa presencia de los pueblos cananeos (a los que, por cierto, ya se ha marcado para destrucción) va a continuar, y así se dice expresamente. Después de todo, ¿no era una convivencia pacífica lo que habían buscado?

Pero el Señor no está ahí ejerciendo venganza; tiene un propósito concreto, expresado, de forma sucinta, en el decreto que va a promulgar y que va a desarrollarse como sigue.

b. La lógica de todo ello (Jue. 2:23–3:6)

Como parte del plan del Señor estaba la continuidad en Canaán de “las naciones que Josué dejó cuando murió” (2:21). Josué 23 —que nos pone en antecedentes del hecho con mayor detalle— no nos dice, en cambio, nada del propósito de ello, pero cabe suponer que fuera para dar lugar al asentamiento gradual y absoluto del pueblo de Israel en esa nueva tierra, evitándose así acometer tamaña empresa de forma dispersa y superficial y antes de tiempo. El que se contemplara ya entonces un propósito complementario, el de someter a prueba a Israel, es propósito que sí se hace ahora explícito (Jue. 3:1).

No debiera sorprendernos la relación que aquí vemos entre los términos “prueba” y “conocer”. Es un principio —en las cosas espirituales al igual que lo es también en el plano educativo— que el maestro pone pruebas con el fin de averiguar qué es lo que el alumno sabe y, más importante todavía, para saber él mismo más acerca del alumno. Esta segunda parte hay que enfatizarla debidamente. Es fácil reaccionar en contra de algunas de las formas que adopta la fe cristiana, por parecer estar más pensadas para el cerebro que para el corazón. Pero no podemos por ello eliminar el término “conocer” del vocabulario bíblico. El uso de mente e intelecto ha de coadyuvar al conocimiento de la verdad y, en consecuencia, hacia un conocimiento personal de Dios, mientras que el conocimiento que Dios tiene del creyente es más básicamente profundo y fundamental todavía,³¹ pero la cuestión es que ambos “conocimientos” están destinados a ser inseparables.

Combinados, esos conocimientos dan lugar al objetivo de positiva misericordia del tercer juicio emitido por el Señor. Y si bien puede que no esté expresado de forma obvia, es, en cambio, suficientemente claro (3:4) que uno de los objetivos de esa no expulsión de los cananeos era lograr un mejor y más profundo conocimiento de su propio pueblo: el campo de posibilidades que se presentaba ante sus ojos para manifestar su auténtica naturaleza, como pueblo independiente, era realmente enorme. Pero la contrapartida de ese conocerles no va a ser, un tanto sorprendentemente, un conocerle ellos a Él. La otra mitad de la prueba va a consistir en conocer la *guerra* (3:2). Ahora bien, ¿por qué es tan crucial esa clase de conocimiento? La respuesta debe seguramente ser que, en medio del conflicto con las otras naciones, Israel va a llegar a conocer verdaderamente a su Dios. Los opresores soportados en Egipto, los oponentes en el peregrinaje por el desierto, los ocupantes de la tierra que habría de tomar en posesión, todos, en suma, llevaban al pueblo escogido a saber más acerca de esa elección que hace de Israel una nación diferente. Así, en medio de la adversidad, abocados a una alternativa letal, por perversa, seductora, y manifiestamente impositiva, el Dios de Israel viene a ser conocido y reconocido por su pueblo como el Camino, la Verdad y la Vida. En ese reconocimiento de la necesidad del

conflicto —por “conocer (de primera mano) la guerra”— Israel viene a conocer a su Dios. Lo que Él pone de manifiesto en este tercer comunicado supone juicio en el sentido que se le da a la sentencia de un juez. Pero, en este caso, la pena no está falta de su parte de misericordia.

Aun así, lo cierto es que no deja de ser un juicio duro; que toda generación ha de llegar a comprender, incluida la nuestra propia. Si todo hubiera ido bien, ese tiempo de prueba y formación —la guerra— habría quedado históricamente cubierto con tan sólo cinco libros de la Biblia, de Éxodo 1 a Josué 24. Moisés habría dado inicio al relato y Josué lo habría completado, y ese limitado tiempo de prueba se hubiera saldado con abundante fruto. Pero en 2:21–22 se nos informa que a la prueba primera va a seguir otra nueva prueba, y ¿quién sabe cuándo llegará el momento del éxito?

Desde otra posible perspectiva, no deja de ser cierto que, ya en vida de Josué, “el Señor [había dado] reposo a Israel”. Pero el “control” que el Nuevo Testamento activa en Hebreos 4 empareja Josué 23 con el Salmo 95, y deja patente la necesidad de leer estas historias en dos niveles. En un sentido, el período de prueba fue seguido por recompensa inmediata y, *desde la perspectiva del libro de Josué*, Israel encontró el descanso prometido. De igual manera, una vez establecida la monarquía, al rey David se le dio “descanso de sus enemigos por todos lados”; que es la perspectiva que se nos ofrece en los libros de Samuel y Reyes. Pero, visto desde otra posible perspectiva más profunda, el Señor bien podría decir: “Yo juré en mi ira que *no* entrarían en mi descanso”. Y su pueblo siguió siendo sometido a prueba. De hecho, aun en el tiempo presente, el “descanso” es algo que hay que luchar por conseguir, y hay quien tiene que “esperar para disfrutarlo”. Esa es la visión que presenta el Salmo 95; Hebreos 4, y el propio libro de Jueces.

En este sentido, el libro de Jueces ofrece un mensaje para todos los tiempos. Tal como bien indica Webb: “Según 2:6–3:6 todos esos conflictos se intensifican a medida que progresa el período de los jueces, y al final no aparece ninguna solución en el horizonte”. O, más bien, la solución es percibida, en perspectiva futura, por apóstoles y profetas a lo largo de los tiempos bíblicos, pero sin que vaya a *llegar* hasta que el pecado y la muerte sean finalmente absorbidos en victoria. Hasta entonces, con fines probatorios y disciplinarios, el Señor no retira las espinas del costado de su pueblo escogido, y clamar para que desaparezcan en esta vida es pedir más de lo que Él ha prometido y perderse a un tiempo las bendiciones que no pueden hacerse efectivas de ninguna otra manera.

No se le habrá escapado al lector que las tres declaraciones del Juez en estos capítulos introductorios del libro contienen palabra universal para su pueblo en toda época. Primero, hace su aparición lo *directivo*, cuando Dios ordena. Lo que es ordenado apenas sí importa (en una primera ocasión, en el inicio de la historia, era un simple “¡No toquéis ese fruto!”); en una u otra manera se implanta la ley, la voluntad del hombre es llamada a capítulo, y se requiere de él una obediencia. De ese modo, la naturaleza pecaminosa del hombre queda expuesta, dado que es por propia voluntad por lo que desobedece de forma natural. El segundo juicio, en consecuencia, es de *acusación*. De nuevo, al igual que con el contenido de la orden, la forma en que se reacciona apenas sí

cuenta. Tanto si el acusado se muestra penitente, o tan sólo lleno de remordimiento, o incluso nada arrepentido, la tercera palabra hace su aparición, es el *decreto*, poniendo de manifiesto la forma en que Dios se ocupa de un pueblo pecaminoso, sirviéndose de la mucha maldad para disciplinar y enseñar. La amenaza de las nubes que se ciernen sobre sus cabezas hallan su eco en el conocido poema de Chesterton:

Nada traigo para vuestro consuelo,
Esto es, nada para vuestro deseo;
Salvo un cielo que se oscurece;
Y un mar que se encrespa por momentos.

Haríamos, pues, bien en cobrar ánimo del fondo que alienta en el poema: Alfredo, gran rey sajón, se manifiesta humilde ante las repetidas incursiones de los paganos que asolan su amada Inglaterra. Dispuesto a aprender de los hechos, acepta la disciplina que le es impuesta, se apresta a hacer frente a la tormenta, fija sus objetivos, se yergue ante el enemigo; y el tiempo que haya que perseverar viene a ser entonces lo de menos.

Aod: el gobierno del zurdo

Jueces 3:7–31

Y los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos del Señor, y olvidaron al Señor su Dios, y sirvieron a los baales y a las imágenes de Asera.

- 8 Entonces se encendió la ira del Señor contra Israel, y los vendió en manos de Cusán-risataim, rey de Mesopotamia; y los hijos de Israel sirvieron a Cusán-risataim por ocho años.
- 9 Cuando los hijos de Israel clamaron al Señor, el Señor levantó un libertador a los hijos de Israel para que los librara, a Otoniel, hijo de Cenaz, hermano menor de Caleb.
- 10 Y vino sobre él el Espíritu del Señor, y juzgó a Israel. Cuando salió a la guerra, el Señor entregó en su mano a Cusán-risataim, rey de Mesopotamia, y su poder prevaleció sobre Cusán-risataim.
- 11 Y la tierra tuvo descanso por cuarenta años. Y murió Otoniel, hijo de Cenaz.
- 12 Volvieron los hijos de Israel a hacer lo malo ante los ojos del Señor. Entonces el Señor fortaleció a Eglón, rey de Moab, contra Israel, porque habían hecho lo malo ante los ojos del Señor.
- 13 Y Eglón reunió consigo a los hijos de Amón y de Amalec; y fue y derrotó a Israel,

- y se apoderaron de la ciudad de las palmeras.
- 14 Y los hijos de Israel sirvieron a Eglón, rey de Moab, por dieciocho años.
 - 15 Pero los hijos de Israel clamaron al Señor, y el Señor les levantó un libertador, a Aod, hijo de Gera, benjamita, el cual era zurdo. Y los hijos de Israel enviaron tributo con él a Eglón, rey de Moab.
 - 16 Aod se hizo una espada de dos filos, de un codo de largo, y la ató a su muslo derecho debajo de la ropa.
 - 17 Y presentó el tributo a Eglón, rey de Moab; y Eglón era un hombre muy grueso.
 - 18 Y aconteció que cuando terminó de presentar el tributo, despidió a la gente que había traído el tributo.
 - 19 Pero él se volvió desde los ídolos que estaban en Gilgal, y dijo: Tengo un mensaje secreto para ti, oh rey. Y éste dijo: Guarda silencio. Y todos los que le servían salieron.
 - 20 Aod vino a él cuando estaba sentado solo en su sala de verano. Y Aod dijo: Tengo un mensaje de Dios para ti. Y él se levantó de su silla.
 - 21 Aod alargó la mano izquierda, tomó la espada de su muslo derecho, y se la hundió en el vientre.
 - 22 Y la empuñadura entró también tras la hoja, y la gordura se cerró sobre la hoja, pues no sacó la espada de su vientre; y se le salieron los excrementos.
 - 23 Entonces salió Aod al corredor, cerró tras sí las puertas de la sala de la terraza y les pasó el cerrojo.
 - 24 Después de haber salido, vinieron los siervos y miraron, y he aquí, las puertas de la sala de la terraza tenían pasado el cerrojo, y dijeron: Sin duda está haciendo su necesidad en la sala de verano.
 - 25 Y esperaron hasta sentir inquietud, pues he aquí que él no abría las puertas de la sala de la terraza. Entonces tomaron la llave y las abrieron, y he aquí, su señor caído en el suelo, muerto.
 - 26 Mas Aod había escapado mientras ellos esperaban; pasando por los ídolos, había escapado a Seirat.
 - 27 Y cuando llegó, tocó la trompeta en la región montañosa de Efraín; y los hijos de Israel descendieron con él de la región montañosa, *estando* él al frente de ellos.
 - 28 Y les dijo: Perseguidlos, porque el Señor ha entregado en vuestras manos a vuestros enemigos, los moabitas. Y descendieron tras él y se apoderaron de los vados del Jordán frente a Moab, y no dejaron pasar a nadie.
 - 29 En aquella ocasión mataron a unos diez mil moabitas, todos hombres robustos y valientes, ninguno escapó.
 - 30 Y fue subyugado Moab aquel día bajo la mano de Israel. Y la tierra tuvo descanso por ochenta años.
 - 31 Después de Aod vino Samgar, hijo de Anat, el cual hirió a seiscientos filisteos con una aguijada de bueyes; y él también salvó a Israel.

Es, sin duda, una experiencia muy peculiar escuchar una predicación sobre Aod y Eglón. Por un lado, no creo que sea yo el único chaval, criado en igualdad de

condiciones, y con una familia amante de la lectura conjunta de la Biblia, que tanto haya disfrutado desde temprana edad con la historia del zurdo Aod y el gordo Eglón, rey de Moab. La cuestión sería saber ahora con qué frecuencia se sigue predicando acerca de ellos.

Sea como fuere, lo cierto es que aquí sí vamos a ocuparnos del caso, centrándonos, en concreto, en la historia de Aod, como primero de los relatos sobre los distintos jueces que nos es presentado con mayor lujo de detalles. La historia, pues, lejos de poder ser dejada a un lado de forma temporal, como algo fuera de lo común, pide de suyo ser considerada como algo importante y muy para tener en cuenta.

Ahora bien, por ser Aod el segundo —no el primero— de los jueces, es evidente que merece la pena detenerse a considerar por qué razón esta historia (3:12–30) tiene que ir precedida de una breve reseña sobre Otoniel, el primero de ellos (3:7–11), para ir inmediatamente seguida de una aún más breve referencia a Samgar, tercero de la serie (3:31).

1. El encuadre: un cambio de perspectiva

La dilatada introducción del libro —con nada menos que sesenta y cinco versículos— recrea el entorno correspondiente al período de los jueces, poniéndonos en antecedentes de los personajes que van a ir haciendo su aparición, de las razones por las que están ahí, y qué es lo que puede esperarse de su intervención. Serán doce en total y los relatos correspondientes a sus logros variarán enormemente en extensión, yendo de nada menos que cien versículos a sencillamente uno solo. En el presente capítulo vamos a ocuparnos de los tres primeros de ese total de doce, centrándonos, más en concreto, en lo que se supone que debemos concluir acerca de Otoniel y Samgar, como personajes que no hacen sino preparar el marco referencial de Aod.

a. Otoniel (Jue. 3:7–11)

Ya hicimos notar en un principio la existencia de un esquema básico, que se repite a lo largo de todo el libro de Jueces. La rebeldía por parte de Israel va seguida de la correspondiente retribución enviada por Dios, y cuando Israel se arrepiente, Dios rescata de nuevo a su pueblo. Pero al lector atento pronto se le hace evidente que esas cuatro fases con “R”, aun pudiendo serle hoy de ayuda al predicador por su aliteración, simplifican quizás demasiado las cosas dentro del marco de una concepción general, y es de hecho el propio redactor del libro el que se esfuerza por presentarnos un segundo encuadre (2:11–19), que varía ligeramente y que viene a ser más complejo. En esta segunda opción se hacen evidentes seis situaciones que guardan relación entre sí:

Israel peca (2:11–13).

Israel provoca a enfado al Señor (2:14a).

Israel es sometido a un opresor (2:14b-15).

Se levanta un libertador (2:16a).

Ese libertador rescata a Israel (2:16b).

El libertador muere (2:19a).

Como es lógico, hay bastante más que decir respecto al contenido total de esos versículos (2:11–19) que esos meros seis apartados. Pero lo que nos interesa ahora es la secuencia repetida que va a ir haciendo su aparición de forma sucesiva en el transcurso de los siguientes catorce capítulos del libro de Jueces.

Es fácil comprobar cómo las cuatro fases con “R” guardan una relación con estas otras seis. Pero, en mi opinión, es la historia de Otoniel, ya en el capítulo 3, y no los seis puntos reseñados en el capítulo 2, lo que nos pone en antecedentes del entramado principal que es, en definitiva, lo que queremos desvelar. De ser así, la presentación del primer juez es relativamente breve porque no aspira más que a perfilar el marco del relato. Pero, aun en su brevedad, la historia de Otoniel es bastante más detallada que los esquemas apuntados líneas atrás. Once son los puntos que la integran (para los cinco nuevos he recurrido al uso de cursivas):

1. Israel peca (3:7).
2. Israel provoca a enfado al Señor (3:8a).
3. Israel es sometido a un opresor (3:8b).
4. *Israel clama al Señor (3:9a).*
5. Se levanta un libertador (3:9b).
6. *El libertador es presentado (3:9c).*
7. *El libertador recibe poder (3:10a).*
8. *El libertador juzga a Israel (3:10b).*
9. El libertador rescata a Israel (3:10c).
10. *El libertador logra descanso para Israel (3:11a).*
11. El libertador muere (3:11b).

Es obvio que estos once puntos amplían los seis anteriores, al igual que esos seis ampliaban, a su vez, las cuatro fases primero reseñadas. Pero no siempre van a aparecer todos en cada historia; Aod incluye casi todos, Samgar tan sólo ejemplifica dos, y Otoniel, con una historia más pormenorizada, es el que sienta las bases del esquema típico del juez clásico.

El modo en que esas fases o etapas nos son presentadas viene a reforzar esta idea. “Israel peca”, y resulta ser con el antiguo pecado de anteponer los dioses locales a su propio Dios. “Israel es sometido a un opresor” y a éste se le da el nombre de Cusán-risataim: de Mesopotamia (Aram-Naharaim, Aram de los dos Ríos) viene Cusán de las dos Maldades, esto es, el clásico villano de doble faz. Por su parte, “El libertador es presentado” como un hombre de la tribu de Judá, sobrino del gran Caleb (encumbrada genealogía), que ya nos ha movido a admiración en 1:11–13. Para terminar, “El libertador logra descanso para Israel” por un período de cuarenta y cinco años, que es, en las Escrituras, el de una generación completa.

Tenemos ahí, pues, dicho de forma resumida, un paradigma; un esquema que va a

repetirse sucesivamente a lo largo del período de los jueces sobre la base de dos factores característicos subyacentes al período. En primer lugar, hay que tener en cuenta que la autoridad en ese tiempo no va a emanar de un legislador como Moisés, ni de un rey como David. En segundo lugar, hemos de tener igualmente presente que, en ningún momento, y esto en la totalidad del relato, va a verse el pueblo de Dios libre de los pueblos de la tierra; la presión que va a suponer esa influencia nefasta persistirá de principio a fin. Con esos dos factores como telón de fondo analizaremos el modo en que Dios está en control de la situación, pues lo cierto es que en momento alguno Él va a dejar de interesarse y de presidir los acontecimientos en su función de Juez. Levantará así caudillos por designio de su voluntad, pero no según el precedente de Moisés o David, sino a semejanza de Otoniel. El rescate de su pueblo se llevará a efecto mediante esos caudillos. Y no sólo lo librarán de los que lo oprimen, sino que también de sí mismos los librarán.

Ahora bien, una vez establecido el paradigma, ¿qué forma podemos decir que adopta en la práctica?

b. Samgar (Jue. 3:31)

Samgar es el juez que viene dos puestos después de Otoniel, y de inmediato comprobamos que el ideal israelita de gestión queda prácticamente anulado! ¿Qué es lo que tenemos ahí? Pues el más exiguo de los doce relatos. Porque, en realidad, ¿qué es lo que sabemos de este Samgar? Poco más que su nombre y el de su padre (o el de su lugar de nacimiento). Eso es todo. No hay más. ¿De qué tribu podemos decir que procede? Existen conjeturas al respecto (el que sean doce jueces pudiera ser por representación equitativa de las doce tribus de Israel), pero eso es algo de lo que no tenemos constancia; de hecho, pudiera incluso ser que ni siquiera fuera israelita. Por otra parte, ¿de qué medios se vale para rescatarlos? Pues, increíblemente, ¡con una “aguijada de bueyes”! Está claro que, de estar bien afilada y tener buen tamaño, esta herramienta puede resultar ser una formidable arma ofensiva; y es evidente que, en todo caso, se espera del lector que lo entienda como una proeza extraordinaria. Pero todo ello resulta un tanto extraño y chocante y, además, el relato no guarda similitud ni relación alguna con Otoniel. La única constante que se mantiene en ese versículo de referencia a Samgar es que “él también salvó a Israel”.

Así, hemos pasado de una situación clásica, con un villano típico, un héroe obvio y una liberación inesperada, a la más escueta y extraña semblanza de un juicio inesperado, atípico, y muy apartado de lo obvio y habitual. Y en el lapso de tiempo transcurrido entre Otoniel y Samgar, el esquema ha variado a ojos vista. Tal como ocurre en los juegos basándose en palabras, en los que va cambiándose una letra cada vez, hasta que la palabra final resultante nada tiene que ver con la palabra del inicio, de modo y manera (por ejemplo) que de “blanco” podamos acabar en “negro”, igualmente se puede ahí, punto por punto, ver cómo la historia de Aod repite el esquema de Otoniel pero alterándolo, con el fin de mostrar lo impredecible de los métodos de salvación de Dios. El Señor le dice a su pueblo: “Esto es lo que pienso hacer con

vosotros, y así es cómo quizás esperáis vosotros que yo actúe. Ahora bien, puede que queráis que rinda cuentas respecto al objeto último del caso, por haber sido eso lo prometido; y también querréis que dé explicaciones respecto al método, porque a vosotros os gustan las cosas predecibles y fáciles de manejar. Pues, por eso mismo, tratad ahora de cambiar de sitio el *cómo*, para insertarlo en otro lugar, y hallad un ámbito por completo diferente en un tercer espacio, hasta que llegue un momento en el que el único dato fiable venga a ser mi palabra dada de mantener *lo prometido*". Efectivamente, no puede caber duda que Dios sigue ahí presente como Juez. Él es, además, el sumo Libertador; pero, en cambio, el cómo de su juicio y de su acción libertadora no nos es dado saber.

Eso viene a suponer que la auténtica teología, la que en verdad afecta al modo en que vivimos, nunca será la de la árida filiación académica. Nuestro Dios es un Dios de sorpresas. Del morral de las sorpresas de Otoniel, sale la pieza a cazar por Samgar. El marco de enjuiciamiento es por completo fiable, pero lo cierto es que van a tener lugar ahí sucesos que jamás hubiéramos imaginado. En palabras de la teóloga inglesa Dorothy L. Sayers, con relación a algo distinto (aunque puede que, quizás, no tan diferente), "Podemos calificar esa doctrina de jubilosa, o podemos tildarla de catastrófica [...] pero si decimos de ella que es plana o sosa, no habremos dado con su verdadero sentido".

Es por eso que, al llegar a la historia de Aod, nos viene a la memoria que, tras toda acción de juicio, es el Señor el que juzga respecto a qué habrá de suceder en el futuro, cómo habrá de suceder, y cómo habrá de sernos transmitido a nosotros.

2. La historia: un relato lleno de sorpresas

"En *La Voz de Canaán*, los titulares dan la voz de alerta: **MONARCA ASESINADO POR UN ZURDO...** Eglón, el fallecido, de ciento veinte kilogramos de peso, era rey de Moab. El deceso tuvo lugar ayer tras ser atacado con arma blanca por un terrorista israelita. Los primeros informes indican que...".

De los abundantes detalles que se siguen de la primea página a la siguiente, el que más fácilmente se nos queda en la memoria es que "Eglón era un hombre muy grueso" (Jue. 3:17), pero el más significativo, en cambio, es que Aod era zurdo (Jue. 3:15). Podemos hacernos una idea de lo que eso supone para los escritores bíblicos si vamos juntando varios de los distintos versículos en los que aparecen las palabras "la mano derecha". En un supuesto listado, resaltaría en primer lugar la mano derecha del Señor. Es por esa diestra suya por la que jura bendecir a su pueblo, y es también la mano con la que destroza a los enemigos de su pueblo.⁷ A su diestra encontramos deleites y gozo para siempre, y a su diestra se sienta su Elegido.⁹ Esa diestra suya es, pues, la mano del poder, la gloria y la bendición.

Por eso, si se nos hubiera dicho que el Señor, el Juez, extendiendo su mano derecha se aprestaba a rescatar a Israel, levantando un rescatador que, asimismo, con *diestra alzada* blandiera la espada de la liberación, habríamos manifestado total aquiescencia: "¡Así es como debe ser!". Y cuando se nos dice, por el contrario, que ese libertador no

puede servirse de su mano diestra, no podemos menos que exclamar “¡Qué extraño!” —pues no es eso lo que esperamos después de Otoniel.

Sin embargo, es precisamente por esa circunstancia anómala por lo que la zurdera de Aod se convierte en el detalle más significativo del relato. El episodio queda marcado por lo inusual y lo inesperado. Lo que sucede no es lo que habríamos pensado que fuera a suceder. Tenemos entonces una nueva serie de repetida aliteración, con episodios en “M”, tan evidente como la serie con “R” que hacíamos notar al inicio. Pero aparte de esa letra inicial recurrente, lo que caracteriza a las distintas secciones a las que da pie es lo que tienen de inesperado.

a. Una Miseria inesperada (Jue. 3:12–14)

Seis son las naciones que han ido siendo mencionadas en los capítulos iniciales como “los habitantes de aquella tierra”, a los que Israel debería haber expulsado, pero a los que el Señor permite, pese a todo, seguir ahí, como motivo de prueba constante para su pueblo escogido. Los moabitas, en cambio, no se encuentran entre ellos; ni tampoco hay razón alguna para esperarlo. Para empezar, Moab no forma parte de la tierra prometida, y esos israelitas emigrantes hacía ya tiempo que dejaron atrás su territorio. Además, los moabitas no son pueblo ajeno a Israel, puesto que descienden de Lot, sobrino de Abraham, mientras que los cananeos sí lo son.¹² Por otra parte, aun cuando siempre se le haya tenido por enemigo, su importancia como tal apenas sí era digna de ser tenida en consideración: “Y Moab tuvo miedo ante los hijos de Israel”, cuando los vieron aparecer por vez primera; y “los valientes de Moab se sobrecogieron de temblor” ya antes de ese momento, al llegarles noticia de su triunfal huida de Egipto.¹⁴

Cuán inesperado, pues, debió de ser descubrir que, precisamente, de entre todos los pueblos posibles, “el Señor fortaleció a Eglón, rey de Moab, contra Israel”; y cuando Eglón y sus aliados efectivamente “fueron y derrotaron a Israel”, ¡qué desconcierto para todos aquellos que habían dado por sentado que Moab no era enemigo para tener en cuenta!

Pero, además, esa derrota no suponía tan sólo una batalla perdida. La verdadera consecuencia es la humillante pérdida de Jericó, “la ciudad de las palmeras”, cuya captura había supuesto el primer gran éxito en la acometida contra Canaán. Y hay otra consecuencia más. Anticipando ya algo de lo que va a suceder, Eglón, rey de Moab, va a sernos presentado como un personaje enteramente risible, que acabará sus días de forma grotesca. Pero, para eso, aun falta un tiempo. Por el momento —a la espera de que transcurran dieciocho largos años— Eglón no es un pelele risible, sino un tirano feroz, y la miseria que Israel soporta por culpa suya es aún más aguda por ese origen inesperado. El pecado ha traído consigo castigo, tal como el Señor había advertido desde el principio. Pero la manera en que esa justa retribución ha tenido lugar no se corresponde con lo que esperábamos.

b. Un Mensajero inesperado (Jue. 3:15a)

Resaltábamos en su momento que el libertador elegido por Dios, cuando hace por fin su aparición, es un varón zurdo. Eso es exactamente lo que dice la expresión hebrea. No es cuestión ahí, sin embargo, de puro dato respecto al uso natural de Aod de su mano izquierda, sino de lo negativo y restrictivo de verse impedido en el uso de la derecha. Puede que por deformidad, o por alguna forma de parálisis. Lo irónico del caso es que Aod pertenece a la tribu de Benjamín, cuyo nombre significa “hijo de la mano derecha”.

Nos equivocamos si, por saber de antemano el final de la historia, nos centramos desde un principio tan sólo en esa mano izquierda útil con la que Aod va a poner fin a su enemigo. A excepción del propio Aod, todos los personajes *de la historia* están pendientes de la mano diestra, la mano inútil. Nadie espera destreza alguna en la mano izquierda; se da por sentado que la acción va a ejecutarse sobre la base de la actuación de la derecha —de hecho, “destreza” es palabra que procede precisamente de “diestra”, esto es, la derecha; y si Aod no puede blandir su espada con la mano derecha, significa que no puede blandir arma alguna.

Esa es la razón por la que se le admite como enviado ante la Corte de Moab, y por lo que se le permite acceder a la presencia misma del rey, y no sólo, en un principio, como portavoz del grupo que presenta el tributo, sino asimismo posteriormente cuando solicita audiencia privada con Eglón. Su deformidad supone ausencia de peligro desde la perspectiva de los moabitas. Sin duda, es por eso por lo que los propios israelitas le han escogido como enviado especial —varón idóneo que no va levantar las sospechas del tirano al que temen.

Nosotros, en cambio, como lectores avisados, sabemos de la ironía de esa elección, y que las cosas no son lo que parecen. Y también podemos darnos cuenta de lo que debió suponer todo el suceso como experiencia fuera de lo común y muy reveladora para Israel. El objetivo final de Dios no ha cambiado: Él sigue dispuesto a cumplir lo prometido. El modo en que lo vaya a hacer es otra cuestión. Otoniel, primero de los jueces, ha sentado precedente de modelo de héroe clásico, como libertador con atributos fácilmente identificables —y ahora viene a ser que ese molde se rompe con su sucesor inmediato, un zurdo aparentemente discapacitado.

c. Una Misión inesperada (Jue. 3:15b)

Aun con su discapacidad, este zurdo acaba con su adversario con su impresionante juego de muñeca, como diría hoy día un comentarista de tenis. Los que van con él no dudan que vaya a hacer grandes cosas, y se mantienen a su lado para animarle en la empresa acometida...¿No es así?

Pues, no. La realidad dista mucho de ser así. Una vez más, vemos cómo se altera el esquema de Otoniel. En su caso, la secuencia de acontecimientos había comenzado con la venida del Espíritu del Señor sobre él; había después juzgado a Israel; había

guerreado; y había derrotado al enemigo. Es un hecho evidente que había sido reconocido como líder desde el principio mismo. Pero Aod no recibe ningún poder particular por parte del Espíritu, ni juzga a Israel, ni lidera ninguna fuerza militar contra Moab hasta que no se produce el asesinato del rey moabita. De hecho, cuando hace su primera aparición en escena, la impresión que se tiene de él es muy diferente. Es, además, más que probable que Israel, al igual que ocurre luego con Moab, no viera en Aod más que a un lisiado —esto es, un hombre del que servirse porque no es mucho lo que él vaya a poder hacer por cuenta propia—. Lo que se pretende es que no haya problemas, y si a algún exaltado se le ocurre empezar a hablar de un paladín que salve a Israel con la fuerza de su diestra, Aod no va a ser “el candidato probable”.

Por eso, ahora se le escoge para una tarea totalmente distinta. Lejos de parecer una cruzada de liberación, es esta una misión que colma la medida de la humillación de un pueblo derrotado: el pago del tributo. No hay ahí atisbo de insurrección; tan sólo una muestra de sumisión. Nada más. Pero, si estamos atentos a las notas, nos enteramos que, en realidad, el tributo se envía no “con él”, sino “*por su mano*”. Y, ¿qué mano es esa? ¿La mano izquierda, que sólo él sabe dispuesta a ejecutar algo por completo distinto? Por supuesto que no. Va a ser con esa derecha suya que para poco más sirve; una mano inoperante, en apropiada representación de un pueblo derrotado y sometido.

d. Un Mensaje inesperado (Jue. 3:16–22)

Llegamos así al núcleo central de esta historia que, si bien no vamos a calificar de “magnífica” (como no duda en hacer Auld por triplicado), sí hay que reconocer como ciertamente memorable.

El autor nos desvela en tres diferentes secuencias qué es lo que Aod, como enviado de Israel, le lleva al rey. Imaginemos la escena: la corte del rey Eglón, en la “ciudad de las palmeras”, en territorio ocupado al oeste del Jordán, en otros tiempos conquistado a los cananeos por Israel, pero ahora en poder de este nuevo enemigo. Hace entonces su aparición Eglón, rey de Moab, rodeado de toda su corte. Para él, Aod no es más que el enviado de Israel que llega acompañado de los que portan los regalos que le son debidos. Esos regalos configuran un mensaje, y ese mensaje es que el pueblo de Dios ha pasado a ser nación sometida.

Los acompañantes emprenden junto a Aod el camino de vuelta a casa, pero al llegar al “Círculo de las Piedras Labradas” se separan, volviéndose entonces Aod a la corte de Moab mientras que los demás prosiguen en su camino. Viene ahora la segunda de las secuencias del relato, apareciendo como personajes principales Eglón y sus cortesanos. Aod está también ahí, pero completamente solo. “Tengo un ‘mensaje’ secreto (*dabar*) que darte”, le dice al rey. Ahora bien, ¿en qué puede consistir ese *dabar*? Puede que una simple “palabra” —y son de hecho mayoría las versiones que lo traducen como “mensaje”—; pero también podría significar “cosa” —esa espada corta, de doble filo y sin empuñadura en cruz, fundida como encargo particular, y que Aod lleva ahora a su derecha y oculta bajo la ropa, donde ninguna persona diestra la llevaría—. La espada es

el mensaje. Y el mensaje consiste en el vaticinio (tal como ya se le había advertido al predecesor de Eglón, para gran enojo suyo) de un Israel que “devorará a las naciones *que son* sus adversarios [...] y *los* traspasará con sus saetas”.

Pero Eglón no se espera un mensaje de esa clase. Los anteriores acompañantes de Aod ya no están, y el rey no duda en hacer salir igualmente a sus cortesanos moabitas, quedándose a solas con Aod en su estancia privada de la planta superior de palacio. Empieza ahora la tercera secuencia. ¿En qué consistirá ese misterioso *dabar*? Eglón está impaciente por saberlo. Es un *dabar* que viene de Dios, le dice Aod; y es entonces cuando, de forma totalmente inesperada e imprevisible, Aod enarbola su espada con la mano izquierda y se lanza contra el rey clavándosela en el vientre.

“Así perezcan todos tus enemigos, oh Señor”. Aunque no del todo literalmente. Ciertamente, en parte, esas palabras de Débora y Barac en Jueces 5:31 son aplicables a las liberaciones que llevan a efecto los distintos jueces, pero es también posible que se dé razón de este regicidio político para hacernos ver que los enemigos del Señor no van a perecer de igual manera y tan de inmediato. El Señor va a ir rescatando de forma sucesiva a su pueblo en maneras que no podrían siquiera imaginar.

e. Un Método inesperado (Jue. 3:23–26)

La sección central de esta historia, acotada entre la desgracia de la que nos informa la introducción (3:12–14) y la liberación de Israel que constatamos al final (3:27–30), concluye con la huida de Aod y el descubrimiento del cuerpo sin vida de Eglón por sus siervos. Es un momento a un tiempo dramático y cómico; y rebosa de ironía. Las puertas aseguradas con cerrojo mantienen alejados a los servidores de Eglón de esa estancia en la que ahora yace muerto. Alejamiento que no es sólo corporal, sino inducido por pudor y vergüenza de descubrir a su soberano realizando sus necesidades más íntimas. Pero, una vez más, las cosas no son lo que aparentan. Aod sabe muy bien, al igual que lo sabe el lector, que cada minuto que pase es un minuto que favorecerá su huida. La trama se ha urdido y llevado a efecto con total pulcritud. Es más, el episodio en sí viene a reforzar un punto interesante que de inmediato se hace evidente. Aod se ha propuesto tender una trampa al tirano urdiendo una trama de engaños y falsas apariencias: la falsa apariencia de mensajero, la mano zurda que actúa como una diestra, la espada oculta, el mensaje aparente, la puerta asegurada con cerrojo. No faltará quien encuentre cuestionable la idea de que un siervo escogido de Dios vaya a salvar a su pueblo mediante engaño, o quien piense que esa sería una forma demasiado rebuscada de entender una narración que, después de todo, no deja de ser una emocionante historia. Pero, sea cual sea nuestra opinión al respecto, no cabe duda que estamos ante un proceder atípico, que no se corresponde con los métodos que esperaríamos del Señor, y que no guarda parecido alguno con el precedente sentado por Otoniel de guerra franca y batalla al descubierto.

f. Un Mandato inesperado (Jue. 3:27–30)

Es a partir de ese momento cuando, según apuntan todos los indicios, el pueblo empieza a reconocer el liderazgo de Aod. Pero ni siquiera entonces se nos dice que el Espíritu del Señor viniera sobre él, o que juzgara sobre Israel; eventos, por cierto, que tampoco habían ocurrido antes de su partida con el tributo para Eglón. Si estábamos esperando que al segundo juez se le concediera la misma forma de mandato que al primero, nos habremos llevado una gran desilusión. Lo que hace reaccionar a sus paisanos israelitas es la noticia de que el rey de Moab ha muerto: el éxito alcanzado es lo que viene a asegurarle un mandato. El modelo de Otoniel ha sufrido un cambio. El enemigo ha caído a manos de Israel, como nos indican Jueces 3:28 y 30, pero ha sido gracias a una mano zurda. Los efectivos israelitas que han acudido a la llamada de Aod se hacen ahora con los valles del Jordán; se supone que los moabitas, una vez muerto Eglón, se están retirando de la franja occidental que ocupaban, causando gran mortandad al cruzar el río de vuelta a su lugar de origen. Aod puede ahora vanagloriarse no sólo de haber dado muerte a Eglón, sino asimismo de ser un caudillo militar de éxito. Pese a todo ello, los acontecimientos no se han desarrollado como habríamos esperado. El Señor ha cumplido su promesa, mostrándose como un Dios que se ocupa de salvar a su pueblo; pero lo cierto es que sus métodos han resultado ser ¡totalmente impredecibles!

3. El principio para seguir: el gobierno de la mano izquierda

Nada de lo que ocurre en esta historia singular es lo que debiera ser. Moab, región en un principio insignificante, pasa a ser territorio de insoportable opresión. Posteriormente, transcurridos dieciocho años, cuando es ya enemigo poderoso, demuestra tener pies de barro. Confiados en su aparente seguridad, los moabitas dan por supuestas una serie de cosas que los sucesivos acontecimientos van a demostrar ser falsas. El rey de Moab da por sentado que el emisario israelita no va armado, y sucede que no es así. Sus cortesanos creen estar obrando correctamente al mantener las puertas cerradas, y los hechos ponen de relieve su error. Sus tropas están convencidas de que los israelitas nunca osarían atacarles, y la realidad viene a ser muy distinta. La ambigüedad de la situación es puesta de relieve en Jueces 3:29, donde se nos dice que los soldados moabitas eran “robustos” (*shamen*). El término hebreo, al igual que su equivalente en lengua inglesa (o española) puede entenderse de dos maneras: el temor que te inspiran hace que te parezcan “fuertes”, siendo como son efectivamente “muy capaces y bien dotados”; pero, al quedarse sin caudillo, pasan a ser (metafóricamente) tan sólo “sebosos” —su aparente musculatura no es más que masa sin fuerza.

Israel, por su parte, cuenta con un líder que, aparentemente, no está muy bien capacitado para el cargo. Y eso es así hasta el punto de que su propia gente no es consciente, en un primer momento, de su llamamiento. En su vida privada, las cosas tampoco son lo que aparentan, tal como hemos tenido sobrada ocasión de comprobar.

Lo impredecible e inesperado pone la nota de color en la saga personal de Aod. Es importante, sin embargo, observar en qué momentos hace su aparición esa nota. Su

distribución dista mucho de ser uniforme; si lo fuera, sería muy fácil determinar el modo de actuar de Dios para con su pueblo. Aunque sí que ha de haber alguna constante que se mantenga inalterada en medio del continuo fluir.

a. Lo constante

Para empezar, nunca hay nada de genuinamente original en el pecado de Israel. Merece la pena recordar que aun cuando Satán no deba ser nunca subestimado, sus objetivos son monótonamente predecibles. Las más variadas y exóticas de las tentaciones no suelen ir más allá de señuelos para caer en la trampa clásica de los archisabidos siete pecados capitales. El olvidarse del Señor, para servir a los baales y a Astarté, no son sino meras variantes de lo mismo. Ya se hizo evidente con Otoniel que el pecado que desembocaba en juicio no era sino “el ya habitual de volverse a los dioses locales en vez de acudir al Dios de Israel”; pecado que supone andar por los caminos del mundo, creyendo que, en la práctica, son más importantes y válidos que los del Señor. Eso es lo “malo” que Israel hace de continuo “ante los ojos del Señor” a lo largo de todo el período de los jueces. No hay nada nuevo ahí que pueda sorprendernos.

Ni tampoco hay nada de impredecible respecto a los propósitos de Dios. Su repulsa del pecado, su llamada al arrepentimiento, y su deseo de reconciliación con todos cuantos a Él se vuelvan sigue siendo evidente. La ley por Él dada pone en claro lo que todo eso viene a significar en términos de la vida práctica cotidiana. Es más, la actitud que Israel haya de tener respecto a la nueva tierra que ha entrado a poseer y sus moradores queda asimismo por completo explicitada. Nada encontramos ahí que suponga confusión o variación de lo dicho desde un primer momento.

b. Lo impredecible

Lo que sí varía es el modo en que Israel es sometido a presión, y lo inesperado es la elección de los métodos mediante los cuales Dios va a rescatar a su pueblo. Los sucesivos opresores de Israel, a saber, Cusán-risataim, Eglón, Jabín, Seba y Zalmuna, y todos los demás, se distinguen entre sí no sólo por su nombre sino por las diferentes semblanzas que Jueces ofrece de ellos. El haber podido soportar la ocupación moabita no le prepara a uno necesariamente para hacer frente a la política de arrasamiento de los madianitas o las tácticas de asimilación y anonadamiento de los filisteos. Y si no hay manera de saber cómo va a ser la siguiente prueba, imposible predecir de dónde va a venir la liberación. Una mujer, Débora; un advenedizo, Gedeón; un bandido, Jefté; un tronado, Sansón —todos ellos líderes inesperados e impredecibles, como el zurdo Aod, pero que, llegado el momento, se alzan con media docena de éxitos dispares con métodos del todo irregulares.

Y si bien es cierto que las distintas pruebas pueden entenderse como desgracia y miseria para Israel, mientras que la liberación supone la gracia de Dios actuando, se hace asimismo evidente que todo ello procede de Su mano. Dicho de otra forma, allí donde surja lo inesperado e impredecible, allí estará Dios obrando. Y sólo Él, que puso

en marcha el esquema original (Cusán-risataim y Otoniel), es el que tiene libertad para ir alterándolo. Esto lo podemos comprobar en la forma en que abate a su pueblo. Y se hace más evidente aun, con una variedad de métodos que nos deja perplejos, en el modo en que lo salva, lo restaura y le otorga su bendición.

“Pues considerad, hermanos, vuestro llamamiento —nos dice el Nuevo Testamento, subrayando el principio que subyace en el ministerio de esa mano izquierda— no hubo muchos sabios conforme a la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que Dios ha escogido lo necio del mundo, para avergonzar a los sabios; y Dios ha escogido lo débil del mundo, para avergonzar a lo que es fuerte; y lo vil y despreciado del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para anular lo que es; *para que nadie se jacte delante de Dios*”. Él es que está en control del mundo en el que se mueve su pueblo; la historia se desarrolla según sus designios; Él es el Juez, y Él es el que toma las decisiones. Podemos clamar rogando que haga realidad sus promesas, pero no nos asiste el derecho a dictarle el modo en que deba hacerlo. Tampoco hemos de sorprendernos si opta por los métodos más inverosímiles, aun cuando pensemos que modos tan poco comunes como la “zurdera”, la miseria y la enfermedad, la frustración y el fracaso puedan ser instrumentos por Él orquestados. Después de todo, ¿quién habría podido imaginar esa predilección por servirse de lo “discapacitado”, como es el caso en la génesis de la iglesia cristiana? O ¿cómo anticipar que cuando el Juez viniera en la carne, lo haría en la persona de un marginado que “no tiene aspecto *hermoso* ni majestad para que le miremos, ni apariencia para que le deseemos [...] [y por ello] fue despreciado y desechado de los hombres”?

Débora y Barac: distinguiendo entre “nosotros y ellos”

Jueces 4:1–5:3

Cuando murió Aod, los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos del Señor.

- 2 Y el Señor les vendió en manos de Jabín, rey de Canaán, que reinaba en Hazor. El comandante de su ejército era Sísara, que vivía en Haroset-goim.
- 3 Y los hijos de Israel clamaron al Señor, porque aquél tenía novecientos carros de hierro y había oprimido duramente a los hijos de Israel por veinte años.
- 4 Débora, profetisa, mujer de Lapidot, juzgaba a Israel en aquel tiempo;
- 5 y se sentaba debajo de la palmera de Débora entre Ramá y Betel, en la región montañosa de Efraín; y los hijos de Israel subían a ella a *pedir* juicio.

- 6 Y ella mandó llamar a Barac, hijo de Abinoam, de Cedes de Neftalí, y le dijo: Esto ha ordenado el Señor, Dios de Israel: “Ve, marcha al monte Tabor y lleva contigo a diez mil hombres de los hijos de Neftalí y de los hijos de Zabulón.
- 7 “Y yo atraeré hacia ti a Sísara, comandante del ejército de Jabín, con sus carros y sus muchas tropas al torrente de Cisón, y lo entregaré en tus manos”.
- 8 Le respondió Barac: Si tú vas conmigo, yo iré; pero si no vas conmigo, no iré.
- 9 Y ella dijo: Ciertamente iré contigo; sin embargo, el honor no será tuyo en la jornada que vas a emprender, porque el Señor venderá a Sísara en manos de una mujer. Entonces Débora se levantó y fue con Barac a Cedes.
- 10 Y Barac convocó a Zabulón y a Neftalí en Cedes, y subieron con él diez mil hombres; Débora también subió con él.
- 11 Y Heber ceneo, se había separado de los ceneos, de los hijos de Hobab, suegro de Moisés, y había plantado su tienda cerca de la encina de Zaanaim, que está junto a Cedes.
- 12 Avisaron a Sísara que Barac, hijo de Abinoam, había subido al monte Tabor.
- 13 Y juntó Sísara todos sus carros, novecientos carros de hierro, y a todo el pueblo que *estaba* con él, desde Haroset-goim hasta el torrente Cisón.
- 14 Entonces Débora dijo a Barac: ¡Levántate!, porque este es el día en que el Señor ha entregado a Sísara en tus manos; he aquí, el Señor ha salido delante de ti. Bajó, pues, Barac del monte Tabor seguido de diez mil hombres.
- 15 Y el Señor derrotó a Sísara, con todos *sus* carros y todo *su* ejército, a filo de espada delante de Barac; y Sísara bajó de *su* carro, y huyó a pie.
- 16 Mas Barac persiguió los carros y el ejército hasta Haroset-goim, y todo el ejército de Sísara cayó a filo de espada; no quedó ni uno.
- 17 Pero Sísara huyó a pie a la tienda de Jael, mujer de Heber ceneo; porque *había* paz entre Jabín, rey de Azor, y la casa de Heber ceneo.
- 18 Y Jael salió al encuentro de Sísara, y le dijo: Ven, señor mío, ven a mí; no temas. Y él fue hacia ella a la tienda, y ella le cubrió con una manta.
- 19 Y él le dijo: te ruego que me des de beber un poco de agua, porque tengo sed. Y ella abrió un odre de leche y le dio de beber; entonces lo cubrió.
- 20 Entonces él le dijo: Ponte a la entrada de la tienda, y si alguien viene, y te pregunta, y te dice: “¿Hay alguien aquí?”, tú responderás: “No”.
- 21 Pero Jael, mujer de Heber, tomó una estaca de la tienda y tomando en la mano un martillo, se le acercó silenciosamente y le clavó la estaca en las sienes, la cual penetró en la tierra, pues él estaba profundamente dormido y agotado, y murió.
- 22 Y he aquí, cuando Barac perseguía a Sísara, Jael salió a su encuentro, y le dijo: Ven, y te mostraré al hombre que buscas. Y él entró con ella, y he aquí que Sísara yacía muerto con la estaca en la sien.
- 23 Así sometió Dios en aquel día a Jabín, rey de Canaán, delante de los hijos de Israel.
- 24 Y la mano de los hijos de Israel se hizo más y más dura sobre Jabín, rey de Canaán, hasta que lo destruyeron.
- 5:1 Entonces Débora y Barac, hijo de Abinoam, cantaron en aquel día, diciendo:

- 2 ¡Por haberse puesto al frente los jefes en Israel,
por haberse ofrecido el pueblo voluntariamente,
benedicid al Señor!
- 3 ¡Oíd, reyes; prestad oído, príncipes!
Yo al Señor, cantaré,
cantaré alabanzas al Señor, Dios de Israel.
- 4 Señor, cuando saliste de Seir,
Cuando marchaste del campo de Edom,
la tierra tembló, también cayeron gotas del cielo,
y las nubes destilaron agua.
- 5 Los montes se estremecieron ante la presencia del Señor,
Aquel Sinaí, ante la presencia del Señor, Dios de Israel.
- 6 En los días de Samgar, hijo de Anat,
en los días de Jael, quedaron desiertos los caminos,
y los viajeros andaban por sendas tortuosas.
- 7 Cesaron los campesinos, cesaron en Israel,
hasta que yo, Débora, me levante,
hasta que me levante, como madre en Israel.
- 8 Escogieron nuevos dioses;
La guerra *estaba* a las puertas.
No se veía escudo ni lanza
entre cuarenta mil en Israel.
- 9 Mi corazón está con los jefes de Israel,
Los voluntarios entre el pueblo.
¡Benedicid al Señor!
- 10 Los que cabalgáis en asnas blancas,
los que os sentáis en *ricos* tapices,
los que viajáis por el camino, cantad.
- 11 Al sonido de los que dividen las *manadas* entre los abrevaderos,
allí repetirán los actos de justicia del Señor,
los actos de justicia para con sus campesinos en Israel.
Entonces el pueblo del Señor descendió a las puertas.
- 12 Despierta, despierta, Débora;
despierta, despierta, entona un cántico.
Levántate, Barac, y lleva a tus cautivos, hijo de Abinoam.
- 13 Entonces los sobrevivientes descendieron a los nobles;
el pueblo del Señor vino a mí como guerreros.
- 14 De Efraín *descendieron* los radicados en Amalec,
En pos de ti, Benjamín, con tus pueblos;
de Maquir descendieron jefes,
y de Zabulón los que manejan vara de mando.
- 15 Los príncipes de Isacar *estaban* con Débora;
como Isacar, así *también* Barac;

- al valle se apresuraron pisándole los talones;
entre las divisiones de Rubén
había grandes resoluciones de corazón.
- 16 ¿Por qué te sentaste entre los rediles,
escuchando los toques de flauta para los rebaños?
Entre las divisiones de Rubén
había gran escudriñamiento de corazón.
- 17 Galaad se quedó al otro lado del Jordán.
¿Y por qué se quedó Dan en *las* naves?
Aser se sentó a la orilla del mar, y se quedó junto a sus puertos.
- 18 Zabulón *era* pueblo que despreció su vida *hasta* la muerte.
Y también Neftalí, en las alturas del campo.
- 19 Vinieron los reyes y pelearon;
pelearon entonces los reyes de Canaán
en Taanac, cerca de las aguas de Meguido;
no tomaron despojos de plata.
- 20 Desde los cielos las estrellas pelearon,
desde sus órbitas pelearon contra Sísara.
- 21 El torrente Cisón los barrió,
el antiguo torrente, el torrente Cisón.
Marcha, alma mía con poder.
- 22 Entonces resonaron los cascos de los caballos
por el galopar de sus valientes corceles.
- 23 “Maldecid a Meroz”, dijo el ángel del Señor,
“maldecid, maldecid a sus moradores;
porque no vinieron en ayuda del Señor,
en ayuda del Señor contra los guerreros”.
- 24 Bendita entre las mujeres es Jael,
mujer de Heber ceneo;
bendita sea entre las mujeres de la tienda.
- 25 Él pidió agua, y ella le dio leche;
en taza de nobles le trajo cuajada.
- 26 Extendió ella la mano hacia la estaca de la tienda,
y su diestra hacia el martillo de trabajadores.
Entonces golpeó a Sísara, desbarató su cabeza;
destruyó y perforó sus sienes.
- 27 A sus pies él se encorvó, cayó, quedó tendido;
a sus pies se encorvó y cayó;
donde se encorvó, allí quedó muerto.
- 28 Miraba por la ventana y se lamentaba
la madre de Sísara, por las celosías:
“¿Por qué se tarda en venir su carro?
¿Por qué se retrasa el trotar de sus carros?”.

- 29 Sus sabias princesas le respondían,
aun a sí misma ella repite sus palabras:
- 30 “¿Acaso no han hallado el botín y *se lo* están repartiendo?
¿Una doncella, dos doncellas para cada guerrero;
para Sísara un botín de tela de colores,
un botín de tela de colores bordada,
tela de colores de doble bordadura en el cuello del victorioso?”.
- 31 Así perezcan todos tus enemigos, oh Señor;
mas sean los que te aman como la salida del sol en su fuerza.
Y el país tuvo descanso por cuarenta años.

“Cuando murió Aod, los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos del Señor” (Jue. 4:1). Lo acostumbrado, junto con una novedad. Lo primero (“cuando murió Aod”) es la novedad que enmarca la recurrencia de lo acostumbrado, que viene a quedar resaltada con ese “volvieron”. Para cuando termine el libro, la desobediencia del pueblo de Dios le parecerá al lector la crónica de un mal endémico a Israel, el viejo problema de siempre, que se repite constante sin visos de solución. Ochenta años de descanso (Jue. 3:30), que podrían abarcar las dos generaciones respectivas de juicio bajo Samgar y Aod, se ven sucedidos por un nuevo opresor y su correspondiente nuevo libertador. Recordamos entonces que no es sino el Señor el que pone en escena a ambos, tanto en este caso como en todos los demás. No es accidental, pues, que, tal como hemos visto, Jueces presente la maldad de Israel como hecho carente por completo de originalidad —la única variante es su constante empeoramiento— mientras que la manera en que el Señor se ocupa de ello es paradigmática de recursos infinitos. Y ese es precisamente uno de los aspectos del mensaje que Jueces nos transmite, que Israel no puede salvarse a sí mismo —que tan sólo el Juez podrá; y que ese Juez está dispuesto a así hacerlo.

El territorio montañoso de Efraín, donde Aod hizo sonar la trompeta para convocar al pueblo a la lucha contra los moabitas (Jue. 3:27), es asimismo el lugar donde va a sentarse Débora para juzgar bajo la palmera (4:5), pero mientras que la primera parte de la historia se desarrolla al sur de esa región, en los alrededores de Jericó y de Gilgal, en esta otra parte nos trasladamos al norte, junto al monte Tabor y el río Cisón.

De lo que allí ocurre nos informan las Escrituras. “Jabín, rey de Canaán [...] había oprimido duramente a los hijos de Israel por veinte años [...] Débora [...] mandó llamar a Barac [...]. Yo atraeré hacia ti a Sísara, comandante del ejército de Jabín, con sus carros y sus muchas tropas al torrente Cisón, y lo entregaré en tus manos”. Así había dispuesto el Señor por boca de su profetisa (4:2–7). La victoria que de ello se sigue queda reflejada en el capítulo 5 con el cántico triunfal tras la muerte de Sísara, y que no es sino un glorioso recuento de lo acontecido en forma poética.

El contenido de estos dos capítulos podría refundirse como un cuento atemporal. “Érase una vez un rey malvado, que tenía a sus órdenes a un fiero comandante, que contaba con 900 carros de hierro. La vida era muy dura para las pobres gentes del lugar. Entonces hicieron su aparición tres personajes que venían a librarles del opresor. El

primero de ellos era una mujer que juzgaba a la sombra de una palmera, el segundo era un soldado que venció en batalla como un torrente, y el tercero era una mujer que se sirvió de una maza y un clavo de su *jaima* para...". Puede, claro está, que no sea éste el típico cuento que encontramos en los libros. Entre otras cosas, porque Dios es ahí el personaje principal. Pero, sea como fuere, lo cierto es que es un relato apasionante.

Por otra parte, estos capítulos pueden verse también como fiel reflejo de una historia real. El antiguo cántico que da contenido al capítulo 5 es una genuina composición literaria basada en hechos reales acaecidos en tierras que nos son sobradamente familiares, aun siendo remotos históricamente los pueblos protagonistas. El Oriente Medio era entonces tan variopinto étnicamente como lo es en la actualidad, encontrándose en pleno proceso de cambio de la Edad de Bronce a la Edad de Hierro. De entre esos pueblos, los cananeos eran los que más tiempo llevaban establecidos en la zona, los más ricos y los que mayor poder tenían; poder que iba en consonancia con su desmesurada ambición. En este punto, tomando el hilo del relato desde el trasfondo de la historia secular, no podemos dejar a un lado el nombre de Dios, aunque sólo sea en la expresión "Acto de Dios" que, a no dudar, las modernas compañías de seguros aplicarían a ese cataclismo natural de órbitas en conflicto y torrentes desbordados que, según el cántico, acabaron con el ejército cananita (5:20–21).

Todo eso, en suma, no es sino un medio para familiarizarnos con lo sucedido —al menos en sus aspectos más evidentes—. Lo que tenemos ahí es Escritura, y narrativa, e historia. Pero también es teología —algo que ha de relacionarse con nuestro conocimiento de Dios— y aun siendo imposible ignorar su presencia en el relato, con independencia de nuestro ángulo de lectura, el contemplarlo desde esta cuarta perspectiva supone verle a Él y a su pueblo en el centro de todo ello, haciéndose así evidente su auténtico significado. Así es cómo captamos no sólo lo evidente que emerge a la superficie, sino asimismo el fondo del que surge. Es por eso que ya no empezaríamos con un "Y vino a suceder que", ni con un "Érase una vez", ni tampoco "Hace más de 3.000 años, tuvo lugar en Oriente Medio", sino con un inicio de historia genuinamente teológico, que da por sentado que estos capítulos tienen que ver en primera instancia con Dios mismo y con su pueblo. Y son estos capítulos que se ocupan de un período de tiempo en el que no resulta obvio cómo ejerce el control, y ni siquiera si es verdaderamente así. Lo que sí sigue siendo evidente es que, en medio de la incertidumbre, las dudas y preguntas surgían, las pruebas se sucedían, y las lecciones eran impartidas. Y todo ello con una relevancia que no sólo tenía que ver con aquella situación y aquellos tiempos, sino que siguen siendo igualmente de relevancia aplicable en la actualidad.

Jueces revela en parte los propósitos de Dios en aquel momento. Su aparente silencio no es por pasividad; ni tampoco es que vaya a esperar a que su pueblo implore socorro. A la vista de la incapacidad de Israel para desalojar a las naciones que ocupan Canaán, Dios interviene según sus propios designios en medio de un conflicto que enfrenta a su pueblo de forma constante con esas otras naciones. Se nos ha informado con toda claridad que si se ha permitido que los antagonismos continúen es para que

“los hijos de Israel conocieran la guerra” (3:2) y para que el Señor les pusiera a prueba “para ver si obedecían” (3:4). Las historias de los tres primeros jueces, sobre todo la de Aod, han hecho que centremos nuestra atención en Dios interviniendo como Juez y Salvador. La historia de Débora y Barac, en cambio, nos lleva a fijarnos en el pueblo israelita —en cómo va teniendo conocimiento, y en cómo viene a ser conocido.

1. “Para que Israel tenga conocimiento”

Al igual que con Otoniel y Aod (pero no con Samgar) el primer personaje que aparece nombrado en el recuento de los juicios de Débora es el rey de la nación que en ese momento oprime a Israel. En este caso, además, el rey aparece asociado al comandante en jefe, e incluso se mencionan los nombres respectivos de la sede real y del lugar de residencia del militar: Jabín reside en Hazor, Sísara está en Haroset-goim —“Haroset de las naciones” (4:2)—. Va a ser, pues, contra la nación que acaudillan esos dos personajes que Israel deberá aprender a definirse y tomar conciencia de su propio destino. En oposición —y opuestos a Jabín y Sísara— los israelitas tendrán que luchar contra lo que ambos representan.

a. Jabín

Aunque el nombre del rey de los cananeos es mencionado cinco veces en el capítulo 4, no llega en ningún momento a hacer su aparición en escena. Sin embargo, su figura se cierne amenazadora en la sombra. Así, pues, ¿qué es lo que sabemos en realidad de este rey?

Jueces sólo nos informa al inicio del relato que Jabín es el opresor de Israel, para confirmar al final su sometimiento y destrucción por parte de Israel. Josué contribuye a subsanar esa falta aportando un trasfondo: un rey Jabín es mencionado en el capítulo 11 del libro. Se forja ahí una alianza de reyes locales bajo su liderazgo que tiene como objetivo frustrar la invasión israelita, siendo, sin embargo, aniquilada esa alianza por los ejércitos de Josué. La relación entre Josué 11 y Jueces 4–5 es objeto de acalorado debate entre los expertos. Hay quien sostiene que “la batalla histórica *decisiva* en la conquista del norte entre Israel y Jabín de Canaán ha llegado hasta nosotros partiendo de dos versiones muy distintas”. Otros, en cambio, opinan que “Jabín” es un nombre genérico que indica dinastía real (al igual que en las dinastías europeas, o con el título de “faraón” en Egipto), que se aplicaba entonces de forma sistemática a los monarcas de Azor. De ser así, resultaría que el poder del Jabín mencionado en primer lugar, aun habiendo sido en su momento anulado por Josué, habría resurgido con su sucesor en tiempos de Jueces 4. Sea cual fuere la posible conexión histórica entre esos dos relatos, es evidente que tendremos que leer el segundo de ellos a la vista del trasfondo del más antiguo. “Cuando murió Aod [...] el Señor los vendió en mano de Jabín, rey de Canaán, que reinaba en Azor” (4:1–2), palabras éstas que tuvieron que sonarles entonces a los israelitas (y a los lectores posteriores) como amenaza latente dadas las connotaciones de ese nombre dinástico con relación a Josué 11:1–5. En su momento se habían

movilizado contra Josué los reyes de Madón, Simrón, Acsan, y los reyes que estaban al norte en la región montañosa, y en las tierras bajas, en el sur, en oriente y en occidente; y todas las tribus —“y todos sus ejércitos con ellos, tanta gente como la arena que está a la orilla del mar”— y “Hazor [...] había sido cabeza de todos estos reinos”.

No ha de sorprendernos, pues, que el temor al terrible y maligno poder de ese Jabín de Hazor, desbaratado tiempo atrás, reviviese ahora con mayor intensidad. El pueblo de Dios sabe de la posibilidad real de la resurrección de los muertos, y eso no como algo milagroso sino como algo por completo normal, y no porque todos y cada uno de ellos lo hubieran experimentado a título personal, sino precisamente porque ven por todas partes la acción opuesta de Satán. En Apocalipsis, Juan los describe en términos de la bestia que ha sido sanada de su herida mortal. En tanto que vivamos en el mundo presente, ninguna victoria sobre el mal va a ser definitiva, ya sea por razón de opresión de los grandes imperios o por desgracias personales o pecados propios que estemos combatiendo. Y eso es precisamente lo que se nos hace ver en Jueces 4:2, entendiéndolo tal como aparece: agresión renovada de un antiguo enemigo. Siempre habrá un Jabín en esta vida. El hecho de que la bestia maligna mortalmente herida siga viviendo es algo sorprendente y casi incomprensible para los creyentes más ingenuos, para aquellos afectados por el ansia contemporánea de los resultados inmediatos, y para aquellos otros confusos respecto al significado de “líbranos del mal”. Pero cuando, pese a haber sido derrotado y aplastado en el pasado, un nuevo Jabín cobra nueva vida y hace su aparición en escena, lo que ocurre es que sencillamente se confirma una vez más lo que las Escrituras repiten una y otra vez sobre la persistencia de Satanás y nuestra absoluta necesidad de continua protección y cuidado. En un capítulo anterior traía a colación el poema de Chesterton, *Ballad of the White Horse*; el caballo de ese título, localizado en las verdes praderas, necesita ser constantemente limpiado de las plantas que amenazan con engullirlo, y algo muy similar es lo que tienen que hacer tanto el rey sajón como sus sucesores, manteniéndose en constante guardia ante las incursiones de las hordas bárbaras.

¿Renunciarás a esas plantas para siempre?

¿Desestimarás las margaritas del prado?

¿Le dirás adiós para siempre a la pertinaz

Hierba, instándola a no volver jamás?

En la vida presente, nunca podrá el genuino siervo del Señor disfrutar de inmunidad absoluta ante los reiterados ataques de Satanás, y ello por ser el suyo todavía un corazón con pecado y su cuerpo todavía mortal.

b. Sísara

Mientras que Jabín se mantiene alejado de la escena, Sísara asume plenamente su papel en la trama. El rey está por detrás, urdiendo planes de guerra; su general es el enemigo visible al que hay que hacer frente en el campo de batalla. Poco importa

cuáles sean los planes y propósitos de Jabín, lo que cuenta ahora son esos 900 carros de hierro. Esa aplastante superioridad militar ha acobardado a Israel durante años. El momento histórico es el de un cambio de tremenda magnitud, al ceder paso la forma más simple de vida de la Edad de Bronce a la superioridad técnica de la Edad del Hierro. Desde la perspectiva del pueblo de Dios, ese cambio exponencial tiene una finalidad teológica. Puede que nunca lleguen a encontrarse cara a cara con Jabín, pero el aparato de guerra que lo representa es sobradamente visible, y es ciertamente lo último en equipamiento militar.

La relación entre el rey y su general, en lo que atañe a Israel, queda ilustrada por lo que se ha dado en llamar la doctrina de la “iglesia invisible”. La iglesia es “invisible” en el sentido en que sólo Dios puede ver con total claridad y exactitud quién está dentro y quién está fuera de ella; por otra parte, los que la integran son seres humanos perfectamente reales y visibles. La cuestión es que este principio puede aplicarse igualmente a los enemigos espirituales de la iglesia. En aquel entonces, al igual que ahora, el pueblo de Dios no puede ver lo que está ocurriendo en el corazón de las tinieblas, que es donde el supremo Adversario incuba sus planes diabólicos en la sombra, sin embargo, las tropas y las armas de las que se sirve no sólo son reales sino también muy visibles. En la actualidad, y en términos del Nuevo Testamento, el dueño de este mundo, nuestro adversario, el demonio,⁸ el dragón que nos persigue, está en constante asedio y acoso de la iglesia de Cristo; y debemos estar alerta para no caer en el abismo de su astucia, ni tratar de vencerlo por nuestros propios medios, precisamente por ser conscientes de que puede utilizar como armas aquello y aquellos dentro de nuestro círculo personal y familiar más querido. Puede que sea aquí donde podamos encontrar un posible uso para esos “salmos imprecatorios”, tan llenos de ira y maldición, que parecen fuera de lugar en boca de un cristiano. ¿Se puede en verdad orar pidiendo que nuestros enemigos sean aniquilados? Evidentemente, sí. Contra el gran Enemigo y Adversario que no podemos ver; y, muy particularmente, allí donde esté haciendo uso de unos “carros de hierro” que sí son visibles. Y ello con absoluta vehemencia. Eso es sin duda lo que el apóstol Pablo está diciéndoles a los corintios con relación al caso de inmoralidad que está contaminando al resto de la congregación: mientras esa persona siga dejándose manipular por un mal perverso que está sirviéndose de ello para sus propios fines, ambos tendrán que ser apartados de la iglesia, si bien, como es lógico, el deseo de Pablo es que el mal sea destruido y el hombre sea recuperado.¹⁰

c. Los cananeos

Hay otra forma de identificar a aquellos que son en este punto los enemigos de Israel. El rey, conocido pero no visible, ha sido mencionado por su nombre; el general, visible y conocido, es también mencionado, y la nación que acaudilla tiene nombre propio. No debemos pasar por alto el hecho de que la opresión es por parte de los cananeos. Dentro de la secuencia narrativa de Jueces, esto marca un retorno al prólogo. Otoniel, primero de los jueces, fue elegido para hacer frente al invasor procedente de

Mesopotamia, del lejano noreste, Aod, el segundo de ellos, dio fin a las incursiones de los moabitas de la franja del Jordán, ya en tierra prometida, y Samgar, el tercero, pone freno a los filisteos procedentes del Mediterráneo. Y ahora viene a suceder que es Canaán quien se prepara para repeler a los recién llegados.

Esto tiene un doble significado. Por una parte, Canaán es el territorio que Dios quiere entregar a Israel desde un principio. Por razones que se detallan en otro lugar, Él ha dispuesto que las tribus cananeas sean aniquiladas sin posible alternativa, y ese propósito viene a ser coincidente con su intención de proporcionar una nueva tierra a ese pueblo suyo recién rescatado de Egipto. Eso hace del conflicto entre Israel y los cananeos parte central de sus planes, y ello en forma distinta a como había sido el caso con Mesopotamia, los moabitas y los filisteos.

Por otra parte, estaba también la advertencia específica de no dejarse seducir por la religión cananita. Era inevitable, claro está, que se familiarizaran con los dioses de Palestina y también con los de Moab. Pero los baales y Astarté eran lo que en verdad había logrado apartarles del Dios verdadero.

Dicho de otra forma, "Canaán" es el nombre de entre todos los nombres que suscita en el pueblo de Dios antagonismo y atracción simultáneamente. Cuando Israel se muestra atento y obediente, ve claramente que la tierra de Canaán le está destinada, pero que sus gentes y sus costumbres van en perjuicio suyo, por lo que no hay otra solución que arrojar a unos para disfrutar de lo otro. Por el contrario, cuando se aparta del camino de la obediencia, se une a esos pueblos adoptando sus modos y costumbres, no importándole renunciar a la posesión del territorio. Así es cómo podemos comprender que sea Dios mismo el que entregue a Israel en manos de sus enemigos, pues únicamente con esa clase de sufrimiento va a darse cuenta Israel del espejismo en que vive. Como país, Canaán es una tierra codiciable; es además el sitio elegido por el Señor como su destino.¹⁴ El espejismo consiste en creer que no sólo la tierra de Canaán es codiciable, sino todo el conjunto de Canaán, con sus gentes y su forma de vida. Tan sólo dejando que Israel salga escarmentado de la experiencia va a ser posible que entiendan que Canaán es su gran enemigo.

Detrás de todo eso, está constante la mano de Dios. Él es el que elige el nuevo hogar de su pueblo, el que condena personalmente a esas naciones corruptas que llevan largo tiempo ocupando la tierra, y es Él también el que va ayudar a Israel a reemplazarlos. Para ello permite que la nefasta influencia cananita siga activa poniendo a prueba a su pueblo y, cuando fallan en la prueba, es Él el que permite que sus enemigos les opriman y el que, por último, levanta cada vez un libertador que les rescate. El proceso en su totalidad va a ser el medio por el que instruye a su pueblo. Todas las circunstancias sin excepción son designio suyo: Dios es ahí Juez.

Todo esto puede ayudarnos a entender el lugar que ocupa Débora dentro de la narración. En relación con los jueces que son mencionados por su nombre, ella ocupa el cuarto lugar, detrás de Otoniel, Aod y Samgar; respecto a las historias contadas con más pormenores, va en segunda posición, por detrás de Aod. Pero en cuanto a ese esquema clásico de narración típica de juicio, el caso de Débora iría el tercero.

En esta última secuencia de tres, el desarrollo de los acontecimientos entre uno y

otro puede explicarse como sigue. La figura de Otoniel constituye el encuadre básico, tal como lo conocemos. Israel nos es mostrado en medio de su pecado, incurriendo en la ira del Señor, sometido al opresor y clamando ayuda; surge entonces el libertador, del que se nos pone debidamente en antecedentes, al que se le concede, además, poder, y que viene a juzgar, rescatar y traer descanso y paz al pueblo israelita, pero que, una vez hecho todo esto, muere. Y este va a ser el esquema que se mantenga y repita en el período de los jueces.

Pero lo cierto es que ese esquema pronto viene a verse alterado. Aod, sucesor de Otoniel, compone una historia muy diferente. ¿En qué forma ha intervenido Dios?

Analizándolo, vemos que, en última instancia, se ha cumplido el mismo objetivo (“Fue subyugado Moab aquel día bajo la mano de Israel. Y la tierra tuvo descanso”, 3:30), pero por unos métodos totalmente insólitos e inesperados. Dios, en su poder y por su amor, salvará a su pueblo, pero la manera en que lo haga siempre será impredecible. Él respetará sus promesas, y eso será todo.

Hasta aquí las historias de Otoniel y Aod. La tercera, la historia de Débora, presenta el esquema básico de la primera y unas cuantas características anómalas, como ocurre en la segunda (tal sería el asesinato con astucia y engaño). Pero su auténtica función parece ser situarnos ante el auténtico meollo de la cuestión, en esa genuina crisis “cananita” donde Israel va a encontrarse con una situación claramente definida e insoslayable. Canaán es la tierra de la que deben tomar posesión, de eso no cabe duda; pero la religión que ahí se practica es una gran tentación, y ha sido a través de un gran sufrimiento que por fin han comprendido que esos pueblos son un enemigo poderoso y persistente, una amenaza a la que hay que hacer frente.

2. “Para que el Señor tenga conocimiento”

Si el estado de la situación se le está haciendo evidente a Israel, ¿qué es lo que Dios a su vez está averiguando acerca de su pueblo? Se nos ha informado de que el Señor permitió que siguieran allí “todos los cananeos [...] para probar a Israel, para ver si obedecían los mandamientos que el Señor había ordenado” (3:3–4). El reto de levantarse en armas contra el opresor hace que se reúna un ejército israelita de 10.000 hombres. Y al igual que la naturaleza y origen del enemigo se concentra en tres nombres —Jabín, Sísara y Canaán— la oposición asume igualmente tres nombres en concreto. Esos 10.000 avanzan decididos y valientes hacia donde les aguarda el ejército cananita, pero el vencer a ese ejército va a ser mérito de Débora, Barac y Jael.

La novedad aquí, a la vista de su trasfondo y no sólo de los tres primeros capítulos de Jueces sino asimismo de la propia historia bíblica hasta ese momento, resulta evidente. Los primeros libros del Antiguo Testamento no andan faltos de mujeres de renombre, pero ninguna de ellas había sido favorecida con papel tan crucial como el que nos sale al encuentro en Jueces 4–5. Y esa novedad queda subrayada al menos en tres formas. La que aquí nos ocupa, la más temprana en describir un caudillaje femenino de esa índole, lo hace presentando no una sino dos mujeres de excepción.

Como segunda característica, el que el relato dé comienzo con la presencia de un enemigo inesperado (los cananeos), hace que también resalte, por contraste, esa líder igualmente inesperada (Débora). El tercer punto, como final del relato, nos muestra al enemigo siendo destruido por un método que tiene precedente (el “golpe” mortal, que tiene en origen el mismo término hebreo tanto en 3:21 como en 4:21) pero llevado a cabo por una mujer que aparece por primera vez (Jael).

Empieza, pues, a hacerse evidente esa repetida combinación de lo que cabría esperar con lo totalmente inesperado como característica particular de Jueces. De entrada, eso nos recuerda que Dios cumple siempre sus promesas respecto a lo que va a hacer, pero que de ningún modo podemos pretender limitarle respecto a cómo lo vaya a hacer. Estos son los dos factores con los que ineludiblemente habremos de contar. Con relación a nuestras expectativas respecto a Dios, el “qué” vaya a hacer sí suele sernos revelado con cierta regularidad; regularidad, en cambio, que está ausente respecto al “cómo” vaya a hacerlo. Pero, en última instancia, el “qué” y el “cómo” son decisiones que sólo a Él competen. Él es el Juez. Y eso es definitivo.

a. Jael

De estos tres “libertadores” de Israel, Débora es la primera en ser presentada nada más bosquejarse el telón de fondo de la opresión cananita (4:4). Pero primero vamos a ocuparnos de esa otra mujer, Jael, que va a desempeñar papel tan crucial en el clímax de la historia. Ya en un principio, y desde el momento mismo del diálogo entre Débora y Barac, el autor de Jueces apunta precisamente en esa dirección. Por otra parte, se nos ha puesto también en antecedentes del aprieto en que se encuentra Israel, que reviste una forma que ha venido ya a sernos familiar: el Señor los ha vendido “en mano” de sus enemigos, Jabín y Sísara (4:2; véase 2:14; 3:8). Pero ahora, de forma excepcional, la liberación de Israel va a llevarse a cabo poniendo la situación por completo del revés: “el Señor venderá a Sísara en manos de una mujer” (4:9). El enemigo derrotado por otro enemigo.

Llegados a este punto, cabe preguntarse, ¿es que esa mujer era realmente el enemigo de Sísara? A primera vista podría parecer que la historia discurre de forma satisfactoria, pero lo cierto es que enseguida nos asaltan múltiples dudas, y lo que está ahí sucediendo nos deja un tanto perplejos. Primero está el hecho poco convencional de que vaya a ser una mujer la que asuma el liderazgo. Luego se nos hace evidente la ironía de lo que está a punto de suceder. Si no supiésemos de antemano el final de la historia, podría pensarse que, en Jueces 4:9, Débora está hablando de sí misma: “El honor no será tuyo, Barac; una mujer ha iniciado la campaña, y ella le dará fin” —que es, justamente, lo que sucede—. De inmediato se deja oír ahí la nota discordante, ya intuida en la pregunta inicial: Israel es vendido en manos de su enemigo para, a continuación, ser Sísara a su vez vendido en manos de otro enemigo suyo —pero ¿es Jael realmente enemiga de Sísara?—. Había “paz entre Jabín [...] y Heber ceneo” (4:17), y nada más lógico, pues, que el general de los ejércitos de Jabín esperara ayuda y protección de parte de la mujer de Heber ceneo. El golpe de maza que Jael asesta a

Sísara es tan traicionero como lo había sido el uso de la espada por Aod contra Eglón (capítulo 3), si no más.

No puede haber duda de que se espera ahí que tracemos un paralelismo entre ambas muertes. Cada una de ellas supone una acción decisiva que Dios utiliza para liberar a su pueblo. Pero lo que llama la atención es que ambas muertes ocurren en privado, sin testigo presencial alguno, teniendo como objetivo a alguien por completo ajeno a lo que estaba a punto de pasar, del engaño del que iba a ser víctima, de la ferocidad del atacante. El posible paralelismo entre los dos incidentes sería entonces que también la víctima de Jael era un aliado, un huésped bien acogido, un hombre fatigado por la dura jornada, que incauto cae rendido a los pies de su verdugo y así encuentra su trágico final. Ninguno de ambos hechos puede calificarse de admirable (excepto por la admiración que puede provocar la capacidad de hallar recursos insospechados), y si algo hay que añadir es que el segundo crimen es aún más cruel y cruento que el primero.

¿Seguimos recordando el propósito de Dios en todo esto? La intención es “que Israel venga a tener conocimiento de la guerra”; pero también que “el Señor tenga conocimiento de Israel”, y (más plenamente) que Él “sepa si Israel va a obedecer los mandamientos del Señor” (3:2–4). Desde un cierto punto de vista, Jael queda al margen de la cuestión principal. Aun siendo ella la que ejecuta la acción que marca el inicio del final de la opresión cananita sobre Israel, ella no es una israelita. Y, aun así, visto desde otra posible perspectiva, resulta desconcertante que su acción, de la cual se sirve Dios, no es sino una burla de varios de sus mandamientos. Se nos deja ahí, pues, con un interrogante que Jueces impone con fuerza creciente: ¿qué relación hay, o puede establecerse, entre los intereses de Dios y los motivos y métodos de la persona que ejecuta la acción que los cumple?

b. Débora

Volvemos ahora a esa otra mujer y al inicio del capítulo. Débora es claramente el contrapunto de Jael, aun siendo su persona tan diferente. Al igual que prácticamente cualquier otra mujer notable de la Biblia, Débora está casada, pero Lapidot, su marido, es poco más que una nota a pie de página en un relato que nos pone en antecedentes del modo en que esta mujer formidable acaudilló, gobernó y movilizó a su pueblo en un momento de crisis nacional.

El autor de Jueces es un consumado narrador, dando prueba de ello en la disposición de ese capítulo 4 que puede ser analizado desde distintos puntos de vista, resultando todos ellos igual de satisfactorios. Sísara va a ser el hilo conductor en una trama que conecta a los cinco personajes que se mencionan, y que tiene su inicio y su final con Jabín. Valiéndose de su autoridad, Jabín envía a Sísara al campo de batalla, al tiempo que Débora inicia una campaña de contraataque que es llevada a efecto por Barac, y que llega a su culminación con Jael. Por último, la muerte de Sísara nos lleva de nuevo a Jabín y al declive de su autoridad. Pero, si dejamos a Jabín en el trasfondo, los otros cuatro personajes restantes puede entenderse como dos dobles: los hombres

se enfrentan en la batalla como oponentes históricos, y las mujeres aúnan fuerzas como aliadas en los márgenes. Por otro lado, la parte cananita del drama puede también verse como ocasión para un análisis en tres actos, que nos muestran cómo se hace frente a ese adversario, primero por iniciativa de Débora, después por Barac y, por último, por Jael.

Ahora bien, aun siendo cierto que las formas literarias de la Escritura son de gran ayuda a la hora de captar el mensaje que tratan de transmitir, sigue vigente la cuestión principal: si se puede elegir entre distintas formas, ¿cuál es la que transmite el mensaje más fidedigno y verdadero? Personalmente, soy de la opinión que Débora no está ahí para ser una más de cinco personajes equivalentes, ni de los cuatro, ni de los tres. Y aun cuando se la mencione de forma explícita como juez de Israel (4:4) figurando por ello en la línea de sucesión de Otoniel y los restantes jueces, es evidente que ella no es *una* de las figuras centrales del relato. De seguirse con atención el desarrollo de la secuencia — Jabín, Sísara; Débora, Barac, Jael; Sísara, Jabín— se nos revela como una de *dos personajes complementarios*. Débora y Jael difieren de forma obvia (la respetable figura pública y la individualista impía y sanguinaria) pero es en la semejanza en lo que hemos de fijarnos. El control de los acontecimientos por parte femenina es lo suficientemente poco habitual en las Escrituras como para llamar nuestra atención sobre ambas mujeres. Las dos son fuertes y tienen determinación; ambas van a servir a los propósitos de Dios; y Dios les ha concedido la capacidad y la oportunidad necesaria para hacerlo.

Paradójicamente, todo eso hace de Débora un personaje de mayor y, también, menor importancia en comparación con sus compañeros jueces. Ninguno de ellos la iguala en sabiduría, madurez y santidad de vida. Y, aun así, no es el auténtico centro de la historia, y tampoco es (cosa que dejará perplejo a más de un lector atento de la Biblia) exaltada en el Nuevo Testamento como figura notable con relación a Jueces 4 y 5.

c. Barac

“Tiempo me faltaría”, dice el escritor de Hebreos, tras haber traído a la memoria a los grandes héroes de la fe desde Génesis a Josué, “para contar de [...]”. Los siguientes retratos de esa galería, si el tiempo no le acuciara, habrían sido los correspondientes al libro de Jueces; de esos doce jueces, tres de ellos reciben mención. Pero, para Hebreos, el nombre memorable en estos capítulos no es el de Débora como juez, sino el del discreto personaje que aparece entre ella y Jael en este episodio central de Jueces 4: “Tiempo me faltaría para contar de Gedeón, Barac, Sansón, Jefté...”.

El punto crucial es ese breve intercambio verbal entre juez y general en 4:8–9. Débora le ha transmitido a Barac la orden del Señor de salir contra Sísara. La respuesta de Barac es que no lo hará si Débora no le acompaña. A lo cual ella responde: “Ciertamente iré contigo; sin embargo, el honor no será tuyo en la jornada que vas a emprender, porque el Señor venderá a Sísara en manos de una mujer”.

¿Cuál es, entonces, el auténtico significado de eso?

En el curso del tiempo, han sido mayoría los que entienden ahí que Barac está eludiendo su llamamiento como libertador de Israel. De ser así, no sería más digno de nuestra admiración que Aod o Jael: donde ellos se muestran taimados y sanguinarios, él es meramente cobarde. En esa línea, Webb ve a Barac intentando eludir su responsabilidad sirviéndose de Débora, por lo que se le castiga privándole del honor de acabar con Sísara. En consonancia con este enfoque, la versión inglesa NIV relega a las notas la versión “El honor no será tuyo en la jornada que vas a emprender”, ofreciendo como alternativa “*Por tu manera de comportarte, el honor no será tuyo*”.

Pero el propio texto, especialmente en el contexto de otros dos textos más de las Escrituras íntimamente relacionados, uno de ellos muy anterior y el otro de mucho tiempo después, bien puede darnos pie a enfocarlo desde una perspectiva distinta. Las palabras que Barac pronuncia ahí no son de manifiesta desobediencia; en realidad, aun poniendo ciertas condiciones, sí que promete que irá. Y lo que Débora le responde no denota “displicencia” por parte suya, sino que da a entender una aceptación de las condiciones de Barac —“Ciertamente iré contigo”—; no siendo reproche alguno lo que dice a continuación, respecto a no recibir los honores de no haber acabado con Sísara, sino una mera exposición de los hechos.

En conexión con ello, no podemos menos que notar el parecido con la primera gran liberación del pueblo de Dios en tiempos de Moisés. En Éxodo 33:12–17 encontramos la misma clase de ordenanza, e idéntica forma de reaccionar. Ahí, el Señor dice: “Haz subir a este pueblo”, esto es, libéralos de la opresión y guíalos a la libertad; siendo la reacción de Moisés: “Si tu presencia no va *con nosotros*, no nos hagas partir de aquí”; y la respuesta del Señor, al igual que la de Débora tiempo después, es: “También haré esto que has hablado”. Entonces, ¿no arroja esto una luz distinta sobre Jueces 4:8–9? Antes incluso de saber que Débora es juez, se nos ha informado de que es profetisa. Sus palabras recuerdan las proferidas por Dios en situación similar, y de ahí dimana su autoridad para juzgar a Israel: ella conoce el pensamiento de Dios. “ha ordenado el Señor, Dios de Israel, [...] el Señor venderá a [...] el Señor ha salido delante de ti” (4:6, 9, 14). De modo que lo que transpira en la negativa de Barac a salir al campo de batalla si no le acompaña Débora, no es signo de cobardía —nada más lejos de ello— sino una falta de fe: de la fe que resulta de la gloriosa combinación de una confesión en humildad de la propia incapacidad y la plena confianza en la gracia de Dios, expresada en este caso por boca de Débora.

Esto es justamente lo que expresa el Nuevo Testamento respecto al juicio de Débora, al informárenos en Hebreos 11:32 de la postura de la iglesia apostólica en juicio retrospectivo. El más que notable ejemplo de fe en aquella situación no es el de Débora, y tampoco el de Jael. Es, sorprendentemente, el de Barac. Ciertamente que éste no va a disfrutar del honor de destruir al enemigo, ni tampoco le cabe el privilegio de iniciar la campaña: pero ¿qué importancia tiene eso en realidad? Él está dispuesto a cumplir con su obligación; poco importa que sean otros los que se lleven la gloria.

3. El Cántico

El capítulo 5 es especial dentro del libro de Jueces, aunque no en el Antiguo Testamento como un todo. Hay otros libros en los que también se inserta poesía dentro de la narrativa. Ejemplo de ello lo tenemos en los cánticos de Moisés de Éxodo 15 y Deuteronomio 32, el salmo de Jonás en Jonás 2, y el de Ezequías en Isaías 38. Jueces 5 es un cántico muy antiguo, que da razón en forma versificada de unos hechos ya narrados en el capítulo 4 en prosa. Es necesario, pues, haber leído ambos capítulos en el orden bíblico; de no ser así, su sentido resultaría un poco oscuro por no saber de antemano de qué trata. Pero, en otro sentido, la poesía ayuda a ver ciertos aspectos con mayor claridad de lo que permite la prosa.

Recordemos aquí que la cuestión central del libro es “¿Quién está juzgando y quién está tomando las decisiones?”. En el relato, la respuesta es obvia en un primer nivel: “Débora [...] juzgaba a Israel en aquel tiempo” (4:4). Pero en un segundo escrutinio eso no es ya tan evidente, porque ninguno de esos tres “libertadores” podría haber emprendido una acción decisiva de no haberse visto apoyado por los otros dos correspondientes. Es evidente que tenía que haber ahí un cuarto personaje orquestando el conjunto. Y es precisamente el cántico el que nos da la respuesta ya desde su mismo inicio.

La primera parte del cántico (5:2–5) resalta en dos momentos concretos que ahí está “el Señor, Dios de Israel”. Los líderes y caudillos, el pueblo, los reyes y los príncipes de este mundo han tenido parte en esa guerra de liberación —¡Él sea alabado!—. Pero ha sido en verdad el Señor el que ha marchado a la cabeza tomando la iniciativa —¡a Él sea la gloria!—. Esto viene a querer decir que el Señor, que en esos “rumores de guerra” del capítulo 4 es tan sólo mencionado de pasada en tres ocasiones, todas ellas por parte de Débora, en el capítulo 5, en cambio, viene a ser el que realmente ha concebido y puesto en marcha el plan en su totalidad y de principio a fin.

Tendríamos ahí el rasgo distintivo del pueblo de Dios. Como pueblo suyo son conscientes de que su Dios ha iniciado la ofensiva contra los dioses de los cananeos, tan limitados y apegados a las cuestiones prácticas de la vida, y saben también que Dios les ha vencido en su propio campo: ha quedado patente que Él es el que verdaderamente controla la situación en origen, desarrollo y trasfondo. Esto es, desde cualquier posible perspectiva.

La segunda sección (5:6–8) enlaza la entrada en escena del Señor como Libertador con la preeminencia de Débora como “madre de Israel”. El Señor está siempre en control, pero va a permitir que su pueblo contemple cómo “queda en suspenso” toda vida normal hasta que su palabra-guía asuma el puesto de autoridad que le corresponde. Este sería, pues, el siguiente rasgo “distintivo” como nación: en medio de ellos mora la voz que proclama: “Así dice el Señor”. Y su pueblo va a respetar esa palabra.

La tercera sección (5:9–13) nos lleva al punto en el que Débora, junto con Barac, acaudillan la insurrección, e Israel es sencillamente instado a seguirles. Ahora el pueblo marcha junto al Señor, que es quien ha tomado la iniciativa, y sus triunfos serán también triunfos del pueblo; porque ahora son reconocibles como aquellos que no sólo

oyen sino que también obedecen las órdenes e indicaciones del verdadero profeta, como palabra infalible, y adaptan su paso al ritmo de Dios.

Podría ahora preguntarse: “Si todos esos juicios y decisiones son, después de todo, algo resuelto en instancias superiores, ¿cómo es que el período de los jueces no resulta ser ni el más consecuente ni el de mayores éxitos en la historia de Israel, sino todo lo contrario?”. A eso da respuesta la sección cuarta del poema (5:14–18) y para todos aquellos que “ponen en peligro su vida con riesgo de su vida”, estaban, además, esos otros que se habían mantenido “inmóviles”; el pueblo no era desde luego obediente por igual. Y tampoco puede decirse todavía que sientan por igual el temor al nombre de Dios.

Esta desunión es algo de lo que no teníamos noticia hasta este momento; siendo igualmente ignorantes del papel de las estrellas y las aguas de Meguido en la batalla que iba a librar Barac. Según la sección quinta (5:19–23), el torrente de Cisón barrió al enemigo de Israel por designio divino. Hecho que queda confirmado por la ausencia de mención alguna de la persona de Barac. Al pueblo de Dios no puede caberle duda alguna: el Señor ha empezado la buena obra y Él la completará. Esa certidumbre es la que vendrá a ser el distintivo del pueblo escogido.

La maldición lanzada contra Meroz al final de esta sección (como probable morada de una de las tribus hostiles a Israel de la sección 4) apunta hacia delante con esa más que notable bendición de Jael en la sección sexta (5:24–27). En cierto sentido, la importancia de su actuación queda resaltada por esa bendición, y por la sanguinaria fruición con que se relata el crimen perpetrado. Si lo entendemos como un gozo justificado por la derrota del mal, sería algo más contribuyendo a diferenciar al pueblo de Dios con relación a los demás, que lo cierto es que están lejos de ver con claridad a ese respecto.

Hay que tomar ahí también nota que el cántico rebaja de categoría la actuación de Jael, relegándola tras el puesto de resonancia dramática que ocupa al final del capítulo 4, añadiendo además algo por completo novedoso como conclusión del capítulo 5, a saber, la sección séptima y final del cántico (5:28–31).

Esto cumple un doble cometido. Primero, como punto final altamente dramático y significativo del cántico, con esa conmovedora descripción de las mujeres que aguardan el retorno del guerrero que nunca volverá, “aferrándose a razones de orgullo para explicar la tardanza”. Trágica ironía que viene a ser también tema central en el libro. Las palabras con que se inicia el cántico (5:2–5) nos ponen en antecedentes, si es que tenemos ojos para ver, de la confianza inagotable de los verdaderos israelitas en un Juez que no vacila en ponerse a la cabeza de su pueblo para dirigirle en todas sus acciones. Las palabras del final (5:28–31), en cambio, advierten que, para todos aquellos que no pueden o no quieren ver, sólo cuentan con la seguridad del cananita que, en última instancia, no es sino mera apariencia ilusoria. Los cananeos perecerán. El pueblo de Dios, en cambio, vendrá a ser “como la salida del sol en su fuerza”.

Gedeón: obstáculos insuperables

Jueces 6:1–8:35

Es muy probable que sea correcto afirmar que, junto con Sansón, Gedeón es el personaje que más familiar nos resulta en el libro de Jueces. Puede, sin embargo, que al lector le desagrade el término “personaje”, por asociarlo con la farsa y el teatro, y prefiera que se recalque su condición de persona de carne y hueso. Pero, reflexionemos por un momento acerca de esas dos palabras, “personaje” y “persona”. Juntas apuntan a una de las razones por las que Gedeón vino a ser tan popular. Para muchos predicadores, un tipo de sermón engañosamente fácil es el estudio del carácter de personajes de la Biblia; y lo cierto es que algunos de ellos se prestan más fácilmente que otros a ser exaltados como ejemplos para seguir o como advertencia para tener en cuenta. Los jueces hasta aquí examinados son personajes duros de digerir como tema de predicación de ese tipo. Es por eso que no podemos menos que experimentar un cierto alivio al toparnos con la historia de Gedeón, que da la impresión de ser (como Santiago dice respecto a Elías) “hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras”. Gedeón tiene de hecho que hacer frente a circunstancias para las que podemos encontrar paralelismos. Partiendo, pues, de esa base, es posible derivar algunas lecciones de su actuación como hombre común.

Pero antes de establecer contacto con él desde esa perspectiva, deberíamos ser conscientes de que, hasta ahora, no ha aparecido en el libro de Jueces material apropiado para un estudio formal de caracteres. Otoniel, Aod, y Samgar no son ni mucho menos “personajes corrientes”, y Débora y Jael tampoco lo son. Cuando leemos las historias de lo que hicieron, no se nos ocurre pensar “Yo debería comportarme así” o “Tengo que tener cuidado para no hacer lo mismo”. De hecho, lo que el libro hace es recomendar “a la conciencia del común de las personas”, y “a la vista de Dios”, la actitud y las acciones de Israel como nación, esto es, como genuino pueblo de Dios, explicitando lo que cabe esperar de él. Y, si ha de establecerse un paralelismo, será partiendo de su situación y de su relación con Dios, no sobre la base de la actuación personal de sus líderes.

Pese a las circunstancias, Gedeón se nos revela como un gran personaje. De eso no puede caber duda. Como persona de carne y hueso, y como creyente y siervo de Dios, vemos cómo va madurando y creciendo en los caminos del Señor; y no erramos si afirmamos que hay ahí lecciones que aprender. Todo, pues, muy natural y apropiado, siempre que no perdamos de vista el trasfondo: lo dispuesto por Dios para su pueblo, que no sólo para Gedeón, en el marco de una situación crítica que Él ha permitido en su

sabiduría. El pueblo sufre la presión de las potencias destructivas del mundo, personificadas en las naciones paganas que les rodean y los pueblos que viven en el seno de la tierra prometida a Israel, con el trasfondo de la autoridad de ese Juez sabio y amoroso que es su Dios. Y todo ello en un momento en el que carecen de defensas ante un peligro muy real e inminente. Además, ahora no disponen ni de la figura de autoridad del Moisés de los primeros tiempos, ni del carisma del David de época posterior. La lección que va a tener que aprender Gedeón es también asignatura obligada para Israel como nación. Y es en ese sentido que hemos de ver a Gedeón como personaje digno de estudio.

La suya es ciertamente la historia más larga y pormenorizada del libro de Jueces. Sus tres capítulos, con un total de cien versículos, aventajan a los cuatro de Sansón que suman noventa y seis. Y si bien no puede afirmarse que fuera así de forma intencionada por parte del autor, sí que viene a resultar apropiado dado que la historia gira, en cierto sentido, en torno a diversas cantidades. Esto es algo que se hace patente de inmediato si empezamos por el medio, Jueces 7, como la parte más conocida.

1. El núcleo central de la historia (Jue. 7:1–25)

Entonces se levantó temprano Jerobaal, es decir Gedeón, y todo el pueblo que *estaba* con él, y acamparon junto a la fuente de Harod; y el campamento de Madián estaba al norte de ellos, *cerca* de la colina de More, en el valle.

- 2 Y el Señor dijo a Gedeón: El pueblo que está contigo es demasiado numeroso para que yo entregue a Madián en sus manos; no sea que Israel se vuelva orgulloso, diciendo: “Mi propia fortaleza me ha librado”.
- 3 Ahora pues, proclama a oídos del pueblo, diciendo: “Cualquiera que tenga miedo y tiemble, que regrese y parta del monte Galaad”. Y veintidós mil personas regresaron, pero quedaron diez mil.
- 4 Y el Señor dijo a Gedeón: Todavía el pueblo es demasiado numeroso; hazlos bajar al agua y allí te los probaré. Y será que de quien yo te diga: “Este irá contigo”, ése irá contigo; pero todo aquel de quien yo te diga: “Este no irá contigo”, ése no irá.
- 5 E hizo bajar el pueblo al agua. Y el Señor dijo a Gedeón: Pondrás a un lado a todo aquel que lamiera el agua con su lengua, como lame el perro, y a todo el que se arrodille para beber.
- 6 Y fue el número de los que lamieron, poniendo la mano a su boca, trescientos hombres; pero todo el resto del pueblo se arrodilló para beber.
- 7 Entonces el Señor dijo a Gedeón: Os salvaré con los trescientos hombres que lamieron y entregaré a los madianitas en tus manos; que todos los *demás* del pueblo se vayan, cada uno a su casa.
- 8 Y *los trescientos hombres* tomaron en sus manos las provisiones del pueblo y sus trompetas. Y *Gedeón* envió a todos los *demás* hombres de Israel, cada uno a su tienda, pero retuvo a los trescientos hombres; y el campamento de Madián le

quedaba abajo en el valle.

- 9 Y aconteció que aquella misma noche, el Señor le dijo: Levántate, desciende contra el campamento porque lo he entregado en tus manos.
- 10 Pero si tienes temor de descender, baja al campamento con tu criado Fura,
- 11 y oirás lo que dicen; entonces tus manos serán fortalecidas para descender contra el campamento. Y descendió con su criado Fura hasta los puestos avanzados del ejército que *estaban* en el campamento.
- 12 Y los madianitas, los amalecitas y todos los hijos del oriente estaban tendidos en el valle, numerosos como langostas; y sus camellos eran muchos, innumerables, como la arena que está a la orilla del mar.
- 13 Cuando llegó Gedeón, he aquí que un hombre estaba contando un sueño a su amigo, y decía: He aquí, tuve un sueño; un pan de cebada iba rodando hasta el campamento de Madián, y llegó hasta la tienda y la golpeó de manera que cayó, y la volcó de arriba abajo y la tienda quedó extendida.
- 14 Respondió su amigo, y dijo: Esto no es otra cosa que la espada de Gedeón, hijo de Joás, varón de Israel; Dios ha entregado en su mano a Madián y a todo el campamento.
- 15 Y cuando Gedeón oyó el relato del sueño y su interpretación, se inclinó y adoró. Volvió al campamento de Israel, y dijo: Levantaos, porque el Señor ha entregado en vuestras manos el campamento de Madián.
- 16 Y dividió los trescientos hombres en tres compañías, y puso trompetas y cántaros vacíos en las manos de todos ellos, con antorchas dentro de los cántaros.
- 17 Y les dijo: Miradme, y haced lo mismo que yo. Y he aquí, cuando yo llegue a las afueras del campamento, como yo haga, así haréis vosotros.
- 18 Cuando yo y todos los que estén conmigo toquemos la trompeta, entonces también vosotros tocaréis las trompetas alrededor de todo el campamento, y decid: "Por el Señor y por Gedeón".
- 19 Y llegó Gedeón con los cien hombres que estaban con él a las afueras del campamento, al principio de la guardia de *medianoche*, cuando apenas habían apostado la guardia; tocaron las trompetas y rompieron los cántaros que tenían en las manos.
- 20 Cuando las tres compañías tocaron las trompetas, rompieron los cántaros, y sosteniendo las antorchas en la mano izquierda y las trompetas en la mano derecha para tocarlas, gritaron: ¡La espada del Señor y de Gedeón!
- 21 Cada uno se mantuvo en su lugar alrededor del campamento; y todo el ejército echó a correr gritando mientras huían.
- 22 Cuando tocaron las trescientas trompetas, el Señor puso la espada del uno contra el otro por todo el campamento; y el ejército huyó hasta Bet-sita, en dirección de Zerera, hasta la orilla de Abelmehola, junto a Tabat.
- 23 Y los hombres de Israel se reunieron, de Neftalí, de Aser y de todo Manasés, y persiguieron a los madianitas.
- 24 Y Gedeón envió mensajeros por toda la región montañosa de Efraín, diciendo:

Descended contra Madián y tomad antes que ellos los vados, hasta Bet-bara y el Jordán. Y todos los hombres de Efraín se reunieron y tomaron los vados hasta Bet-bara y el Jordán.

25 Y capturaron a los dos jefes de Madián, Oreb y Zeeb; mataron a Oreb en la peña de Oreb y mataron a Zeeb en el lagar de Zeeb, cuando perseguían a Madián. Y trajeron a Gedeón las cabezas de Oreb y Zeeb del otro lado del Jordán.

Dios, Maestro al tiempo que Juez, se sirve de este último predicamento de Israel para ayudar a su pueblo a comprender una verdad vital acerca de sus caminos. El primer párrafo del capítulo nos lo muestra poniendo ante el pueblo la lección que ha de ser aprendida.

a. La lección planteada (Jue. 7:1–8)

El versículo 1 prepara el escenario, el versículo 2 apunta el tema principal.

Necesitamos visualizar, diseminadas por todo lo ancho del valle “cerca de la colina de More” (7:1), a las hordas de Madián. Ahí está, pues, el enemigo. Pero la clase de enemigo que éste sea no se nos hará presente si no tenemos en cuenta el capítulo 6. Por el momento, es en este núcleo central de la narración donde la batalla decisiva va a librarse entre esas fuerzas enemigas y (al sur, “junto a la fuente de Harod”) las fuerzas israelitas reunidas por Gedeón, como juez y salvador por designio de Dios.

A continuación, tiene su inicio el tema principal: Dios le dice a Gedeón, “El pueblo que está contigo es *demasiado* numeroso” (7:2). ¿Demasiado numeroso? Dadas las circunstancias, simplemente un ejército apropiado a medida del enemigo al que han de enfrentarse. 32.000 hombres respondieron al llamamiento cuando, tal como se nos informa en 6:34–35, el Espíritu del Señor vino sobre Gedeón, y el llamamiento a las armas se dejó oír por todo su clan y tribu hasta llegar a los territorios tribales vecinos. Pero ese número es excesivo, dice el Señor. Envía de vuelta a casa a “Cualquiera que tenga miedo y tiemble” (7:3). De un plumazo, ¡el ejército queda reducido a 10.000! Bueno, con esto seguro que hemos hecho ya todos los recortes en defensa que podemos permitirnos. Pero no, dice el Señor, “son todavía demasiados” (7:4), hay que reducir aún más.

Ahora bien, ¿sobre qué base va a hacerse esa nueva reducción? Viene ahora la famosa y sencilla —aunque no muy comprendida— prueba del agua. Poca duda puede caber que el remanente de 10.000 soldados vaya a estar sediento después de esa marcha que los ha llevado desde casa hasta la fuente de Harod. Según llegan al lugar — y al arroyo que de ella fluye— el Señor le dice a Gedeón que observe el modo en el que beben. Viene entonces a ser que nada menos que 9.700 “se arrodillan para beber”, siendo únicamente trescientos “los que lamieron, poniendo la mano a su boca” (7:6).

Comentaristas y predicadores difieren respecto al posible motivo de ese modo de elección por parte de Dios, debatiendo incluso cómo ha de entenderse y visualizarse ese “lamer” y ese “arrodillarse”. Pero si nos limitamos a tratar de dilucidar por qué “lamer” era señal de mejor guerrero, creo que estaremos cometiendo un error. El

objetivo no era reducir el ejército de Gedeón a una clase determinada, sino a un número concreto. Una unidad de asalto especializada era precisamente lo que Dios no quería. La cuestión aquí es que esos 300 no deben ser en absoluto cuerpo de elite, sino una banda tan poco adecuada que, cuando se gane la batalla (Dios así lo declara), Israel no pueda decir: “Mi propia fortaleza me ha librado” (7:2), sino traer a la memoria ese “[Yo] os salvaré” (7:7). Hasta que el número no quede reducido a un nivel tal que no pueda sino reconocerse que va a ser con la ayuda del Señor, y no por propia capacidad, que la batalla sea ganada, la cifra superior inicial será a todas luces *excesiva*.

b. La lección confirmada (Jue. 7:9–15)

Una vez no es suficiente. Dios reitera y confirma insistentemente lo que quiere que Gedeón entienda y ponga en práctica. Esto en sí hace que nos demos cuenta de dos verdades cruciales. Una de ellas es que los siervos de Dios suelen ser tardos en comprender, siendo Dios paciente y perseverante en su trato con ellos. La otra verdad es que, precisamente por eso, no es asunto para ser mencionado de pasada, sino que es hecho consustancial al relato el que Gedeón sea tan lento en aprender y necesite por ello repetir las experiencias vez tras vez. Algo que es, además, igualmente cierto del pueblo de Israel, en su conjunto, a lo largo del período de jueces.

La lección queda, pues, confirmada al ser enviado Gedeón a campo enemigo y descubrir que ese mismo mensaje ha sido ya hecho patente de forma evidente e incuestionable. El Maestro es benévolo (“Si tienes temor de descender, baja al campamento con tu criado Fura”), pero también estricto “Ve [...] y libra a Israel” —esto es, una orden—: Gedeón no va a poder escabullirse.

Intentemos ponernos en el lugar de los dos espías israelitas que se llegan al campamento madianita al amparo de la oscuridad. ¿Qué es lo que veríamos? Según el versículo 12: fuego de campamento que revela las siluetas de camellos innumerables, como la arena que está a la orilla del mar. ¿Qué es lo que oiríamos? Versículo 13: a dos soldados madianitas discutiendo el sueño de uno de ellos, anticipando así la derrota que va a sufrir el ejército, con esa imagen perturbadora del pan de cebada que baja rodando derribando la tienda a su paso. Y, para asegurarse de que no perdemos de vista lo dicho por el Señor (“entregaré a los madianitas en tus manos”, 7:7), son ahora los propios madianitas, reforzando indirectamente la cuestión numérica, los que se hacen eco por anticipado de lo que va precisamente a suceder: “[A] Gedeón, hijo de Joás, *varón* de Israel (¡un solo hombre!); Dios ha entregado [...] a Madián y a *todo el campamento*” (7:14). Es, pues, Dios el que va a prestar ayuda a Gedeón en su acción como Juez-Salvador, y será Él también el que derrote a ejército tan grande valiéndose de una fuerza muy exigua, de modo y manera que la proeza no podrá ser sino exclusivamente suya —“no sea que Israel se vuelva orgulloso”, tal como se teme en 7:2.

No pasando muchas horas, esa lección viene a quedar palpablemente demostrada ante la mirada atónita de Israel.

c. La lección demostrada (Jue. 7:16–25)

Gedeón lleva a cabo lo ordenado, y de ello se sigue una clamorosa victoria. A la obediencia ha seguido el éxito. Lo cual no quiere decir que la treta de emplear a trescientos hombres con su correspondiente trompeta en una mano, y un cántaro vacío, con una antorcha camuflada en su interior, en la otra, fuera necesariamente por instrucción concreta de Dios. Puede que fuera efectivamente así. Pero Gedeón ha entendido bien, al igual que lo hizo en su momento Aod,⁶ que Dios elige “lo débil del mundo, para avergonzar a lo que es fuerte [...] para que nadie se jacte delante de Dios”. Es, pues, en ese espíritu de obediencia que acepta de buen grado esa exigua tropa de trescientos, como fuerza eficaz en manos de Dios, y procede a repartirla en tres unidades de a cien, encomendándoles una tarea que en nada recuerda a una genuina táctica militar. Tan sólo hay que saber hacer sonar la trompeta, romper un cántaro y dar un fuerte grito (con lo cual no se sostiene la teoría que pretende adjudicar mayores cualidades militares a los que lamieron el agua). El enfrentamiento militar no se producirá hasta más adelante; esa noche los madianitas se pelean entre sí, y “huyen sin que nadie *los* persiga”. Tal como muy gráficamente se apunta en 7:21 “Cada uno se mantuvo en su lugar [...] y todo el ejército echó a correr”. El perímetro del campamento madianita había sido atacado en tres puntos estratégicos con ese impresionante despliegue de sonido de trompetas, estruendo de cántaros rotos y antorchas flameantes, al unísono con el grito de guerra de los israelitas. El resto había sido cosa de Dios.

Tras todo eso se inicia lógicamente una persecución. Punto en el que incorporan de nuevo esos miles antes rechazados, junto con otros procedentes de la tribu de Efraín, para dar alcance a ese orgulloso invasor que ahora huye despavorido en desordenado tropel. Entran también en acción esas otras bandas israelitas movilizadas a toda prisa. Los vados del río son tomados para interceptar la huida del enemigo y sus generales son capturados y degollados (7:23–25). Respecto al propio Gedeón, no podemos dejar de notar cómo ha crecido en estatura moral en el transcurso del capítulo. Ciertamente que, en un primer momento, al venir el Espíritu sobre él en Jueces 6:34, había hecho sonar su trompeta resultando, para sorpresa suya, en un ejército que se apresta para la lucha. Pero hay algo más que destacar acerca del Gedeón de 7:24, que no sólo da órdenes (y nótese ahí que son órdenes dirigidas a una tribu que no es la suya) sino que se ocupa además de que sean obedecidas al pie de la letra. Desde un fondo de debilidad, es hecho hombre fuerte, mostrándose poderoso en la guerra hasta el punto de poner “en fuga a ejércitos extranjeros”, tal como dice Hebreos 11:34.

Pero aun está pendiente la tarea de poner todo esto en su debido contexto. Pues lo cierto es que, por muy excitante e instructivo que sea este capítulo 7, puede incluso que núcleo central del relato, tiene que ser necesariamente complementado por todo lo sucedido antes y por todo lo que vendrá después, si es que en verdad vamos a analizar los hechos en su debida dimensión. Al retomar ahora el inicio de la historia, será necesario tener presente las palabras cruciales de la escena de la fuente de Harod,

cuando Dios, que quiere un ejército de tan sólo trescientos, contempla ese gentío de 32.000 y dictamina: “Demasiado numeroso”.

2. El inicio de la historia (Jue. 6:1–40)

Los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos del Señor, y el Señor los entregó en manos de Madián por siete años.

- 2 Y el poder de Madián prevaleció sobre Israel. Por causa de los madianitas, los hijos de Israel se hicieron escondites en las montañas y en las cavernas y en los lugares fortificados.
- 3 Porque sucedía que cuando *los hijos de* Israel sembraban, los madianitas venían con los amalecitas y los hijos del oriente y subían contra ellos;
- 4 acampaban frente a ellos y destruían el producto de la tierra hasta Gaza, y no dejaban sustento alguno en Israel, ni oveja, ni buey, ni asno.
- 5 Porque subían con su ganado y sus tiendas, y entraban como langostas en multitud, tanto ellos como sus camellos eran innumerables; y entraban en la tierra para devastarla.
- 6 Así fue empobrecido Israel en gran manera por causa de Madián, y los hijos de Israel clamaron al Señor.
- 7 Y cuando los hijos de Israel clamaron al Señor a causa de Madián,
- 8 el Señor envió a los hijos de Israel un profeta que les dijo: Así dice el Señor, Dios de Israel: “Fui yo el que os hice subir de Egipto, y os saqué de la casa de servidumbre.
- 9 Os libré de la mano de los egipcios y de la mano de todos vuestros opresores; los desalojé delante de vosotros, os di su tierra,
- 10 y os dije: ‘Yo soy el Señor vuestro Dios. No temeréis a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis’. Pero no me habéis obedecido”.
- 11 Y vino el ángel del Señor y se sentó debajo de la encina que *estaba* en Ofra, la cual pertenecía a Joás abiezerita; y su hijo Gedeón estaba sacudiendo el trigo en el lagar, para esconderlo de los madianitas.
- 12 Y el ángel del Señor se le apareció, y le dijo: El Señor está contigo, valiente guerrero.
- 13 Entonces Gedeón le respondió: Ah señor mío, si el Señor está con nosotros, ¿por qué nos ha ocurrido todo esto? ¿Y dónde están todas sus maravillas que nuestros padres nos han contado, diciendo: “¿No nos hizo el Señor subir de Egipto?”. Pero ahora el Señor nos ha abandonado, y nos ha entregado en mano de los madianitas.
- 14 Y el Señor lo miró, y dijo: Ve con esta tu fuerza, y libra a Israel de la mano de los madianitas. ¿No te he enviado yo?
- 15 Y él respondió: Ah Señor, ¿cómo libraré a Israel? He aquí que mi familia es la más pobre en Manasés, y yo el menor de la casa de mi padre.
- 16 Pero el Señor le dijo: Ciertamente yo estaré contigo, y derrotarás a Madián

como a un solo hombre.

- 17 Y Gedeón le dijo: Si he hallado gracia ante tus ojos, muéstrame una señal de que eres tú el que hablas conmigo.
- 18 Te ruego que no te vayas de aquí hasta que yo vuelva a ti, y traiga mi ofrenda y la ponga delante de ti. Y él respondió: me quedaré hasta que vuelvas.
- 19 Y Gedeón entró y preparó un cabrito y pan sin levadura de un efa de harina; puso la carne en una cesta y el caldo en un caldero, y se *los* llevó a él debajo de la encina y *se los* presentó.
- 20 Y el ángel de Dios le dijo: Toma la carne y el pan sin levadura, ponlos sobre esta peña y derrama el caldo. Y así lo hizo.
- 21 Entonces el ángel del Señor extendió la punta de la vara que estaba en su mano y tocó la carne y el pan sin levadura; y subió fuego de la roca que consumió la carne y el pan sin levadura. Y el ángel del Señor desapareció de su vista.
- 22 Al ver Gedeón que era el ángel del Señor, dijo: ¡Ay de mí, Señor Dios! Porque ahora he visto al ángel del Señor cara a cara.
- 23 Y el Señor le dijo: La paz *sea* contigo, no temas; no morirás.
- 24 Y Gedeón edificó allí un altar al Señor y lo llamó El Señor es Paz, el cual permanece en Ofra de los abiezeritas hasta hoy.
- 25 Sucedió que aquella misma noche el Señor le dijo: Toma el novillo de tu padre y otro novillo de siete años; derriba el altar de Baal que pertenece a tu padre y corta la Asera que está junto a él;
- 26 edifica después, en debida forma, un altar al Señor tu Dios sobre la cumbre de este peñasco; toma el segundo novillo y ofrece holocausto con la leña de la Asera que has cortado.
- 27 Gedeón tomó diez hombres de sus siervos e hizo como el Señor le había dicho; y sucedió, que como temía mucho a la casa de su padre y a los hombres de la ciudad para hacerlo de día, lo hizo de noche.
- 28 Cuando los hombres de la ciudad se levantaron temprano en la mañana, he aquí, el altar de Baal había sido derribado y cortada la Asera que estaba junto a él, y el segundo novillo había sido ofrecido en el altar que se había edificado.
- 29 Y se dijeron unos a otros: ¿Quién ha hecho esto? Y cuando buscaron e inquirieron, dijeron: Gedeón, hijo de Joás, ha hecho esto.
- 30 Entonces los hombres de la ciudad dijeron a Joás: Saca a tu hijo para que muera, porque ha derribado el altar de Baal, y ciertamente ha cortado la Asera que estaba a su lado.
- 31 Pero Joás dijo a todos los que estaban contra él: ¿Contenderéis vosotros por Baal, o lo libraréis? A cualquiera que contienda por él, se le dará muerte antes de llegar la mañana. Si es un dios, que contienda por sí mismo, porque alguien ha derribado su altar.
- 32 Por tanto, aquel día Gedeón fue llamado Jerobaal, es decir, que Baal contienda contra él, porque había derribado su altar.
- 33 Pero todos los madianitas, los amalecitas y los hijos del oriente se reunieron, y cruzaron y acamparon en el valle de Jezreel.

- 34 Y el Espíritu del Señor vino sobre Gedeón, y éste tocó la trompeta y los abiezeritas se juntaron para seguirle.
- 35 Envió mensajeros por todo Manasés, que también se juntó para seguirle; y envió mensajeros a Aser, a Zabulón y a Neftalí, que subieron a su encuentro.
- 36 Entonces Gedeón dijo a Dios: si has de librar a Israel por mi mano, como has dicho,
- 37 he aquí, yo pondré un vellón de lana en la era. Si hay rocío solamente en el vellón y toda la tierra queda seca, entonces sabré que librarás a Israel por mi mano, como has dicho.
- 38 Y así sucedió. Cuando se levantó temprano en la mañana, exprimió el vellón y escurrió el rocío del vellón, un tazón lleno de agua.
- 39 Y Gedeón dijo a Dios: No se encienda tu ira contra mí si hablo otra vez; te ruego que me permitas hacer otra vez una prueba con el vellón; que ahora quede seco el vellón y haya rocío en toda la tierra.
- 40 Así lo hizo Dios aquella noche, porque solamente quedó seco el vellón y había rocío en toda la tierra.

En la primera parte del capítulo 6, el Señor prepara el escenario donde va a desarrollarse el drama, mientras que en la segunda prepara al héroe libertador. De hecho, y en un cierto sentido, es el Señor mismo el que lleva todo a efecto en la historia de Gedeón, y esto es algo que se hace aun más evidente en ese punto en el que Gedeón sigue siendo un advenedizo y no ha dado siquiera el primer paso de obediencia en respuesta al llamamiento de Dios.

a. El Señor prepara el escenario (Jue. 6:1–24)

Hemos de traer aquí a la memoria esos cuarenta años de sosiego y paz que se siguieron tras la liberación de la crueldad del yugo cananita bajo el liderazgo de Débora y Barac. Lo que ocurrió después, como de costumbre, es que el pueblo incurrió de nuevo en el pecado de idolatría. Si preguntamos qué es lo que Israel estaba exactamente haciendo, la respuesta será, “lo malo ante los ojos del Señor”. Pero lo cierto es que haríamos mejor en preguntar qué era lo que el Señor estaba haciendo. De esas actividades tuyas se nos da noticia primero con palabras del narrador del libro, después por palabra del profeta y, por último, por boca del ángel.

i. La perspectiva del narrador (Jue. 6:1–6)

El nombre del Señor aparece de forma prominente y particular en este párrafo de inicio del capítulo 6. Es ante sus ojos que Israel vuelve a hacer nuevamente lo malo, es Él el que los entrega en manos de un nuevo opresor, y es a Él al que se vuelven una vez más implorando ayuda (6:1 y 6). Tenemos ahí, pues, tres de las ya señaladas palabras con “R” —rebeldía, retribución, y arrepentimiento (en cierta forma)— y los noventa y cuatro versículos que siguen van a ponernos en antecedentes, tal como es de esperar,

de esa cuarta actitud con “R”, el rescate de su pueblo por parte del Señor mediante la actuación instrumental de Gedeón.

Es este, sin embargo, un esquema con el que ya estamos familiarizados. La novedad reside aquí en la descripción que hace el narrador de este nuevo opresor, el pueblo madianita, en conjunto con sus asociados amalecitas y los “hijos del oriente”. Novedad que supone una adición sustancial al escueto marco referencial al que estamos acostumbrados y, por lo tanto, bien haríamos en preguntarnos cómo quiere el autor (y el Señor) que reflexionemos al respecto. En lo que hace a los nombres, es más que probable que se espere que oigamos ahí ecos del pasado. Ciertamente nada menos que Moisés había entrado a formar parte de la tribu de los madianitas por razón de su matrimonio, y que, a su vez, sus parientes madianitas habían sido bien recibidos por parte de los israelitas en los primeros momentos del éxodo.¹⁰ Pero, con anterioridad a esa convivencia, apenas iniciado el viaje, se nos informa que “vino Amalec y peleó contra Israel”. Los amalecitas fueron de hecho el primer enemigo que empuñó las armas contra Israel, años antes incluso de que lo hicieran los filisteos, los cananeos, o cualquiera de las otras naciones de Mesopotamia, Moab incluido, como antagonista desde tiempos antiguos; pero, con una paradoja más que notable, Dios viene ahora a condenar a Amalec de forma definitiva —“*Acuérdate de lo que te hizo Amalec [...] Borrarás de debajo del cielo la memoria de Amalec*”—. Y para el tiempo que se nos describe en Números 25 y 31, Madián ha venido a enemistarse igualmente tanto con el Señor como con su pueblo peregrino. Los nombres de Madián y Amalec, en consecuencia, hablan por sí mismos de una enemistad que persiste en el transcurso de los años, pues Israel nunca llega a solucionar por completo ese conflicto.

Si es esa la alusión que se pretende que captemos (*tantísimos* años de enconada enemistad), no cabe duda que encaja a la perfección con lo que de hecho nos cuenta el narrador respecto a la opresión ejercida por los madianitas en el capítulo 6. Pues lo que tenemos ahí no es una ocupación, como pueda ser la de los moabitas en los tiempos de Aod, ni una conquista en toda regla, como la de los cananeos en los tiempos de Débora; es un agotamiento de la tierra que deja a Israel sin posible sustento. Pero lo que en realidad está ahí enfatizándose es cuántas veces fueron invadidos (nótese la temporalidad “cuando”, y la flexión verbal: venían, subían contra ellos, acampaban y destruían y devastaban, *cuando* los israelitas tenían sembrados que arrasar); cuán extenso es además su avance (hasta Gaza, en lo más profundo del sur, habiendo con toda probabilidad cruzado el Jordán por la punta más extrema al norte, a juzgar por Jue. 6:33); y, sobre todo, cuán numeroso es su ejército (como “multitud de langostas”, que no sólo es causa de destrucción y devastación, como es lo propio de las langostas, sino que abrumba por su mera abundancia... “cuyo número no podía ser contado”). Pese a ello, lo cierto es que Dios ha entregado a su pueblo en manos de ese enemigo numeroso cual enjambre en acción.

ii. La perspectiva del profeta (Jue. 6:7–10)

Volvemos a encontrarnos aquí con un elemento familiar: ante la opresión de los

madianitas, Dios levanta a un profeta para su pueblo, al igual que, en su momento, había levantado a Débora como profetisa ante la opresión de los cananeos (4:4). Pero hay asimismo un factor nuevo en ese mensaje inesperado del profeta. Profeta que, curiosamente, no dice lo que hubiéramos esperado oír: “El Señor ha visto vuestra rebeldía, ha predispuesto a los madianitas en contra vuestra como justa retribución, y ha llegado hasta Él el clamor de vuestro arrepentimiento. Es por eso que ahora levantará un libertador que os rescate”. Ese sería el patrón clásico operativo en tiempos de Otoniel, pero las cosas han cambiado mucho desde entonces. Puede, claro está, que el creyente maduro no espere nada más allá. Pero lo cierto es que la vida es bastante más compleja que todo eso.

Aun así, siendo el caso que el profeta no dice lo que habríamos esperado, tampoco dice (yéndose al otro extremo) lo que más temeríamos: “El Señor ha visto vuestra rebeldía, y la ha retribuido como se merece. Es muy natural que ahora elevéis vuestros gritos de angustia. Pero la verdad es que ese aparente arrepentimiento no le conmueve en absoluto, y es su intención apretar aún más la soga hasta que en verdad os mostréis arrepentidos. Puede que entonces condescienda a liberaros”.

Pero no es así. Lo que en realidad el Señor comunica a su pueblo por boca del profeta es algo muy distinto: “Yo os hice subir y emprender el camino, librándoos del yugo egipcio. Os hice entrega de esta tierra. Lo único que pedí fue que rechazais los dioses de estos pueblos. Pero vosotros no habéis hecho caso de mis palabras”. Ahora, pues... ¿qué? “¿Os daré una nueva oportunidad?”, “¿No os daré más oportunidades?”. ¡Pues no hay “pues” que valga! Lo único que ahí tenemos es un recuento de todo lo que Dios ha hecho por su pueblo, y de todo aquello en lo que Israel ha fallado.

Todo eso, en su conjunto, equivale a una explicación. Ciertamente que nosotros apreciamos en la actualidad la voluntad de una práctica genuina de la religión sentida con el corazón como reacción ante un conocimiento de la fe meramente intelectual. Pero cierto también que se pierde algo vital cuando el pueblo de Dios empieza a aborrecer sentido y fondo del término “comprender”. El profeta de Jueces 6 es precisamente enviado para hacer *comprender* a Israel lo que en realidad está pasando (acertada manera de definir el cometido de un profeta: “Explicar lo que en realidad está pasando”). Ahora bien, ¿cómo informa ese profeta de eso que en realidad está pasando? Pues trayendo a la memoria la gran misericordia mostrada por Dios para con su pueblo. Él ha escuchado el clamor de *su* pueblo, aun no habiendo ellos querido escucharle a Él; y mucho, pero que mucho, ha sido lo hecho por Él a favor suyo. Muchas cosas buenas —puede incluso que *demasiadas* cosas buenas— como para que Dios pueda ahora pasar por alto el pecado de su pueblo. No es pues mera coincidencia que un ejército incontable de madianitas sea enviado como castigo ante el flagrante desprecio de tanta merced.

iii. La perspectiva del ángel (Jue. 6:11–24)

En 6:1, nueva repetición del esquema; en 6:8, nuevo profeta, igual que en 4:4; y ahora, en 6:11, otro ángel más, como en 2:1. Esta vez no puede caber duda alguna de

que el “ángel del Señor” es un ser sobrenatural, y que ha de ser identificado con el propio Señor (6:14 y 16), si bien Gedeón no lo identifica como tal en un primer momento.

Con palabra poderosa, el ángel saluda a Gedeón. Y ¡nosotros no podemos menos que sentirnos impresionados! “El Señor está contigo, valiente guerrero” (6:12).

Los campesinos israelitas no tienen libertad para aventar su trigo en la tranquilidad de las eras, donde la brisa sopla y ayuda a separar el grano del tamo y la paja. Esa situación dura ya siete años. Por temor a las incursiones madianitas, Gedeón ha trasladado su grano a un lagar, para aventarlo sin ser visto en el hoyo donde se pisa la uva. Entretenido en esa tarea, se lleva un susto de muerte al oír de repente la voz del ángel. ¿Quién es ese forastero sentado al pie de la encina? Y, más en particular, ¿qué es eso que dice?

A juzgar por su aspecto, Gedeón puede ser cualquier cosa menos un “valiente guerrero”, tal como se le ve ahí, encorvado por una tarea que tiene que hacer a escondidas. Pese a ello, hay comentaristas que interpretan las palabras del ángel al pie de la letra. Gedeón tan sólo necesita ahora hacer salir al exterior el valor que anida en su interior. Es fácil evocar aquí al protagonista típico de un musical norteamericano de Gilbert y Sullivan, que canta para sí mismo con “timidez, modestia y cortedad”, cuando, en realidad, es capaz de actuar de forma totalmente opuesta. Personalmente, creo que tenemos ahí un núcleo de ironía unido a una fe auténtica —ironía respecto al momento concreto, y fe profética respecto a lo que Dios habría de hacer en el futuro mediante Gedeón.

Hay dos razones para pensar esto. Primero, Gedeón representa a Israel y, por haber sido el pueblo “empobrecido” (6:6), Gedeón viene a ser el miembro más insignificante o menor del clan menos importante y más débil dentro de su tribu (6:15). El tema central de estos capítulos es que Dios va a llevar a cabo su propósito a través de aquellos que son en verdad los más débiles e indefensos —“no sea que Israel se vuelva orgulloso, diciendo: ‘Mi propia fortaleza me ha librado’”—, tal como Él mismo apunta en el capítulo que sigue (7:2). Parte de la esencia misma de la historia de Gedeón es justamente que Gedeón *no* es en principio hombre arriesgado y valeroso. Hecho que queda confirmado, según yo lo veo, por el modo en que su coraje y arrojo van creciendo y manifestándose de forma gradual (6:27, 36–40; 7:10); el ángel está, pues, emitiendo un juicio profético relativo a lo que Dios va a hacer de Gedeón.

En segundo lugar, es convicción mía que se nos está pidiendo ahí que establezcamos el paralelismo entre Gedeón y otro líder anterior; y no uno de entre los propios jueces, sino con el mismísimo Moisés. La miseria y desgracia en que se encuentra Israel en Jueces 6:6 era algo ya presente y activo en Éxodo 2: “Y los hijos de Israel gemían a causa de la servidumbre, y clamaron”. La conversación entre el Señor y el libertador por Él escogido en este segundo caso (6:11–22) se hace explícita en esa primera instancia de Éxodo 3: “Te enviaré [...] para que saques a mi pueblo”, tal como es el caso en Jueces 6:14; “¿Quién soy yo para [...] sacar a los hijos de Israel de [...]?”, en Jueces 6:15; “Ciertamente yo estaré contigo”, y, palabra por palabra, en Jueces 6:16. En todos esos casos, se promete una señal de ratificación, quedando atónitos por igual los respectivos

interlocutores al hacérseles patente que han estado hablando cara a cara con Dios. Si ese paralelismo es intencionado (y es un hecho significativo que exista un paralelismo anterior, similar, en el encuentro habido en su momento entre Dios y Moisés, e igualmente en ese otro entre Débora y Barac en Jue. 4:8–9), entonces lo que fuera cierto con Moisés no va a ser ahora menos cierto con Gedeón, pues su coraje y su valentía no procederán de él, sino de lo que Dios vaya a hacer por medio de su persona.

Lo que Dios vaya a obrar a través suyo será entonces más notable todavía. Otra cuestión para tener ahí en cuenta es el factor numérico, puesto de relieve con creciente empeño por parte del ángel: “El Señor está *contigo*” (6:12, con un muy claro singular); “Ve con esta *tu* fuerza” (6:14); “*Derrotarás* a Madián —¡horda innumerable!— *como un solo hombre*” (6:16).

El escenario está dispuesto una vez más. El Señor se ha ocupado de que así sea. Y si, en el caso de Débora y Barac, el mensaje era que Israel debía tomar conciencia del mundo a su alrededor y de la necesidad de hacerle frente, con Gedeón la cuestión va a ser la abrumadora fuerza del enemigo en agudo contraste con la patente debilidad del pueblo de Dios. Pero Él tiene sus métodos para perfeccionar su fuerza a través de la debilidad.

b. El Señor proporciona un salvador (Jue. 6:25–40)

Gedeón, pues, va a ser el hombre fuerte que, con la ayuda del Señor, tendrá el coraje necesario para librar “a Israel de la mano de los madianitas” (6:14), siendo, en cambio, cuando está sin Dios, “el menor” de entre los otros (6:15). La señal que le da el ángel del Señor sirve para convencerle de que no ha sido cosa de su imaginación. Así, la carne y el pan sin levadura consumidos por el fuego (6:21) va seguido de una serie de acontecimientos de confirmación mientras el Señor se ocupa de preparar a ese siervo suyo para la tarea necesaria.

Llegados a este punto, hay que intentar ver las cosas desde la perspectiva de Gedeón. Y no porque haya que pensar en un líder necesario, ni porque Gedeón represente al común de los mortales, sino porque ahora él es representativo de un Israel que está empezando a aprender duras lecciones en solitario (Moisés ya no está con ellos y David va a tardar aún en aparecer). La primera de estas lecciones, de la mano de Gedeón, será tomar conciencia de la magnitud del enemigo al que se enfrentan.

i. El enemigo entre nosotros (Jue. 6:25–32)

6:1 “Los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos del Señor, y el Señor los entregó en manos de Madián”. Más de lo de siempre; y alguna novedad. Un enemigo suscitado y traído por Dios. Pero enemigo que, como podemos comprobar, es de una naturaleza distinta. El mal y el pecado son actividades humanas; deprimentes en su recurrencia. No ha de sorprendernos tampoco que el padre de Gedeón, Joás, tuviera su propio altar, junto con una Asera, donde rendía culto a los dioses cananeos. La

contaminación por el entorno ha penetrado hasta dentro. Situación similar a la que encontramos en la actualidad; tan sólo cambiarán nombres y formas. Pero lo cierto es que la naturaleza humana no ha cambiado, y los dioses que recreamos una y otra vez vienen a ser siempre igual. ¿Qué es entonces lo que el ser humano quiere? Cuando se muestra prudente, seguridad y un bienestar razonable que permita disfrutar de la vida; cuando le mueve la ambición, riquezas y poder en un marco de permisividad sin freno. En todas las épocas encontramos fuerzas en movimiento que prometen satisfacer todos nuestros deseos —programas políticos, teorías económicas de mercado, movimientos filosóficos, industrias del ocio— y todas ellas presentan una característica en común: tienen el poder necesario para hacer efectivo aquello que no podemos alcanzar por nosotros mismos, dejándose aparentemente manipular para poder obtener lo que queremos. La vida en Ofra giraba en torno a los Baales. Se pone el dinero bajo la advocación de uno de ellos, se vota para primacía a otro distinto, y se dedica el tiempo libre a un tercero, esperando de todo ello beneficios muy humanos, para disfrute del aquí y el ahora.

Tenemos al enemigo alojado en nuestro seno. Como pueblo de Dios conocemos al Señor (¿por qué otra posible razón iba si no a dirigirse el ángel a Gedeón en esos términos?). Aun así, ¡cuánto del mundo que nos rodea se ha apoderado de nosotros! Hasta tal punto se ha adueñado de nuestro pensamiento que ya apenas sí imaginamos la vida de otra manera.

Por eso, el primer llamamiento es a hacer frente a tal enemigo. El plan divino es muy simple: hay que dismantelar todo aquello que representa el mundo cananita y sus principios, y ofrecérselo a Dios como sacrificio. Plan efectivamente simple en su disposición, pero no plan fácil de ejecutar y tener la precaución de ampararse en la oscuridad de la noche, porque el miedo a hacerlo a la luz del día es demasiado grande, y lo que en verdad cuenta es que sea *hecho* —según Davies, “La obediencia era obligada; el heroísmo, algo opcional”—. La reacción humana se produce en la línea que Dios ya había previsto. Las gentes de Ofra se quedan atónitas al ver sus lugares sagrados profanados, descubren pronto quién ha sido el culpable, y exigen de inmediato la vindicación del Baal a lo cual responde Joás con evidente sentido común, “Si es un dios, que contienda por sí mismo”. Es entonces cuando, al igual que había sido el caso en Egipto tiempo atrás, se hace patente que los dioses cananeos no son tales dioses. Y, tanto entonces como ahora, punto positivo a favor de los israelitas y descalificación absoluta de los devotos paganos de dioses falsos.

Se ha dado —esto es, Gedeón ha dado— el primer paso en el camino de la obediencia, y con ello la fe viene a ser confirmada. El Dios al que veneramos, es el Dios real y verdadero.

ii. El enemigo de nuestro alrededor (Jue. 6:33–35)

Tras hacer frente al enemigo de dentro, hay que ocuparse del enemigo de fuera. El primero se concretaba en la sutil influencia del entorno cananita; el segundo, en el mal concreto de la intervención madianita.

Mal que no sólo es permitido por Dios, sino que es el Señor mismo el que lo provoca (6:1). Y guarda relación directa con el pecado en el que ha caído el pueblo de Dios —si este pueblo pone su confianza en las fuerzas de este mundo para alcanzar prosperidad, no pueden extrañarse de que vengan otros y se la arrebaten—. A la vista de la situación, Dios ha dispuesto sin demora que todos aquellos que hayan depositado su esperanza de paz, abundancia y bienestar en los dioses cananeos, sufran ahora de continuo el azote madianita de la lucha, la escasez y la desdicha. Con todo, el mal no deja de ser el mal, aunque sea como merecido castigo y como medio para hacer comprender lecciones muy duras. Por eso el Señor se ocupa a un tiempo de preparar a Gedeón para que le haga frente.

Hay que levantarse en armas contra el enemigo. La palabra del Señor se ha hecho oír (6:25), y la presencia de su Espíritu se ha manifestado (6:34). Ambas con igual poder. Llega ahora repentina la noticia de una nueva invasión: “Todos los madianitas, los amalecitas y los hijos del oriente se reunieron, y cruzaron y acamparon en el valle de Jezreel” (6:33). Se toca entonces la trompeta de alarma y constatamos un tanto sorprendidos que las tropas acuden a su llamada. Se ha dado, pues, el segundo paso, el de la obediencia. Y va a lucharse ahora por aquello que es justo y verdadero, y contra todo eso otro que es patentemente erróneo y desviado; la fe va así a verse confirmada y reforzada. El pueblo habrá descubierto que su Dios es realmente el Dios que en verdad es, y su filiación como pueblo de ese Dios viene a ser un hecho.

iii. El enemigo en nuestro interior (Jue. 6:36–40)

Aun con todo lo pasado, la debilidad del propio carácter sigue siendo algo real en nuestro interior. Puede que se haya tenido el coraje de repudiar los caminos del mundo y la audacia de haber convocado a otros a una lucha conjunta como pueblo que se identifica con Dios, pero falta todavía la confianza de saberse en el camino adecuado. No debiéramos, sin embargo, culpar a Gedeón por esos vellones de prueba. El ponerle a Dios condiciones puede que no sea la mejor manera de resolver dudas, pero hay que buscar una suerte de equilibrio entre la manifiesta impiedad de un Israel que le exige señales a Dios (Sal. 95:8–11) y una muy similar impiedad por parte del rey Acaz (Is. 7:10–17). Lo correcto, pues, una vez más, será indagar en qué pueda estar Dios haciendo con su pueblo. Como regla primera, Dios espera de su pueblo “que ande por fe, no por vista” Y hay que recordar aquí que lo importante de una pauta no es nunca el método como tal, sino el hecho en sí. Se espera de los israelitas que tomen las decisiones sobre la base de lo que les ha sido dicho, confiando plenamente, porque es nada menos Dios el que les guía. No se espera, sin embargo, que vayan a exigirle que les muestre *cómo* les está guiando, y que les diga exactamente qué decisiones deben tomar. Pero sí que se puede, en cambio, considerar a Gedeón como un caso especial. El Señor tiene ahí que animar a un caudillo “tímido, modesto y remiso”, que no va a cobrar confianza en sí mismo sino de forma paulatina, y por la agencia de un Dios paciente y amoroso y muy firmemente determinado.

Así es cómo se aprende a hacerle frente al enemigo alojado en el interior, se

resuelve lo insuficiente de la propia fe, se aprovechan los medios a nuestro alcance, y se confía en la buena disposición y grandiosa soberanía del Señor.

El escenario está dispuesto, caudillo libertador incluido, para que pueda tener lugar la confrontación entre Israel y Madián en ese capítulo 7. La victoria está asegurada. Pero no por ello hay que olvidar que el Juez está ahí enfrentando a dos fuerzas opuestas, por completo dispares en naturaleza. Una de las dos supera con mucho en número a la otra. Esa confrontación ha pasado a ser conocida como “*Trémula Fuente*” (Jue. 7:1).

Avanzamos por fe, conscientes de nuestra gran debilidad.
Necesitados cada día de saber aún más de tu gracia;
Aun así brota de nuestro corazón canto jubiloso,
En ti descansamos, y en tu nombre vamos.

3. El final de la historia (Jue. 8:1–35)

Entonces los hombres de Efraín le dijeron: ¿Qué es esto que nos has hecho, al no llamarnos cuando fuiste a pelear contra Madián? Y le criticaron duramente.

- 2 Pero él les dijo: ¿Qué he hecho yo ahora en comparación con vosotros? ¿No es mejor el rebusco de Efraín que la vendimia de Abiezer?
- 3 Dios ha entregado en vuestras manos a los jefes de Madián, Oreb y Zeeb; ¿y qué pude hacer yo en comparación con vosotros? Entonces se aplacó la ira de ellos contra él cuando dijo esto.
- 4 Gedeón y los trescientos hombres que *iban* con él llegaron al Jordán y lo cruzaron, cansados, mas continuando la persecución.
- 5 Y dijo a los hombres de Sucot: Os ruego que deis pan a la gente que me sigue, porque están cansados, y estoy persiguiendo a Zeba y a Zalmuna, reyes de Madián.
- 6 Y los jefes de Sucot dijeron: ¿Están ya las manos de Zeba y Zalmuna en tu poder, para que demos pan a tu ejército?
- 7 Y Gedeón respondió: Muy bien, cuando el Señor haya entregado en mi mano a Zeba y a Zalmuna, trillaré vuestras carnes con espinos del desierto y con abrojos.
- 8 De allí subió a Peniel, y les habló de la misma manera; y los hombres de Peniel le respondieron tal como los de Sucot le habían contestado.
- 9 Y habló también a los hombres de Peniel, diciendo: Cuando yo vuelva sano y salvo, derribaré esta torre.
- 10 Ahora bien, Zeba y Zalmuna estaban en Carcor, y sus ejércitos con ellos, unos quince mil hombres, los que habían quedado de todo el ejército de los hijos del oriente; porque los que habían caído eran ciento veinte mil hombres que sacaban espada.
- 11 Y subió Gedeón por el camino de los que habitaban en tiendas al este de Noba y Jogbeha, y atacó el campamento cuando el campamento estaba desprevenido.

- 12 Cuando Zeba y Zalmuna huyeron, los persiguió; capturó a los dos reyes de Madián, Zeba y Zalmuna y llenó de terror a todo el ejército.
- 13 Después Gedeón, hijo de Joás, volvió de la batalla por la subida a Heres.
- 14 Y capturó a un joven de Sucot y lo interrogó. Entonces *el joven* le dio por escrito *los nombres* de los príncipes de Sucot y de sus ancianos, setenta y siete hombres.
- 15 Y fue a los hombres de Sucot y dijo: He aquí a Zeba y a Zalmuna, acerca de los cuales me injuriasteis, diciendo: “¿Están ya las manos de Zeba y Zalmuna en tu mano para que demos pan a tus hombres que están fatigados?”.
- 16 Entonces tomó a los ancianos de la ciudad, y espinos del desierto y abrojos, y con ellos castigó a los hombres de Sucot.
- 17 Derribó la torre de Peniel y mató a los hombres de la ciudad.
- 18 Después dijo a Zeba y a Zalmuna: ¿Qué clase de hombres *eran* los que matasteis en Tabor? Y ellos respondieron: Eran como tú, cada uno parecía hijo de rey.
- 19 Y él dijo: *Eran* mis hermanos, hijos de mi madre. Vive el Señor, que si los hubierais dejado con vida, yo no os quitaría la vida.
- 20 Y dijo a Jeter su primogénito: Levántate y mátalos. Pero el joven no sacó la espada porque tenía temor, pues todavía era muchacho.
- 21 Entonces Zeba y Zalmuna dijeron: Levántate tú y cae sobre nosotros; porque como es el hombre, así su fortaleza. Y se levantó Gedeón y mató a Zeba y a Zalmuna, y tomó los adornos de media luna que sus camellos llevaban al cuello.
- 22 Y los hombres de Israel dijeron a Gedeón: Reina sobre nosotros, tú y tus hijos, y también el hijo de tu hijo, porque nos has librado de la mano de Madián.
- 23 Pero Gedeón les dijo: No reinaré sobre vosotros, ni tampoco reinará sobre vosotros mi hijo; el Señor reinará sobre vosotros.
- 24 Les dijo también Gedeón: Quisiera pedirlos que cada uno de vosotros me dé un zarcillo de su botín (pues tenían zarcillos de oro, porque eran ismaelitas).
- 25 Y ellos dijeron: De cierto *te los* daremos. Y tendieron un manto, y cada uno de ellos echó allí un zarcillo de su botín.
- 26 El peso de los zarcillos de oro que él pidió fue de mil setecientos *siclos* de oro, sin contar los adornos de media luna, los pendientes y los vestidos de púrpura que *llevaban* los reyes de Madián y sin contar los collares que *llevaban* sus camellos al cuello.
- 27 Y Gedeón hizo de ello un efod, y lo colocó en Ofra, su ciudad, con el cual todo Israel se prostituyó allí, y esto vino a ser ruina para Gedeón y su casa.
- 28 Así fue subyugado Madián delante de los hijos de Israel, y ya no volvieron a levantar cabeza. Y el país tuvo descanso por cuarenta años en los días de Gedeón.
- 29 Entonces Jerobaal, hijo de Joás, fue y habitó en su casa.
- 30 Y tuvo Gedeón setenta hijos que fueron sus descendientes directos, porque tuvo muchas mujeres.
- 31 La concubina que tenía en Siquem también le dio un hijo, y le puso por nombre Abimelec.

- 32 Y murió Gedeón, hijo de Joás, a una edad avanzada y fue sepultado en el sepulcro de su padre Joás, en Ofra de los abizeritas.
- 33 Y sucedió que al morir Gedeón, los hijos de Israel volvieron a prostituirse con los baales, e hicieron a Baal-berit su dios.
- 34 Y los hijos de Israel se olvidaron del Señor su Dios que los había librado de manos de todos sus enemigos en derredor.
- 35 tampoco mostraron bondad a la casa de Jerobaal, *es decir*, Gedeón, conforme a todo el bien que él había hecho a Israel.

Tras la escaramuza del capítulo 7, el contingente efraimita, que se había unido a la persecución de los madianitas que huyen en desbandada, captura a los generales Zeeb y Oreb. Pero su ejecución no supone el final de la historia, pues los dos reyes madianitas, Zeba y Zalmuna, siguen en libertad, y la historia de Gedeón no va a darse por concluida hasta que esa conexión quede zanjada. Hasta ese momento, la autenticidad de la gestión de Gedeón como juez ha estado clara por el modo en que ha seguido paso a paso las instrucciones de su mentor, el Juez supremo, el Señor. Pero nada se desarrolla con normalidad durante mucho tiempo en el período de los jueces, y el capítulo 8 va a ser el que haga sonar la voz de alarma —de hecho, una doble alarma, pues si la primera parte nos avisa con un “¡Cuidado!”, la segunda nos precave con un “¡Recordad!”.

a. ¡Cuidado! (Jue. 8:1–21)

Los dos capítulos previos han puesto de relieve un cambio progresivo en Gedeón. De ser un don nadie, ocupado en las faenas agrícolas en Ofra, pasa a convertirse en el guerrero victorioso que acaba con los enemigos de su pueblo. Observemos atentamente cómo va operándose ese cambio. Una mayor experiencia no supone, de suyo, una mejor gestión. Hay, de hecho, una cierta clase de “madurez” que se permite dejar a un lado la humilde actitud de los primeros tiempos de discipulado. La promoción conlleva un riesgo.

Analicemos la labor diplomática realizada en Jueces 8:1–3. Con el enemigo batiéndose en retirada, la tribu de Efraín puede permitirse el lujo de enzarzarse en una disputa con su propio general victorioso. Esa susceptibilidad aflorará de nuevo en los días de Jefté; pero ya no se les permitirá tanto campo de maniobra (12:1–6). Con independencia de cuál fuera su sentimiento al respecto (puede incluso que se sintiera fuertemente tentado a darles una buena zurra, tal como haría el propio Jefté más tarde), Gedeón es consciente de que, por el momento, tiene cosas más urgentes que resolver, y una “blanda respuesta” que aplaca “la ira” resuelve una situación potencialmente explosiva en el seno del ejército israelita.

Problema resuelto, por el momento. Pasemos ahora a las resoluciones de 8:4–9. La medida de la improbabilidad de una victoria de los menos sobre los más, mientras perseguidos y perseguidores se apresuran raudos por Peniel y Sucot, es lo que lleva respectivamente a sus gentes a negarle ayuda a Gedeón. Pero, aun a pesar del propio

cansancio y de la ausencia de buena disposición por parte de esas dos ciudades, Gedeón hace lo imposible por mantener un frenético ritmo de avance, logrando tomar por sorpresa a unos desprevenidos madianitas y alzarse así con la victoria (8:11). La frase “cansados, mas continuando la persecución” (8:4) resume una más que notable determinación. Atisbamos en sus respuestas, sin embargo, una nueva disposición de ánimo que presagia un cambio inquietante en su carácter. Pero, dejemos eso a un lado por el momento.

Fijémonos ahora en la pericia con que desarrolla la campaña hasta coronarla con éxito (8:10–12). Los trescientos ya no hacen sonar las trompetas, ni portan antorchas flameantes; tampoco es la persecución su único propósito, sino que ahora son un ejército de confrontación, determinados a barrer la supremacía madianita (¡menos mal que reducida ahora tan sólo a 15.000! “los que habían quedado de todo el ejército de los hijos de oriente”). Y lo que sigue no es sino la constatación de una bien planificada estrategia, unas maniobras brillantes, un ataque por sorpresa “que llena de terror a todo el ejército” enemigo, y una persecución implacable que culmina con la captura de los reyes madianitas —en suma, un aplastante triunfo sobre el opresor—. Ha surgido un nuevo líder, y su supremacía es algo indiscutible. Ahora bien, ¿de dónde le vendrá a Gedeón esa insólita habilidad militar?

Bueno, de momento nos basta con lo que hay. Gedeón ha llevado a cabo aquello que el Señor tenía preparado para él (“Libra a Israel de la mano de los madianitas”). Pero no es sólo eso lo que Gedeón tiene en mente. Hay unas cuantas cosas más que han ido ahí fraguándose en paralelo con su meteórico ascenso como libertador del pueblo. Ciertamente que los hombres de Sucot y Peniel debieran haber tenido más fe en él en ese primer contacto; todo apuntaba de hecho a una campaña en plena racha de éxito; pero habían preferido mostrarse precavidos. ¡Precaución que Gedeón castiga con crueldad inaudita (8:13–17)! De entrada, puede que su bravata provoque una sonrisa “Trillaré vuestras carnes con espinos del desierto y con abrojos”; pero la sonrisa se convierte en mueca al pasarse de la palabra al hecho y, efectivamente, Gedeón “castigó a los hombres de Sucot [con espinos del desierto y con abrojos]”. Y no sólo eso, sino que también “derribó la torre de Peniel y mató a los hombres de la ciudad”. Crueldad exacerbada que choca aún más si tenemos en cuenta que se trataba de compatriotas suyos, gentes del pueblo de Israel. Por ahora, limitémonos a archivar el dato como anticipo de lo que aún queda por venir.

Detengámonos por último en 8:18–21, en el clímax de la campaña, cuando se ajusticia a los reyes madianitas. Con un giro en verdad sorprendente, el narrador nos enfrenta a un dato hasta ahora desconocido con esa pregunta a bocajarro que Gedeón hace a los dos reyes, “¿Qué clase de hombres *eran* los que matasteis en Tabor?” (8:18, BA). Según apuntan todos los indicios, Zeba y Zalmuna habían sido los “responsables” directos de la muerte de los hermanos de Gedeón. Y la suya es ahora una venganza personal ejecutada sin visos de clemencia en territorio jordano.

En los capítulos 6 y 7, Gedeón actuaba en obediencia a Dios; ahora lo hace impelido por el ansia de venganza. ¡Qué cambio el suyo! Trata en vano de incitar a su hijo Jeter, que recuerda en su temor vacilante al joven inseguro que fue Gedeón en un principio,

aunque ya no es así. Incluso sus rivales tienen palabras de elogio para él: dignidad real (8:18) y fortaleza de carácter (8:21). Pero no todo es ahí digno de elogio, y ello aun siendo muy grandes y notables sus logros y capacidades. Haremos bien en precavernos de aquellos dones del Espíritu que no vayan acompañados de los frutos de ese mismo Espíritu.

b. ¡Recordad! (Jue. 8:22–35)

Israel lleva ya demasiado tiempo bajo el yugo de reyes paganos. Nada más natural, pues que, tras su muerte, se pensara de inmediato en sustituirlos por un rey israelita, siendo el candidato evidente el propio Gedeón. La respuesta que da puede ser tomada de dos maneras. El sentido obvio de 8:23 es que rechaza la propuesta. Pero, por otra parte, pudiera entenderse ahí un “Sí, pero”: sí, continuaré siendo caudillo vuestro, pero tened presente que será el Señor el que gobierne a través de mí —como ha sido ahora el Señor quien ha liberado a Israel por mi mano (6:14, 16 y 36–37)—. Sea como fuere, lo cierto es que los versículos 22 y 23 ponen en evidencia el dicho popular “Salvador, luego rey”, y nos vienen a recordar algo importante: Recordad, *el Señor* es Rey. *Él* gobierna y *Él* es quien decide cómo y a través de quién gobernará.

Con independencia de lo que Gedeón pensara de esa corona ofertada (siendo un hecho innegable una creciente tendencia a comportarse como un autócrata), no puede caber duda aquí de que va a tomarse muy en serio el gobierno basándose en jueces. Hace que se le confeccione un “efod”, vestidura sacerdotal que incorpora un pectoral incrustado de gemas y el “urim y tumim”, objetos de los que no sabemos en la actualidad dar una imagen exacta pero que eran utilizados en tiempos antiguos para averiguar los designios divinos. Dios como Juez había sido el primero en instituir ese método para guiar a su pueblo, y había sido correctamente usado en el pasado. Y ahora iba a serlo de nuevo. Pero, comparado con el verdadero efod, que se supone que sigue en Silo (18:31), éste va a estar más a mano, a la entera disposición de Gedeón y su propia familia, al tiempo que no deja de ser objeto de esplendente celebración (8:26–27). Su prestigio atrae de hecho a “todo Israel”. En opinión de Davis, ese comportamiento pone en evidencia “un ansia desmedida por tener más de lo que Dios ya ha dado para nuestro sustento y dirección [...] No queremos contentarnos con andar en obediencia a las Escrituras, confiando en la providencia de la bondad divina [...] Queremos tener más, una palabra específica y concreta de parte de Dios, que nos diga qué hacer en cada caso y situación concreta”. Los versículos 24–27, en cambio, dejan claro que un efod de factura humana —como instrumento para guía propia— no va a ser más que vana ilusión y ocasión de tropiezo, al tiempo que nos recuerdan que *el Señor* es en verdad Juez. *Él* es quien dirige, según sus propios designios; y no según nuestros propósitos, por muy legítimos que estos puedan ser.

Con independencia de que Gedeón aceptara o no “gobernar” a Israel, lo cierto es que pasó el resto de sus días con relativo esplendor. Si la Biblia habla de ti haciendo mención de lo dilatado de tu descendencia a la hora de tu muerte (“lleno de años”) suele ser porque has alcanzado una posición de renombre, y Abimelec —“¿Mi padre es

rey?” — es un nombre bastante ambiguo como para ponérselo a la ligera a un hijo. Pero, sea como fuere, la cuestión ahora es que Gedeón se ha librado de los pueblos del Oriente, e Israel va a disfrutar de un período de paz y bonanza por espacio de cuarenta años. Pero aun siendo el caso que los madianitas no volvieron a hacer su aparición nunca más, el tiempo de bonanza no iba a ser muy duradero y, a la muerte de Gedeón, el pueblo israelita cae de nuevo en los viejos hábitos. De nuevo le vuelven la espalda *al Señor* que de tantos enemigos los ha librado, al tiempo que es también un desplante a tanto bien hecho por Gedeón. Los versículos finales del capítulo 8 ponen en paralelo la negligencia evidente en ambos errores (la ingratitud ante lo hecho por Gedeón equivale al olvido de la liberación llevada a efecto por Dios), al tiempo que asimismo nos precaven: Recordad, *el Señor* es nuestro Salvador y Rescatador. Gedeón también había sido una suerte de rescatador y liberador, aunque en su sentido secundario, al tiempo que juez, y quizás incluso rey. Pero, tal como había sido en un principio y, en un sentido diferente, también al final, Gedeón no era más que un hombre con todas las debilidades de lo humano. Y así es como ha de ser. Porque sólo así podrá Dios callar la boca de los que alardean “Mi propia fortaleza me ha librado” (7:2). Tan sólo Dios es el verdadero Rey, Juez y Salvador.

Recordar por último por qué posteriores generaciones se acuerdan de este hombre. Se nos muestra débil en el capítulo 6, por su inexperiencia y cortedad. Y sigue siendo débil en el capítulo 8, revelándose caprichoso y falto de discernimiento. Ambos extremos comportan la misma lección: si el enemigo es fuerte y nosotros débiles, hay que volverse al Señor. Esa es, en esencia, la razón de que Gedeón figure entre los cuatro inmortales del libro de Jueces en la galería de la fe de Hebreos 11. Gedeón, junto con el pueblo israelita, encuentra autoridad y guía en el Señor en medio de esa desproporción de cifras que nos plantea Jueces 7: sus trescientos contra los 135.000. “Cuando soy débil, entonces soy fuerte”.

Según nos aproximamos a Hebreos 11, a mitad de la historia que separa estos dos libros de la Biblia, el “día de Madián” constituye el trasfondo de la visión de Isaías, con su anuncio de la venida de un Rey, que será a un tiempo Juez y Salvador. Nos encontramos sin duda a merced de las incontables huestes de la oscuridad. Y es precisamente entonces cuando se hace patente un comunicado maravilloso: “un niño nos es nacido”. Depositando, pues, nuestra confianza en Él, y aun a pesar de la inmensa diferencia numérica, descubrimos que “el aumento de *su* soberanía y de la paz no tendrán fin”.

Abimelec: algo por completo distinto

Jueces 9:1–10:5

Una vez más, Jueces sorprende al lector. La toma de contacto en el capítulo 9 nos resulta del todo familiar. El pueblo de Israel vuelve a hacer lo malo ante los ojos del Señor, aunque ahora, en consonancia con el acentuado declive general, los pecados de 8:33–35 son más específicos que antes, trayendo a la memoria esa maldad de “tercera generación” de 2:16–19. Sin embargo, no encontramos aquí la secuencia habitual de pecado a la que sigue un castigo, clamor inmediato solicitando ayuda y consiguiente posterior rescate. Lo que nos sale ahora al encuentro es algo por completo distinto. Los dos primeros versículos de este capítulo marcan el tono: el personaje principal no va a ser alguien levantado por Dios como azote o como salvador. Lo que va a motivar su entrada en escena será el simple hecho de ser hijo de Gedeón. El lugar y el pueblo nada tendrán que ver con Israel ni con sus enemigos; se trata del pueblo de Siquem, al que les une una relación que data de los días de Jacob y eso antes incluso de su ida a Egipto y, por supuesto, de su vuelta de esa tierra. La autoridad en Jueces 9 no es una cuestión de juicio o de liberación, sino de gobierno; palabra ominosa introducida por vez primera al ofrecerle Israel la corona a Gedeón (8:22). Por otra parte, habría que hacer notar aquí que, a medida que nos adentramos en la historia de Abimelec (8:34 a 10:6), ni una sola vez es mencionado el Señor por su nombre.

Hecho tan insólito abre de nuevo la cuestión del valor que el libro pueda tener para el lector actual. Sea como fuere que éste haga suyos los relatos del tiempo de Moisés o de David, al llegar aquí no tendrá más remedio que esforzarse por captar qué puedan estar diciéndole los jueces. Pero eso no es todo. Tras decidir qué lección hay que aprender de Aod y de Débora y de Gedeón, se encontrará con que debe prácticamente desecharlo al encontrarse con Abimelec.

Está muy claro que Abimelec no puede ser en modo alguno el modelo para seguir. Y ello aun en el caso de que uno mismo pueda llegar a convertirse en lo que Abimelec es, o que, visto de otra manera, represente aquello otro que se debería tratar de no llegar a ser en modo alguno. Pero, en definitiva, ¿qué relación podemos establecer entre su experiencia y la mía?

Como siempre, al oír la voz de Dios en la Escritura, primero hemos de entender su revelación como algo plenamente consecuente y válido, grabarnos después en la mente los hechos inalterables que subyacen al fluir de los acontecimientos de la historia bíblica, y discernir, por último, qué es lo que puede haber en común entre el mundo bíblico y el nuestro.

Para empezar, hay diferencias entre la forma en que trabajamos conocimiento con Dios en el Antiguo Testamento y el modo en que se hace en el Nuevo (aunque esas diferencias no sean tantas como algunos quieren hacernos creer, pero sí muy distintas). Sea como fuere, lo importante es que Dios sigue siendo siempre el mismo. Su pueblo va experimentando cambios a lo largo de la historia, convirtiéndose sucesivamente en familia, nación, monarquía, e iglesia de ámbito nacional. Pero, en todo caso, manteniéndose siempre como pueblo de Dios. El trasfondo moral de su existencia es obra conjunta de legisladores, profetas y apóstoles; pero la ley de Dios es sólo una, y

nunca cambia. El mundo material en el que ese pueblo vive lleva la impronta de más de una docena de culturas sucesivas, que van del Oriente Próximo a la Roma clásica, y hasta la aldea global de nuestros días; pero, aun siendo así, lo cierto es que el tiempo de la sementera y la cosecha, el frío y el calor, el verano y el invierno, el día y la noche no cambia ni deja de ser. Puede que la vida que el pueblo lleva sea la de simples ganaderos, o esclavos, o peregrinos, o granjeros, o incluso soldados y maestros, pero siempre como tarea realizada en servicio a Dios. Las responsabilidades que recaigan sobre ellos variarán, pero siempre habrá algún “talento” puntual que aprovechar y mejorar.

Es por eso que, con independencia de lo que el libro de Jueces vaya registrando de esas constantes —Dios y su pueblo, el entorno material y moral, su vida de servicio y responsabilidad— estamos llamados nosotros a buscar algún equivalente en nuestra propia experiencia. Con este salvoconducto de entrada en el mundo ajeno de ese capítulo 9, narración de suyo peculiar, incluso para lo que es habitual en el libro de Jueces, debemos probar fortuna y tratar de hacer lo mismo. El hecho de encontrarnos ahí con “algo por completo distinto” nos lleva a plantear las cuestiones difíciles. ¿Qué es lo que está pasando realmente? ¿Qué es lo que Dios está haciendo? ¿Qué está haciendo su pueblo? ¿Cómo ha de juzgarse todo ello rectamente?

1. La verdad y la integridad desprestigiadas

Dos términos en concreto que se usan en dos ocasiones en ese capítulo 9, en los versículos 16 y 19, nos dan la clave para entender la historia de Abimelec. Los términos *emeth* y *támin* suelen traducirse como “buena fe, o integridad” y “honor” o, según otras versiones, “verdad e integridad”. El declive en la práctica diaria de la verdad y la integridad viene aquí a ser síntoma prolongado de la tendencia general a la baja en la vida israelita, y es tema constante en el libro de Jueces. Ya habíamos tenido ocasión de ver cómo los acontecimientos no se suceden según un ciclo, sino que cursan en ininterrumpida espiral de declive. En los tres capítulos que abarca la historia de Gedeón, es fácil constatar el modo en que la verdad y la integridad estaban siendo rápidamente desechadas en medio de la sociedad israelita. Y es entonces cuando Dios mismo cuestiona por vez primera la sinceridad de ese habitual grito de socorro de Israel. Dios se dirige entonces a su pueblo en justificado tono recriminatorio —Gemís “por causa de Madián”, les dice por boca de un profeta, “pero no me habéis obedecido” (6:7 y 10)—. La rencilla y la discordia hacen así su aparición en el seno del campamento israelita, concretamente entre efraimitas y Gedeón, y entre Gedeón y los hombres de Sucot y Peniel. La apostasía en la que cae Israel a la muerte de Gedeón había sido ya anticipada por ese “prostituirse con los baales” y el “efod” cuando éste todavía vivía (8:27 y 33). Y eso era algo no visto hasta ese momento. El período de paz surgido a raíz de la victoria de Gedeón va a resultar ser el último del que se deja constancia en el libro, y algo tiene que estar yendo francamente mal para que sea así.

Ese será, de hecho, el tema dominante en el capítulo 9. La “verdad e integridad” es

el concepto clave en la historia de Abimelec, y no porque destaquen en su práctica, sino por todo lo contrario, precisamente por no figurar en absoluto. Ambas cualidades debieran ser distintivo propio de un pueblo leal a su Dios y entre sí. En vez de ello, el modo en que esos valores sufren menoscabo en anteriores capítulos desemboca en un derrumbe general en el presente.

2. La verdad y la integridad rechazadas (Jue. 9:1–6)

Y Abimelec, hijo de Jerobaal, fue a Siquem, a los parientes de su madre, y les habló a ellos y a toda la familia de la casa del padre de su madre, diciendo:

- 2 Hablad ahora a oídos de todos los jefes de Siquem: “¿Qué es mejor para vosotros, que todos los hijos de Jerobaal, setenta hombres, reinen sobre vosotros, o que reine sobre vosotros un *solo* hombre?”. Además, acordaos que yo soy hueso vuestro y carne vuestra.
- 3 Y los parientes de su madre hablaron todas estas palabras por él a oídos de todos los jefes de Siquem, y ellos se inclinaron a seguir a Abimelec, porque dijeron: Es pariente nuestro.
- 4 Y le dieron setenta *piezas* de plata de la casa de Baal-berit, con las cuales Abimelec tomó a sueldo hombres indignos y temerarios que lo siguieron.
- 5 Luego fue a la casa de su padre en Ofra y mató a sus hermanos, los hijos de Jerobaal, setenta hombres, sobre una piedra. Pero Jotam, el hijo menor de Jerobaal, se libró porque se escondió.
- 6 Y se reunieron todos los habitantes de Siquem y todo Bet-milo, y fueron e hicieron rey a Abimelec, junto a la encina del pilar que había en Siquem.

El relato se inicia con un párrafo emblemático de la habilidad del autor para plantear cuestiones más que para dar respuestas. El libro de Jueces es un escrito profundamente inquietante y perturbador, y este capítulo en concreto, aun a pesar de su aparente vivacidad, nos deja francamente perplejos, a lo que hay que sumar, además, lo que de equívoco puedan tener los versículos 1–6. De las posibles ambigüedades pasamos a ocuparnos de inmediato. En el curso de los acontecimientos, lo que Jotam, el hijo más joven de Gedeón, calificará de “verdad e integridad” será objeto sistemático de rechazo. De entrada, nada de lo que aparece en escena es lo que debiera ser. Las palabras no se corresponden con su fondo, y los hechos presentes no guardan fidelidad alguna a su anterior historia. Nada tiene ahí una conexión.

Pero tenemos ahí a otro hijo de Gedeón (a Gedeón, dicho sea de paso, se le menciona sistemáticamente en este capítulo por el ambiguo nombre de Jerobaal, de connotaciones tanto favorables como negativas, tal como se recoge en 6:32). Este hijo en concreto no es uno de los muchos que le nacieron a Gedeón de sus legítimas esposas israelitas, sino que es el vástago tenido con su concubina de Siquem. Este joven, al igual que su padre, tiene también un nombre ambiguo, Abimelec, “rey padre”. Nombre que pudiera tener su origen en el deseo de honrar a Gedeón (“Mi padre es

rey”), o al Señor (“Mi Padre es Rey divino”). Por otra parte, es nombre que puede ser también usado por las naciones paganas, pensando en un rey muy distinto. Puede, con todo, que, en este caso, fuera un eco del piadoso comentario de 8:23, “No reinaré sobre vosotros, ni tampoco reinará sobre vosotros mi hijo; el Señor reinará sobre vosotros”. Nombre apropiado, o quizás no.

Abimelec encamina sus pasos hacia Siquem, donde habitan los parientes de su madre. Se siente parte tanto de ella como de su gente. No cabe duda de que este Abimelec es un muchacho serio y responsable. Y Siquem es un buen lugar. Y aun no siendo para nada israelita, cuenta con una larga tradición de amistad entre ambos pueblos. En tiempos antiguos se habían fraguado entre los dos alianzas y compromisos matrimoniales, aun a pesar de algunas diferencias circunstanciales, y en su retorno de Egipto, los ejércitos victoriosos de Josué no habían entablado disputa con esta ciudad. En realidad, era incluso ciudad honrada como sede de la gran reunión descrita en Josué 8:30–35 y 24:1–28.

La encina de Siquem, en particular, ocupaba un lugar de honor en las tradiciones del pueblo escogido. El padre Abraham había montado su primer campamento en Canaán, y el Señor se le había aparecido prometiendo hacerle entrega de esa tierra. Y ahí su nieto Jacob había retirado los dioses extranjeros que su casa había traído consigo desde Mesopotamia, renovando su dedicación al Señor.⁶ La encina, por así decirlo, contaba con su aprobación.

En Siquem había también un santuario, casa del Señor de *Berit*, el Pacto. Para el verdadero israelita no hay más que un pacto, acordado generación tras generación entre su Señor Dios y su pueblo. El pilarsantuario, la encina, la ciudad, el nombre, quedan por igual incluidos en las grandes tradiciones del verdadero Israel.

Pero Abimelec rompe con la fe de siempre en todos y cada uno de esos apartados. Su historia comienza con el rechazo de todo atisbo de verdad e integridad. Según él ve las cosas, hasta su propio nombre ha de ser entendido con burdo literalismo. Su padre había sido rey, o su práctico equivalente, con lo cual, a la muerte de Gedeón, él era el siguiente en la línea sucesoria. La inestabilidad que se vive en la ciudad de Siquem (reflejo de su propio carácter) no es sino una oportunidad para satisfacer su ambición, con lo cual se aplica de inmediato a dejar a un lado todo cuanto pueda unir a Siquem con Israel, resaltando exageradamente, en cambio, su posible antagonismo. Para él, la encina de tiempos antiguos va a ser ahora testigo de una transacción muy distinta a la efectuada en su momento entre Dios y Abraham. Ahora, según trama urdida por él mismo, las gentes de Siquem van a coronarle rey. Y, para ambas partes, el santuario local, al que han dado el nombre (precisamente) de “casa del Señor del *Pacto*”, nada tiene que ver ya con su sentido original: el Señor al que ahí se adora no es Yahvé sino Baal.

¿Qué fue entonces lo que vino a pasar en realidad? —téngase ahí en cuenta que, después de todo, estos versículos no son más que el comienzo de la historia—. Pues que Abimelec persuadió a sus parientes sichemitas de que sus medio-hermanos israelitas iban a hacerse con el control —puede incluso que de la nación entera (véase 9:1–22), y sin lugar a dudas del propio Siquem— a no ser que fueran antes eliminados, y

él fuera nombrado rey en su lugar. Los caudillos de Siquem aceptan gustosos la propuesta, y la masacre de los rivales de Abimelec se lleva a efecto con fondos tomados del templo de Baal-Berit, teniendo lugar su coronación como rey “junto a la encina del pilar que había en Siquem”.

Basta con comparar Jueces 9:1–6 con Josué 24 para ver lo irónico de esos sucesos. En el libro anterior, Josué reúne basándose en su autoridad a “las tribus israelitas”, que se comprometen a no “abandonar al Señor para servir a otros dioses” (versículos 1, 16). Ahora bien, ¿dónde tuvo lugar este solemne y complejo compromiso? “Josué hizo un pacto con el pueblo aquel día, y les impuso estatutos y ordenanzas en *Siquem*. [...] Y tomó una gran piedra y la colocó allí *debajo de la encina* que estaba junto al santuario del Señor” (versículos 25–26). Y ¿en qué términos había presentado el desafío? Temed al Señor y servidle con *tamin* y *emeth* (v. 14), único lugar, a excepción de Jueces 9 donde aparecen juntos ambos términos. Hay que servir al Señor en *verdad e integridad*. La historia de Abimelec aparece en el núcleo central mismo del libro de Jueces, mostrándonos qué es lo que pasa cuando no se cumple con las obligaciones contraídas, allí donde la verdad y la integridad pierden su significado. Ya no está ahí un Josué que haga valer su autoridad, con lo cual la responsabilidad viene a recaer en un Israel que sabe muy bien cómo debería de estar sirviendo al Señor.

3. La vuelta a la verdad y la integridad (Jue. 9:7–21)

- 7 Cuando se lo informaron a Jotam, fue y se paró en la cumbre del monte Gerizim, y alzando su voz, clamó, y les dijo: Escuchadme, hombres de Siquem, para que os oiga Dios.
- 8 Una vez los árboles fueron a ungir un rey sobre ellos, y dijeron al olivo: “Reina sobre nosotros”.
- 9 Mas el olivo les respondió: “¿He de dejar mi aceite con el cual se honra a Dios y a los hombres, para ir a ondear sobre los árboles?”.
- 10 Entonces los árboles dijeron a la higuera: “Ven, reina sobre nosotros”.
- 11 Pero la higuera les respondió: “¿He de dejar mi dulzura y buen fruto, para ir a ondear sobre los árboles?”.
- 12 Después los árboles dijeron a la vid: “Ven tú, reina sobre nosotros”.
- 13 Pero la vid les respondió: “¿He de dejar mi mosto, que alegra a Dios y a los hombres, para ir a ondear sobre los árboles?”.
- 14 Dijeron entonces todos los árboles a la zarza: “Ven tú, reina sobre nosotros”.
- 15 Y la zarza dijo a los árboles: “Si en verdad me ungís por rey sobre vosotros, venid y refugiaos a mi sombra; y si no, salga fuego de la zarza y consuma los cedros del Líbano”.
- 16 Ahora pues, si habéis procedido con verdad e integridad al hacer rey a Abimelec, y si habéis procedido bien con Jerobaal y su casa, y si habéis procedido con él como él merecía
- 17 (pues mi padre peleó por vosotros, y arriesgó su vida y os libró de la mano de

Madián,

- 18 pero vosotros os habéis rebelado hoy contra la casa de mi padre y habéis matado a sus hijos, setenta hombres, sobre una piedra, y habéis hecho rey sobre los hombres de Siquem a Abimelec, el hijo de su sierva, porque es vuestro pariente);
- 19 si habéis, pues, procedido hoy en verdad e integridad *para* con Jerobaal y su casa, regocijaos en Abimelec, y que él también se regocije en vosotros.
- 20 Y si no, salga fuego de Abimelec y consuma a los hombres de Siquem y de Bet-milo, y salga fuego de los habitantes de Siquem y de Bet-milo y consuma a Abimelec.
- 21 Entonces Jotam escapó y huyó, y se fue a Beer y permaneció allí a causa de su hermano Abimelec.

Una gran voz se deja oír en lo alto del monte situado frente a Siquem, captando la atención de los sichemitas con una historia singular —no como entretenimiento, sino como mensaje.

Esa voz es la de Jotam, el único de entre los hijos de Gedeón que ha logrado escapar de la carnicería en Ofra, donde Abimelec y sus esbirros se aplicaron a eliminar a todos sus oponentes. Se trata del hijo más joven de un hijo pequeño (si es que así es como se ha de entender 6:15 respecto a Gedeón) y, según parece, no hay nadie de más edad en el entorno de Siquem dispuesto a dar la cara a favor de la verdad y la integridad. Y no es que esto deba sorprendernos, pues la imagen proyectada por su padre, en ese tiempo en que actuó como juez, enfrentándose con sus trescientos a los 135.000 del enemigo, es precisamente la de la honestidad reducida en fuerza y efectivos hasta un punto tal en que sea Dios el que se lleve la gloria de la victoria. Jotam tendrá, en cambio, que ocultarse tras su actuación, desapareciendo para siempre de las páginas de las Escrituras. Pero la auténtica cuestión es que lo único que se espera de él es que pronuncie maldición de parte de Dios contra todos aquellos que han dejado a un lado la verdad y la integridad.

El lugar de los sucesos es el entorno de Siquem, trayendo a la memoria esa anterior reunión de compromiso con la “verdad e integridad” de Jueces 24 y, más específicamente todavía, dos eventos de un pasado reciente. Cuando tocó a su fin el largo peregrinar de Israel, Moisés había dado instrucciones al pueblo para que se dirigiera a Siquem y, desde los dos montes gemelos que lo rodean, se proclamase el compendio de la ley de Dios, con la bendición pronunciada en el Monte Gerizim y las maldiciones proferidas desde el Monte Ebal. Teniendo todo ello su debido cumplimiento bajo el caudillaje de Josué.¹⁰ Y ahora es, en cambio, Jotam el que aparece —un tanto curiosamente, en el monte Gerizim y no en Ebal— para contar su versión de las cosas. Acción que, en el curso de los acontecimientos, viene a tener el efecto de una maldición. Pero, en teoría, bien podría haber resultado ser una bendición: “Si habéis, pues, procedido hoy en verdad e integridad *para* Jerobaal y su casa, regocijaos en Abimelec, y que él también se regocije en vosotros” (9:19).

La historia que Jotam les cuenta es una fábula parecida a las que nos han llegado de

la antigua Grecia a través de Esopo, historia que, por cierto, no deja de tener su paralelismo en otras culturas. “Una vez los árboles fueron a ungir un rey sobre ellos. Pero ni el olivo ni la higuera aceptaron el cargo, alegando que tenían ‘mejores cosas que hacer’. Por lo cual se llegaron a la zarza, la cual respondió...”.

La respuesta de la zarza es justo el objetivo de la parábola. Si entre las intenciones de Jueces estuviera el manifestar ostensiblemente su desaprobación de la monarquía, tal como lo entienden algunos, entonces la fábula de Jotam estaría alabando la prudencia del olivo, de la higuera y de la vid al rechazar la oferta de la corona real. Pero el entenderlo así sería un gran error. La fábula tiene que ver exclusivamente con Abimelec; y en nada le interesa la negativa del olivo, la higuera y la vid, sino la aceptación de la oferta por parte de la zarza. “Si en verdad me ungís por rey —dice la zarza con simulada sorpresa— venid y refugiaos a mi sombra. Pero tendréis que arrodillaros para poder hacerlo; y si las cosas van mal, recordad con cuánta facilidad puedo arder, por lo cual hasta los más encumbrados de entre vosotros deberán andarse con cuidado”. Dicho en otras palabras, Jotam está tratando de hacerles ver lo desacertado de su elección, y no por la monarquía como institución, sino por elegir a ese rey en particular.

El sentido de la fábula viene a reiterar el tema principal de todo el capítulo. Si las gentes de Siquem hubieran actuado en verdad e integridad con respecto a Gedeón y su familia, puede que hubieran disfrutado de un gobierno adecuado bajo el mandato de Abimelec, viniendo esas dos virtudes a dignificar la vida pública. Pero no había sido así, ni mucho menos. Nadie había optado por esa vía (8:35). Y al haber desechado la verdad y la integridad con ese acto de sumisión a Abimelec, los sichemitas no podrían esperar más que un futuro incierto carente de las virtudes de tiempos pasados. Cada una de las partes sufrirá a manos de la otra.

Eso fue exactamente lo que el paso del tiempo vino a demostrar. Lo predicho por Jotam tuvo su cumplimiento. Y al menos él sí que había hecho honor a la “verdad e integridad”.

4. El abandono de la verdad y la integridad (Jue. 9:22–49)

- 22 Y reinó Abimelec tres años sobre Israel.
- 23 Pero Dios envió un espíritu de discordia entre Abimelec y los hombres de Siquem; y los hombres de Siquem procedieron pérfidamente con Abimelec,
- 24 para que viniera la violencia hecha a los setenta hijos de Jerobaal, y recayera la sangre de ellos sobre su hermano Abimelec que los mató, y sobre los hombres de Siquem que fortalecieron las manos de él para matar a sus hermanos.
- 25 Y los habitantes de Siquem pusieron emboscadas contra él en las cumbres de los montes y robaban a todos los que pasaban cerca de ellos por el camino; y se lo hicieron saber a Abimelec.
- 26 Y Gaal, hijo de Ebed, vino con sus parientes, y pasaron a Siquem; y los habitantes de Siquem pusieron su confianza en él.

- 27 Y salieron al campo y vendimiaron sus viñedos, pisaron las uvas e hicieron fiesta; y entrando a la casa de su dios, comieron y bebieron y maldijeron a Abimelec.
- 28 Entonces Gaal, hijo de Ebed, dijo: ¿Quién es Abimelec y quién es Siquem para que le sirvamos? ¿No es acaso hijo de Jerobaal, y no es Zebul su oficial? Servid a los hombres de Hamor, padre de Siquem; pero ¿por qué hemos de servirle a él?
- 29 ¡Quién pusiera este pueblo en mis manos! Entonces yo quitaría a Abimelec. Diría a Abimelec: Aumenta tu ejército, y sal.
- 30 Y cuando Zebul, gobernante de la ciudad, oyó las palabras de Gaal, hijo de Ebed, se encendió en ira.
- 31 Y envió encubiertamente mensajeros a Abimelec, diciendo: He aquí que Gaal, hijo de Ebed, y sus parientes han venido a Siquem, y he aquí que están incitando a la ciudad contra ti.
- 32 Ahora pues, levántate de noche, tú y el pueblo que está contigo, y pon emboscada en el campo.
- 33 Y sucederá en la mañana, en cuanto salga el sol, que te levantarás temprano y arremeterás contra la ciudad; y he aquí, que cuando él y el pueblo que está con él salga contra ti, harás con ellos lo que te venga a mano.
- 34 Se levantó, pues, de noche Abimelec, y todo el pueblo que *estaba* con él, y pusieron emboscada contra Siquem con cuatro compañías.
- 35 Y Gaal, hijo de Ebed, salió y se paró a la entrada de la puerta de la ciudad; y Abimelec y el pueblo que *estaba* con él salieron de la emboscada.
- 36 Al ver Gaal a la gente, dijo a Zebul: Mira, viene gente bajando de las cumbres de los montes. Pero Zebul le dijo: Estás viendo la sombra de los montes como *si fueran* hombres.
- 37 Y volvió a hablar Gaal y dijo: He aquí, gente que baja de la parte más alta de la tierra, y una compañía viene por el camino de la encina de los adivinos.
- 38 Entonces Zebul le dijo: ¿Dónde está ahora tu jactancia con la cual decías: “¿Quién es Abimelec para que le sirvamos?”. ¿No es éste el pueblo que despreciabas? Ahora pues, sal y pelea contra él.
- 39 Y salió Gaal delante de los jefes de Siquem y peleó contra Abimelec.
- 40 Abimelec lo persiguió pero Gaal huyó delante de él; y muchos cayeron heridos hasta la entrada de la puerta.
- 41 Y Abimelec se quedó en Aruma, pero Zebul expulsó a Gaal y a sus parientes para que no se quedaran en Siquem.
- 42 Aconteció al día siguiente, que el pueblo salió al campo, y se lo hicieron saber a Abimelec.
- 43 Y él tomó a su gente, la dividió en tres compañías y puso emboscada en el campo; cuando miró y vio al pueblo salir de la ciudad, se levantó contra ellos y los mató.
- 44 Entonces Abimelec y la compañía que estaba con él se lanzaron con ímpetu y se situaron a la entrada de la puerta de la ciudad, y las otras dos compañías se lanzaron contra todos los que *estaban* en el campo y los mataron.
- 45 Y peleó Abimelec contra la ciudad todo aquel día, capturó la ciudad y mató a la

- gente que *había* en ella; entonces arrasó la ciudad y la sembró de sal.
- 46 Al oír *esto* todos los jefes de la torre de Siquem, se metieron en la fortaleza del templo de El-berit.
- 47 Y le dijeron a Abimelec que todos los jefes de la torre de Siquem estaban reunidos.
- 48 Abimelec subió entonces al monte Salmón, él y toda la gente que *estaba* con él; y tomando Abimelec un hacha en su mano, cortó una rama de los árboles, la levantó y *la* puso sobre su hombro. Y dijo a la gente que *estaba* con él: Lo que me habéis visto hacer, apresuraos y haced lo mismo.
- 49 Y todo el pueblo cortó también cada uno su rama y siguió a Abimelec, y *las* pusieron sobre la fortaleza; prendieron fuego a la fortaleza sobre los que estaban *adentro*, y murieron también todos los de la torre de Siquem, como mil hombres y mujeres.

Veamos ahora cómo funciona en la práctica ese gran pacto —el pacto, claro está, en el que (según palabras irónicas de Jotam)— Siquem se regocija en Abimelec y viceversa. Durante tres años, todo va bien, y Abimelec parece haber alcanzado una posición de cierto dominio en la nación como un todo (9:22). Tiene lugar entonces una serie de acontecimientos que pueden ser vistos de tres distintas maneras. La narración tiene un marcado carácter aventurero, lleno de incidentes y momentos dramáticos. Pero, por otra parte, también tiene su parte cómica, bordeando en la farsa; tampoco falta, por último, un serio proceso de reflexión en juicio. La palabra desencadenante es “pérfidamente” (con engaño) de 9:23. La perfidia y el engaño vienen a suponer el final de la verdad y la integridad. Y dado que tanto monarca como populacho han escogido romper el nexo de unión de la fe con los descendientes de Gedeón, no puede pillarles por sorpresa que, a su debido tiempo, se quiebre igualmente el nexo que les une a ellos.

Una vez en marcha, el mecanismo de retribución, con ese espíritu de discordia enviado por Dios mismo para enemistar a las respectivas partes, el primer movimiento será en perjuicio de Abimelec (después de todo, él fue el causante en origen de todo el problema). Para empezar, los hombres de Siquem, por razones que no alcanzamos a comprender, se han vuelto en contra suya y están decididos a perjudicarlo. Los salteadores que apostan en los caminos supondrán una merma tanto para su bolsillo como para su orgullo, haciendo patente que no puede siquiera mantener el orden en sus propios dominios. Aparecen, entonces, en la ciudad, Gaal y su gente, ganándose de inmediato la confianza de muchos. Y, aunque no todo lo que dice Gaal está claro, lo que sí es evidente es que, en ausencia de Abimelec, hace cuanto puede para incitar a la ciudad en su contra (9:31). Empieza, pues, a verse el “fuego” anunciado por Jotam “saliendo de los ciudadanos de Siquem para consumir a Abimelec” (9:20).

La segunda baza corre por cuenta del lado de Abimelec, movidos por el ansia de venganza. Zebul, personaje principal a las órdenes de Abimelec, espoleado tanto por su lealtad al caudillo como, sin duda, por un orgullo herido al recibir tan sólo el nombramiento de oficial, cuando su auténtico puesto y rango es nada menos que el de

gobernador de la ciudad, hace llegar un mensaje a su subalterno, con instrucciones respecto a cómo hacer frente a la banda de salteadores de Gaal. Es entonces cuando Abimelec se decide a actuar con relación a los hechos. El “bocazas” de Gaal, no parece percatarse ahora ni del antagonismo a muerte de Zebul, ni de la repentina aparición de las bandas armadas de Abimelec... ¿Cómo que dices que ves como “gente bajando de las cumbres de los montes”, Gaal? ¿Te pasa algo en la vista o qué? Y, para cuando Gaal quiere reaccionar, al comprobar que sus ojos ciertamente no le han engañado, es ya demasiado tarde. “¿Dónde está ahora tu jactancia?”, se burla Zebul, según le va empujando fuera de la ciudad para que se enfrente al enemigo. Pero la insurrección de los sichemitas, bajo el liderazgo de Gaal, se agosta en el “fuego iniciado por Abimelec”.

Y todavía hay más por venir. En Siquem, todos cuantos no se habían unido a Gaal dan por sentado que ese episodio puede relegarse al olvido. Pero el fuego que parece consumir a Abimelec no ha hecho más que empezar. Al día siguiente, ajenos a que esa va a ser su última jornada, los labradores sichemitas reanudan su trabajo en los campos, ignorando que están ya sentenciados, por ser como traidores a ojos de Abimelec. Ellos, al igual que Gaal, van a caer víctimas de su furor.

El fuego del exterminio sigue propagándose. Según apuntan todos los indicios, la torre de Siquem es enclave distinto a la ciudad de Siquem propiamente dicha, hallándose en ella reunidos todos sus jefes, temerosos de lo que pudiera ocurrirles a manos de un Abimelec sediento de sangre. Ese fuego de venganza se vuelve ahora literal, y la fortaleza, sea ésta torre o sótano, se convierte en una trampa mortal para miles de sus enemigos, que perecen por asfixia o incineración.

¿Es de suponer, entonces, que la ausencia de verdad e integridad desemboca en semejante conflagración? Justo es admitir que el modo en que Abimelec había tratado a los descendientes de Gedeón era a un tiempo cruel y cínica. Pero poca duda puede caber que, en los tres años previos al enfriamiento de las relaciones entre monarca y pueblo, habrían estado todos de acuerdo en restar importancia a las melodramáticas amenazas proferidas por Jotam con su fábula. Puede también ahí aventurarse que, al difundirse el fuego en ambas direcciones, ninguna de las dos partes se detuvo a considerar cómo era posible semejante escalada de odio a partir de un acontecimiento inicial baladí. Pero eso era exactamente lo que Jotam había anunciado que ocurriría. El fuego consumidor guardaba relación directa con el hecho de que Gedeón no había recibido un trato justo, con todo lo que él había hecho por ellos en su generación (9:16–20). Entonces, ¿por qué no hacer de éste un caso especial y no un principio habitual? ¿Por qué, ante el abandono de la verdad y la integridad, debían ser tan graves las consecuencias? La respuesta se hace evidente en el propio relato. Basta con un primer tirón en la urdimbre para que toda la trama se desbarate.

Y Abimelec continúa sin dar por concluido el asunto.

5. La verdad y la integridad mantenidas (Jue. 9:50–57)

50 Después Abimelec fue a Tebes, la sitió y la tomó.

- 51 Pero había una torre fortificada en el centro de la ciudad, y todos los hombres y mujeres, con todos los jefes de la ciudad, huyeron allí, se encerraron y subieron al techo de la torre.
- 52 Y Abimelec vino a la torre, la atacó y se acercó a la entrada de la torre para prenderle fuego.
- 53 Pero una mujer arrojó una muela de molino sobre la cabeza de Abimelec rompiéndole el cráneo.
- 54 Entonces él llamó apresuradamente al muchacho que era su escudero, y le dijo: Saca tu espada y mátame, no sea que se diga de mí: “Una mujer lo mató”. Y el muchacho lo traspasó, y murió.
- 55 Cuando los hombres de Israel vieron que Abimelec había muerto, cada cual partió para su casa.
- 56 Así pagó Dios a Abimelec por la maldad que había hecho a su padre al matar a sus setenta hermanos.
- 57 Dios también hizo volver sobre sus cabezas toda la maldad de los hombres de Siquem, y vino sobre ellos la maldición de Jotam, hijo de Jerobaal.

Es muy probable que, a ojos de Abimelec, la cercana ciudad de Tebes se hubiera sumado a esa rebelión en contra suya. De nuevo, la gente se atrinchera en una suerte de fortaleza y, una vez más, su atacante se apresta a asfixiarlos o quemarlos vivos. Y, de nuevo, el fuego surgirá de Abimelec para devorar a sus antiguos aliados. Exceptuando que...

“Una mujer arrojó una muela de molino sobre la cabeza de Abimelec rompiéndole el cráneo [...] Así pagó Dios a Abimelec por [su] maldad” (9:53 y 56). Ahora bien, aunque el nombre del Señor no es mencionado en parte alguna en este capítulo, y ni siquiera es invocado como Dios entre 9:23 y 9:56, sí que está de hecho en control de principio a fin. Detengámonos a considerar cuál ha sido su labor entre bastidores.

En primer lugar, de forma inexorable, Dios ha ido precipitando los acontecimientos para que resulten en el castigo de Abimelec y Siquem. Abimelec ha venido disfrutando de una gran autonomía. Y si bien los conflictos no han dejado de estar presentes en su mandato, ha encontrado siempre la forma de salir de ellos. Primero se enfrentó a Gaal, luego a Siquem, después a la Torre de Siquem y, por último, ya fuera por vana presunción o pura paranoia, se atreve a impartir una lección a Tebes. “Contempla y mira al inquieto y travieso muchachito. Cada vez más rudo y salvaje”, hasta que se encuentra con un terrible y absurdo final (“¿Una *rueda de molino*? ¿Dejada caer por una mujer? ¿Y la había subido ella sola *hasta lo alto de la torre*?”). En medio de todo ese complejo proceso, los sicheimitas resultan también destruidos. Habiendo estado en un principio en connivencia con Abimelec en la masacre de los hijos de Gedeón (9:18), vienen a ser ellos mismos masacrados al final por el propio Abimelec (9:45 y 49).

En segundo lugar, Dios ha estado sirviéndose ahí de esa propiedad característica que tiene el mal para volverse contra sí mismo. Todo lo que Él tiene que hacer ahora es enviar a ese espíritu de destrucción a que dé el primer tirón a la urdimbre del acuerdo pactado entre Abimelec y Siquem y contemplar cómo va todo descomponiéndose. No

hay más intervenciones. Tampoco es que hagan falta. El poder absoluto de Dios se hace antes manifiesto en su misericordia y compasión; y no tiene por qué servirse de la fuerza para emitir juicio; tan sólo tiene que retirar la mano del freno de la contención y los hombres perversos se precipitarán hacia su propia destrucción, y “todos los que tomen la espada, a espada perecerán”.¹⁶ Dios está ahí —nos recuerda Auld en este sentido— “presidiendo de forma consecuente sobre un mundo en el que cada cual cosecha según sembró”. La maldición de Jotam pone en palabras muy precisas lo que viene a pasar. Cada una de las partes contendientes tiende trampas y emboscadas, en un juego doble que desemboca en su inevitable destrucción.

En tercer lugar, Dios se ha esmerado por mostrar ahí una aún mayor fidelidad consecuente, pues es el caso que lo que ocurre ahora no es sino reflejo y continuación de lo ocurrido en el capítulo 7. La mutua destrucción que se opera en este capítulo 9 es lo que puede esperar todo colectivo social que no valore la verdad y la integridad, algo que debiera haberles sido evidente y palmario a Abimelec y a los sichemitas sobre la base de lo acaecido a la generación anterior. Comprensible, quizás, que despreciaran la victoria obtenida cuarenta años atrás por Gedeón, padre del propio Abimelec, pero es que ahora ni siquiera han tenido en cuenta los datos objetivos —que los trescientos de Gedeón se habían limitado a estar ahí, contemplando cómo eran los propios madianitas los que se destruían entre sí: “el Señor puso la espada del uno contra el otro por todo el campamento” (7:22)—. Todo aquel que no está dispuesto a aprender de la historia está condenado a repetirla. Por eso, aun pudiéndose aquí invocar una justicia poética, quizás sea más ajustado a la verdad apuntar al modo en que el mundo creado por Dios funciona en realidad.

En cuarto lugar, Dios ha hecho también declaración de su poder mostrando su piedad y misericordia de forma positiva. Por agencia suya, el mal ha quedado limitado. Israel ha venido a quedar inevitablemente afectado por el episodio. Antes de que se declarara el fuego, Abimelec había “[reinado] tres años sobre Israel” (9:22), y para cuando se hubo extinguido, “cada cual partió para su casa” (9:55). Tal como el suceso se enmarca entre dos intervenciones por parte de Dios (9:23 y 56), la conflagración desatada se circunscribe a dos bandos. El fuego consume a Abimelec y destruye Siquem, pero nada más. El que Abimelec cargara contra Tebes, convencido de que se habían unido a Siquem en contra suya, puede que tuviera un punto de verdad; pero de lo que sí podemos estar seguros es que Tebes no tuvo parte en la culpa original de Siquem por la masacre de Ofra, pues la retribución procedente de Dios recae de forma específica sobre las cabezas de los hombres de Siquem, y Abimelec muere antes de poder prender fuego a la torre de Tebes. Tal como Abraham pudo comprobar en medio de sus ruegos para que Lot no pereciera junto con el resto de Sodoma, no hay error posible en estos casos. Los culpables reciben su merecido, y los inocentes son protegidos. “El Juez de toda la tierra, ¿no hará justicia?”, Dios discrimina y le pone dique al mal. El mal seguirá actuando dentro de unos márgenes; pero nunca podrá rebasarlos.

En quinto lugar, Dios ha dejado suficientemente patente su total control de todas las circunstancias. Es en verdad un Dios providente. Están, por una parte, las conexiones

más evidentes (como es el caso de la insurrección de Gaal, que desemboca en la venganza de Abimelec sobre Siquem), y esas otras más distantes (como el mutuo exterminio del presente capítulo reflejo de su paralelo en el capítulo 7), y está aquello otro que puede ser tenido por mera coincidencia: “una mujer” que casualmente lleva consigo una piedra de molino (¡!) y que resulta estar por encima del nivel de la puerta de la torre de Tebes justo cuando acierta a pasar por allí debajo Abimelec. La mujer deja caer la piedra, ¡y no falla el blanco! Como resultado de todo ello, unas circunstancias sin aparente relación entre sí confluyen para servir a los propósitos de Dios. Esto trae a la memoria la muerte del rey Acab, tiempo después, como suceso similar en los detalles principales: “Un hombre disparó su arco al azar e hirió al rey de Israel por entre la juntura de la armadura”, accidente no letal de forma inmediata, pero no por ello menos efectivo.

Por último, Dios ha estado sirviéndose de todos esos desplantes a la verdad y la integridad que jalonan el relato, para que imperen por fin su propia verdad e integridad. Lo irónico y paradójico del hecho subyace a toda la historia. Los dos últimos versículos así nos lo hacen ver, pues Dios actúa con justicia contra aquellos que habían pervertido lo que es justo. El primer paso dado por Dios había sido la aparición del espíritu de discordia (9:23), y ello con el paradójico propósito de poner en marcha el castigo por la maldad. Él había estado igualmente detrás de ese inicio de hostilidades entre Siquem y Abimelec, que vendrá a poner de manifiesto sus propios principios de justicia. Al abandonar el mutuo respeto en verdad e integridad, la verdad e integridad de la fábula de Jotam se hace evidente, y la verdad e integridad del gobierno de Dios se hace manifiesta.

6. La verdad y la integridad anuladas (Jue. 10:1–5)

Después de la muerte de Abimelec se levantó, para salvar a Israel Tola, hijo de Puá, hijo de Dodo, varón de Isacar; y habitó en Samir, en la región montañosa de Efraín.

- 2 Y juzgó a Israel veintitrés años. Y murió y fue sepultado en Samir.
- 3 Y tras él se levantó Jair galaadita, y juzgó a Israel veintidós años.
- 4 *Este* tuvo treinta hijos que cabalgaban en treinta asnos, y tenían treinta ciudades en la tierra de Galaad que se llaman Havot-jair hasta hoy.
- 5 Y murió Jair, y fue sepultado en Camón.

Procederemos ahora a relacionar los dos jueces de 10:1–5 con la historia de Abimelec, tal como aparece en Jueces, con el fin de averiguar si hay alguna otra posible conexión aparte de la meramente secuencial. Son varias las opiniones respecto a la clase de personajes que fueran, tanto ellos como los otros jueces “menores” (Samgar en el capítulo 3, Ibzán, Elón, y Abdón en el capítulo 12). ¿Menos importantes, pues, que los gedeones y los sansones? En puro lenguaje del Oeste americano, ¿“leguleyos” antes que “defensores de la ley” a lomos de caballo? ¿Administradores antes que soldados? ¿O quizás igual de activos y carismáticos, pero sin que nadie dejara constancia escrita

de sus proezas? Examinemos qué es exactamente lo que se nos dice acerca de Tola y Fair, teniendo presente que sus historias van a renglón seguido de la de Abimelec, y han de ser leídas desde esa perspectiva.

No hay predicador que pueda hacer un estudio de carácter o un sermón “ejemplar” sobre la base de Tola. Ni siquiera Jair es tan poco presentable (claro, Jair era uno de los treinta hijos que cabalgaban en treinta asnos, ¿no es verdad?). Lo cierto es que cada detalle de estos dos primeros versículos tiene su paralelo en alguna otra parte; dicho con otras palabras, no hay nada que distinga a este nuevo juez excepto los nombres propios, la tribu y el lugar de residencia.

Pero va a ser precisamente la falta de originalidad en los detalles de esta breve viñeta lo que, dadas las circunstancias, tenga algo que decirnos. Puede que no averigüemos gran cosa sobre Tola, pero sí que va a revelar algo acerca de Dios, y, muy en particular, acerca del Señor, Dios de Israel, en tan aciago momento para su pueblo.

Para empezar, este personaje, aun pareciendo tan insignificante, no deja de ser uno de los enviados para “liberar a Israel”. Esto le pone en línea con Otoniel (3:9), Samgar (3:3) y Gedeón (6:14), de los cuales se dice lo mismo, y eso sin mencionar los jueces que obviamente también eran libertadores de Israel, aun cuando no se empleara ese término concreto en referencia a ellos. Así, tanto si la tarea que estaba llamado a desempeñar era de carácter militar o administrativo, o ambas cosas a la vez, Tola tiene que ser considerado personaje salvador.

Hay tres cosas que se dicen que hizo que son aún más reveladoras, y ello precisamente por hacerse eco de otras partes del libro. Tola ‘se levantó’ para salvar a Israel, lo que trae al recuerdo 5:7: “Cesaron los campesinos, cesaron en Israel, hasta que yo, Débora, me levante, hasta que me levante, *como* madre en Israel”. Tola “habitó” en Samir, que no deja de ser un detalle secundario (a lo largo del libro, se van mencionando diversas moradas en distintos lugares), con el dato curioso de que la palabra *yashab* tiene el significado básico de “sentarse” o “presidir” y, según apuntan todos los indicios, parece ser usado en particular respecto a — ¿adivinamos quién?— Débora: “Y se sentaba debajo de la palmera de Débora entre Ramá y Betel [...] y los hijos de Israel subían a ella a *pedir* juicio” (4:5). Lo que nos lleva al tercer verbo: Tola “juzgó” a Israel, y esa palabra, que es utilizada en el caso del primer juez, el juez modelo Otoniel, y también aquí en este sexto juez, Tola, no es usada, quizás un tanto sorprendentemente, para ninguno de esos otros jueces que encontramos entremedias, a excepción (una vez más) de Débora, en 4:4.

Ahora bien, la historia de Débora y Barac da cuerpo a una de las secciones más positivas y estimulantes de todo el libro. En su trasfondo estaban los treinta años de cruel opresión por parte de las férreas fuerzas armadas de Canaán, en un tiempo en que “quedaron desiertos los caminos, y los viajeros andaban por sendas tortuosas” (5:6). Tras ese período de desorden y confusión, vino la paz y la confianza recuperadas bajo el gobierno de Débora. Por lo cual, bien pudiera ser que tengamos que entender aquí que, “después de Abimelec”, esto es, una vez superados los problemas creados por su mal gobierno, Tola “*se levantara*”, y “*habitará/presidiera*” en Samir, *juzgando* a Israel durante veintitrés años, en clara repetición del patrón establecido con tanto éxito por

Débora.

En cuanto a Jair, ¿qué importancia ha de concederse a sus “treinta hijos que cabalgaban en treinta asnos”? Puede, claro está, que se quiera que veamos ahí un mal presagio (indulgencia paterna, ostentación, desviación a causa de las maneras del mundo). Pero, personalmente, me inclino más por ver en el gobierno de Jair una simple prolongación, de dos décadas y dos años de manifiesta bondad de Dios para con Israel, de ese período previo de veintitrés años bajo el gobierno de Tola. En otras partes de la Biblia, las familias numerosas son señal de prosperidad y bendición por parte de Dios, siendo aquel que cabalga en asno, que no en caballo de guerra, portador de paz. Un buen juicio, a la manera de Débora, junto con un tiempo de relativa paz y prosperidad, era justamente lo que necesitaba el pueblo de Dios en esos momentos.

Sin embargo, no era eso lo que se merecían. Según comentario de Robert Polzin respecto a “lo que le aconteció a Israel en el período de los jueces”: “haciendo honor a la verdad y la justicia” —y está ahí hablando de 9:16, 19, y de la expresión que ha venido a sernos ya familiar de “verdad e integridad”— “Israel no tendría que haber sobrevivido”. Cómo iba a remontar Israel la crisis, y qué sea lo que eso tenga que decirnos acerca de su Dios, son cuestiones de la máxima importancia en el libro. Jotam, pregonando su parábola por el valle a las gentes descreídas de Siquem y a su medio-hermano Abimelec, es el único en toda la historia que se manifiesta a favor de la verdad y la integridad, y ni una sola persona le sigue en el ejemplo. ¡Ni siquiera Dios actúa ahí en esa línea! La justicia pide de suyo el rechazo de este pueblo incrédulo e imposible. En cuanto a derecho, dice Polzin, Israel no debería sobrevivir. Es pueblo el israelita que ha ido hipotecando de forma sistemática todo posible derecho a la aprobación divina. Y es en ese sentido que Dios desbanca y quita de su legítimo lugar a su propia verdad e integridad. Su ley exige la destrucción de tales pecadores, pero en vez de eso les concede un gobierno de cuarenta y cinco años de pacífico gobierno bajo Tola y Jair.

El Nuevo Testamento se encargará de hacernos ver cómo la verdad e integridad de Dios no han quedado anuladas por ese acto suyo de misericordia. Dios es *a un tiempo* justo y justificador de todo aquel que cree en Jesús. En los tiempos del Antiguo Testamento ya se sabía que la misericordia y la verdad pueden caminar en armonía, y que la justicia y la paz se dan el abrazo de la concordia.²³ No menos sorprendente, en ese sentido, es el mensaje que transmite Jueces 10:1. Incluso “después de la muerte de Abimelec”, y en medio de un período de falta de fe que permitió su ascenso al poder, el Señor está dispuesto a concederle a su pueblo otra oportunidad, levantando a Tola y a Jair para arrepentimiento y renovación. Eso es lo que el Juez Supremo ha decretado. “Movido por su gracia, no permite que Abimelec sea la última palabra para su pueblo”.

Todo esto nos lleva a concluir que esta breve reseña sobre los jueces sexto y séptimo no constituye parte independiente del mensaje del libro, como si estuviera ahí insertado poco menos que al azar, ni tampoco es una suerte de introducción a la historia de Jefté, sino que es, muy por el contrario, una muy apta conclusión a la historia de Abimelec. Cuando, por así decirlo, se le deja actuar según propia voluntad — como es el caso en el período que va de Moisés a David— el pueblo de Dios está tan proclive a desertar de la verdad y la integridad como cualquier otro, y a rebelarse ante

sus juicios, pero siendo a la vez incapaces de elaborar rectos juicios por sí mismos. “Pues esta naturaleza nuestra persiste, aun a pesar de la regeneración”. Pero las buenas nuevas que nos traen tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, incluso (o puede que especialmente) por medio de un libro de las características de Jueces, es que hay, en palabras del título de Bunyan citado en mi Prefacio,²⁶ abundancia de gracia aun para el más grande de los pecadores.

Jefté: un hombre de palabra

Jueces 10:6–12:15

Jefté, el galaadita, irrumpe en escena al inicio del capítulo 11. Él va a ser uno de los principales personajes de Jueces. Es, sin duda, una figura enigmática, y su historia viene quizás a ser una de las más apasionantes y conmovedoras pero, asimismo, la más confusa y desconcertante de todo el libro.

Jefté nos es presentado en 11:1, pero su intervención se ha iniciado ya en 10:6. Es, pues, ese capítulo 10, en los versículos 6–18, el que prepara el telón de fondo de la actuación de Jefté. Y aunque no nos dice nada acerca de él a título personal, sí da razón de la situación en la que va a intervenir.

1. El trasfondo de Jefté: i (Jue. 10:6–18)

- 6 Los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos del Señor, sirvieron a los baales, a Astarot, a los dioses de Aram, a los dioses de Sidón, a los dioses de Moab, a los dioses de los hijos de Amón y a los dioses de los filisteos; abandonaron, pues, al Señor y no le sirvieron.
- 7 Y se encendió la ira del Señor contra Israel, y los entregó en manos de los filisteos y en manos de los hijos de Amón.
- 8 Y ellos afligieron y quebrantaron a los hijos de Israel ese año; por dieciocho años *oprimieron* a todos los hijos de Israel que estaban al otro lado del Jordán, en Galaad, en la tierra de los amorreos.
- 9 Y los hijos de Amón cruzaron el Jordán para pelear también contra Judá, contra Benjamín y contra la casa de Efraín, y se angustió Israel en gran manera.
- 10 Entonces los hijos de Israel clamaron al Señor, diciendo: Hemos pecado contra ti, porque ciertamente hemos abandonado a nuestro Dios y servido a los baales.
- 11 Y el Señor respondió a los hijos de Israel: ¿No *os libré yo* de los egipcios, de los amorreos, de los hijos de Amón y de los filisteos?
- 12 Cuando los sidonios, los amalecitas y los maonitas os oprimían, clamasteis a mí,

- y yo os libré de sus manos.
- 13 Mas vosotros me habéis dejado y habéis servido a otros dioses; por tanto, no os libraré más.
 - 14 Id y clamad a los dioses que habéis escogido; que ellos os libren en el tiempo de vuestra aflicción.
 - 15 Y los hijos de Israel respondieron al Señor: Hemos pecado, haz con nosotros como bien te parezca; sólo te rogamos que nos libres en este día.
 - 16 Y quitaron los dioses extranjeros de en medio de ellos y sirvieron al Señor; y Él no pudo soportar más la angustia de Israel.
 - 17 Entonces los hijos de Amón se reunieron y acamparon en Galaad. Y los hijos de Israel se juntaron y acamparon en Mizpa.
 - 18 Y el pueblo, los jefes de Galaad, se dijeron unos a otros; ¿Quién es el hombre que comenzará la batalla contra los hijos de Amón? Él será caudillo de todos los habitantes de Galaad.

Además de ser el inicio de la historia de Jefté, estos párrafos marcan el punto medio del libro de Jueces, y nos hacen ver, una vez, más que no avanza en círculo sino en espiral. Estamos, pues, de vuelta al lugar del que partimos —“los hijos de Israel hicieron lo malo” (2:11), “los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo” (10:6)— pero con la diferencia añadida de que estamos ahora a un nivel considerablemente más bajo comparado con entonces. Ciertamente, claro está, que las distintas situaciones de opresión, padecidas con anterioridad a esta, habían tenido idéntica duración o, incluso, mayor que esos dieciocho años que los que los filisteos y los amonitas llevaban conjuntamente oprimiendo al pueblo de Israel. Pero los síntomas de deterioro están empezando a ser evidentes. Ahora “los hijos de Israel” están “afligidos y quebrantados” (10:8–9). Y, tanto por lo que Israel hace como por lo que el Señor dice, colegimos que las cosas han empeorado gravemente. Repasando la ofensa cometida por Israel, discernimos nada menos que siete puntos concretos de rebeldía. Tras darle la espalda al Señor, se volvieron a los baales y a Astarot, y a los dioses de Sidón, Siria, Moab, Amón y a los dioses de los filisteos (10:6). La queja que el Señor tiene contra ellos, pues, es que, a pesar de haberles librado sucesivamente de todos ellos —egipcios y amorreos, amonitas y filisteos, sidonios y amalecitas, y de los maonitas (10:11–12)— ellos siguen pertinaces en su rebeldía contra Él. Lo más natural sería pensar que con un Dios misericordioso, que no vacila en rescatarlos vez tras vez, no hay por qué preocuparse. Pero de lo que se trata aquí es que ese pueblo, que le vuelve la espalda al Dios que con tanta asiduidad les ha socorrido, está prácticamente más allá de toda posible redención, y eso sin mencionar el grave peligro que les amenaza.

Uno de los principales temas de la historia de Jefté vendrá a ser el total colapso de una situación y un sistema contaminado de muerte desde tiempo atrás, que ha ido afectando asimismo a todo aquello que era central en la relación de Israel con su Dios. La nación israelita carece ahora de norte y guía; y sin timón ni timonel el barco va a la deriva. Los antiguos principios han sido dejados a un lado, los hitos del camino han sido demolidos, y los cimientos antiguamente estables sufren ahora por la erosión.

Prestemos atención por un momento al intercambio que tiene lugar en 10:10–16. Se inicia con palabras que ya habíamos oído antes —“los hijos de Israel clamaron al Señor”— pero que ahora reclaman nuestra atención de forma particular. Para empezar, observemos las sucesivas reacciones del Señor ante el hecho. ¿Puede decirse que fuera el caso que, cuando el pueblo de Israel clamaba al Señor, Él les levantaba de inmediato un libertador? Bueno, ese había sido el caso en 3:9. Y así había ocurrido también en 3:15, y de nuevo en 4:3–7. La respuesta en cambio no había sido tan instantánea en el tiempo de Gedeón (6:7–14). Y ahora, por vez primera, y de forma un tanto sorprendente, se tiene la impresión de que el Señor no va a hacer nada en absoluto. Esto es algo realmente nuevo. ¿Qué razón puede moverle al Señor a reaccionar así?

Hasta ese momento se le podría conceder a Israel el beneficio de la duda, dando por sentado que cuando clamaba pidiendo ayuda lo hacía con un espíritu de arrepentimiento, aun cuando éste fuera un tanto superficial. Clamor sincero de un pueblo apesadumbrado que desearía que todo fuera distinto. Pero ahora cuesta más creerlo. Ciertamente su clamor supone reconocimiento: “Hemos pecado contra ti [...] abandonado a nuestro Dios [...] servido a los baales” (10:10), que es lo más explícito oído de su parte por el momento. Pero el reconocimiento no es lo mismo que el arrepentimiento, como bien se deduce de la respuesta del Señor: “Id y clamad a los dioses que habéis escogido” (10:14). Que es como si dijera: “Sé lo que significa este clamor vuestro. No es más que un grito pidiendo ayuda, que podríais igualmente dirigir a los baales. Si ello fuera genuina muestra de arrepentimiento, incluiría vuestras intenciones para el futuro, juntamente con ese reconocimiento de culpa en el pasado, y evidenciaría el deseo de volverse a mí *abandonando* a los baales”.

Los israelitas parece que así finalmente lo entendieron, abandonando los dioses extranjeros (10:16a). Y es entonces cuando el Señor reacciona, “no soportando más la angustia y miseria de Israel”.

En este punto crucial del libro tenemos que entender bien qué es lo que está exactamente pasando en 10:16b. A primera vista, puede parecer que tenemos ahí en paralelo unos versículos que encontramos parecidos en otras partes de las Escrituras, como es el caso con Jonás 3:10. Ahí, Dios había advertido que castigaría a las gentes de Nínive por su maldad, pero cuando éstas mostraron arrepentimiento, Él también “se arrepintió del mal que había dicho que les haría, y no lo hizo”. Si lo que tenemos aquí es algo similar, Israel estará clamando ayuda y Dios les dirá que clamen a los dioses que escogieron para sí; ante eso, Israel *verdaderamente* se arrepentirá, y el Señor se volverá atrás de esa su primera intención; lo que vendrá a suponer que levantará un nuevo libertador que rescate a su pueblo, siendo, en este caso concreto, Jefté. Pero resulta que eso no es ni mucho menos lo que el texto dice. El Señor no se está volviendo atrás en el daño que va a infligir a su pueblo, como fue el caso con Jonás y Nínive, sino que está “indignado” o “exasperado” ante la angustia y miseria de Israel, o (quizás más exactamente) por el embrollo en que se ha metido el pueblo por su mala cabeza. No lo es, pues, pese a lo que el Señor está ahí evidenciando; o si lo es, no es tanto que sienta pena por ellos como que experimenta pena *por causa* de ellos. Algo así le había comunicado a Moisés ante una situación muy similar: “Es pueblo de dura cerviz. Ahora

pues, déjame, para que se encienda mi ira contra ellos y los consuma”. Ahora, al igual que entonces,³ el Señor acaba “arrepintiéndose”. Pero no es todavía momento de que eso ocurra, ni estamos nosotros en situación de garantizarlo.

Lo que viene a suceder a continuación pone en nuestras manos el primer cabo de un hilo que puede guiarnos a través del laberinto de una de las partes más enrevesadas y oscuras del libro de Jueces. Recuérdese aquí el clamor de Israel y la réplica de Dios, y escúchese de nuevo la llamada a las armas entre las tropas de Amón, seguida de la consulta de los caudillos israelitas en Galaad. Las gargantas se abren y las bocas proclaman. Dispongámonos, pues, a prestar atención a cuanto se diga según vaya el relato desarrollándose.

2. Trasfondo de Jefté: ii (Jue. 11:1–3)

Y Jefté galaadita era un guerrero valiente, hijo de una ramera. Y Galaad era el padre de Jefté.

- 2 Y la mujer de Galaad le dio hijos; y cuando los hijos de su mujer crecieron, echaron fuera a Jefté, y le dijeron: No tendrás heredad en la casa de nuestro padre, porque eres hijo de otra mujer.
- 3 Jefté huyó de sus hermanos y habitó en tierra de Tob; y hombres indignos se juntaron con Jefté y salían con él.

Hace ahora su aparición el propio Jefté, y el autor del libro nos presenta una suerte de trasfondo biográfico en el que situarlo a fin de tener una visión del entorno en el que le tocó vivir. Pero los datos son un tanto confusos, y eso dentro de un relato ya de por sí poco claro.

El inocente lector se topa ahora a bocajarro con algo que le deja perplejo: Galaad resulta ser el padre de Jefté. Pero ¿no era Galaad un lugar (10:17–18)? Cuestión esta, sin embargo, fácil de aclarar. Los nombres propios se suceden en la Biblia, y van con frecuencia asociados a topónimos. Bien pudiera ser el caso aquí que cierto Galaad diera su nombre a un área concreta, por la tribu en particular que allí se asentara, y asimismo a los descendientes que continuaron viviendo allí.

Pero es el caso que esta primera cuestión marca el tono para el resto de una historia que no va a estar falta de otras cuestiones que resolver, y estos primeros versículos nos plantean ya un buen puñado de ellas. Jefté es hijo ilegítimo. Es, además, un proscrito. Y pronto se hace cabecilla de una banda de forajidos. Puede que sea realmente un “valiente guerrero”, pero salvador más improbable que él va a costar trabajo encontrarlo. Sin embargo, la historia de su vida se cierra con las palabras “Jefté juzgó a Israel seis años” (12:7), quedando, pues, incluido en la categoría de los jueces, y su nombre es citado junto a esas otras grandes figuras de la fe de Hebreos 11:32. Ahora bien, ¿merece Jefté en verdad ser recordado de esa manera? Cualesquiera que puedan haber sido las cuestiones suscitadas por Aod y Samgar, o por Débora, Barac, y Jael, o por Gedeón mismo, hay un punto respecto a Jefté que es imposible obviar, pues es el

caso que su derecho a figurar en las Escrituras depende precisamente de la respuesta que demos a esa cuestión. Mucho antes del clímax del relato, que no hará sino agudizar aún más el caso, sentimos que hay ya razón para plantearla: ¿es verdaderamente apropiado que un hombre de escasa fibra moral sea inmortalizado como juez de Israel y como héroe de la fe?

Vayamos por partes. Sea cual sea nuestra conclusión se ha de tener ahí en cuenta que el Jefté que nos presenta Jueces 11:1–3 había sido más víctima del pecado que pecador él mismo. En palabras de Davis, “Difícilmente podría haber evitado convertirse en cabecilla de los merodeadores de Tob, viéndose por ello abocado a una vida que en nada fomentaba la ética o las buenas costumbres”, y es muy probable que las tensiones que hubiera en el seno de su propia familia le empujaran a seguir ese camino. Y si todo esto hace de él candidato poco probable para el panteón de los grandes personajes, la culpa bien pudiera ser de otros y no suya. “Despreciado y desechado” son palabras que serán también aplicadas, aunque mucho más tarde y en otro lugar, al salvador del pueblo de Dios. Tal como las encontramos en Isaías 53:3, apuntan ciertamente a Jesús, pero también traen a la memoria a algunos de sus precursores. Una primera asociación es con Aod y su minusvalía, hombre despreciado por su mano seca, asociación que puede hacerse también ahora con Jefté, el proscrito, rechazado por razón de su nacimiento ilegítimo. Y al recordar cómo Jesús advierte a sus discípulos que idéntica suerte aguarda a siervo y criado (“Si el mundo os odia, sabéis que me ha odiado a mí antes que a vosotros”), no necesitamos ir más allá de este libro, y menos aun al cumplimiento definitivo de la frase en el Nuevo Testamento, para ser testigos del modo en que Dios mismo es despreciado y desechado por Israel.

3. El llamamiento de Jefté (Jue. 11:4–11)

- 4 Después de cierto tiempo sucedió que los hijos de Amón pelearon contra Israel.
- 5 Y cuando los hijos de Amón pelearon contra Israel, los ancianos de Galaad fueron a traer a Jefté de la tierra de Tob.
- 6 Y dijeron a Jefté: Ven y sé nuestro jefe para que peleemos contra los hijos de Amón.
- 7 Entonces Jefté dijo a los ancianos de Galaad: ¿No me odiasteis y me echasteis de la casa de mi padre? ¿Por qué, pues, habéis venido a mí ahora cuando estáis en apuros?
- 8 Y los ancianos de Galaad dijeron a Jefté: Por esta causa hemos vuelto a ti: para que vengas con nosotros y pelees contra los hijos de Amón y seas jefe sobre todos los habitantes de Galaad.
- 9 Y Jefté dijo a los ancianos de Galaad: Si me hacéis volver para pelear contra los hijos de Amón y el Señor me los entrega, ¿seré yo vuestro jefe?
- 10 Y los ancianos de Galaad dijeron a Jefté: El Señor es testigo entre nosotros; ciertamente haremos como has dicho.
- 11 Jefté fue con los ancianos de Galaad, y el pueblo le hizo cabeza y jefe sobre

ellos; y Jefté habló todas sus palabras delante del Señor en Mizpa.

“Y cuando los hijos de Amón pelearon contra Israel, los ancianos de Galaad fueron a traer a Jefté de la tierra de Tob [...]”, “Ven y sé nuestro jefe”. Así es cómo Jueces 11:5–6 nos pone en antecedentes de su retorno del exilio y, además, en calidad de líder.

¿Es ese en verdad un llamamiento de parte de Dios? Otra cuestión más y otro giro inesperado en el curso de los acontecimientos. El Señor levantó a Otoniel y a Aod (3:9 y 15). “Esto ha ordenado el Señor”, le dice la profetisa a Barac (4:6). “¿No te he enviado yo?”, le dice el Señor a Gedeón (6:14). ¿Está, pues, el llamamiento de Jefté en esa misma línea, una delegación de no demasiado admirables ancianos galaaditas tragándose el orgullo en la esperanza de que el hasta entonces despreciado proscrito les ayude a salir del aprieto en que se encuentran? Pero ¿cómo va a ser posible que el Señor tenga algo que ver en semejante desatino?

Lo cierto es que sí va a ser de hecho posible. La mención de su nombre en tres ocasiones, en otros tantos versículos (11:9–11), no es mero formulismo. Todo lo que ocurre es “ante el Señor”. Ese compromiso suyo con la situación puede constatare como mínimo en tres formas.

Va a hacer, primero, que se repita una vez más el esquema típico de Jueces. Al pecar Israel de nuevo, “el Señor [...] los entregó en manos de los filisteos y en manos de los hijos de Amón” (10:7). Al clamar Israel solicitando repetida ayuda, “el Espíritu del Señor vino sobre Jefté [...] y el Señor los entregó [a los amonitas] en su mano” (11:29 y 32). El Señor que retribuye tras la rebelión, y que hace que al arrepentimiento siga el rescate, está en control de todo cuanto tiene lugar en los entre actos. El llamamiento de Jefté, aun siendo más directo que en el caso de los otros jueces, no deja de ser divino en origen.

Y no cuesta trabajo imaginar que, junto con esa renovada acción de rescate, el Señor la dotará de un nuevo elemento, un factor desconocido, tal como ha venido haciendo hasta ahora. Y todo ello con el fin de que en modo y momento alguno podamos decir que le gobernamos a nuestro antojo. Esperábamos un segundo Otoniel, y nos dio un Aod. Pensábamos que ya sabíamos cómo actuaba, basándose en Débora, Barac y Jael, y resultó que con Gedeón las cosas eran muy distintas. Y ahora es también muy probable que vaya a ocurrir algo del todo inesperado, como cuando esa mano zurda de Aod, o con el estricto cumplimiento del deber por parte de un Barac dispuesto a renunciar a la gloria mundana, o por los trescientos de Gedeón; algo, en definitiva, que nos lleve a admitir que los caminos de Dios no son nuestros caminos (pero siendo los suyos mucho más efectivos).

El Señor está aquí al tanto del encuentro entre Jefté y los jefes galaaditas. Los párrafos respectivos del capítulo 10, donde Israel clama, el Señor responde, los amonitas son llamados a las armas y los galaaditas consultan entre sí, parecen preparar el camino para este otro párrafo, donde lo que tiene lugar de forma específica y concreta “ante el Señor” es el intercambio verbal de Jefté con la delegación de Galaad. En cada una de estas ocasiones, hay bocas que se abren y palabras que se dicen.

La manera en que la situación va cambiando ante nuestros ojos en estos cinco

breves intercambios verbales es fascinante. Uno: “Ven y sé nuestro jefe para que peleemos contra los hijos de Amón”. Dos: “¿No [...] me echasteis de la casa de mi padre? ¿Por qué, pues, habéis venido a mí ahora cuando estáis en apuros?”. No es, pues, un “sí” (ansioso por reincorporarse), ni tampoco es un “no” (rencoroso ante lo pasado), sino una respuesta que aprovecha la ventaja que se le brinda, y ahora no van a poder manipularle! Tres: En vez de “acaudillar” y “pelear”, ¿no será mejor “pelear y gobernar”? Los delegados no tienen más alternativa que admitir que la suya es una oferta interesada, apresurándose a mejorarla: de comandante en jefe durante la campaña a gobernador de la tribu posteriormente. Cuatro: “Si estáis de acuerdo con mis condiciones, aceptaré”. Las tornas han cambiado. De “despreciado y desechado”, a ejercer absoluto control. Y todo ello gracias a su habilidad en la negociación. Cinco: “*El Señor es testigo* entre nosotros; ciertamente haremos como has dicho”.

No perdamos detalle de lo que ha tenido lugar ahí bajo la mirada atenta del Señor. La categoría que de entrada se le concede a Jefté es la de “valiente guerrero”, pero en cuanto abre la boca nos damos cuenta de lo muy hábil que es también para el discurso.

La presencia del Señor en medio de todo ese proceso establece un claro paralelismo entre Jefté y el Señor, entre el juez que actúa aquí abajo y el Juez Supremo que dictamina y ordena allá arriba. Pero ¿no es el caso que ya hemos oído esto en otra ocasión? Los jefes galaaditas han solicitado de Jefté que les ayude, al igual que Israel había clamado al Señor pidiendo ayuda en Jueces 10:10. La respuesta de Jefté deja claro que no les asiste ningún derecho, tal como ya había apuntado en su momento la respuesta del Señor en 10:11–14; los delegados galaaditas así lo reconocen y solicitan de nuevo su ayuda, ahora con toda humildad, tal como asimismo lo había hecho Israel en su momento, 10:15; y bien puede decirse aquí ahora que las palabras finales de Jefté no hacen sino resaltar el auténtico significado de 10:16, donde el Señor se manifiesta “indignado ante la opresión que sufre Israel”. En este momento en concreto no puede decirse que el juez humano o el Juez Supremo estén verdaderamente manifestando *compasión* por unos israelitas que lo único que hacen es clamar y exigir. Y es por ello por lo que se puede hablar aquí de una muy justificada y comprensible irritación manifiesta en cada parte involucrada.

Habrà una gran lección que aprender basándose en este paralelismo cuando lleguemos al final de la historia. Mientras tanto, nos limitaremos a tomar nota mental de ello.

4. Misión diplomática de Jefté (Jue. 11:12–28)

- 12 Y envió Jefté mensajeros al rey de los hijos de Amón, diciendo: ¿Qué hay entre tú y yo, que has venido a mí para pelear contra mi tierra?
- 13 Y el rey de los hijos de Amón dijo a los mensajeros de Jefté: Porque Israel tomó mi tierra, cuando subieron de Egipto, desde el Arnón hasta el Jaboc y el Jordán; por tanto devuélvela ahora en paz.
- 14 Pero Jefté volvió a enviar mensajeros al rey de los hijos de Amón,

- 15 que le dijeron: Así dice Jefté: “Israel no tomó la tierra de Moab, ni la tierra de los hijos de Amón.
- 16 “Porque cuando subieron de Egipto, e Israel pasó por el desierto hasta el mar Rojo y llegó a Cades,
- 17 Israel envió mensajeros al rey de Edom, diciendo: ‘Permítenos, te rogamos, pasar por tu tierra’, pero el rey de Edom no les escuchó. También enviaron *mensajeros* al rey de Moab pero él no consintió, así que Israel permaneció en Cades.
- 18 “Luego atravesaron el desierto y rodearon la tierra de Edom y de Moab, llegaron al lado oriental de la tierra de Moab y acamparon al otro lado del Arnón; pero no entraron en el territorio de Moab, porque el Arnón *era* la frontera de Moab.
- 19 “Y envió Israel mensajeros a Sehón, rey de los amorreos, rey de Hesbón, y le dijo Israel: ‘Permítenos, te rogamos, pasar por tu tierra a nuestro lugar’.
- 20 “Pero Sehón no confió en Israel para darle paso por su territorio; reunió, pues, Sehón a todo su pueblo y acampó en Jahaza, y peleó contra Israel.
- 21 “Y el Señor, Dios de Israel, entregó a Sehón y a todo su pueblo en manos de Israel, y los derrotaron, e Israel tomó posesión de toda la tierra de los amorreos, los habitantes de esa región.
- 22 “Y poseyeron todo el territorio de los amorreos desde el Arnón hasta el Jaboc, y desde el desierto hasta el Jordán.
- 23 “Y puesto que el Señor, Dios de Israel, expulsó a los amorreos de delante de su pueblo Israel, ¿has tú de poseerla?
- 24 “¿No posees tú lo que Quemosh, tu dios, te ha dado para poseer? De modo que todo el territorio que el Señor nuestro Dios ha desposeído delante de nosotros, lo poseeremos.
- 25 “Ahora, pues, ¿eres tú mejor que Balac, hijo de Zipor, rey de Moab? ¿Acaso luchó él con Israel, o acaso peleó contra ellos?
- 26 “Mientras Israel habitaba en Hesbón y sus pueblos, y en Aroer y sus aldeas, y en todas las ciudades que están a orillas del Arnón, trescientos años, ¿por qué no las recuperaste durante ese tiempo?
- 27 “Por tanto, yo no he pecado contra ti, pero tú me estás haciendo mal al hacer guerra contra mí; que el Señor, el Juez, juzgue hoy entre los hijos de Israel y los hijos de Amón”.
- 28 Pero el rey de los hijos de Amón no hizo caso al mensaje que Jefté envió.

No debería escapársenos que la primera actuación de ese hombre de acción y valiente guerrero, no es movilizar las tropas sino enviar mensajes: no interesan ahora los actos, sólo las palabras. La diplomacia va a tener su baza. Para gran sorpresa del rey amonita —y por vez primera en dieciocho años— sus maniobras militares llevan a las víctimas a exigir una explicación. E igual de sorprendente es que efectivamente la dé. Sucinta, qué duda cabe, pero explicación al fin y al cabo; como si hubiera algo en el jefe israelita que impidiera que fuera ignorada. El territorio al este del Jordán, conocido como Galaad y que a la sazón ocupaba Israel, consistente en una franja de tierra de

cuarenta kilómetros entre los ríos Arnón y Jaboc (según planteamiento del rey), era en origen territorio amonita, por lo cual había que restituirlo a sus legítimos dueños.

Jefté responde a eso con un segundo mensaje, bastante considerable en su extensión. El argumento de Jefté, tal como apunta con bastante buen criterio Davis, se sostiene sobre cuatro pilares principales: el histórico, el teológico, el de los precedentes, y el del silencio. Analicemos primero el argumento histórico (11:15–22) en repaso de los hechos. Cuando Israel llegó por vez primera a esos parajes, dice Jefté, la tierra al oriente del Jordán hasta el Arnón pertenecía a Edom y Moab, y los israelitas no llegaron siquiera a poner la planta del pie en ese lugar. La tierra al norte del Arnón, en cambio, sí que la ocuparon. Pero ese había sido territorio *amorita*, no *amonita*; a diferencia de los moabitas, los amoritas se habían levantado en armas contra Israel y, tras sufrir patente derrota, habían visto cómo la tierra pasaba a manos de los recién llegados, que la habían ocupado por derecho de conquista. “¿Que Israel... tomó *mi* tierra (11:13)?”. Esa no era tierra tuya; y tu gente ni siquiera se encontraba allí. Hasta ahí, pues, la argumentación partiendo de la historia. El argumento teológico (11:23–24) parte de un presupuesto común a todos los pueblos del antiguo Oriente Próximo. Fue nuestro Dios el que nos dio la victoria y esta tierra, dice Jefté. Tú tienes tu dios y él te ha dado la tierra en la que vives (presumiblemente al sur del Arnón, y guardando algún tipo de relación con el territorio de Moab, dado que ambas naciones estaban íntimamente relacionadas).¹⁰ Deberíais contentaros con ocupar esa porción de tierra. El argumento según precedente (11:25) hace una comparación entre la situación presente y la de los tiempos en que Israel vagaba como pueblo emigrante junto a los lindes de Moab. Balac, el rey moabita a la sazón, era hostil a su presencia, y nada le habría gustado más que quitarse de encima a esos molestos recién llegados, pero no llegó a enzarzarse en guerra con ellos, contentándose con mantener una paz armada. Si la auténtica razón para esa animosidad amonita no era el deseo de recuperar territorio perdido (véase argumento 1), sino tan sólo el desagrado personal del pueblo israelita, ¿por qué no hacer lo mismo que hizo su predecesor? Por último, el argumento del silencio (11:26): llevamos en ese lugar más de trescientos años, si te asiste la razón para atacarnos de este modo, ¿cómo es que nadie nos dijo nunca nada al respecto? Así que eres tú el que está en un error, no nosotros. Y ahí es cuando vuelve a dejarse ver el auténtico israelita, que ni por un momento cree que Quemos pueda igualarse al Dios de Israel. El veredicto final va a depender de lo que resuelva el Señor nuestro Dios, que es el Juez Supremo sobre vuestra nación, y sobre toda otra nación de la Tierra, y sobre Israel también (11:27).

Creo que, en última instancia, no debería sorprendernos que, de entre todos los jueces, sea precisamente Jefté el que expresa con palabras concretas esta gran verdad central del libro. Y resulta asimismo apropiado que justo en su mitad se proclame con voz bien audible que “el Señor es Juez”. Que Jefté es un personaje que llama la atención nadie lo puede negar, y el intentar recomponer con cierta lógica el complejo puzzle de su gestión como juez no es tarea fácil. De hecho, no sólo no está resuelta sino que ni siquiera hemos llegado todavía a su parte más complicada. Pero, por el momento, hay algo que no podemos evitar notar. En alguna forma, lo que dice importa menos que la

manera en que lo dice. Y casi con total independencia de su contenido, lo que ahí encontramos no es ni más ni menos que el eco de una muy notable gestión diplomática. Jefté no tenía esperanza alguna de convencer o desarmar al rey amonita (“¡Caramba, pues no se me había ocurrido verlo así! Pero, ahora que lo dices, creo que tienes razón. Acepta mis disculpas por lo sucedido”). Pero sí que habría dejado bien claro que no estaba dispuesto a dar marcha atrás; y que estaba dispuesto a presionar cuanto le fuera posible (11:28). Sin duda, sus hombres habrían también cobrado nuevos ánimos. Y según fueran de acá para allá los recados y los mensajes, a la velocidad que permitiera las cabalgaduras de la época, que no la de las ondas magnéticas, algo de tiempo se ganaría. Lo cual nos lleva a darnos cuenta de que, efectivamente, Jefté ha hablado de nuevo, y que son sus palabras las que le revelan como hombre de gran habilidad y autoridad, casi como de vaticinio profético y en semejanza al Señor cuando habla a través de sus profetas: “Así dice Jefté” (11:15).

5. Jefté sale a luchar (Jue. 11:29–33)

- 29 Y el Espíritu del Señor vino sobre Jefté, y pasó por Galaad y Manasés; luego pasó por Mizpa de Galaad, y de Mizpa de Galaad fue donde *estaban* los hijos de Amón.
- 30 Y Jefté hizo un voto al Señor, y le dijo: Si en verdad entregas en mis manos a los hijos de Amón,
- 31 sucederá que cualquiera que salga de las puertas de mi casa a recibirme cuando yo vuelva en paz de los hijos de Amón, será del Señor, o lo ofreceré como holocausto.
- 32 Y Jefté cruzó a donde *estaban* los hijos de Amón para pelear contra ellos; y el Señor los entregó en su mano.
- 33 Y los hirió con una gran matanza desde Aroer hasta la entrada de Minit, veinte ciudades, hasta Abel-keramim. Y los hijos de Amón fueron sometidos delante de los hijos de Israel.

El juez-guerrero emprende la acción. Primero en lo que parece una leva, con Mizpa como punto de salida y lugar de retorno, que se sigue con una campaña de éxito total. Después de todo, Jefté es, en primer lugar y por encima de todo, un “guerrero valiente” (11:1). Ahora, además, el Espíritu del Señor ha venido sobre él (11:29) y el Señor ha puesto en sus manos al enemigo con una victoria rotunda y clamorosa (11:32–33).

Pero ese no es el nudo de la historia. Los amonitas son quitados de en medio, desapareciendo del relato en 11:33, cuando todavía nos quedan catorce versículos más para dar por terminada la historia de Jefté. Pongamos, pues, mucha atención a lo que va a ocurrir ahora.

Antes de que comience la campaña, Jefté había hablado por tercera vez. Lo dicho a los caudillos galaaditas y al rey amonita va a servir de telón de fondo de una escena, como mínimo, sorprendente. Lo que ahí oímos es justamente lo que Jefté le dice al Señor antes de salir a pelear: “Si en verdad entregas en mis manos a los hijos de Amón,

sucedará que cualquiera que salga de las puertas de mi casa a recibirme cuando yo vuelva en paz de los hijos de Amón, será del Señor, o lo ofreceré como holocausto” (11:30–31).

De todas las cuestiones que podamos plantearnos respecto al relato, esta es sin duda la que mayor perplejidad nos causa. ¿Realmente pensaba cumplir con su palabra y ofrecer un sacrificio? Pues, evidentemente, sí. Eso es lo que pensaba hacer. Nos quedaríamos más tranquilos si pudiéramos pensar que al resultar ser su hija la primera en salir a recibirle a su vuelta, los términos del voto se conmutaran en algo menos cruento, y que lo que se apunta en 11:37–38 fuera una condena a perpetua virginidad. Pero en 11:39 se confirma su cumplimiento: “hizo con ella conforme al voto que había hecho”, y el voto era ofrecer holocausto. ¿Pensaba realmente Jefté en “cualquiera”? Sin duda. Ciertamente, por otra parte, claro está, que el término hebreo empleado ahí no especifica ni especie (animal o racional) ni género, y es muy probable que imaginara a un perro fiel saltando juguetón para darle la bienvenida. Pero es obvio que no titubeó ni un instante en hacerlo recaer sobre su hija según sale ella a su encuentro. ¿Se daba realmente cuenta del alcance de sus palabras y de la categoría del Dios por quien promete (“será del Señor”)? A la vista de todos los indicios, parece que así es. El problema se solucionaría en parte si estuviera ahí tomando el nombre de Dios en vano, evidenciando un corazón incrédulo contaminado del paganismo circundante, con poco más que un barniz de religiosidad israelita enmascarándolo todo. Pero tampoco podemos decir que sea ese el caso. La presencia real del Señor es reconocida y admitida más de una docena de veces a lo largo del capítulo, y de forma muy particular y específica en este párrafo en concreto.

Es esta una cuestión que no podemos eludir fácilmente. De hecho, el capítulo que le sigue nos dice en qué vino a parar todo ello. Pero, aun así, el voto en sí es sumamente desconcertante, y el caso se agrava aún más al no alzarse ahí ninguna voz de protesta. Imposible aceptar semejante situación. En el mismísimo episodio en el que el Señor se sirve de este juez-salvador para rescatar a su pueblo, venimos justo a toparnos con tan grande desatino, y ello tanto por parte del propio Jefté como de la propia sociedad israelita. ¿Se ha perdido ahí el norte de lo moral y lo correcto? ¿Qué va a suceder entonces? “Si el fundamento se tambalea, ¿dónde encontrará base firme el justo?” Además, ¿adónde vamos a ir a parar si algo así puede darse en el seno de una comunidad supuestamente temerosa de Dios? Y, más incomprensible todavía, ¿cómo puede el Señor seguir obrando en medio de un pueblo que tan bajo ha caído? “Muy limpios *son tus* ojos para mirar el mal, y no puedes contemplar la opresión”. ¿No se apartará ahora de ellos el Señor?

6. La vuelta a casa de Jefté (Jue. 11:34–40)

34 Cuando Jefté llegó a su casa en Mizpa, he aquí, su hija salió a recibirlo con panderos y con danzas. Era ella su única hija; fuera de ella no tenía hijo ni hija.

35 Y cuando la vio, él rasgó sus ropas y dijo: ¡Ay, hija mía! Me has abatido y estás

- entre los que me afligen; porque he dado mi palabra al Señor, y no me puedo retractar.
- 36 Entonces ella le dijo: Padre mío, has dado tu palabra al Señor: haz conmigo conforme a lo que has dicho, ya que el Señor te ha vengado de tus enemigos, los hijos de Amón.
- 37 Y ella dijo a su padre: Que se haga esto por mí; dejadme sola por dos meses, para que vaya yo a los montes y llore por mi virginidad, yo y mis compañeras.
- 38 Y él dijo: Ve, y la dejó ir por dos meses; y ella se fue con sus compañeras, y lloró su virginidad por los montes.
- 39 Al cabo de los dos meses ella regresó a su padre, que hizo con ella conforme al voto que había hecho; y ella no tuvo relaciones con ningún hombre. Y se hizo costumbre en Israel,
- 40 que de año en año las hijas de Israel fueran cuatro días en el año a conmemorar a la hija de Jefté galaadita.

La respuesta a tan crucial cuestión es, aparentemente, “no”. Con voto o sin voto de por medio, “el Espíritu del Señor vino sobre Jefté”, y “el Señor los entregó en su mano” (esto es, le entregó a los amonitas Jue. 11:29 y 32). “Cuando Jefté llegó a su casa en Mizpa, he aquí, su hija salió a recibirlo con panderos y con danzas. Era ella su única hija; fuera de ella no tenía hijo ni hija. Y cuando la vio, él rasgó sus ropas y dijo: ¡Ay, hija mía! Me has abatido y estás entre los que me afligen; porque he dado mi palabra al Señor, y no me puedo retractar” (11:34–35). Era evidente que había hablado demasiado.

Son muchos los que tratan de justificarle, o al menos justificar los hechos. En cuanto a su propósito, puede que no tuviera verdadera intención de hacer morir a la muchacha. Pero, tal como el texto lo presenta, es punto menos que imposible negar que tenía en mente la imagen de un holocausto. En cuanto a la acción concreta, puede que Jefté fuera producto de la época, prisionero de un entorno primitivo en el que los sacrificios de humanos era hecho común y que, de haber nacido en otro momento de la historia, e influido por una cultura distinta, él mismo habría rechazado semejante atrocidad. Pero ese es argumento que no se sostiene, pues hay evidencia de rechazo explícito de prácticas similares en épocas anteriores y, dado su trasfondo, tendría que haber obrado de otra manera. “Jefté no era precisamente una entidad amorfa en una escala de evolución moral”.¹⁷ En cuanto a su personalidad, puede que fuese alguien poco recomendable, pero eso no nos saca del atolladero, pues el Señor no sólo le acaba prácticamente de bendecir, sino que hace además que su nombre aparezca entre los cuatro personajes notables de Jueces immortalizados en Hebreos 11 como hombres de fe excepcional.

Pues, no. Nada de eso sirve. Tal como se desprende del relato, Jefté hizo sacrificar a su hija, obligado por una palabra dada sin reflexionar. Y aun así, es recordado en las Escrituras como un “hombre de fe”. Lo cual nos lleva a preguntarnos qué clase de lección quiere el Dios de las Escrituras que su pueblo aprenda, a través de los tiempos, de una muchachita y un padre que “hizo con ella conforme al voto que había hecho” (11:39).

Podría ser una lección sencilla, necesaria para todos aquellos que “meten la pata” por “abrir demasiado la boca” (con lo cual estaríamos ahí incluidos la gran mayoría), y ver de tener más cuidado con lo que se dice. “Señor, pon guarda a mi boca; vigila la puerta de mis labios”, ruega el salmista. Pero lo más probable es que se trate de otro tipo de lección, que va a ir haciéndose aún más evidente conforme avance el libro. El modo en que el Señor utilice a sus siervos en la esfera de lo público no tiene necesariamente que ir en relación con lo que Él sabe respecto a su vida privada. Algo que en ninguna manera justificará la excusa cómoda (“Él ya sabe cómo usar mis dones, y no tengo por qué ocuparme de tener un corazón limpio”); sino que, muy por el contrario, constituye muy solemne advertencia: “Lo que en verdad ha de preocuparnos es que nuestro corazón esté en sintonía con Él. Y podrá darse así el caso que Él se sirva de nuestras capacidades aun a pesar de nuestros errores y pecados”.

Pero ninguna de esas posibles lecciones, por importantes y válidas que puedan ser, encaja en la historia de Jefté. Yo veo algo más ahí.

En esta historia fluyen las palabras por doquier. Israel alza la voz para expresar su queja, Dios hace oír su palabra para confrontación, los amonitas se apresuran a convocarse entre sí a las armas, mientras que los galaaditas intercambian pareceres al respecto. Cuando Jefté entra en escena, las palabras que pronuncia son de gran efecto, primero en el ámbito de una negociación política y más tarde en el campo de la diplomacia, hasta ese momento final, en el que las palabras son “pronunciadas con total descuido”.

Pero lo cierto es que la época de los jueces viene a caracterizarse precisamente por una abundancia de palabras y por su confusa algarabía de mensajes. Tenía yo hace años un coche dotado de radio, anticuada esta según el nivel de la tecnología actual, y que funcionaba bastante bien durante el día, pero que dejaba de hacerlo al caer la tarde. Las emisoras francesas, holandesas y alemanas iniciaban entonces sus emisiones, en ondas de frecuencia tan próximas a las británicas que resultaba completamente imposible deslindar las unas de las otras. Así debió de ocurrir en Canaán en tiempos de los jueces. A semejanza de la isla de Próspero en *La Tempestad*, todo era ruido y confusión, entremezclándose ahí verdades enteras, verdades a medias y verdaderas mentiras disfrazadas de verdad verdadera. Las voces de los baales y de Astarot, de los dioses de Siria, de los dioses de Sidón, de los dioses de Moab, de los dioses de los amonitas, y de los dioses filisteos (10:6), se oían a semejanza de las voces de nuestros modernos dioses, con su habilidad en la presentación y su muy plausible y atractiva producción, cuyos mensajes aceptamos porque ni siquiera nos planteamos no hacerlo, pero que, en esencia, no son sino una ruidosa algarabía de publicidad engañosa. No ha de extrañarnos pues que Dios dijera que las naciones de Canaán, verdaderos artífices de esa confusión, tenían que ser erradicadas de la faz de la Tierra. Y tampoco podrá extrañarnos que considere oportuno en el capítulo 10, justo a mitad del libro, hablar de nuevo en la misma forma en que ya lo había hecho en el capítulo 2: viendo a su pueblo prestar atención a tan confusa profusión de voces, su respuesta ante la solicitud de ayuda no es de ayuda y rescate, sino de reconvención y reprimenda.

Además, la voz de Dios sigue resonando por encima de las restantes voces. Jefté

sería muy ingenuo si creyera que la voz de Dios tan sólo puede oírse en esos momentos señalados por el escritor con un “el Señor dijo”, o “el ángel del Señor [...] dijo”, o “el Señor envió profeta [...] y éste dijo”. Nuestra propia generación, en la que tantos cristianos conceden una no muy merecida importancia a las “palabras proféticas”, debería tener eso también en cuenta. La cuestión es que Dios había pronunciado palabra hacía ya tiempo, en los días de Adán y de Noé y de Abraham y Moisés, y con un mensaje cuya importancia y pertinencia no había disminuido en absoluto. De entre todas esas palabras de antaño, claras y precisas para todo aquel en sintonía con ellas, había una que Jefté no había sabido escuchar, y otra que en cambio sí había captado.

La primera era la prohibición de los sacrificios humanos. Hacía ya tiempo que Dios había hablado con toda claridad al respecto. Con independencia de las obligaciones que conllevara su voto, no había razón de fondo que le obligara a transgredir regla tan fundamental. Nuestro Señor se ocupa del asunto de forma directa cuando les echa una buena reprimenda a los fariseos por enseñar que el hombre que entrega su dinero en voto “a Dios” queda por ello exento de obedecer la ley fundamental de responsabilidad para con la propia familia, a saber, no tener, en términos económicos, “nada que hacer a favor de *su* padre o *su* madre”. Jefté tiene ahí una ley básica similar que cumplir: el respeto a la santidad de la vida humana; y es el caso que no parece haberla oído con claridad suficiente para darse cuenta de que eso ha de estar por encima de cualquier absurdo voto que haya decidido hacer y que parezca dejarle exento de tal cumplimiento.

Pero hay otra palabra procedente de Dios que Jefté sí había oído, por muy errónea que pueda haber sido su aplicación de la misma. “¡Ay, hija mía! [...] *he dado mi palabra* al Señor, y no me puedo retractar”. “Padre mío, has dado tu palabra al Señor; haz conmigo conforme a lo que has dicho” (11:35–36). Si has hecho una promesa, mantenla. Jefté no debería haber hecho esa promesa. Tendría que haberse dado cuenta que el cumplirla podría suponer dejar de cumplir alguna otra ordenanza básica. Pero de entre toda esa amalgama de voces contradictorias, había oído la voz de Dios diciendo “*Cumple con la palabra dada*”, y Jefté había hecho caso a esa voz. Era sintomático del paganismo cerrar los oídos a los mensajes incómodos, y él sabía bien que “el rey de los hijos de Amón no hizo caso al mensaje que Jefté le envió” (11:28). Pero Jefté era un hombre de fe, y sí había oído el mensaje de Dios respecto a la fidelidad, y ello con independencia de las posibles confusiones que se suscitaran. Su acción (el sacrificio de su propia hija) es algo condenado por las Escrituras en su totalidad; en cambio, el que lo ejecutara (con objeto de cumplir con la palabra empeñada, y por tremendo que sea) es algo que las Escrituras aprueban.

7. Lo que ocurrió después (Jue. 12:1–15)

Los hombres de Efraín se reunieron y cruzaron *el Jordán* hacia el norte, y dijeron a Jefté: ¿Por qué cruzaste a pelear contra los hijos de Amón sin llamarnos para que fuéramos contigo? Quemaremos tu casa sobre ti.

- 2 Y Jefté les respondió: Yo y mi pueblo estábamos en gran contienda con los hijos de Amón, y cuando os llamé, no me librasteis de sus manos.
- 3 Viendo, pues, que no *me* ibais a librar, arriesgué mi vida, y crucé contra los hijos de Amón, y el Señor los entregó en mi mano. ¿Por qué, pues, habéis subido hoy a pelear contra mí?
- 4 Entonces Jefté reunió a todos los hombres de Galaad y peleó contra Efraín; y los hombres de Galaad derrotaron a Efraín, porque decían: Sois fugitivos de Efraín, vosotros los galaaditas, en medio de Efraín y en medio de Manasés.
- 5 Y se apoderaron los galaaditas de los vados del Jordán al lado opuesto de Efraín. Y aconteció que cuando *alguno de* los fugitivos de Efraín decía: Dejadme cruzar, los hombres de Galaad le decían: ¿Eres efrateo? Si él respondía: No,
- 6 entonces, le decían: Di, pues, *la palabra* Shibolet; pero él decía Sibolet, porque no podía pronunciarla correctamente. Entonces le echaban mano, y lo mataban junto a los vados del Jordán. Y cayeron en aquella ocasión cuarenta y dos mil de los de Efraín.
- 7 Jefté juzgó a Israel seis años. Y murió Jefté galaadita, fue sepultado en *una de* las ciudades de Galaad.
- 8 Después de Jefté juzgó a Israel Ibzán de Belén.
- 9 Y tuvo treinta hijos y treinta hijas, *a éstas las casó fuera de la familia*, y trajo de afuera treinta hijas para sus hijos. Y juzgó a Israel siete años.
- 10 Y murió Ibzán, y fue sepultado en Belén.
- 11 Después de él juzgó a Israel Elón zabulonita; y juzgó a Israel diez años.
- 12 Y murió Elón zabulonita, y fue sepultado en Ajalón, en la tierra de Zabulón.
- 13 Entonces Abdón, hijo de Hilel piratonita, juzgó a Israel después de Elón.
- 14 Y tuvo cuarenta hijos y treinta nietos que cabalgaban en setenta asnos. Y juzgó a Israel ocho años.
- 15 Y murió Abdón, hijo de Hilel piratonita, y fue sepultado en Piratón, en la tierra de Efraín, en la región montañosa de los amalecitas.

“Los hombres de Efraín se reunieron y cruzaron *el Jordán* hacia el norte, y dijeron a Jefté: ¿Por qué cruzaste a pelear contra los hijos de Amón sin llamarnos para que fuéramos contigo? Quemaremos tu casa sobre ti” (12:1). Pero con esa actitud suya iban a meterse en un buen lío. “Jefté reunió a todos los hombres de Galaad [...] y derrotaron a Efraín” (12:4). Al gran número de los caídos en batalla había que añadir la captura de todos los que intentaban escapar cruzando el Jordán. En cierta ocasión la tribu de Efraín había expresado una queja con actitud altanera (8:1–3). En dos ocasiones anteriores, además, la tribu de Efraín había participado, a su vez, en la matanza de fugitivos en un vado del río (3:26–30; 7:24–25). Ahora bien, ¿cómo se habían ido desarrollando los acontecimientos tras esos primeros incidentes paralelos?

La queja previa había sido recibida con suaves palabras por parte de Gedeón. Su intención había sido aplacar los ánimos a toda costa, dado que tenía todavía un enemigo frente a él y quería poder contar con fuerzas amigas en la retaguardia. Pero,

en el caso de Jefté, el enemigo ya había recibido lo suyo, y ahora tenía libertad para decirles bien alto lo que pensaba a esos arrogantes traga-fuegos. Y no sólo habla, sino que también actúa, y con resultados muy efectivos. En cuanto a las matanzas anteriores, habían sido llevadas a cabo por efraimitas, y eran de intrusos paganos; la de ahora es de efraimitas a mano de los galaaditas —matanza de israelitas perpetrada por los propios israelitas— y la lista de bajas es enorme. Estas dos distintas facetas de la última de las campañas de Jefté, todas ellas registradas por escrito, nos dejan con una impresión bastante definida tanto de personaje individual como de pueblo colectivo, y ello en un punto muy concreto de la historia de los Jueces. Primero, su reacción ante la queja de los efraimitas confirma a Jefté como hombre notablemente hábil tanto con las palabras como con los hechos. Esos eran dones suyos, y ello aun cuando el Señor, que se había servido de ellos para derrotar a los amonitas (12:3), mantuviera su uso apartado ante los compatriotas israelitas. Segundo, la matanza instigada por Jefté en los vados del Jordán nos viene a confirmar un doble proceso en la vida de la nación. El propio pecado de Israel, junto a la insensatez de la que hacen gala, está abocando a una ruptura entre las doce tribus. La auténtica razón de la disputa es el antagonismo tribal. La batalla de la que los efraimitas habían salido corriendo había sido precisamente provocada por su desprecio de los galaaditas como “fugitivos” (12:4–5). La argucia “shibolet/sibolet”, gestionada según distinta forma de pronunciarla entre las tribus, había servido para hacer aún más profundo el abismo de separación entre ambas partes. La dureza de Gedeón para con sus paisanos en Sucot y Peniel (8:13–17) se ha ido intensificando, acercándolo peligrosamente a una guerra civil.

Pero, simultáneamente, mientras Israel se acerca peligrosamente al precipicio de la desintegración, la misericordia del Señor está actuando para mantener unida a la nación. No se nos dice que entregara a los efraimitas en manos de Jefté, tal como sí había hecho con los amonitas; pero es sobradamente evidente que sigue en control de los acontecimientos, y la victoria de Jefté en esta última batalla pone tregua por el momento a la separación entre las tribus al este y oeste del Jordán. Nos es dado ahí, pues, contemplar la insensatez humana en contraste con la misericordia divina en ese último versículo que habla de Jefté (12:7): galaadita hasta el final de sus días, identificado con las tribus transjordanas, hombre de “shibolet”, que no de “sibolet”; y que, pese a todo ello, pasa a formar parte de la historia con mayúsculas como personaje que “juzgó a *Israel*”.

Y en la continua bondad de Dios, las breves reseñas respecto a los sucesores de Jefté se centran en los momentos de unión, no en los casos de desavenencia, del pueblo de Dios. Por espacio de tres décadas, Israel va a disfrutar de paz y unidad. Tras el período de seis años de la tarea como juez de Jefté, Ibzán “juzgó a Israel siete años”, y a continuación Elón “juzgó a Israel diez años”, después Abdón “juzgó a Israel ocho años”. Y todos ellos caracterizándose por los signos de prosperidad que vimos en el caso de Jair. Y no sólo eso. Ibzán gestiona matrimonios fuera del clan para toda su progenie, lo cual ayudará a estrechar lazos entre los distintos clanes israelitas.

Tras todas esas distintas preguntas suscitadas por el relato, sigue quedando una que ha de repetirse en todas y cada una de las historias de Jueces. ¿En qué manera guía y

gobierna Dios Juez a su pueblo? Y, allí donde se dirigen a Él en busca de guía y dirección para sus vidas, ¿cómo se lo comunica?

La primera respuesta de su parte llega a través de Otoniel: tras la reprimenda a su pueblo, su principal *propósito* es liberarlo. Con Aod les hace saber que el *método* puede ser bastante insólito, el nuevo libertador resulta ser zurdo. A través de Débora y Barac hace saber que el principal *requisito* es obediencia incondicional a su expresa voluntad. Con Gedeón demuestra que recurre por *principio* a lo débil y humilde de este mundo para confundir al poderoso y al arrogante.

Dicho de otra forma, al actuar a través de sus siervos ha venido a poner de relieve que éstos reflejan en sí mismos y en sus intervenciones algo de Él y de sus caminos. Otoniel es salvador porque su Dios es Salvador. Aod es zurdo, y Dios mismo recurre con frecuencia a métodos no muy “derechos”. Barac obedece órdenes, y Dios no deja nunca de cumplir sus propias normas. La fuerza de Gedeón se perfecciona en la debilidad, porque ese es el modo en que su Dios actúa, haciéndose patente de forma insuperable al asumir él mismo la fragilidad de la carne humana a través de los tiempos. Y, si esta resulta ser una forma adecuada de leer y entender el libro que tenemos ante nosotros, ¿qué es lo que en realidad vemos de la obra de Dios como Juez en los capítulos dedicados a este nuevo juez por delegación? ¿Refleja verdaderamente Jefté algo de su Señor?

Los capítulos 10–12 se han ocupado en detalle del tema de la palabra hablada, de su importancia y poder. Esa es la razón por la que, en el clímax de la historia, las palabras que se profieren causen tan terrible efecto. “He dado mi palabra —dice Jefté—. No me puedo retractar”, “has dado tu palabra —corroboras su hija—. Haz conmigo conforme a lo que has dicho”. Jefté, al igual que sus predecesores, no es más que un simple ser humano, aun cuando ahora sea el salvador elegido por Dios, y la imagen de Dios en él sigue distando mucho de ser perfecta. Sobre todo en un momento en el que Israel está escuchando con suma atención el séptuple griterío de los falsos dioses (hecho que se resalta en 10:6). No es de sorprender, pues, que incluso el Juez preste ahora atención con renovado interés. Pero lo que el escritor está ahí tratando de resaltar no es sino aquello en lo que ese juez humano se asemeja al supremo juez divino. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, Dios se muestra a sí mismo como el Dios que nunca se vuelve atrás en la palabra dada. “Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre, para que se arrepienta. ¿Lo ha dicho Él, y no lo hará? ¿Ha hablado, y no lo cumplirá?”, dice el profeta. “Fiel es el que os llama, el cual también *lo* hará”, añade el apóstol. Y allí donde Dios hace un llamamiento para responsabilidad entre su pueblo, espera que esos hombres y mujeres convocados evidencien la misma cualidad, sea en tiempos del Antiguo Testamento, sea en la revelación del Nuevo: “Mas el fruto del Espíritu es [...] fidelidad”; “¿Quién habitará en tu tabernáculo? [...] *El que aun* jurando en perjuicio propio, no cambia”. Era mucho lo que Jefté tenía que aprender acerca de la fe de parte del Dios verdadero. Pero lo terrible del hecho por el que es recordado apunta, en marcado contraste, a algo muy vital y profundo que *sí* había captado. Algo que él creía que debía respetar, aun a pesar de su error. Llegado el momento, fue capaz de mantenerse fiel a una verdad que se le había hecho evidente, y eso, tal como nos

dice Pablo, es un primer paso importante para que Dios pueda mostrarnos otras verdades que todavía no percibimos con claridad.

Sansón: apartado para Dios

Jueces 13:1–16:31

“Ya habéis oído esto antes”, advierte el escritor al lector. “Pero sé bien que vais a rogarme de nuevo ‘Cuéntanos otra vez la vieja historia’. Así que, ¿qué le voy a hacer? Prepararé una vez más el escenario y lo dispondré todo para la aparición del último de los jueces: ‘Los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos del Señor’ ”, (13:1), y... siendo como es la historia de Sansón todo un episodio en sí mismo, esas palabras tan conocidas bastan para encuadrarla, junto con las demás historias, en los tiempos en los que “no había rey en Israel”, y era de temer que el pueblo de Dios volviera a fracasar en sus esfuerzos por salir del atolladero.

Aparte del nexo inmediato entre este nuevo episodio y los precedentes, pronto se hacen evidentes otras conexiones más sutiles. Jueces 10:7 viene enseguida a la memoria, “se encendió la ira del Señor [...] y los entregó en manos de los filisteos y en manos de los hijos de Amón”, siendo el caso que los primeros habían adquirido notoriedad en tiempos de Jefté, y los segundos lo iban a hacer ahora con Sansón. Así, al igual que con Gedeón, la historia incluye también un ángel y un holocausto, y una banda integrada por trescientos pirómanos dispuestos a hostigar inmisericordes al enemigo (¡utilizando fieras del campo esta vez!). Se sigue, al igual que con Débora, que aparece ahí una mujer peligrosa que no vacila en “clavar la estaca” con la peor de las intenciones, y, curiosamente, un enjambre de abejas y un número más que notable de antorchas.² Y, al igual que con Samgar, tenemos aquí un juez que diezma a los filisteos sirviéndose de un arma insólita. Por último, y al igual que con Otoniel, su propia mujer es factor que juega importante papel en el drama.⁴

Sin embargo, la conexión que se establece entre este último juez y el primero de ellos es más de contraste que de semejanza. El matrimonio de Otoniel había sido “ejemplar”, al igual que lo había sido el “incentivo para expulsar a los gentiles”; Sansón, en cambio, estaría en el polo opuesto. Lo cual nos lleva a tener en cuenta lo mucho que hay de nuevo y distinto y, en grado superlativo, en los capítulos 13 a 16 en comparación con lo visto hasta el momento. El modo en que Sansón mata al león con la sola fuerza de las manos, las trescientas zorras capturadas, las puertas de la ciudad de Gaza arrancadas junto con sus trancas, el templo del dios Dagón derrumbado. Todas ellas, proezas extraordinarias que encajan sin fisuras en un período dentro de la historia de los jueces muy distinto al de los ya lejanos tiempos de Otoniel. El cambio es en verdad

espectacular. ¿Dónde está ahora esa clase de autoridad ejemplificada por Débora como cuarta juez y por todos reconocida? Y ¿adónde ha ido a parar el liderazgo militar de Gedeón y Jefté, quinto y octavo jueces respectivamente? El libro de Jueces no trata en cambio de identificar a cada uno de los doce con las doce tribus de Israel, pero es el caso que el primero de ellos es de Judá y el duodécimo de Dan. Además, el período que cubre la secuencia en su totalidad se corresponde claramente con el capítulo 1 en un análisis pormenorizado. “¿Quién de nosotros subirá primero [...]? Judá subirá; he aquí, yo he entregado el país en sus manos” (1:1–2); y para cuando llegamos al final del episodio, “los amorreos forzaron a los hijos de Dan hacia la región montañosa, y no los dejaron bajar al valle” (1:34).

El curso histórico de los acontecimientos va dando respuestas a través de sus jueces. Dan es la respuesta a Judá, el fracaso de uno es la contrapartida del éxito del otro, las excentricidades de Sansón en oposición a la rectitud de Otoniel. Y, a la vista de todo ello, nosotros no podemos menos que preguntarnos cómo se ha podido pasar de uno a otro extremo, partiendo del capítulo 1 hasta situarnos en el 12.

En lo que respecta a Israel, lo que ahí tenemos es todo un proceso de deterioro. La experiencia por la que atraviesa la nación no es de mero carácter cíclico, y las cuatro circunstancias con “R”, analizadas en su momento, no dejan de ser una forma simplificada de describir los hechos. Y aun a pesar de que el que a la rebeldía le siga indefectiblemente la retribución sea una constante deprimente, lo cierto es que el arrepentimiento, como preludio del rescate y la liberación, es cada vez menos frecuente. En este capítulo 13 no hay un solo lamento por la desgracia sobrevenida, y menos aun un lamento penitente. Por nuestra parte, somos conscientes de que los sucesivos enemigos de Israel le han infligido daños de diversa consideración, pero todo ello, sin embargo, de forma cada vez más sutil y soterrada: la invasión por parte de los moabitas (3:13), la crueldad de los cananeos (4:3), la devastación sufrida a manos de los madianitas (6:3–6). ¿Qué cosa aun peor puede esperarse que los filisteos hagan con el pueblo de Dios?

La saga de Sansón nos aclara el misterio. Ese ser entregado “en manos de los filisteos” (13:1) significa en realidad que los israelitas ya habían previamente confraternizado con ellos, siendo ahora aceptable el matrimonio mixto, hasta un punto tal que los antaño patrióticos hombres de Judá preferían antes quitarse de encima a Sansón que hacer zozobrar la frágil embarcación de esa relación de armonía (15:9–13). Y es precisamente por eso por lo que el Señor tiene que “buscar una razón en su contra”; todo posible motivo de hostilidad en su ámbito había sido ya cuidadosamente solventado (14:4). Dicho en otras palabras, Israel se había vendido por completo al sistema de valores del mundo filisteo. Apenas sí hay una sola mención específica del nombre de Dios en los cuatro capítulos que abarca la historia, y hasta el último momento se tiene la impresión de que la victoria va a ser para Dagón, dios titular de los filisteos (16:23–24). El Señor ha permitido que sigan ahí esas naciones paganas para que Israel “conociera la guerra”, estando entre sus principales intenciones el asentar a su pueblo en contra y aun a pesar de esos “cinco príncipes filisteos” (3:2–3). La rebeldía definitiva de Israel había sido precisamente eludir el conflicto, adaptándose a las

costumbres y forma de vida de los filisteos, admitiendo la jerarquía de Dagón y obviando, de forma voluntaria, las diferencias entre el pueblo de Dios y los pueblos del mundo.

Pero si para Israel el proceso había sido de continuo declive, para Dios había sido ocasión de demostrar su continua provisión y guía. Así, resulta fascinante ver cómo cada acontecimiento en esta historia es parte de una secuencia de causa-efecto según la relación que establece Sansón con tres distintas mujeres (14:1–2; 16:1; 16:4). En cada uno de los tres casos, Sansón cae rendido ante una mujer poco recomendable y, en cada uno de esos tres casos, es el Señor el que encauza esa infatuación para que sirva a sus propósitos, asegurándose en el proceso de que todo ello coadyuve, en última instancia, y al igual que siempre, a resaltar ese juicio que hará su aparición en el momento final.

1. El llamamiento del juez (Jue. 13:1–25)

Y los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos del Señor, y el Señor los entregó en manos de los filisteos por cuarenta años.

- 2 Y había un hombre de Zora, de la familia de los danitas, el cual se llamaba Manoa; su mujer era estéril y no había tenido hijos.
- 3 Entonces el ángel del Señor se le apareció a la mujer, y le dijo: He aquí, tú eres estéril y no has tenido hijos, pero concebirás y darás a luz un hijo.
- 4 Ahora pues, cuídate de no beber vino ni licor, y de no comer ninguna cosa inmunda.
- 5 Pues he aquí, concebirás y darás a luz un hijo; no pasará navaja sobre su cabeza, porque el niño será nazareo para Dios desde el seno materno; y él comenzará a salvar a Israel de manos de los filisteos.
- 6 Y la mujer fue y se lo dijo a su marido, diciendo: Un hombre de Dios vino a mí, y su aspecto era como el aspecto del ángel de Dios, muy imponente. Yo no le pregunté de dónde *venía*, ni él me hizo saber su nombre.
- 7 Pero él me dijo: “He aquí, concebirás y darás a luz un hijo; desde ahora no beberás vino ni licor, ni comerás cosa inmunda, porque el niño será nazareo para Dios desde el seno materno hasta el día de su muerte”.
- 8 Entonces Manoa imploró al Señor, y dijo: Te ruego Señor, que el hombre de Dios que tú enviaste venga otra vez a nosotros, para que nos enseñe lo que hemos de hacer con el niño que ha de nacer.
- 9 Y Dios escuchó la voz de Manoa. Y el ángel de Dios vino otra vez a la mujer cuando estaba sentada en el campo; y Manoa su marido no estaba con ella.
- 10 Y la mujer corrió rápidamente y avisó a su marido, y le dijo: He aquí, se me ha aparecido el hombre que vino el *otro* día.
- 11 Manoa se levantó y siguió a su mujer, y cuando llegó el hombre, le dijo: ¿Eres el hombre que habló a la mujer? Y él respondió: Yo soy.
- 12 Y Manoa dijo: Cuando tus palabras se cumplan, ¿cómo debe ser el modo de vivir

del muchacho y cuál su vocación?

- 13 Y el ángel del Señor dijo a Manoa: Que la mujer atienda a todo lo que *le* dije.
- 14 No comerá nada que venga de la vid, no *beberá* vino ni licor, ni comerá nada inmundo; que guarde ella todo lo que *le* he mandado.
- 15 Entonces Manoa dijo al ángel del Señor: Permítenos detenerte y prepararte un cabrito.
- 16 Y el ángel del Señor respondió a Manoa: aunque me detengas, no comeré de tu alimento, mas si preparas un holocausto, ofrécelo al Señor. Y Manoa no sabía que era el ángel del Señor.
- 17 Y Manoa dijo al ángel del Señor: ¿Cuál es tu nombre, para que cuando se cumplan tus palabras, te honremos?
- 18 Y el ángel del Señor le respondió: ¿Por qué preguntas mi nombre, viendo que es maravilloso?
- 19 Y Manoa tomó el cabrito con la ofrenda de cereal y los ofreció sobre una piedra al Señor, y *el ángel* hizo maravillas mientras que Manoa y su mujer observaban.
- 20 Pues sucedió que cuando la llama subía del altar hacia el cielo, el ángel del Señor ascendió en la llama del altar. Al ver *esto*, Manoa y su mujer cayeron rostro en tierra.
- 21 Y el ángel del Señor no volvió a aparecer a Manoa ni a su mujer. Entonces Manoa supo que era el ángel del Señor.
- 22 Y Manoa dijo a su mujer: Ciertamente moriremos, porque hemos visto a Dios.
- 23 Pero su mujer le dijo: Si el Señor hubiera deseado matarnos, no habría aceptado el holocausto ni la ofrenda de cereal de nuestras manos; tampoco nos habría mostrado todas estas cosas, ni nos habría permitido ahora oír *cosas* como éstas.
- 24 Y la mujer dio a luz un hijo y le puso por nombre Sansón. Y el niño creció y el Señor lo bendijo.
- 25 Y el espíritu del Señor comenzó a manifestarse en él en Mahnedan, entre Zora y Estaol.

Una vez más, tenemos aquí una novedad y algo ya sabido: lo ya sabido, que Israel, como siempre, “hizo lo malo ante los ojos del Señor”, recibiendo justo castigo por ello. Pero Jueces 13:1 va a tener ahora una secuela muy distinta. En vez de hacer su aparición un libertador, el escritor da comienzo ahí a una historia que nada parece tener que ver con el relato principal. El estilo y la forma recuerdan al de los libros de cuentos, y es muy similar al comienzo de los dos siguientes libros de la Biblia (“Un hombre de Belén de Judá [...]”, “Un hombre de Ramataim de Zofim [...]”), y aun pudiendo ser el caso que el conocimiento que de la Biblia tenga el lector sea limitado, y tan sólo sepa ahí que lo que sigue es la historia del singular Sansón, puede que sí se pregunte qué tiene que ver todo eso con lo demás: “Había un hombre de Zora (*¿dónde queda eso?*) [...] el cual se llamaba Manoa” (*¿cómo dices que se llamaba?*).

Y aún hay más. No sólo no se vislumbra en el horizonte a ningún posible rescatador de Israel (recordemos la cuarta palabra con “R”, sino que el espíritu correspondiente a la tercera “R” (el arrepentimiento) brilla por su ausencia. Aunque puede que una

reflexión sería nos llevara a admitir que tampoco es posible decirse que ese espíritu hubiera estado en verdad presente en ningún otro momento. Es más, el bosquejo de lo que Israel estaba a punto de experimentar —ya anticipado en el capítulo 2— debería habernos hecho pensar que esa reducción a cuatro principios básicos (con “R”) era un tanto simple y optimista. De hecho, puede revisarse el período entero de los jueces, en base justamente a ese capítulo, y descubrir que Israel había pecado repetidamente (2:11–13), había sido castigado por ello (2:14–15), siendo por último rescatado (2:16–18), pero que, pese a todo ello, la postura de las partes contendientes era, por el lado de Israel, de mero remordimiento, que no de genuino arrepentimiento y, por parte de Dios, primero de compasión y después enfado (2:18–20). Como tuvimos ocasión de comprobar en tiempos de Jefte, el Señor ya “no podía soportar más la angustia de Israel” (10:16); pero el libro tiene mucho más que ver con el enfado que le provoca el propio pueblo de Israel que con la indignación ante sus opresores.

Todo eso es lo que va a estar en el trasfondo del llamamiento de Sansón. En distintas maneras, su llamamiento recuerda más al de Gedeón que no al de ningún otro; entre otras cosas, porque no se le hace a él directamente, sino a sus padres, y ello incluso antes de que él naciera. Podemos aventurarnos a conjeturar por qué había tenido que ser así, y una posible hipótesis apuntaría a su carácter, tan bizarro y fuera de lo común. Punto de apropiado contraste entre el carácter y la actuación de Dios para mejor suscitar nuestra atención. Ojo, es el Señor, y no ningún otro, el que ha puesto en marcha tan complejo mecanismo.

El ángel de Dios había hecho su aparición en la casa de un danita, en el pueblo de Zora, para anunciar —al matrimonio que ahí vivía— el nacimiento de un niño que salvaría a Israel (¡No hay que alarmarse porque esto sea Jue. 13 y no Lc. 1! Aunque bien haríamos en tener presente ese paralelismo, que es más que mera coincidencia). A medida que el capítulo se desarrolla, va cambiando igualmente el carácter de esos dos personajes elegidos por el Señor. Y, pese a las sorprendentes novedades que va deparándonos el relato, lo característico de esa pareja empieza a resultarnos familiar. Se trata de cualidades ya importantes en las historias de los primeros jueces, y el que vuelvan a hacer su aparición aquí subraya su valía en el marco de la relación que Dios tiene con su pueblo a lo largo de todo el libro. Al igual que hemos ido notando con cuánta frecuencia la repetición de palabras, nombres y expresiones sirve de enlace entre esta historia y las anteriores, está también esa continuidad en el estado general de las cosas y la manera en que se explicita justo cuando Dios se dispone a emitir juicio y acometer la tarea de salvación. Ahora bien, al preparar las cosas para la entrada en escena del último de los jueces, ¿por qué elegir a esa pareja en concreto y no a cualquier otra?

a. Una pareja de lo más improbable (Jue. 13:2–7)

“Concebirás y darás a luz un hijo —dice el ángel— y él comenzará a salvar a Israel [...] el niño será nazareo para Dios”. El modo particular de vida de un “nazareo”, como persona “apartada... para el Señor”, aparece esbozado en Números 6:1–21. Si, ya de

forma previa a su nacimiento, el niño estaba destinado a ser salvador de su pueblo, lo más lógico era que fuese criado de manera especial. Las normas para el nazareato pueden parecernos hoy día a nosotros un tanto extrañas, con todas esas disposiciones negativas respecto a las bebidas y alimentos proscritos, y esa obligación de dejarse crecer la melena. Así, prohibido ingerir el fruto procedente de la uva, prohibido tocar ninguna cosa inmundada, y nada de pasarse la navaja de afeitar. Pero, una vez más, lo que importa ahí no es el hecho, sino su significado. El nazareo habrá de decir siempre “no” a cosas perfectamente naturales, y ello para dejar patente el “sí” a cosas mucho más importantes como, por ejemplo, su dedicación a Dios.

En consonancia con el modo de obrar de Dios en Jueces, la regla impuesta a Sansón por el ángel en poco se parece a lo que cabría esperar, y ello tanto por una parte como por la otra. La madre de Sansón, que no sólo el propio Sansón, quedaba afectada por esas prohibiciones; y habían sido además sus padres, y no él, los que habían tenido que hacer el voto.

Y si el llamamiento del duodécimo juez afectaba a sus padres en igual o incluso mayor medida que a él mismo, ¿qué clase de personas descubrimos que son?

En diecinueve ocasiones, entre 13:2 y 14:9, Jueces menciona, hecho en sí notable, a la mujer de Manoa o madre de Sansón, o simplemente “la mujer”. Ella es personaje esencial en la trama, pero sin ser, en cambio, lo suficientemente importante como para que se nos diga su nombre. Ese anonimato suyo es, sin embargo, parte consustancial al relato. El otro hecho notable les afecta en cambio a ella y a su marido por igual. La esterilidad de la mujer configura el párrafo del inicio, aun siendo algo que afecta a ambos por igual.

Al igual que en otros casos de anuncios singulares, la promesa del nacimiento de un hijo se le hace a una pareja que, de entrada, no parece la más apropiada —unos candidatos no sólo poco idóneos sino ¡totalmente descalificados para ello!—. Por esta razón, si lo anunciado se cumple, no sólo va a ser algo insólito sino ¡hecho verdaderamente milagroso! Dios interviniendo ahí de principio a fin.

Pero ¿acaso no habíamos sido testigos ya de algo similar en los inicios del libro? Tras quedar establecida la pauta de los juicios con Otoniel, ¿no era justo esa improbabilidad en las sucesivas candidaturas lo esencial y característico del asunto? Podemos pensar ahora en Aod, el zurdo, que es como suelen traducir la mayoría de las versiones la expresión hebrea “limitado en cuanto al uso de su mano derecha”. El énfasis no estaba, pues, en lo que podía hacer, sino en lo que justamente no podía y, por eso mismo, en lo que Dios hizo a través suyo. Esa característica de la historia de Aod será lo que reaparezca como principio fundamental en la historia de Sansón.

¿Qué nueva lección podemos esperar ahora con Manoa y su mujer?

b. Eran personas que obraban con rectitud (Jue. 13:8–14)

El ángel le dijo algo a la mujer, y la mujer se lo contó al marido, y el marido le pidió a Dios una segunda visita de ese personaje que él entendía ser “hombre de Dios”, que no mensajero sobrenatural. Ahí podría uno preguntarse si no sería que Manoa desconfiaba

del recado de su mujer y, en realidad, pretendía verificarlo. Pero, según se va confirmando la ausencia de artificio, nos convencemos de lo contrario. Manoa es hombre muy similar al Natanael del pasaje del evangelio, “un verdadero israelita, en el que no hay engaño”. Al igual que su mujer, cree lo que el ángel dice: y no duda que “el niño [...] nacerá”,¹⁰ que ellos van a ser padres y que, en consecuencia, habrá que pensar en “cómo criarlo”. Con toda naturalidad, pues, Manoa pregunta qué cosas tendrán que hacer ellos y qué cosas tendrá que hacer el muchacho. Y lo cierto es que se sigue teniendo ahí la impresión de que, de los tres votos de nazareato, es la madre la que tiene que renunciar al fruto de la vid y al contacto con lo inmundo. ¿Quiere esto decir que el muchacho sólo va a tener que cumplir con la regla de no raparse el cabello? Eso no puede ser así; algo más habrá que tenga que hacer. De ahí que Manoa insista en querer saber qué más puede hacer él, y de ahí su petición de una segunda visita.

El ángel vuelve efectivamente a aparecer de nuevo, como confirmando que Dios se deleita en responder a las oraciones directas. Pero la cuestión es que era a la mujer a la que se le había aparecido, dando así lugar a que Manoa diera prueba de esa sencilla fe suya “levantándose y yendo tras su mujer”. Poco fue lo que sacó en conclusión de la respuesta del ángel, apenas sí una mera repetición de lo dicho la primera vez y nada en concreto respecto a cómo criar al niño. Pero, al igual que en el párrafo anterior, todo el asunto gira, por el momento, más alrededor de los padres que en torno al niño que habrá de nacer. Pero, si seguimos un tanto a oscuras respecto a Sansón, es porque se espera de nosotros que nos fijemos en Manoa y su mujer, creyentes de fe simple y sincera, que hacen preguntas por puro deseo de servir y obedecer.

Esas son cualidades que ya habíamos tenido ocasión de observar antes. La segunda historia en longitud, después de la de Aod, era la de un líder lo suficientemente humilde como para creer que podía oír el mensaje de Dios por boca de una mujer con cargo de juez, inquirir entonces respecto a unas instrucciones concretas, y pasar después a ponerlas por obra en total obediencia. De hecho, Barac no osaba dar paso alguno sin estar antes seguro de estar en comunicación constante con la fuente de la verdad (4:8). Y, en ese mismo espíritu, tantos años después, Manoa elevaba su ruego “[ven] otra vez a nosotros, para [enseñarnos]”. Dinos qué tenemos que hacer y nosotros lo haremos.

c. Eran personas con limitaciones (Jue. 13:15–20)

En el curso de los capítulos que integran esta historia, va a haber mucho de desconocido. El tema recurrente no es, sin embargo, tanto la ignorancia en sí como el hecho irónico que ciertas cosas sean conocidas por unos e ignoradas por otros, o que sean del dominio del lector pero desconocidas para los protagonistas de la historia. En este capítulo de comienzo de los hechos, nos enteramos que “Manoa no sabía que (el mensajero divino) era un ángel del Señor”. Su mujer tampoco lo sabía, evidenciándolo al referirse a él como “un hombre de Dios” y “el hombre que vino el *otro* día” (13:6 y 10). El nombre de Sansón va a figurar en la epístola a los Hebreos, pero también van a estar sus padres como ejemplos sacados del Antiguo Testamento para edificación de los santos en tiempos del Nuevo, pareja que, sin saberlo, y al igual que otros, “hospedaron

ángeles”.

Lo que Manoa no sabía va seguido de la mención de algo que no podía saber. Con toda inocencia, le pregunta su nombre al supuesto “hombre de Dios”. “Es maravilloso”, le contesta, queriendo con ello significar que Manoa está preguntando algo que no podría comprender aun cuando se le dijera. Años más tarde, el salmista recurre al mismo término en un versículo que nos ayuda a entenderlo. El conocimiento íntimo que Dios tiene de mí, asevera, “es demasiado *maravilloso* para mí; tan elevado es que yo no puedo alcanzarlo”.

La impresión que se tiene es que Manoa no alcanza a comprender el pleno alcance y significado de las palabras del ángel. Pero entonces se le dice que ofrezca en sacrificio de holocausto el pan y la carne traídos para el visitante, y la realidad de los hechos adquiere para él pleno sentido. Incluso hoy, siglos más tarde, el lector contemporáneo puede sentirse solidariamente impresionado por lo insólito del hecho, contemplado con maravillado pasmo cómo se elevan las llamas de la ofrenda junto con el mensajero que parte.

Ni Manoa ni su mujer son personas estúpidas, pero sí tienen sus limitaciones. Hay cosas que ni saben ni pueden saber, cosas que tienen que ver con los planes de Dios y que no les está dado comprender. Esa ofrenda ardiente suya es hecha de forma explícita a un Dios que está más allá de su comprensión, “a un Señor que obra maravillas”. Y es precisamente esa limitación suya la que viene a resaltar lo extraordinario de la intervención de Dios a través de su ángel.

Nos encontramos, sin embargo, preguntándonos una vez más cuánto de novedad hay en estos hechos, y si no hemos visto ya algo parecido antes. ¿No hubo otro caso en el que alguna clase de limitación jugó un papel primordial en el plan de Dios para salvar a su pueblo? Por supuesto que lo hubo. El autor no está ahí sino subrayando la lección para aprender con Gedeón, personaje que también tuvo que superar limitaciones de un orden mayor (Jue. 6:15) impuestas por Dios mismo (7:2–7). Y todo ello de modo y manera que, al producirse la victoria, la gloria era por completo de Dios, y el pueblo de Israel, al igual que Manoa y su mujer en tiempo posterior, había tenido que inclinar el rostro a tierra y reconocer que su “nombre es maravilloso”.

d. Eran personas que confiaban (Jue. 13:21–23)

O, por lo menos, confiaba la mujer de Manoa. Ambos habían visto al ángel del Señor, que era prácticamente el equivalente a haber visto a Dios. Y es de nuevo la historia de Gedeón la que nos lleva a comprender que ver y oír al ángel del Señor viene a ser lo mismo que oír y ver al Señor en persona (6:12–24). No ha de extrañarnos, pues, que un sobrecogido Manoa pensara que iban de cierto a morir fulminados. Pero su mujer ve las cosas de otra manera, “Eso no puede ser así; después de todo lo que hemos visto y oído,” replica su mujer. “Si el Señor *ha dicho* que vamos a tener un hijo, tendrá que permitir que vivamos para que así sea”.

Un momento, por favor. ¿No hemos oído eso en otra parte? Admiramos ciertamente a la mujer por ese realismo práctico suyo, pero tendrían además que

hacerse evidentes los principios en los que basa su confianza. ¿No estaría ahí también operativo el trasfondo de la historia de Jefté? “He dado mi palabra [...], y no me puedo retractar” (Jue. 11:35). En este caso, las circunstancias iban por completo en contra de un padre contrito, la promesa había sido inoportuna, y las consecuencias habían sido funestas; y, aun así, los principios que la habían sustentado eran, y seguían siendo, sólidos. Y es justamente ahora, en este último y desastroso episodio de rebeldía —y bajo la más insatisfactoria de las judicaturas— que el hecho crucial viene a ser que el Señor ha dado su palabra y no puede tampoco retractarse, ni en lo que respecta a la promesa de levantar a un Sansón, ni en lo que hace respecto a la garantía de preservar a Israel.

Pero el Señor cumple ciertamente su palabra y la mujer da a luz al niño, al que ponen por nombre Sansón. Y, en este trasfondo, en el que se conjugaban todos los elementos que habían ido caracterizando a las anteriores acciones de rescate, “el niño creció y el Señor lo bendijo”. Él iba a ser el siguiente salvador de Israel. Lo que en un principio había parecido un ferrocarril de vía estrecha en la apartada región de Zora, al final había resultado ser un tren de enlace con la línea principal que atravesaba la región de Jueces en su totalidad; “y el Espíritu del Señor comenzó a manifestarse en él en Mahne-dan”.

2. La aparición del juez (14:1–20)

Y Sansón descendió a Timnat y vio allí a una mujer de las hijas de los filisteos.

- 2 Cuando regresó, se lo contó a su padre y a su madre, diciendo: vi en Timnat a una mujer de las hijas de los filisteos; ahora pues, tomádmela por mujer.
- 3 Le respondieron su padre y su madre: ¿No hay mujer entre las hijas de tus parientes o entre todo nuestro pueblo, para que vayas a tomar mujer de los filisteos incircuncisos? Pero Sansón dijo a su padre: Tómala para mí, porque ella me agrada.
- 4 Y su padre y su madre no sabían que esto era del Señor, porque Él buscaba ocasión contra los filisteos, pues en aquel tiempo los filisteos dominaban Israel.
- 5 Y Sansón descendió a Timnat con su padre y con su madre, y llegó hasta los viñedos de Timnat; y he aquí, un león joven *venía* rugiendo hacia él.
- 6 Y el Espíritu del Señor vino sobre él con gran poder, y lo despedazó como se despedaza un cabrito, aunque no tenía nada en su mano; pero no contó a su padre ni a su madre lo que había hecho.
- 7 Descendió y habló con la mujer; y ella le agradó a Sansón.
- 8 Cuando regresó más tarde para tomarla, se apartó *del camino* para ver el cadáver del león; y he aquí que había un enjambre de abejas y miel en el cuerpo del león.
- 9 Recogió la miel en sus manos y siguió adelante, comiéndola mientras caminaba. Cuando llegó *a donde estaban* su padre y su madre, les dio *miel* y ellos comieron; pero no les contó que había recogido la miel del cuerpo del león.

- 10 Entonces el padre descendió adonde *estaba* la mujer; y Sansón hizo allí un banquete, porque así acostumbraban hacer los jóvenes.
- 11 Y sucedió que cuando lo vieron, trajeron a treinta compañeros para que estuvieran con él.
- 12 Y Sansón les dijo: Permitidme proponeros ahora un enigma; y si en verdad me lo declaráis dentro de los siete días del banquete, y lo descifráis, entonces os daré treinta vestidos de lino y treinta mudas de ropa.
- 13 Pero si no podéis declarármelo, entonces vosotros me daréis treinta vestidos de lino y treinta mudas de ropa. Y ellos le dijeron: Propón tu enigma, para que lo escuchemos.
- 14 Y él les dijo:
Del que come salió comida,
y del fuerte salió dulzura.
Y no pudieron declararle el enigma en tres días.
- 15 Y al cuarto día dijeron a la mujer de Sansón: Induce a tu marido a que nos declare el enigma, o te quemaremos a fuego a ti y a la casa de tu padre. Nos habéis invitado para empobrecernos. ¿No es *así*?
- 16 Y la mujer de Sansón lloró delante de él, y dijo: Sólo me aborreces y no me quieres; has propuesto un enigma a los hijos de mi pueblo, y no me *lo* has declarado. Y él le dijo: He aquí que no *lo* he declarado ni a mi padre ni a mi madre; ¿y te lo he de declarar a ti?
- 17 Mas ella lloró delante de él los siete días que duró su banquete. Y sucedió el séptimo día que él se lo declaró porque ella le presionaba mucho. Entonces ella declaró el enigma a los hijos de su pueblo.
- 18 Y al séptimo día, antes de ponerse el sol, los hombres de la ciudad le dijeron:
¿Qué es más dulce que la miel?
¿Y qué es más fuerte que un león?
Y él les dijo:
Si no hubiereis arado con mi novilla,
No habríais descubierto mi enigma.
- 19 Entonces el Espíritu del Señor vino sobre él con gran poder, y descendió a Ascalón y mató a treinta de ellos y tomando sus despojos, dio las mudas *de ropa* a los que habían declarado el enigma. Y ardiendo en ira, subió a la casa de su padre.
- 20 Pero la mujer de Sansón fue *dada* al compañero que había sido su amigo íntimo.

Si se ha ido leyendo en progresión, se llega a Jueces 14 con una visión general de la forma que tiene Dios de juzgar, intervenir y salvar a su pueblo. Algo ya puesto de manifiesto en los respectivos relatos de los once primeros jueces, para converger ahora en el trasfondo del duodécimo. Cabría esperar entonces que la trayectoria de Sansón culminara en el clímax absoluto de la serie. Es más, si se lee (por un casual) desde casi el final de las Escrituras en adelante, se tendrá en mente ese episodio, muy posterior con respecto a este relato y ya en el Nuevo Testamento, del anuncio y nacimiento de Jesús.

Y, si se establece ahí un paralelismo con Sansón, las expectativas vendrán a ser aún mayores. Por eso, antes de dejar que tales ideas se apoderen de nosotros, haremos bien en prepararnos una vez más para lo inesperado. Más que ninguno de sus predecesores, Sansón va a conseguir trastocar todas nuestras ideas preconcebidas. Su entrada en escena en nada se parece a la de los jueces anteriores, su “llamamiento” también había sido muy distinto, y el juez en el que se convertirá apenas sí concuerda con la idea de un juez.

El autor del libro narra la historia en proceso secuencial de continuas idas y venidas al territorio filisteo, usando en cinco ocasiones el verbo “descender”. Por otra parte —y como tema ya mencionado con anterioridad— en este caso no sólo presente en el capítulo 14 sino que asimismo enlazando con capítulos anteriores, es el de la ignorancia o falta de conocimiento de lo que en realidad está pasando. “Su padre y su madre no sabían” (14:4) es la primera de varias frases muy similares en expresión e intención, que además reflejan idéntica situación irónica de fondo tanto en los diversos ejemplos relativos a Sansón como igualmente en otras partes al principio de Jueces. El título del presente capítulo “La aparición del juez” no deja de ser también algo irónico, pues es el caso que, con independencia de sus padres, nadie es consciente de que con él vaya a hacer su aparición el nuevo juez y salvador de Israel.

Ahora bien, mientras que los “no se sabe” son de interés capital para el relato, los “descendió” puede que no sean más que un recurso literario usado para fragmentar el capítulo en sí en cinco secciones menores; aunque, por otra parte, también pudiera ser que tengamos que ver ahí el contraste con las “subidas” de los ejércitos victoriosos de Judá en el inicio mismo del libro (nada menos que cuatro ocasiones en igual número de versículos, Jue.1:1–4). Pero, sea como fuere, la cuestión es que describen con hechos lo que en verdad ocurrió.

a. Dónde transcurre la acción

Sansón ha ido creciendo y se ha convertido en un hombre de acción. No es, sin embargo, que sus acciones tengan mucho que ver con su llamamiento a ser juez y salvador o, al menos, con su deseo de servir a Israel u obedecer a Dios. De servir para algo, más bien sería para todo lo contrario, dado que son los impulsos y sus propios deseos los que dominan su comportamiento.

Sansón desciende a Timnat (14:1–4), y de entre las mujeres filisteas llama su atención una en particular. Davis nos anima ahí a resaltar la experiencia imaginando a Sansón con los ojos como platos: “¡Esa sí que es *una mujer* de verdad!”. El autor del libro, en cambio, trata sin duda de hacernos ver hasta qué punto resulta inadecuada esa unión para un patriota israelita, enfatizando nada menos que tres veces, en el espacio de tres versículos, la desagradable connotación del gentilicio (“Era una mujer de las hijas de los *filisteos*”. Y “Una mujer de las hijas de los *filisteos*”, dice precisamente querer Sansón. “¿[Vas] a tomar mujer de los *filisteos* incircuncisos?”, le preguntan sus padres). Pero lo único que le importa a Sansón es que la quiere para sí (14:3b).

Vuelve, pues, a descender a Timnat, esta vez con sus padres (14:5–6) y, al pasar

junto a los viñedos que crecían entre su pueblo y el de la muchacha, es atacado por un león joven. Pero ¿es de veras atacado por el león? Lo que no se dice de forma expresa siempre resulta intrigante. Puede que fuera el caso que el león no llegara a atacarle, y que sencillamente le rugiera, ¡en imitación al león de la Metro-Goldwyn-Mayer!, o que se encontrara con algo que no había pensado. Por otra parte, además, ¿cómo es que los padres no se dieron cuenta de lo sucedido? O ¿cómo es que el joven iba tan presuroso por delante de ellos, o tan rezagado, como para perderse de vista o quedar fuera del alcance del oído *en medio de una viña*? ¿No tendremos ahí un comentario indirecto sobre la poca seriedad con que parece tomarse el voto de nazareo?

Por tercera vez se nos dice que Sansón “descendió” (14:7), aunque parece ser más bien que reanuda la marcha tras matar al león. Sea como fuere, lo que cuenta es que hace una tercera visita a la casa de la muchacha (14:8–9), cuando “regresó más tarde para tomarla”, siendo esa la ocasión en la que, al encontrar “un enjambre de abejas y miel en el cuerpo del león”, deja claramente a un lado el voto nazareo. Puede que resolviera posibles remordimientos de conciencia con la misma prontitud con que había despachado al león, diciéndose a sí mismo (a) que el voto había cambiado en cuanto a sus términos desde los tiempos de Números 6 —“*No comas nada impuro*” (13:7) en vez de “*No toques nada impuro*”— y, aun tocando el cuerpo del león muerto, lo que en realidad comió fue la miel de las abejas; y (b) que el voto era a compartir con su madre, y que la disposición respecto a un “cuerpo muerto” le afecta a ella, pero no a él. Aun así, si bien podemos preguntarnos si la reticencia de 14:6 obedecía a la modestia por el episodio del león o a la vergüenza del incidente de la viña, probablemente estaría justificado pensar en una combinación de vergüenza y mala conciencia como razón de que 14:9 no diga nada respecto a haber tocado la carroña.

La cuarta jornada es la de Manoa, presumiblemente para ultimar los detalles oficiales del compromiso, y Sansón está también presente como alma del encuentro. De hecho, llevado por el ambiente festivo, convierte el incidente del león y el panal de miel en ocasión para un reto que, sin embargo, pronto empieza a escapársele de las manos. Los treinta jóvenes filisteos, incapaces de adivinar el acertijo, se quejan de que la pérdida de la apuesta les vaya a dejar “empobrecidos”, poniendo a un lado la realidad de que, de perder Sansón, éste habría quedado treinta veces más pobre que cualquiera de ellos. El resultado final ya lo conocemos. Como si de un ensayo final para el capítulo 16 se tratara, los filisteos presionan a la muchacha, y ella, a su vez, presiona a Sansón, siendo el forzado Sansón el que cede.

Pero aquí, al igual que allí, es él, no sus oponentes, los que tienen la última palabra. El quinto de esos “descensos” suyos se acomete con el propósito de hacerse con esas treinta vestiduras para los filisteos de Timnat quitándoselas a los filisteos de Ascalón. La matanza de los hombres de Ascalón es una suerte de eco anticipatorio de la destrucción final de Gaza en 16:30, se lleva a cabo en el poder del Espíritu del Señor, es ciertamente un cumplimiento del grito de advertencia de Débora y Barac en 5:31 (“*Así perezcan todos tus enemigos, oh Señor*”), y es —en demasiada pequeña medida y demasiado tarde— lo que debiera haberles pasado a todas las gentes de Canaán años atrás. Pero Sansón no va a detenerse a pensar en nada de eso. Lo suyo no es reflexionar, sino

actuar, y eso más bien en forma de pura reacción: reacción impulsiva al ver una chica que le atrae, o el instinto de pelea ante el rugido de una fiera.

b. Donde la ignorancia se enseñorea

El autor de Jueces es ciertamente un narrador excepcional, que se permite en ocasiones dejar en la ignorancia a sus lectores reservando las sorpresas para el momento final. Pero en este capítulo 14 hay ya cosas que sí sabemos, de ahí que apreciamos la ironía de unas situaciones que les son en cambio desconocidas a sus protagonistas.

En la primera de las “bajadas”, los padres de Sansón ignoran que ese ardoroso enamoramiento de su hijo forma, en realidad, parte de un plan divino (14:4). En la segunda, nada se les dice del despedazamiento del león a manos de su hijo (14:6), ni tampoco, claro está, se les pone en antecedentes en la tercera ida del origen de la miel (14:9). En la cuarta bajada a esa población, el acertijo que Sansón les propone es un completo misterio para los filisteos (14:14). Mientras que en la quinta, nos sentimos tentados a adjudicar ese no saber a los hombres de Ascalón, ¡que no podían imaginar de dónde les venía semejante asalto a su persona! Pero ahí la “cosa no sabida” y significativa está oculta, cual bomba de relojería, en ese último versículo del capítulo, y sin nada que haya apuntado siquiera mínimamente en esa dirección; hasta el punto que ni siquiera nosotros somos conscientes de ello hasta el inicio del siguiente capítulo. Es entonces cuando se hace evidente que es ahora el propio Sansón, que en el capítulo 14 sabía lo que otros ignoraban, el que no es ni siquiera consciente de que su mujer ha pasado ahora a ser esposa de otro hombre.

Esa circunstancia va a ser precisamente la que lleve la trama inexorablemente hacia delante, junto con las consiguientes complicaciones. La suerte cambia ahora para nuestro héroe, pues va a hacerse evidente que, pese a tan extraordinaria acción en reacción —y Sansón siempre al tanto de lo que los otros no saben— el ignorante es ahora él, que nada sabe del curso que están tomando los acontecimientos. Ignora su llamamiento a ser juez y salvador, y nada sabe de la naturaleza y alcance de su voto de nazareo. Tampoco se da cuenta que su relación con esa “esposa” filisteo es lo más opuesto a la relación matrimonial de ese primer juez que fue Otoniel. Y, desde luego, tampoco advierte que esa confraternización suya con los filisteos, origen de toda la historia, es por completo contraria a los principios defendidos por sus predecesores.

c. Donde aparece el juicio

Con semejante hombre como futuro juez, que es pura acción sin discernimiento respecto a lo que en verdad importa, ¿cómo va a caber esperar que haga su aparición ese juicio fiable y verdadero que, con independencia de la gravedad de la situación, siempre ha estado en el trasfondo de la historia del pueblo israelita?

Pero por muy irreflexivo y poco religioso que Sansón fuera, poco a poco empieza a notarse la obra del Espíritu en él; aunque puede, eso sí, que no en la forma (una vez

más) que cabría esperar. El Señor no le concede el don de la sabiduría que Salomón sabía necesario para gobernar al pueblo de Dios. Y menos aún crea en él el corazón puro y el espíritu de rectitud solicitados por David.¹⁹ Nada más lejos de ello. Lo que le da es fuerzas para matar a un león y a treinta hombres que ningún daño le habían hecho. De ahí que tengamos entonces que preguntarnos cuál pueda ser la intención del Señor al hacer que esas sean las primeras experiencias concretas de poder espiritual; dos experiencias, además, en las que se dice de forma explícita que “el Espíritu del Señor vino sobre él con gran poder” (14:6, 19).

La clave tiene que estar en 14:4. “El Señor [...] buscaba ocasión contra los filisteos”. Esa confraternización de Sansón con el enemigo refleja en un único individuo la actitud de toda una nación. Pero las tribus asentadas en Canaán seguían siendo enemigas de Israel, y la particularidad de Israel como nación tenía que ser vista en confrontación con ellas. Para el tiempo en el que aparece en escena Sansón, Israel se ha amoldado hasta tal punto al mundo circundante que —tal como veremos en el capítulo 15— no parece en absoluto dispuesto a aceptar que venga nadie a alterar el orden de las cosas. De hecho, y al igual que Sansón, Israel está como nación más proclive a hacerse un hueco en esa sociedad por vía del matrimonio. Lo tremendo de 14:4 radica precisamente en que ambas comunidades están ya tan fusionadas que el Señor no parece encontrar punto alguno por el que penetrar. De ahí que se valga de la debilidad de Sansón para abrir brecha por vía de la irresistible joven filisteo, que tantas fricciones va a suscitar, dotando en el proceso a Sansón con una fuerza sobrenatural y las oportunidades necesarias para que la ejerza. Con el león, el joven adquiere conciencia de su don, y con la matanza de Ascalón empieza a ver un propósito.

Es evidente, pues, que *alguien* está ahí al cargo, aun por muy insatisfactorio que Sansón nos resulte como juez. Ese alguien está ya juzgando, y lo está haciendo, además, en tres distintos apartados: estableciendo hasta qué punto Israel se ha vendido a los filisteos, decidiendo qué hacer con ambas partes, y ejecutando, por último, la decisión tomada a modo de sentencia.

Estamos aún, pues, por llegar al tercero de esos apartados. Y lo que ahí haya de resolverse será por intervención directa de “El Señor, como Juez”. Aguardemos al capítulo que sigue.

3. El juicio dispuesto (Jue. 15:1–20)

Después de algún tiempo, en los días de la siega del trigo, sucedió que Sansón visitó a su mujer con un cabrito, y dijo: Llegaré a mi mujer en *su* recámara. Pero el padre de ella no le dejó entrar.

- 2 Y el padre dijo: Realmente pensé que la odiabas intensamente y se la di a tu compañero. ¿No es su hermana menor más hermosa que ella? Te ruego que la tomes en su lugar.
- 3 Entonces Sansón le respondió: Esta vez no tendré culpa en cuanto a los filisteos cuando les haga daño.

- 4 Y Sansón fue y capturó trescientas zorras, tomó antorchas, juntó *las zorras* cola con cola y puso una antorcha en medio de cada dos colas.
- 5 Después de prender fuego a las antorchas, soltó las zorras en los sembrados de los filisteos, quemando la mies recogida, la mies en pie, y además las viñas y los olivares.
- 6 Entonces los filisteos dijeron: ¿Quién hizo esto? Y les respondieron: Sansón, el yerno del timnateo, porque *éste* tomó a su mujer y se la dio a su compañero. Y los filisteos vinieron y la quemaron a ella y a su padre.
- 7 Y Sansón dijo: Ya que actuáis así, ciertamente me vengaré de vosotros, y después de eso, cesaré.
- 8 Y sin piedad los hirió, con gran mortandad; y descendió y habitó en la hendidura de la peña de Etam.
- 9 Subieron los filisteos y acamparon en Judá, y se esparcieron por Lehi.
- 10 Y los hombres de Judá dijeron: ¿Por qué habéis subido contra nosotros? Y ellos dijeron: Hemos subido para prender a Sansón a fin de hacerle como él nos ha hecho.
- 11 Tres mil hombres de Judá descendieron a la hendidura de la peña de Etam, y dijeron a Sansón: ¿No sabes que los filisteos reinan sobre nosotros? ¿Qué, pues, es esto que nos has hecho? Y él les dijo: Como ellos me hicieron, así les he hecho.
- 12 Y ellos le dijeron: Hemos descendido para prenderte y entregarte en manos de los filisteos. Y Sansón les dijo: Juradme que no me mataréis.
- 13 Ellos le respondieron: No, sino que te ataremos bien y te entregaremos en sus manos; ciertamente no te mataremos. Entonces lo ataron con dos sogas nuevas y lo sacaron de la peña.
- 14 Al llegar él a Lehi, los filisteos salieron a su encuentro gritando. Y el Espíritu del Señor vino sobre él con poder, y las sogas que estaban en sus brazos fueron como lino quemado con fuego y las ataduras cayeron de sus manos.
- 15 Y halló una quijada de asno fresca *aún*, y extendiendo su mano, la tomó y mató a mil hombres con ella.
- 16 Entonces Sansón dijo:
Con la quijada de un asno,
montones sobre montones,
con la quijada de un asno
he matado a mil hombres.
- 17 Y al terminar de hablar, arrojó la quijada de su mano, y llamó a aquel lugar Ramat-lehi.
- 18 Después sintió una gran sed, y clamando al Señor, dijo: Tú has dado esta gran liberación por mano de tu siervo, y ahora, ¿moriré yo de sed y caeré en manos de los incircuncisos?
- 19 Y abrió Dios la cuenca que está en Lehi y salió agua de ella. Cuando bebió, recobró sus fuerzas y se reanimó. Por eso llamó a aquel lugar En-hacore, el cual está en Lehi hasta el día de hoy.

20 Sansón juzgó a Israel veinte años en los días de los filisteos.

En su faceta de juez, Sansón fue “llamado” incluso antes de su nacimiento, y lo cierto del caso es que él no es consciente de ello ahora que ha pasado a ser personaje célebre, como tampoco lo fue en aquel primer momento cuando él ni siquiera existía. El plan ha sido concebido de principio a fin por Dios mismo, y va a ser igualmente Dios el que lo lleve a su clímax.

a. La provocación a los filisteos (Jue. 15:1–8)

Hasta el propio Gedeón con sus antorchas flameantes va a quedar ahora superado por la proeza de Sansón. ¡Nada menos que trescientas zorras capturadas! Claro está que habrá a quien le resulte este episodio cruel y desmesurado, o que, como mínimo, le llame la atención por salirse de lo normal hasta parecer anecdóticamente curioso, pero la cuestión ahí es que lo que vaya a suceder obedecerá a la firme resolución de Dios de provocar una confrontación entre ambos pueblos. Sansón no es de los que mantienen viva una disputa, ni aun siendo esta necesaria. La “ardiente ira” de 14:19 ya se ha disipado para cuando llegamos a 15:1, y está más que claro que su intención de arrasar los sembrados de los filisteos con fuego no va más allá de un quedar “empatados” en cuanto a desmanes. Después, borrón y cuenta nueva. Pero el Señor sabe muy bien que todo eso va a dar pie a un conflicto en escalada, llevando a que los filisteos (apropiada expresión para el caso) respondan con fuego: cierto que no directamente contra Sansón, pero sí contra su familia política en Timnat. Aun así, Sansón se lo toma como una afrenta personal, y responde con un ataque que espera sirva, siempre iluso, para poner fin a la disputa. Pero, en este caso, ni siquiera su fuerza le va a librar de la oposición conjunta del Señor y los filisteos.

b. Israel puesto en vergüenza (Jue. 15:9–13)

Fue en el lugar que posteriormente pasaría a ser conocido, a raíz precisamente de este incidente, como La Colina de la Quijada (Ramat-Lehi, 15:9, 17) donde el Israel de los jueces tocó su punto más bajo. El conflicto en tres frentes entre Sansón, los hombres de Judá y los intrusos filisteos es tremendamente revelador.

Sansón es ahora plenamente consciente de ese don suyo de fuerza física fuera de lo común. Está, pues, tanto literal como metafóricamente hablando, dispuesto a medir fuerzas en combate singular con los filisteos, si bien, un tanto ingenuamente, parece todavía incapaz de ver por qué no dan ellos por zanjada la disputa (15:11c).

Los intrusos filisteos tan sólo estaban interesados en vengarse de Sansón. Y para nada figuraba en su agenda un ataque directo contra el asentamiento israelita. Eso, en sí mismo, es un dato tremendamente revelador. Sin embargo, van a ser los propios israelitas, en su agitación e incertidumbre, los que den por zanjada cualquier posible diferencia entre el pueblo de Dios y las gentes del mundo, evidenciando con ello su falta de independencia. Su primera reacción, “¿Por qué habéis subido contra nosotros?”

(15:10), es pregunta hecha a los filisteos y delata su extrañeza ante la posibilidad de que hubiera siquiera sombra de conflicto entre sus intereses y los del mundo; en segundo lugar, en pregunta dirigida a Sansón, “¿No sabes que los filisteos reinan sobre nosotros?” (15:11), poniéndose de relieve la falta de auténtica convivencia armónica entre la iglesia y el mundo, pues allí donde el conflicto está ausente es porque el mundo ha asumido el liderazgo.

Nos encontramos aquí en la base de la espiral. De hecho, hemos vuelto de nuevo a 1:1–20, y con la más destacada de las tribus; pero lo cierto es que ahí Judá desarticuló el poder de los principales enclaves filisteos con proverbial facilidad y como cuestión de poca monta (“tomó a Gaza” y al resto, 1:18; una gota en el océano, pero la gota que en ocasiones hace rebosar el recipiente y rompe el equilibrio), arrasando todo el territorio de Canaán en santa cruzada de destrucción. Ahora, en cambio, ha venido a ser que hasta Judá se muestra ansioso por vivir y dejar vivir, mostrándose más dispuesto a maniatar y traicionar a su héroe libertador que a permitir que su intervención altere el equilibrio alcanzado.²¹

c. Sansón recibe poder (Jue. 15:14–17)

“Al llegar él a Lehi —maniatado por sus compatriotas— los filisteos salieron a su encuentro gritando”. Ellos por lo menos sí sabían reconocer a un antagonista allí donde lo encontraban. Para ellos, Sansón representaba el Israel de los orígenes, el pueblo del Señor en oposición al pueblo de Dagón. Y los hechos vinieron a darles la razón, al descender el Espíritu del Señor sobre Sansón por tercera vez, dándole fuerzas una vez más para romper las sogas que lo ataban, improvisar un arma de combate y dar muerte a un millar de filisteos.

La victoria de Ramat-Lehi viene a subrayar la paradoja de la figura de Sansón. Resulta obvio que ahora está actuando como aquel de quien Dios va a servirse para salvar a Israel. Pero, aun así, su persona siempre viene a significarse tanto por ser identificado con el pecado como por ser agente de la salvación orquestada por Dios mismo. Sansón era nazareo, obligado por voto a mantenerse apartado de todo lo prohibido por ley en Israel, pero decidiendo en la práctica por su cuenta que semejante voto no era para nada realista, y que era cosa imposible cumplirlo en la vida real.

Esa arma de la que se sirve contra los enemigos de Dios debe de haberla cogido precisamente de una carroña (no de un esqueleto reseco; es “una quijada fresca”). Y esa es también la actitud del pueblo de Dios al que pertenece. Se suponía que era el pueblo dedicado al Señor, pero habían llegado a un punto en el que, lejos de aspirar a destruir los caminos equivocados de Canaán, ya ni siquiera se diferencian de ellos en sus prácticas prohibidas.

Y todo ello de modo y manera que cuando sus compatriotas (al igual que sus enemigos) se fijan en Sansón, ven en él el poder de Dios obrando para salvación; pero si es Dios el que observa, lo que ve en él es el pecado de Israel actuando para destrucción. Este juez número doce puede que recuerde más que ningún otro personaje en el libro a la figura de Cristo, pero no por ello deja de ser una auténtica desgracia en acción. Que

todos aquellos a los que se les concedan grandes oportunidades, grandes responsabilidades y grandes dones, tomen buena nota del caso.

d. El Señor glorificado (Jue. 15:18–20)

Sea como fuere, en el último párrafo del capítulo 15, nuestro héroe aparece bajo una luz bastante más favorable. El episodio de Lehi le ha dejado exhausto, enfrentándole a una experiencia sin precedentes en todo lo que va de historia. Por vez primera, Sansón se ha visto a sí mismo en una situación a la que no podía hacer frente, rogándole a Dios auxilio en lugar de darlo por sentado, como en anteriores ocasiones, y Dios responde a su ruego. Estos hechos notables dan noticia de un Sansón más sencillo. La colina sería en adelante recordada por el nombre de la curiosa arma utilizada para alcanzar ahí victoria, pero la cuenca en la que Dios había intervenido para llevar a cabo aquello que Sansón no podía hacer por sí mismo, proporcionando agua al necesitado en su clamor, pasaría a ser recordada por esa insólita visión de un Sansón indefenso, al tiempo que se hacía manifiesto el origen y fuente del auténtico poder en control: Colina de la Quijada; Manantial de aquel que clamó.

4. El juicio ejecutado (Jue. 16:1–31)

Y Sansón fue a Gaza, y allí vio a una ramera y se llegó a ella.

- 2 Entonces fue dicho a los de Gaza: Sansón ha venido acá. Y ellos cercaron *el lugar* y se apostaron a la puerta de la ciudad toda la noche, acechándole. Y estuvieron callados toda la noche, diciendo: *Esperemos* hasta que amanezca, entonces lo mataremos.
- 3 Pero Sansón permaneció acostado hasta la media noche, y a la medianoche se levantó, y tomando las puertas de la ciudad con los dos postes, las arrancó junto con las trancas; entonces se las echó sobre los hombros y las llevó hasta la cumbre del monte que está frente a Hebrón.
- 4 Después de esto sucedió que se enamoró de una mujer del valle de Sorec, que se llamaba Dalila.
- 5 Y los príncipes de los filisteos fueron a ella, y le dijeron: Persuádele, y ve dónde está su gran fuerza, y cómo podríamos dominarlo para atarlo y castigarlo. Entonces cada uno de nosotros te dará mil cien *piezas* de plata.
Dijo, pues, Dalila a Sansón: Te ruego que me declares dónde está tu gran fuerza y cómo se te puede atar para castigarte.
- 7 Y Sansón le dijo: Si me atan con siete cuerdas frescas que no se hayan secado, me debilitaré y seré como cualquier *otro* hombre.
- 8 Los príncipes de los filisteos le llevaron siete cuerdas frescas que no se habían secado, y *Dalila* lo ató con ellas.
- 9 Y tenía ella *hombres* al acecho en un aposento interior. Entonces le dijo: ¡Sansón, los filisteos se te echan encima! Pero él rompió las cuerdas como se

- rompe un hilo de estopa cuando toca el fuego. Y no se descubrió *el secreto* de su fuerza.
- 10 Entonces Dalila dijo a Sansón: Mira, me has engañado y me has dicho mentiras; ahora pues, te ruego que me declares cómo se te puede atar.
 - 11 Y él le respondió: Si me atan fuertemente con sogas nuevas que no se hayan usado, me debilitaré y seré como cualquier *otro* hombre.
 - 12 Dalila tomó sogas nuevas, lo ató con ellas, y le dijo: ¡Sansón, los filisteos se te echan encima! Pues los *hombres* estaban al acecho en el aposento interior. Pero él rompió las sogas de sus brazos como un hilo.
 - 13 Entonces Dalila dijo a Sansón: Hasta ahora me has engañado y me has dicho mentiras; declárame, ¿cómo se te puede atar? Y él le dijo: Si tejes siete trenzas de mi cabellera con la tela y la aseguras con una clavija, entonces me debilitaré y seré como cualquier *otro* hombre.
 - 14 Y mientras él dormía Dalila tomó las siete trenzas de su cabellera y las tejió con la tela, y *la* aseguró con la clavija, y le dijo: ¡Sansón, los filisteos se te echan encima! Pero él despertó de su sueño y arrancó la clavija del telar y la tela.
 - 15 Entonces ella le dijo: ¿Cómo puedes decir: “Te quiero”, cuando tu corazón no está conmigo? Me has engañado estas tres veces y no me has declarado dónde reside tu gran fuerza.
 - 16 Y como ella le presionaba diariamente con sus palabras y le apremiaba, su alma se angustió hasta la muerte.
 - 17 Él le reveló, pues, todo *lo que había* en su corazón, diciéndole: Nunca ha pasado navaja sobre mi cabeza, pues he sido nazareo para Dios desde el vientre de mi madre. Si me cortan el cabello, mi fuerza me dejará y me debilitaré y seré como cualquier *otro* hombre.
 - 18 Viendo Dalila que él había declarado todo *lo que había* en su corazón, mandó llamar a los príncipes de los filisteos, diciendo: Venid una vez más, porque él me ha declarado todo *lo que hay* en su corazón. Entonces los príncipes de los filisteos vinieron a ella y trajeron el dinero en sus manos.
 - 19 Y ella lo hizo dormir sobre sus rodillas, y mandó llamar a un hombre que le rasuró las siete trenzas de su cabellera. Luego comenzó a afligirle y su fuerza le dejó.
 - 20 Ella entonces dijo: ¡Sansón, los filisteos se te echan encima! Y él despertó de su sueño, y dijo: Saldré como las otras veces y escaparé. Pero no sabía que el Señor se había apartado de él.
 - 21 Los filisteos lo prendieron y le sacaron los ojos; y llevándolo a Gaza, lo ataron con cadenas de bronce y lo pusieron a girar el molino en la prisión.
 - 22 Pero el cabello de su cabeza comenzó a crecer de nuevo después de rasurado.
 - 23 Y los príncipes de los filisteos se reunieron para ofrecer un gran sacrificio a su dios Dagón, y para regocijarse, pues decían: Nuestro dios ha entregado a nuestro enemigo Sansón en nuestras manos.
 - 24 Y cuando la gente lo vio, alabaron a su dios, pues decían:
Nuestro dios ha entregado en nuestras manos a nuestro enemigo,

- al que asolaba nuestra tierra,
y multiplicaba nuestros muertos.
- 25 Y sucedió que cuando estaban alegres, dijeron: Llamad a Sansón para que nos divierta. Llamaron, pues, a Sansón de la cárcel, y él los divertía. Y lo pusieron de pie entre las columnas.
- 26 Entonces Sansón dijo al muchacho que lo tenía de la mano: Déjame palpar las columnas sobre las que el edificio descansa, para apoyarme en ellas.
- 27 Y el edificio estaba lleno de hombres y mujeres, y todos los príncipes de los filisteos estaban allí. Y sobre la azotea *había* como tres mil hombres y mujeres mirando mientras Sansón *los* divertía.
- 28 Sansón invocó al Señor y dijo: Señor Dios, te ruego que te acuerdes de mí, y te suplico que me des fuerzas sólo esta vez, oh Dios, para vengarme ahora de los filisteos por mis dos ojos.
- 29 Y Sansón asió las dos columnas del medio sobre las que el edificio descansaba y se apoyó contra ellas, con su mano derecha sobre una y con su mano izquierda sobre la otra.
- 30 Y dijo Sansón: ¡Muera yo con los filisteos! Y se inclinó con todas sus fuerzas y el edificio se derrumbó sobre los príncipes y *sobre* todo el pueblo que estaba en él. Así que los que mató al morir fueron más que los que había matado durante su vida.
- 31 Entonces descendieron sus hermanos y toda la casa de su padre, y tomándolo, lo llevaron y lo sepultaron entre Zora y Estaol en la tumba de Manoa, su padre. Él había juzgado a Israel veinte años.

Con el inicio del capítulo 16, avanzamos hacia el clímax del drama. El escenario está ya prácticamente dispuesto, tras todas esas intervenciones por parte de Dios, para llevarlo hacia delante. Y todo ello con un Israel ansioso por dejar de ver su situación actual en peligro, unos filisteos provocados en escalada por Sansón, y un Sansón que sigue actuando feliz y despreocupado según propia voluntad y deseo.

El telón va a alzarse y la representación dará comienzo con un prólogo.

a. El peligro del juez (Jue. 16:1–3)

Sansón estaba de visita en Gaza (¿Con qué propósito? Aun siendo el caso que los israelitas se sentían generalmente a gusto entre sus vecinos filisteos, ¿cómo podía Sansón pensar que fuera él a ser bien recibido? Pero lo cierto es que ¡allí estaba!), y volvió a ver una chica de su gusto; esa mujer era prostituta de profesión, y él “se llegó a ella”.

No puede dudarse que, en ese momento en concreto, el hecho no revestía mayor importancia para él. Al igual que tampoco parecían preocuparle otras muchas cosas. La cuestión es que cuando Sansón no está dedicándose a *salvar* a Israel, es porque está *comportándose* como Israel; y eso representa la mayor parte de su tiempo. Hay de hecho momentos en los que viene a representar a Dios tal como Israel lo ve; pero con

mucha mayor frecuencia es el caso que Sansón encarna a Israel tal como Dios ve a su pueblo, como en este episodio tan particular y tan tremendamente representativo de cómo son las cosas en realidad. De nada sirve aquí el escandalizarse. Todos tenemos algo de Sansón en un momento u otro de nuestra vida; somos muy capaces de aprovecharnos y disfrutar de lo que no debemos allí donde sí podemos. Sobre todo si pensamos que es con algo que no tiene demasiada importancia.

Y, claro está, lo de Sansón no pasaba de ser un mero capricho egoísta. Pero ahí, una vez más, la situación se nos revela sumamente irónica. Nosotros, como lectores en posición privilegiada, sabemos algo que él ignora. Estamos ya al tanto del final de la historia. Sansón se llega a Gaza; es hombre que no puede resistirse a los encantos de una chica bonita; y, para cuando se da cuenta de que sus enemigos están al acecho esperándole, arranca impetuoso las puertas de la ciudad, llevándoselas a otra parte. Una forma extravagante de divertirse y burlarse de los que le buscan. Pero va a ser que aparecerá en escena otra mujer, con intenciones mucho más peligrosas; y alguien (Sansón), que no algo (unas puertas), va a ser esta vez lo que sea arrancado de su lugar; y habrá una segunda visita a Gaza, pero esta vez sin retorno.

Ese era el peligro que aguardaba a Sansón. Pero él no tenía entonces ni la más remota idea de ello. Y para cuando los acontecimientos se suceden, lo irónico de la situación se hace palmariamente evidente: que el juez temporal va incuestionablemente a sucumbir, pero que basándose precisamente en su caída, el Juez eterno se alzaré triunfante.

b. La locura del juez (Jue. 16:4–17)

Llegamos, por fin, a la parte más famosa de esta historia, que puede que sea incluso el episodio mejor conocido de todo el libro de Jueces. Dalila, hermosa pero traicionera; Sansón, forzado a la par que débil; un enamoramiento de fatídicas consecuencias; ocasión y motivo recurrente en música, pintura y cine. Lo que ocurre capta por completo nuestra imaginación y, una vez más (aunque no como última ocasión), la ironía del asunto le añade valor al conjunto.

Ni los filisteos, empeñados a muerte en destruir a Sansón, ni la mujer, saben de dónde le viene esa fuerza descomunal, y, menos aún, cómo privarle de ella. Sansón ignora, evidentemente, que esa nueva conquista suya está más que dispuesta a traicionarle por dinero. Dalila, aun adivinando en parte que la fuerza de Sansón debe de tener algo de sobrenatural, no puede saber que él aún siente respeto por su voto nazareo, y que está dispuesto antes a mentir que a revelar su secreto.

Pero sus intentos de engaño son desmontados uno por uno, según va ella descubriendo que nada de lo que él dice da resultado, pues ni con sogas nuevas, ni con sogas húmedas, ni siquiera con clavija que inmovilice sus guedejas contra el telar, en reminiscencia de fatal augurio tras el episodio de Jael y Sísara, que Sansón no parece recordar, pero que sí que debería haberle alertado para tener más cuidado, al ver que ella le “presionaba diariamente”, dada su nefasta experiencia previa con otra mujer que, con parecidas exigencias e idéntica presión (16:16; 14:17), había logrado

sonsacarle un secreto que después había sido utilizado en contra suya; hasta que, por último, hastiado, se deja convencer y cede.

c. La caída del juez (Jue. 16:18–22)

Dalila consigue por fin cortar la cabellera. Sansón tiene que haber sido consciente, según se despertara, que ya no tenía sus guedejas, pero parece que daba por sentado que sus fuerzas no le habían abandonado (16:20b). Varias eran ya las ocasiones en las que los personajes afectados no parecían conscientes de cuál era la verdadera situación, siendo dos de ellas en particular evidentes con palabras concretas: “no sabía” (13:16; 14:4). Y ahora, por último, es el propio juez el que “no sabía que el Señor se había apartado de él” (16:20c).

La historia se precipita ahora hacia su trágico final. Se produce una nueva captura, que esta vez es la de Sansón; y de nuevo ha sido una mujer la autora de la traición; y, como en otras ocasiones, “desciende a la ciudad de Gaza”, pero siendo él esta vez el prisionero. El célebre poema de Milton, *Samson Agonistes*, describe esta penúltima escena del drama en una única línea, quizás la más memorable de tan gloriosa composición: héroe en desgracia “con órbitas vacías, amarrado a una noria, esclavos por compañía”.

Si, al igual que en el resto de las Escrituras, la crónica de la caída de ese duodécimo juez de Israel ha de entenderse como palabra de Dios dirigida al lector, tendremos que preguntarnos qué es lo que les sugeriría a sus primitivos lectores. Es evidente que se esperaba de ellos una cierta identificación con los hechos. La cuestión sería entonces decidir en qué punto en concreto. El pueblo de Israel tiene que haber experimentado un cierto alivio al hacérseles evidente que sus antepasados en los tiempos de Sansón habían vivido situaciones muy distintas a las suyas. Lo cual les haría sentirse libres para manifestar, con un movimiento negativo de cabeza, su patente desaprobación ante tan absurdo desatino. Pero si Sansón era representativo de Israel, y si los pecados corporativos de la nación se resumían en un único individuo, se hacía mucho más difícil obviar las implicaciones. La relación establecida por Israel con unos vecinos nada recomendables tenían su réplica en las nada recomendables relaciones de ese compatriota suyo con una mujer de dudosa reputación. Y, al hacerse personal, la lección pasaba a convertirse en universal e insoslayable. Respecto a esto, mucho más acto seguido.

d. El triunfo del juez (Jue. 16:23–31)

La ironía final tiene que ver con algo que los filisteos ignoraban. Estaba claro que habían conseguido que Sansón pagara por sus fechorías y, desde luego, no puede pensarse que fueran tan lerdos como para no darse cuenta que la melena le estaba creciendo de nuevo. Es más que probable entonces que dieran por sentado (con toda la razón) que no había conexión mágica alguna entre su fuerza y la longitud de su cabello. El afeitado había roto el voto, y su Señor le había abandonado. Sin embargo, había algo

o, más bien, Alguien, cuyo carácter desconocían. Los filisteos ciertamente nada sabían del Dios que obra lo inesperado (Aod), cuya fuerza se perfecciona en la debilidad (Gedeón), y que nunca quebranta la palabra dada (Jefté). Ese Dios había dicho años atrás que Sansón sería nazareo “hasta el día de su muerte” (13:7). El abandono aparente que permite la captura de su siervo iba a ser tan sólo temporal. La promesa iba a mantenerse, por mucho que Sansón la despreciara. Una vez más, la gracia abunda para el más grande de los pecadores. “Si somos infieles, Él permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo”.

En aquellos últimos días en prisión, ¿no pasaría por su mente la secuencia de las locuras llevadas a cabo? Si los acontecimientos de los capítulos 14 y 15 nos llevan a ese período de veinte años de gobierno en paz de 15:20, y los respectivos del capítulo 16 vuelven la mirada a ese mismo período (16:31), resultan dos las ocasiones, una al inicio y otra al final, en las que había entrado en conflicto con sus vecinos filisteos, con los cuales tanto él como su pueblo habían tratado de convivir en paz y armonía. En ambas ocasiones había sido cautivado por una mujer, que había tratado de sonsacarle su secreto para revelárselo a sus enemigos. En la primera de esas ocasiones, el conflicto había dejado exhausto al forzudo héroe, clamando él entonces al Señor implorando ayuda, la cual le había sido oportunamente concedida. Algo que sucedería igualmente en esa segunda ocasión.

Pero antes de que a Sansón, llevado prisionero a la casa de Dagón para diversión de sus captores, le fuera concedida la última oportunidad de emplear su fuerza en el colapso del edificio en su totalidad, sepultando al mismo tiempo a sus enemigos, un último detalle, triple, si hemos de ser precisos, hizo su aparición. El clamor se elevó una vez más: “¡Nuestro dios ha entregado al enemigo en nuestras manos!”. Pero es a los *filisteos*, no a Israel, a los que se les deja entrever un plan divino en acción; la cuestión es que ellos lo aplican al *dios que no es*; y es justo entonces cuando, sin previo aviso, el edificio entero se derrumba sobre sus cabezas y ellos tienen que haberse dado cuenta con meridiana claridad, pero ya demasiado tarde, que ha sido el otro Dios el que ha dado la vuelta por completo a las cosas, siendo ahora Israel quien puede exclamar “*Nuestro* Dios ha entregado al enemigo en *nuestra* mano”.

La historia mantiene su dramatismo hasta el final. Si el esquema de un salvador anunciado con antelación a su nacimiento está pensado para hacernos mirar hacia delante, a los tiempos del relato evangélico, puede entonces que, cuando este salvador temporal destruye ahora con su muerte a los enemigos del pueblo de Dios, debamos entender ahí algo que apunta a un grandioso futuro evento del Nuevo Testamento, y no nos resulte entonces tan sorprendente la tragedia de Jueces 16.

Ahora bien, ¿qué supone todo esto para el lector de hoy?

Todos tenemos algo que aprender de Sansón, y la lección es ciertamente dramática. No podemos dar por sentado que cada uno de los distintos jueces de Israel sea un hombre corriente, con una vida que sirva de ejemplo y advertencia al lector atento. Pero sí que es válido leer la historia de Sansón en ese espíritu didáctico, porque él no sólo es salvador y libertador, con notable semblanza a Cristo, sino también un pecador que, de manera inconfundible, refleja la realidad de Israel y, por eso mismo,

igualmente, la nuestra propia como pueblo de Dios que somos: llamados por pura gracia, comprometidos mediante voto, dotados de poder en sucesivas ocasiones, bendecidos con multitud de dones, y, aun así, infieles, auto-indulgentes y dispuestos con celeridad a confraternizar con el enemigo. De nuevo nos volvemos a Milton: “¡Oh tú, reflejo de nuestro veleidoso estado!”, le canta el coro a Sansón.

Pero aún es mucho más lo que aprendemos del *Juez Supremo*, el Señor; y la suya es lección insoslayable. Allí donde Sansón/Israel dan mayores pruebas de querer hacer su propia voluntad, va a ser donde, en virtud de su contraste, la obra de la gracia brille con mayor esplendor. De forma previa al nacimiento de Sansón, el Señor ha dispuesto absolutamente todo y, a lo largo de su existencia, es Él el que sigue ocupándose de todos los detalles, en el momento de su muerte, el dios pagano es derrotado mientras que el Dios de Israel se alza con el triunfo.

Personalmente, Sansón supone una advertencia terrible, un hombre con enormes posibilidades que nunca llegó a comprender del todo que el llamamiento del Espíritu a una vida en santa disciplina es más importante incluso que los dones del Espíritu. Pero, en una panorámica más amplia, el plan de Dios sigue cumpliéndose inexorablemente, y es, a través de Sansón, aun a pesar de lo trágico de su vida, que el Espíritu del Señor lleva a cabo la salvación de su pueblo. Sansón no va a acabar siendo un “hombre corriente”, tal como él pensaba que sería una vez revelado el secreto de su fuerza (16:7, 11, 13 y 17). Esa es la razón de que se dijera de él en dos ocasiones, haciendo honor a la verdad, que había “juzgado” a Israel; y es asimismo la explicación de que sea mencionado en Hebreos 11; porque, en definitiva, tanto su nacimiento como su muerte son reflejo, aun en su debilidad, de ese otro futuro nacimiento y posterior muerte mucho tiempo después.

De principio a fin

Jueces 17:1–21:25

Hay mucho en esta dilatada sección de transición que pudiera sobradamente justificar más de un ceño fruncido. En un principio, nuestras cuatro palabras con “R”, rebeldía, retribución, arrepentimiento, y rescate, quizás debieran haber bastado para responder a todas las cuestiones basándose en un esquema repetido con cada juez en particular. Sin embargo, pronto se hizo evidente que el arrepentimiento era cada vez menos frecuente, despertando incluso ciertas sospechas cuando hacía su aparición, mientras que la rebeldía crecía en magnitud, siendo la única característica en común la repetida aparición en escena —tardando más o menos— de un nuevo libertador que, por designio directo del Juez Supremo, ponía de nuevo las cosas en su lugar.

Los cinco capítulos que marcan el final del libro de Jueces son, en cambio, muy distintos. Hasta ahora habíamos sido conscientes de que, por muy extraña que pudiera habernos parecido la actuación de algunos de los personajes, el Señor siempre estaba con el control de los hechos. Pero, ahora, la impresión que se tiene es que el Señor está dejando actuar a los personajes según propio criterio, teniendo una única y breve intervención personal (de suyo enigmática) en tan sólo uno de estos cinco últimos capítulos (20:18–28), siendo el resultado final un drama de proporciones insospechadas que, a buen seguro, y de haberlo escuchado en la radio, habría hecho exclamar a mi anciana abuela: “¡Qué obra más extraña!”. Los acontecimientos que ahí se narran son, sin excepción, de una naturaleza que rara vez suele hacer su aparición en las predicaciones. Y esto acostumbra a ser así incluso entre las personas más amantes de estudiar la Biblia: “En el fondo de su corazón, sienten que no hay necesidad de luchar agónicamente con esa parte de las Escrituras cuando ¡bien puede aplicarse ese tiempo y esfuerzo a meditar en la epístola a los Filipenses!”.

Sea como fuere, la cuestión es que es ese, y no otro, el final que ofrece el autor de Jueces. Y poca duda puede haber de que su intención no sea sino hallar un equilibrio entre el principio y el fin del relato (1:1–3:6). El versículo inicial de esa primera parte comienza con las palabras clave “Después de la muerte de Josué” (1:1); mientras que el versículo que da por concluida la segunda parte contiene una afirmación reveladora: “En estos días no había rey en Israel” (21:25). Así, la ausencia casi absoluta del Señor en los capítulos finales contrasta con la importancia de su presencia en los capítulos iniciales. La introducción y la conclusión tienen, pues, la función de crear el marco apropiado para el extenso relato al que dan pie los distintos hechos de los jueces.

Detengámonos ahora a escuchar la voz de tan extraordinario narrador en el momento en que da por concluida su serie de relatos. No hay ahí ni reprimenda, ni sermón, y ni siquiera (podría pensarse) está tomando partido: tan sólo narra lo ocurrido. “Había un levita...”. De hecho, la impresión que se tiene es que no había uno solo, sino dos, como si se tratara de un par de fabulistas intercambiando historias. “Permitidme que os cuente —dice el primero— la historia de un levita que viajó de Belén en Judá, dirigiéndose hacia las montañas de Efraín...”. Tras lo cual, el segundo de ellos toma el hilo: “A propósito, ¿habéis oído de aquel levita que encaminó sus pasos hacia Belén desde las colinas de Efraín?”⁴. Las dos distintas versiones analizan, sin pasión, lo que supone, en términos prácticos, vivir como un pueblo débil, sin fe y pecaminoso, que ya no tiene a Josué, y que todavía no cuenta con David para ser devuelto al buen camino. La historia de Micaía y Jonatán, y los hombres de Dan (capítulos 17–18) nos ofrece la perspectiva desde arriba, deteniéndose en la superficie de las cosas, en la corteza externa de la vida en tiempos de los jueces. La historia del otro levita y su concubina, y lo tremendo de lo que ahí sucede (capítulos 19–21), nos pone en antecedentes de la realidad de las cosas por debajo de su superficie, de su verdadera sustancia, mostrando la cara oculta de unos tiempos que nos desconciertan. La segunda de las historias dejará bien claro cuán equivocadas eran las opciones elegidas por el pueblo de Dios. Pero antes de que la piedra sea removida y se haga evidente la podredumbre tanto tiempo oculta, la primera de esas historias nos muestra

hasta qué punto todo era aparentemente como debía ser, en un feliz estado de cosas que no era sino una peligrosa combinación de profunda ignorancia y flagrante hipocresía.

1. Todos los procedimientos adecuados (17:1–18:31)

Había un hombre de la región montañosa de Efraín, llamado Micaía.

- 2 Y él dijo a su madre: Las mil cien *piezas* de plata que te quitaron, acerca de las cuales proferiste una maldición a mis oídos, he aquí, la plata está en mi poder; yo la tomé. Y su madre dijo: Bendito sea mi hijo por el Señor.
- 3 Entonces él devolvió las mil cien *piezas* de plata a su madre, y su madre dijo: Yo de corazón dedico la plata de mi mano al Señor por mi hijo, para hacer una imagen tallada y una de fundición; ahora, por tanto, yo te las devuelvo.
- 4 Cuando él devolvió la plata a su madre, su madre tomó doscientas *piezas* de plata y se las dio al platero que las convirtió en una imagen tallada y una de fundición, y quedaron en casa de Micaía.
- 5 Y este hombre Micaía tenía un santuario, e hizo un efod e ídolos domésticos, y consagró a uno de sus hijos para que fuera su sacerdote.
- 6 En aquellos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que a sus ojos le parecía bien.
- 7 Y había un joven de Belén de Judá, de la familia de Judá, que era levita y forastero allí.
- 8 Y el hombre salió de la ciudad, de Belén de Judá, para residir donde encontrara *lugar*; y mientras proseguía su camino, llegó a la región montañosa de Efraín, a la casa de Micaía.
- 9 Y Micaía le dijo: ¿De dónde vienes? Y él respondió: Soy un levita de Belén de Judá; y voy a residir donde encuentre lugar.
- 10 Entonces Micaía le dijo: Quédate conmigo y sé padre y sacerdote para mí, y yo te daré diez *piezas* de plata por año, el vestido y la comida. Y el levita entró.
- 11 Consintió el levita en quedarse con el hombre; y el joven fue para él como uno de sus hijos.
- 12 Micaía consagró al levita, y el joven vino a ser su sacerdote, y moró en la casa de Micaía.
- 13 Y Micaía dijo: Ahora sé que el Señor me prosperará, porque tengo un levita por sacerdote.
- 18:1 En aquellos días no había rey en Israel. Y por aquel tiempo la tribu de los danitas buscaba para sí una heredad donde habitar, porque hasta entonces ésta no se le había asignado como posesión entre las tribus de Israel.
- 2 Y los hijos de Dan enviaron de su tribu, de entre todos ellos, a cinco hombres, hombres valientes de Zora y Estaol, a reconocer la tierra y explorarla; y les dijeron: Id, explorad la tierra. Y llegaron a la región montañosa de Efraín, a la casa de Micaía, y se hospedaron allí.

- 3 Cuando estaban cerca de la casa de Micaía, reconocieron la voz del joven levita; y llegándose allá, le dijeron: ¿Quién te trajo aquí? ¿Qué estás haciendo en este *lugar* y qué tienes aquí?
- 4 Y él les dijo: Así y de esta manera me ha hecho Micaía, me ha tomado a sueldo y ahora soy su sacerdote.
- 5 Y le dijeron: Te rogamos que consultes a Dios para saber si el camino en que vamos será próspero.
- 6 Y el sacerdote les dijo: Id en paz; el camino en que andáis tiene la aprobación del Señor.
- 7 Entonces los cinco hombres salieron y llegaron a Lais y vieron al pueblo que había en ella viviendo en seguridad, tranquilo y confiado, según la costumbre de los sidonios; porque no había gobernante humillando/os en nada en aquella tierra, y estaban lejos de los sidonios, y no tenían relaciones con nadie.
- 8 Al regresar a sus hermanos en Zora y Estaol, sus hermanos les dijeron: ¿Qué hay?
- 9 Y ellos respondieron: Levantaos, subamos contra ellos; porque hemos visto la tierra, y he aquí, es muy buena. ¿Estaréis, pues, quietos? No os demoréis en ir, para entrar a tomar posesión de la tierra.
- 10 Cuando entréis, llegaréis a un pueblo confiado, con una tierra espaciosa que Dios la ha entregado en vuestras manos; es un lugar donde no falta nada de lo que hay sobre la tierra.
- 11 Entonces de la familia de los danitas, de Zora y de Estaol, partieron seiscientos hombres con armas de guerra.
- 12 Subieron y acamparon en Quiriat-jearim en Judá. Por tanto, llamaron aquel lugar el campamento de Dan hasta hoy; he aquí, está al occidente de Quiriat-jearim.
- 13 De allí pasaron a la región montañosa de Efraín y llegaron a la casa de Micaía.
- 14 Y los cinco hombres que fueron a reconocer la región de Lais, respondieron y dijeron a sus parientes: ¿No sabéis que en estas casas hay un efod, ídolos domésticos, una imagen tallada y una imagen de fundición? Ahora pues, considerad lo que debéis hacer.
- 15 Allí se desviaron y llegaron a la casa del joven levita, a la casa de Micaía, y le preguntaron cómo estaba.
- 16 Y los seiscientos hombres armados con sus armas de guerra, que eran de los hijos de Dan, se pusieron a la entrada de la puerta.
- 17 Y los cinco hombres que fueron a reconocer la tierra subieron y entraron allí, y tomaron la imagen tallada, el efod, los ídolos domésticos y la imagen de fundición, mientras el sacerdote estaba junto a la entrada de la puerta con los seiscientos hombres con armas de guerra.
- 18 Cuando aquéllos entraron a la casa de Micaía y tomaron la imagen tallada, el efod, los ídolos domésticos y la imagen de fundición, el sacerdote les dijo: ¿Qué hacéis?
- 19 Y ellos respondieron: Calla, pon la mano sobre tu boca y ven con nosotros, y sé padre y sacerdote para nosotros. ¿Te es mejor ser sacerdote para la casa de un

- hombre, o ser sacerdote para una tribu y una familia de Israel?
- 20 Y se alegró el corazón del sacerdote, y tomó el efod, los ídolos domésticos y la imagen tallada, y se fue en medio del pueblo.
- 21 Entonces se volvieron y partieron, y pusieron los niños, el ganado y sus bienes por delante.
- 22 Cuando se alejaron de la casa de Micaía, los hombres que *estaban* en las casas cerca de la casa de Micaía, se juntaron y alcanzaron a los hijos de Dan.
- 23 Y gritaron a los hijos de Dan, y éstos se volvieron y dijeron a Micaía: ¿Qué te pasa que has juntado *gente*?
- 24 Y él respondió: Os habéis llevado mis dioses que yo hice, y al sacerdote, y os habéis marchado, ¿y qué me queda? ¿Cómo, pues, me decís: “¿Qué pasa?”.
- 25 Y los hijos de Dan le dijeron: Que no se oiga tu voz entre nosotros, no sea que caigan sobre ti hombres fieros y pierdas tu vida y las vidas de *los de* tu casa.
- 26 Y los hijos de Dan prosiguieron su camino; y cuando Micaía vio que eran muy fuertes para él, dio la vuelta y regresó a su casa.
- 27 Entonces ellos tomaron lo que Micaía había hecho, y al sacerdote que le había pertenecido, y llegaron a Lais, a un pueblo tranquilo y confiado; y los hirieron a filo de espada e incendiaron la ciudad.
- 28 Y no había nadie que la librara, porque estaba lejos de Sidón, en el valle que está cerca de Bet-rehob, y ellos no tenían trato con nadie. Y reedificaron la ciudad y habitaron en ella.
- 29 Le pusieron el nombre de Dan a la ciudad, según el nombre de Dan su padre, que le nació a Israel; pero el nombre de la ciudad anteriormente era Lais.
- 30 Y los hijos de Dan levantaron para sí la imagen tallada; y Jonatán, hijo de Gersón, hijo de Manasés, y sus hijos fueron sacerdotes para la tribu de los danitas, hasta el día del cautiverio de la tierra.
- 31 Levantaron, pues, para sí la imagen tallada que Micaía había hecho, todo el tiempo que la casa de Dios estuvo en Silo.

Estos capítulos tienen todos que ver con la religión y su práctica. Tal como suele ser la norma en Jueces, las cosas no son exactamente lo que parecen. Pero, para las personas involucradas en la historia, esto es, efraimitas, danitas, y levitas de Judá (una representación promediada de Israel), las apariencias y las apariciones son algo importante. Y la mención del nombre del Señor, Dios de Israel, es hecho frecuente. Esta es en verdad una historia profundamente religiosa. En el curso de su desarrollo, el Señor “aparece” —esto es, es mencionado— en repetidas ocasiones. Después de todo, si el lector se encontrara en la situación del hombre común de aquellos tiempos interpretaría el comentario de 17:6 no como una condena, sino como todo un cumplido —se estaría ahí actuando *en la forma debida* según criterio personal.

La pericia del autor aquí es una auténtica delicia. Tres son las ocasiones en las que crea un nuevo escenario para introducir nuevos personajes, dando cada una de ellas la impresión de no guardar relación con los sucesos anteriores, por lo que el lector está en constante tensión para ver en qué manera van a irse relacionando con el tema

principal. “Había un levita en la región montañosa de Efraín... Había un joven en Belén de Judá... En aquellos días la tribu de los danitas buscaba un lugar donde aposentarse...”.

Una vez más, pues, vuelve a alzarse el telón, apareciendo en escena un nuevo personaje, con las extrañas colinas de la región de Efraín al fondo.

a. Entrada en escena de Micaía (Jue. 17:1–6)

La conversación del principio entre el hombre y su madre marca un ritmo, partiendo de un único versículo, que va a revelarse brillante contra ese trasfondo, a un tiempo tan peculiar y tan creíble, que realza la historia.

Lo que Micaía le confiesa a su madre nos pone en antecedentes de que todo empezó con un botín de plata por ella amasado; que esa plata había sido posteriormente robada, que la madre había proferido maldición contra el ladrón desconocido; que Micaía había escuchado esa maldición y que había confesado por ello su culpa, devolviendo acto seguido lo sustraído. ¡Y de todo eso se nos informa con una única frase!

La respuesta de la madre muestra el alivio que ella siente y su prontitud en el perdón, siendo su más inmediata reacción esa solicitud de bendición de parte del Señor, Dios de Israel, para un hijo arrepentido. ¡Todo ello de lo más conmovedor y apropiado! Y así es, ciertamente, como también habría sido en tiempos de Abraham, o Moisés, o Salomón, o Esdras. Es esta, pues, una sociedad en la que Dios es real y su nombre acude de forma espontánea y natural a los labios de su pueblo. Teniendo en cuenta, sin embargo, que el autor, aun sin decirlo explícitamente, deja bien claro que “arrepentido” no es el calificativo que quizás mejor cuadre a la actitud de Micaía. Está claro que las pesquisas que la madre pudiera haber llevado a cabo en su momento para dar con el ladrón habían resultado infructuosas, pero esa maldición proferida contra “aquel que haya sustraído la plata” hace que el hijo se sienta lo suficientemente desasosegado como para confesar su delito en la esperanza de librarse de tan funestas consecuencias. El resultado es que es perdonado en el nombre del Señor (¿Por haber *robado* a su propia *madre*?; si bien, en otro orden de cosas, la más que peculiar naturaleza del delito es otra faceta de la historia que el autor deja a nuestro propio criterio en cuanto al veredicto que pueda merecer.) El Señor ha sido oportunamente invocado y eso es lo que verdaderamente importa.

Tan contenta está la madre por haber recuperado la plata que no duda en ofrecérsela al Señor. De nuevo, ¡un gesto sumamente apropiado! Que es, además, lo que sin duda se habría hecho en tiempos de Abraham y los patriarcas. Aunque, en esa época de gentes verdaderamente temerosas de Dios, en el momento de la “consagración” se habría hecho entrega de la cantidad total, no sólo de una parte. En realidad, el concepto que ella parece tener de la consagración es francamente extraño: “Dedico la plata de mi mano *al Señor* [...] para hacer (*i*) una imagen tallada y una de fundición (!)”. Lo cual nos deja boquiabiertos por ser flagrante desacato al segundo de los mandamientos, y haciéndose a un tiempo evidente que la mujer parece incapaz de

ver lo inconsecuente de su acto. La imagen resultante pasa entonces a ocupar un lugar preferente en ese santuario erigido por Micaía en el hogar, junto con todos los demás utensilios necesarios en estos casos: un efod, como el de Aarón o el de Gedeón,⁸ los terafines o “diosecillos domésticos”, en semejanza a los de Raquel (si bien hay quien diría que ya no eran en absoluto pertinentes), y, naturalmente, el correspondiente sacerdote oficiante. Al no haber nadie disponible de la tribu de Leví, uno de sus hijos haría las veces, porque sin sacerdote, evidentemente, no se iba a estar. Para Micaía era de la máxima importancia actuar “como era debido”. La cuestión es que “En aquellos días no había rey en Israel” que dijera qué era lo debido y lo indebido, y el pobre hombre no había aprendido todavía a buscar la auténtica autoridad. Así, tras esas significativas palabras, el telón cae sobre la primera escena, dándose comienzo de inmediato a la segunda con el versículo siguiente.

b. Entrada en escena del Levita (Jue. 17:7–13; 18:1a)

Al final del todo, se nos informa que su nombre era Jonatán (Jue. 18:30). Pero, de entrada, lo importante no es su nombre sino su función. Este hombre había partido de Belén en busca de un “lugar”, que sirviera a un tiempo de residencia y destino, llegando a la zona montañosa de Efraín sin, según parece, intención alguna de quedarse allí. Tras toparse al azar con la casa de Micaía —y siendo el caso que éste tenía un puesto de trabajo que ofrecer, y el hombre andaba en busca de empleo— la búsqueda del levita se da por concluida.

Pero lo cierto es que el puesto que Micaía le ofrece al levita no estaba exactamente libre. La premura con que el cargo se pone a disposición del recién llegado (“Gracias por haber ocupado el puesto de sacerdote hasta ahora, hijo mío, pero ya puedes volver a tu trabajo habitual con el ganado”) subraya lo importante que era para esas gentes que las cosas fueran hechas debidamente. El santuario erigido por Micaía tenía que contar con su propio sacerdote; y Micaía actuó según “lo que a sus ojos le parecía bien” nombrando a uno de sus hijos para el puesto, pero la noción de un sacerdote efraimita no parecía muy apropiada, y al resultar ser el visitante un levita de verdad, Micaía no puede menos que ver en él a un auténtico regalo del cielo: “Ahora sé que el Señor me prosperará”. El primer sacerdote nombrado había estado bien en su momento, pero ahora se contaba con la persona realmente idónea para el cargo.

Pero no todo era conducta desinteresada y bien obrar en ese acuerdo. Las partes involucradas habían suscrito un contrato mutuamente ventajoso. Jonatán se hacía con un puesto de bastante prestigio, un salario fijo, vestimenta gratuita y, además, una cierta estabilidad y el trato afectivo de un nuevo hogar (17:10–11). Micaía, a su vez, conseguía con ello la garantía de una bendición por parte del Señor (17:13), suponiendo, claro está, que semejante cosa pudiera depender de un contrato material.

La cuestión ahí es que Micaía no estaba capacitado para ver mucho más allá en el horizonte. Cierto que sí debiera haberlo estado, pero ahí entraríamos en otro orden de cosas. Y, una vez más, hay que estar atentos al detalle que viene a explicarlo todo “En aquellos días no había rey en Israel” (18:1a). Un rey fuerte —como Josafat o Josías—

habría puesto fin de inmediato a tales irregularidades. Pero, aun así, permanece el hecho positivo de que Micaía estuviera dispuesto a cumplir con los requisitos y observancias del culto según él lo entendía.

c. Entrada en escena de los Danitas (Jue. 18:1b–31)

La migración de los danitas —desde el asentamiento temporal en el sur hacia un lugar permanente en el norte— da forma al tema de la siguiente escena y el capítulo en sí. Según van desarrollándose los acontecimientos, vemos cómo Micaía y ese santuario suyo, junto con la plata atesorada por su madre en la escena 1, a la par que Jonatán y el “sacerdocio levita” de la escena 2, vienen a ser parte indivisible de la trama.

Por tercera vez consecutiva se hace evidente cuán “adecuado” y oportuno resulta todo. Pero lo adecuado y oportuno del tema está sutilmente entremezclado en la trama, siendo el nombre del Señor mencionado en una única ocasión, de suyo significativa, de modo y manera que es obligado mantenerse atentos para poder captar algún eco del pasado. Sin duda, hubo alguien, en algún momento y lugar, que trazó las líneas maestras que convergen en los acontecimientos presentes, siendo los distintos modos y procedimientos que se ponen en marcha los que van marcando la pauta. O algo muy parecido.

El primer eco no suena particularmente lejano. Lo que sucede en esta escena tiene su origen en el hecho de que el tiempo ha ido pasando y la tribu de Dan ni ha entrado en posesión de su “herencia”, ni tampoco ha recibido la parte de terreno que le corresponde en esa nueva tierra de la promesa. Así era cómo habíamos dejado las cosas al final del capítulo 1. Las distintas tribus habían ido teniendo éxito diverso en la ocupación de Canaán, y Dan aparece el último en la lista (Jue. 1:34). Pero ahora, plenamente conscientes de ello, deciden que las cosas no pueden seguir así, pasando de inmediato a la acción.

El capítulo 18 es, pues, el bosquejo de lo ocurrido en esas dos jornadas emprendidas por los danitas, siendo la primera una exploración del terreno por parte de cinco espías y, la segunda, una expedición militar realizada por un destacamento de seiscientos soldados. Expedición esta que bien pudiera haber supuesto la migración de la práctica totalidad de la tribu (Jue. 18:21). En cada una de esas jornadas se había producido un alto, el primero por los espías y luego por los soldados al llegar a la casa de Micaía en la región montañosa de Efraín. Más adelante volveremos a ocuparnos de esas paradas, pues son, sin duda, parte central en la historia. Por el momento, sin embargo, nos limitaremos a, tijeras en la mano, recortar los versículos 2b–6 y 13–27a para, acto seguido, formar con ellos una nueva unidad. El resultado de esta reproducible actividad va a ser una narración plena de sentido que va a recordarnos algo ya leído en otra parte.

“Los hijos de Dan enviaron [...] hombres valientes [...] a reconocer la tierra y explorarla” (Jue. 18:2), tal como el Señor le había dicho a Moisés muchos años atrás, cuando Israel como nación estaba todavía por entrar en la tierra prometida. A su debido tiempo, esos cinco “llegaron a Lais y vieron al pueblo que había en ella [...]

donde no falta nada de lo que hay sobre la tierra” (18:7 y 10), en patente semejanza a los espías del éxodo al explorar una tierra que fluía leche y miel. A su regreso, habían apremiado al resto, “Subamos contra ellos” (18:9), en claro eco de las palabras de Caleb en el pasado; y lo que, como hombres dotados de entendimiento y entrenados en la obediencia, él y Josué habían declarado ser cierto (“La tierra es buena en gran manera [...] El Señor nos llevará a esa tierra”),¹³ los espías danitas asumen ahora como igualmente bueno y cierto para ellos (“Dios la ha entregado en vuestras manos; es un lugar donde no falta nada de lo que hay sobre la tierra”, 18:10).

Con lo cual, las tropas danitas emprenden la marcha por segunda vez, partiendo de Quiriat-jearim (18:12), y llegándose a Lais, en la región montañosa de Efraín, en tierras del norte (18:27b). Y en esa “subida” suya “derrotaron a los cananeos” y “tomaron posesión” del territorio.

Estas tres últimas frases no son, en realidad, citas alusivas al propio momento (aunque transmiten su esencia) sino que nos retrotraen a los inicios de Jueces (1:4, 5 y 19). Pues, al seguir esos cinco espías los pasos de los doce espías de Números 13, sucede que ahora esos seiscientos guerreros llevan a cabo lo que Israel debiera haber hecho en su momento, a la vista del informe de los espías, que sería de hecho lo que, en el transcurso del tiempo, vino a hacer la tribu de Judá “después de la muerte de Josué” (1:1). Pero es precisamente ahí donde radica lo irónico de esa mención del nombre del Señor en el capítulo 18. La primera expedición había llegado a su punto final en casa de Micaía y, al encontrarse allí con el levita, se habían apresurado a averiguar si los auspicios eran favorables. “El viaje que emprendéis —apunta Jonatán— está bajo la supervisión del Señor”. Las razones que tuviera para hacer semejante afirmación se escapan a nuestro conocimiento. En su sentido más lato era algo totalmente cierto y es, de hecho, uno de los temas principales del relato: el Juez no deja en momento alguno de estar presente en los lances y desventuras de su pueblo, incluso allí donde y cuando más díscolos e ingobernables se manifiestan. Pero esa no era la certidumbre que los danitas pedían, ni la que los levitas parecían proporcionar. Para ellos, la empresa como tal no era sino la puesta en práctica de una pauta de actuación que ya había sido probada con éxito en dos ocasiones previas: una en Números 13 y otra en Jueces 1. Lo que pretendían era que, pese al paso del tiempo —y más por ambición que por espíritu de obediencia— se les asegurara que la tarea emprendida de hacerse con parte del terreno cananita era algo absolutamente correcto, una gesta que el Señor mismo iba a aprobar. El que eso fuera cierto o no era algo secundario. Lo importante, a efectos de la historia, es que los danitas querían a toda costa que sí lo fuera. Su preocupación por cumplir al pie de la letra la normativa correspondiente era algo que les obsesionaba en igual medida que a Micaía y a Jonatán.

La segunda expedición también se detiene frente a la casa de Micaía, por indicación de los cinco espías que ya habían estado allí anteriormente. ¿Con qué fin? Ahora lo veremos. La *Living Bible* no es la versión más recomendable para un estudio bíblico, pero su traducción de este texto en concreto es inigualable:

“Los cinco hombres se aproximaron a la casa, junto con la guardia armada

que les acompañaba, entablando conversación con el joven sacerdote, al que preguntaron cómo le iban las cosas. A continuación, los cinco espías entraron en el santuario y cogieron los ídolos, el efod, y los terafines.

‘¿Qué es esto que hacéis?’, les demandó el joven sacerdote al ver que se lo llevaban todo.

‘Guarda silencio y ven con nosotros —le dijeron—. Sé ahora sacerdote nuestro. ¿No es mejor cosa para ti ser sacerdote de toda una tribu que no de un solo hombre en su casa particular?’.

El joven sacerdote se puso entonces muy contento por irse con ellos, y tomó consigo el efod, los terafines, y los ídolos...

Estando ya a bastante distancia de la casa de Micaía, éste, en compañía de algunos vecinos, se aprestó a su persecución, instándoles con gritos a que se detuvieran.

‘¿Qué pretendes con esta persecución?’, demandaron los hombres de Dan.

‘¡Cómo que qué pretendo! —replicó Micaía—. Os habéis llevado mis ídolos y, junto con ellos, a mi sacerdote, y iyo me he quedado sin nada!’.

‘¡Mucho cuidado con los que dices, buen hombre’ —respondieron los de Dan—. Pudiera ser que alguien se mosqueara y acabaran con vosotros’.

Y así fue cómo los hombres de Dan siguieron adelante en su camino. Y al ver Micaía que eran un número excesivo para poderles hacer frente, se volvió a su casa” (Jue. 18:15–26, LB).

Si el lector siente pena por Micaía, no tiene más que recordar que éste empezó hurtándole a su propia madre un botín de plata cuyo valor era cinco veces mayor al de la imagen consagrada en el santuario (“¡Mis dioses que yo hice!”, Jue. 18:24). Lo que tenemos, pues, no es sino un claro caso de ladrón que roba a otro ladrón. ¿Qué decir, entonces, del levita? Hombre al servicio del mejor postor, no tiene reparo alguno en abandonar a su benefactor allí donde surge una oferta más sustanciosa. ¿Y los hombres de Dan? Bravucones sin más horizonte que su propia ganancia, su forma de tratar a Micaía se corresponde con su comportamiento posterior en el ataque a Lais: inusitadamente cruel, incluso para lo acostumbrado en unos tiempos de violencia extrema. Estas dudas que nos surgen respecto a la integridad moral de todos los involucrados hacen que resalten, por contraste, lo que realmente les importa a los danitas. Al final, consiguen hacerse no sólo con un terreno tribal apropiado sino que, además, tienen su propio sacerdote, junto con, claro está, los utensilios litúrgicos correspondientes. Y todo ello jactando en plena conformidad con las normas establecidas!

Pero lo cierto es que dio resultado, insiste con cierta socarronería el autor. Y ello es así, y por un dilatado período de tiempo, aun aplicando la regla áurea de Gamaliel (“Si este plan o acción es de los hombres, perecerá”) (Jue. 18:30–31). El relato es de tono triunfal. ¿Cuestionable sobre la base de unos principios? Puede. Pero ¿qué es, en realidad, lo que nos hace creerlo así?

Aun admitiendo lo correcto del procedimiento seguido (al menos en una cierta

medida), hay algo de sospechoso en el comportamiento de una nación que tan a la ligera parece tomarse cuestiones realmente importantes. Por debajo de lo superficial, encontramos la verdadera sustancia, el genuino carácter del pueblo israelita puesto de relieve en toda su crudeza en una situación crítica; algo que se irá confirmando de forma progresiva en los capítulos que siguen.

2. Todas las actitudes equivocadas (Jue. 19:1–21:25)

En aquellos días, cuando no había rey en Israel, había un levita que residía en la parte más remota de la región montañosa de Efraín, el cual tomó para sí una concubina de Belén de Judá.

- 2 Pero su concubina cometió adulterio contra él, y ella se fue de su lado, a la casa de su padre en Belén de Judá, y estuvo allí por espacio de cuatro meses.
- 3 Su marido se levantó y fue tras ella para hablarle cariñosamente y hacerla volver, llevando consigo a su criado y un par de asnos. Y ella lo llevó dentro de la casa de su padre, y cuando el padre de la joven lo vio, se alegró de conocerlo.
- 4 Y su suegro, el padre de la joven, lo retuvo, y se quedó con él tres días. Y comieron, bebieron y se alojaron allí.
- 5 Y al cuarto día se levantaron muy de mañana y él se preparó para irse; y el padre de la joven dijo a su yerno: Aliméntate con un bocado de pan y después os podéis ir.
- 6 Se sentaron, pues, los dos comieron y bebieron juntos; y el padre de la joven dijo al hombre: Te ruego que te dignes pasar la noche, y que se alegre tu corazón.
- 7 El hombre se levantó para irse, pero su suegro insistió, de modo que pasó allí la noche otra vez.
- 8 Y al quinto día se levantó muy de mañana para irse, y el padre de la joven dijo: Aliméntate, te ruego, y espera hasta la tarde; y los dos comieron.
- 9 Cuando el hombre se levantó para irse con su concubina y su criado, su suegro, el padre de la joven, le dijo: He aquí, ya ha declinado el día; te ruego que pases la noche. Mira, el día llega a su fin; pasa la noche aquí para que se alegre tu corazón. Y mañana os levantaréis temprano para vuestro viaje y te irás a tu casa.
- 10 Pero el hombre no quiso pasar la noche, así que se levantó y partió, y fue hasta *un lugar* frente a Jebús, es decir, Jerusalén. Y estaban con él un par de asnos aparejados; también con él estaba su concubina.
- 11 Cuando *estaban* cerca de Jebús, el día casi había declinado; y el criado dijo a su señor: Te ruego que vengas, nos desviemos, y entremos en esta ciudad de los jebuseos y pasemos la noche en ella.
- 12 Pero su señor le dijo: No nos desviaremos para entrar en la ciudad de extranjeros que no son los hijos de Israel, sino que iremos hasta Guibeá.
- 13 Y dijo a su criado: Ven, acerquémonos a uno de estos lugares; y pasaremos la noche en Guibeá o en Ramá.

- 14 Así que pasaron de largo y siguieron su camino, y el sol se puso sobre ellos cerca de Guibeá que pertenece a Benjamín.
- 15 Y se desviaron allí para entrar y alojarse en Guibeá. Cuando entraron, se sentaron en la plaza de la ciudad porque nadie los llevó a *su* casa para pasar la noche.
- 16 Entonces, he aquí, un anciano venía de su trabajo del campo al anochecer. Y el hombre era de la región montañosa de Efraín y se alojaba en Guibeá, pero los hombres del lugar eran benjamitas.
- 17 Y alzó sus ojos y vio al viajero en la plaza de la ciudad; y el anciano dijo: ¿A dónde vas y de dónde vienes?
- 18 Y él le dijo: Estamos pasando de Belén de Judá a la parte más remota de la región montañosa de Efraín, *pues* soy de allí. Fui a Belén de Judá, y *ahora* voy a mi casa, pero no hay quien me reciba en su casa.
- 19 Sin embargo, tenemos paja y forraje para nuestros asnos, y también pan y vino para mí, para tu sierva y para el joven que está con tu siervo; no *nos* falta nada.
- 20 Y el anciano dijo: Paz sea contigo. Permíteme *suplir* todas tus necesidades; pero no pases la noche en la plaza.
- 21 Y lo llevó a su casa y dio forraje a los asnos; y ellos se lavaron los pies, comieron y bebieron.
- 22 Mientras ellos se alegraban, he aquí, los hombres de la ciudad, hombres perversos, rodearon la casa; y golpeando la puerta, hablaron al dueño de la casa, al anciano, diciendo: Saca al hombre que entró en tu casa para que tengamos relaciones con él.
- 23 Entonces el hombre, el dueño de la casa, salió a ellos y les dijo: No, hermanos míos, no os portéis tan vilmente; puesto que este hombre ha entrado en mi casa, no cometáis esta infamia.
- 24 Aquí está mi hija virgen y la concubina de él. Permitidme que las saque para que abuséis de ellas y hagáis con ellas lo que queráis, pero no cometáis semejante infamia contra este hombre.
- 25 Pero los hombres no quisieron escucharle, así que el levita tomó su concubina y *la trajo* a ellos. Y ellos la ultrajaron y abusaron de ella toda la noche hasta la mañana; entonces la dejaron libre al amanecer.
- 26 Cuando amanecía, la mujer vino y cayó a la entrada de la casa del hombre donde estaba su señor hasta *que se hizo* de día.
- 27 Al levantarse su señor por la mañana, abrió las puertas de la casa y salió para seguir su camino, y he aquí que su concubina estaba tendida a la entrada de la casa, con sus manos en el umbral.
- 28 Y él le dijo: Levántate y vámonos; pero ella no respondió. Entonces la recogió, y colocándola sobre el asno, el hombre se levantó y se fue a su casa.
- 29 Cuando entró en su casa tomó un cuchillo, y tomando a su concubina, la cortó en doce pedazos, miembro por miembro, y la envió por todo el territorio de Israel.
- 30 Y todos los que *lo* veían, decían: Nada como esto *jamás* ha sucedido ni se ha

- visto desde el día en que los hijos de Israel subieron de la tierra de Egipto hasta el día de hoy. Consideradlo, tomad consejo y hablad.
- 20:1 Entonces salieron todos los hijos de Israel, desde Dan hasta Beerseba, incluyendo la tierra de Galaad, y la congregación se reunió al Señor como un solo hombre en Mizpa.
- 2 Y los jefes de todo el pueblo, de todas las tribus de Israel, tomaron su puesto en la asamblea del pueblo de Dios, cuatrocientos mil soldados de a pie que sacaban espada.
- 3 (Y los hijos de Benjamín oyeron que los hijos de Israel habían subido a Mizpa.) Y los hijos de Israel dijeron: Decidnos, ¿cómo ocurrió esta maldad?
- 4 Entonces el levita, marido de la mujer que había sido asesinada, respondió y dijo: Vine con mi concubina a pasar la noche en Guibeá de Benjamín.
- 5 Mas los hombres de Guibeá se levantaron contra mí, y rodearon la casa por la noche por causa mía. Tenían intención de matarme; pero en vez de esto, violaron a mi concubina de tal manera que murió.
- 6 Tomé entonces a mi concubina, la corté en pedazos y la envié por todo el territorio de la heredad de Israel; porque han cometido lascivia e infamia en Israel.
- 7 He aquí, todos vosotros, hijos de Israel, dad aquí vuestro parecer y consejo.
- 8 Entonces todo el pueblo se levantó como un solo hombre, diciendo: Ninguno de nosotros irá a su tienda, ni ninguno de nosotros volverá a su casa.
- 9 Y ahora esto es lo que haremos a Guibeá: *subiremos* contra la ciudad por sorteo.
- 10 Tomaremos diez hombres de cada cien por todas las tribus de Israel, y cien de cada mil, y mil de cada diez mil para proveer víveres para el pueblo, para que cuando vayan a Guibeá de Benjamín *los* castiguen por toda la infamia que han cometido en Israel.
- 11 Así se juntaron contra la ciudad todos los hombres de Israel, como un solo hombre.
- 12 Entonces las tribus de Israel enviaron hombres por toda la tribu de Benjamín, diciendo: ¿Qué es esta infamia que se ha cometido entre vosotros?
- 13 Ahora pues, entregad a los hombres, los hombres perversos en Guibeá, para que les demos muerte y quitemos *esta* infamia de Israel. Pero los hijos de Benjamín no quisieron escuchar la voz de sus hermanos, los hijos de Israel.
- 14 Y los hijos de Benjamín, de sus ciudades, se reunieron en Guibeá para salir a combatir contra los hijos de Israel.
- 15 Y de las ciudades fueron contados en aquel día, de los hijos de Benjamín, veintiséis mil hombres que sacaban espada, además de los habitantes de Guibeá que fueron contados, setecientos hombres escogidos.
- 16 De toda esta gente, setecientos hombres escogidos eran zurdos, capaces cada uno de lanzar *con la honda* una piedra a un cabello sin error.
- 17 Entonces los hijos de Israel, fuera de Benjamín, fueron contados, cuatrocientos mil hombres que sacaban espada; todos estos eran hombres de guerra.
- 18 Los hijos de Israel se levantaron, subieron a Betel, y consultaron a Dios, y

- dijeron: ¿Quién de nosotros subirá primero a pelear contra los hijos de Benjamín? Entonces el Señor dijo: Judá *subirá* primero.
- 19 Los hijos de Israel se levantaron por la mañana y acamparon contra Guibeá.
- 20 Y los hombres de Israel salieron a combatir contra Benjamín, y los hombres de Israel se pusieron en orden de batalla contra ellos en Guibeá.
- 21 Pero los hijos de Benjamín salieron de Guibeá y derribaron por tierra en aquel día veintidós mil hombres de Israel.
- 22 Pero el pueblo, los hombres de Israel, se reanimaron, y se pusieron otra vez en orden de batalla en el lugar donde se habían puesto el primer día.
- 23 Y subieron los hijos de Israel y lloraron delante del Señor hasta la noche, y consultaron al Señor, diciendo: ¿Nos acercaremos otra vez para combatir contra los hijos de mi hermano Benjamín? Y el Señor dijo: Subid contra él.
- 24 Entonces los hijos de Israel fueron contra los hijos de Benjamín el segundo día.
- 25 Y salió Benjamín de Guibeá contra ellos el segundo día y otra vez hizo caer dieciocho mil hombres de los hijos de Israel; todos éstos sacaban espada.
- 26 Todos los hijos de Israel y todo el pueblo subieron y vinieron a Betel y lloraron; y permanecieron allí delante del Señor y ayunaron ese día hasta la noche. Y ofrecieron holocaustos y ofrendas de paz delante del Señor.
- 27 Y consultaron los hijos de Israel al Señor (porque el arca del pacto de Dios *estaba* allí en aquellos días,
- 28 y Finees, hijo de Eleazar, hijo de Aarón, estaba delante de ella para *ministrar* en aquellos días), diciendo: ¿Volveré a salir otra vez a combatir contra los hijos de mi hermano Benjamín, o desistiré? Y el Señor dijo: Subid, porque mañana lo entregaré en tu mano.
- 29 Puso, pues, Israel emboscadas alrededor de Guibeá.
- 30 Los hijos de Israel subieron contra los hijos de Benjamín al tercer día, y se pusieron en orden de batalla contra Guibeá como las otras veces.
- 31 Y salieron los hijos de Benjamín contra el pueblo, siendo alejados de la ciudad; y comenzaron como las otras veces a herir y a matar a algunos del pueblo por los caminos, uno de los cuales sube a Betel y el otro a Guibeá, en campo abierto; *mataron a unos* treinta hombres de Israel.
- 32 Y los hijos de Benjamín dijeron: Están derrotados delante de nosotros como la primera vez. Pero los hijos de Israel dijeron: Huyamos para que los alejemos de la ciudad hacia los caminos.
- 33 Entonces todos los hombres de Israel se levantaron de sus puestos y se pusieron en orden de batalla en Baal-tamar; y los emboscados de Israel salieron de sus puestos, de Maareh-geba.
- 34 Cuando diez mil hombres escogidos de todo Israel fueron contra Guibeá, la batalla se hizo reñida; pero Benjamín no sabía que el desastre se le acercaba.
- 35 Y el Señor hirió a Benjamín delante de Israel, de modo que los hijos de Israel destruyeron ese día a veinticinco mil cien hombres de Benjamín, todos los que sacaban espada.
- 36 Y los hijos de Benjamín vieron que estaban derrotados. Cuando los hombres de

- Israel cedieron terreno a Benjamín porque confiaban en las emboscadas que habían puesto contra Guibeá,
- 37 los emboscados se apresuraron y se lanzaron contra Guibeá, y se desplegaron e hirieron toda la ciudad a filo de espada.
- 38 Y fue la señal convenida entre los hombres de Israel y los emboscados, que ellos harían que se levantara una gran nube de humo de la ciudad.
- 39 Entonces los hombres de Israel regresaron a la batalla, y Benjamín empezó a herir y matar a unos treinta hombres de Israel, porque dijeron: Ciertamente están derrotados delante de nosotros como en la primera batalla.
- 40 Pero cuando la nube de humo como columna empezó a levantarse de la ciudad, Benjamín miró tras sí; y he aquí de toda la ciudad subía *humo* al cielo.
- 41 Entonces los hombres de Israel se volvieron, y los hombres de Benjamín se aterrorizaron porque vieron que el desastre se les acercaba.
- 42 Por tanto, volvieron la espalda ante los hombres de Israel en dirección al desierto, pero la batalla los alcanzó, y los que salían de las ciudades los destruían en medio de ellos.
- 43 Cercaron a Benjamín, lo persiguieron sin tregua y lo aplastaron frente a Guibeá, hacia el oriente.
- 44 Cayeron dieciocho mil hombres de Benjamín; todos ellos eran valientes guerreros.
- 45 Y los demás se volvieron y huyeron al desierto, a la peña de Rimón, pero capturaron a cinco mil de ellos en los caminos, y a otros los persiguieron muy de cerca hasta Gidom y mataron a dos mil de ellos.
- 46 El total de los de Benjamín que cayeron aquel día fue de veinticinco mil hombres que sacaban espada, todos ellos valientes guerreros.
- 47 Pero seiscientos hombres se volvieron y huyeron al desierto, a la peña de Rimón, y permanecieron en la peña de Rimón cuatro meses.
- 48 Entonces los hombres de Israel se volvieron contra los hijos de Benjamín y los hirieron a filo de espada, a toda la ciudad, así como el ganado y todo lo que encontraron; también prendieron fuego a todas las ciudades que hallaron.
- 21:1 Los hombres de Israel habían jurado en Mizpa, diciendo: Ninguno de nosotros dará a su hija por mujer a *los* de Benjamín.
- 2 Entonces el pueblo vino a Betel, y permaneció allí delante de Dios hasta la noche; y alzaron sus voces y lloraron amargamente.
- 3 Y dijeron: ¿Por qué, oh Señor, Dios de Israel, ha sucedido esto en Israel, que *falte* hoy una tribu en Israel?
- 4 Y al día siguiente, el pueblo se levantó temprano, y edificaron allí un altar y ofrecieron holocaustos y ofrendas de paz.
- 5 Después los hijos de Israel dijeron: ¿Quién de entre todas las tribus de Israel no subió a la asamblea del Señor? Porque habían hecho gran juramento en cuanto a todo aquel que no subiera al Señor en Mizpa, diciendo: Ciertamente se le dará muerte.
- 6 Los hijos de Israel se entristecieron por su hermano Benjamín, y dijeron: Ha sido

- cortada hoy una tribu de Israel.
- 7 ¿Qué haremos para *conseguir* mujeres para los que han quedado, ya que hemos jurado por el Señor no darles ninguna de nuestras hijas en matrimonio?
 - 8 Y dijeron: ¿Cuál de las tribus de Israel no subió al Señor en Mizpa? Y he aquí que ninguno de Jabes-galaad había venido al campamento, a la asamblea.
 - 9 Porque cuando contaron al pueblo, he aquí, ninguno de los habitantes de Jabes-galaad estaba allí.
 - 10 La congregación envió a doce mil de los hombres de guerra allá, y les mandaron diciendo: Id y herid a los habitantes de Jabes-galaad a filo de espada, con las mujeres y los niños.
 - 11 Y esto es lo que haréis: destruiréis a todo hombre y a toda mujer que se haya acostado con varón.
 - 12 Y hallaron entre los habitantes de Jabes-galaad a cuatrocientas doncellas que no se habían acostado con varón; y las llevaron al campamento en Silo, que está en la tierra de Canaán.
 - 13 Toda la congregación envió *palabra*, y hablaron a los hijos de Benjamín que estaban en la peña de Rimón, y les hablaron de paz.
 - 14 Volvieron entonces *los* de Benjamín, y les dieron las mujeres que habían guardado vivas de *entre* las mujeres de Jabes-galaad; mas no había suficientes para todos.
 - 15 Y el pueblo tuvo tristeza por Benjamín, porque el Señor había abierto una brecha en las tribus de Israel.
 - 16 Entonces los ancianos de la congregación dijeron: ¿Qué haremos para *conseguir* mujeres para los que quedan, ya que las mujeres de Benjamín fueron destruidas?
 - 17 Y dijeron: *Debe haber* herencia para los de Benjamín que han escapado, para que no sea exterminada una tribu de Israel.
 - 18 Pero nosotros no le podemos dar mujeres de nuestras hijas. Porque los hijos de Israel habían jurado diciendo: Maldito el que dé mujer a *los de* Benjamín.
 - 19 Y dijeron: He aquí cada año hay una fiesta del Señor en Silo, que está al norte de Betel, al lado oriental del camino que sube de Betel a Siquem, y al sur de Lebona.
 - 20 Y mandaron a los hijos de Benjamín, diciendo: Id, y emboscaos en las viñas.
 - 21 y velad; y he aquí, si las hijas de Silo salen a tomar parte en las danzas, entonces saldréis de las viñas y tomaréis cada uno una mujer de las hijas de Silo, y volved a la tierra de Benjamín.
 - 22 Y sucederá que cuando sus padres o sus hermanos vengán a quejarse a nosotros, les diremos: Dádnoslas voluntariamente, porque no pudimos tomar en batalla una mujer para cada hombre *de Benjamín*, tampoco vosotros se las disteis, *pues* entonces seríais culpables.
 - 23 Lo hicieron así los hijos de Benjamín, y tomaron mujeres conforme a su número de entre las que danzaban, de las cuales se apoderaron. Y se fueron y volvieron a su heredad, y reedificaron las ciudades y habitaron en ellas.

- 24 Los hijos de Israel se fueron entonces de allí, cada uno a su tribu y a su familia, y todos ellos salieron de allí para su heredad.
- 25 En esos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que le parecía bien ante sus ojos.

Siendo el caso que los dos capítulos anteriores se ocupaban de la religión, los tres restantes vienen a tratar de la moral. ¿Será entonces oportuno reaccionar aquí con espanto ante la vuelta a las andadas del pueblo israelita, hecho habitual en el período de los jueces, reafirmandose así la superioridad de la religión con respecto a lo moral? Dejémoslo estar por el momento. Pero lo cierto es que se suele averiguar más respecto a la verdadera relación que la persona tenga con Dios sobre la base de su forma de vida, que en función de sus prácticas religiosas. Es por eso que vamos a permitirnos dejar ahora a un lado el efod y los terafines, a los sacerdotes y sus santuarios, y a “mis dioses que yo hice”, para tratar de ver en qué manera el pueblo de Dios vivía *realmente* allí donde y cuando se veía abocado a actuar en consonancia con su autoridad según propio discernimiento, por no contar para ello con intermediarios que les facilitaran la tarea diciéndoles concretamente qué hacer.

Nos enfrentamos, por fin, al final del relato. Visto desde la perspectiva de una historia, la narración ha sido brillante aunque tremenda. La sección que tiene que ver con el levita que se dirige hacia el norte (Jue. 17:8) nos sobrecoge, y, aun así, no deja de tener su parte cómica: algo del todo apropiado habida cuenta que se ocupa en detalle de la parafernalia propia de la religión, asunto que nunca fue tomado verdaderamente en serio en su momento. En el otro extremo, la trágica historia del levita que encamina sus pasos hacia el sur (19:1–3) no nos da respiro, lo cual tampoco debería sorprendernos pues se trata ahí el más serio y grave de todos los temas: la moralidad a la deriva tras haberse perdido toda noción y contacto con los orígenes y sus fundamentos. Ahora, las normas relativas a una vida de santidad (que es el fundamento de toda verdadera adoración) van a irse quebrantando de una en una. De hecho, cada nuevo capítulo no hace sino ampliar los detalles y circunstancias de un nuevo desvío. Toda norma o virtud vienen a ser objeto sistemático de infracción y abandono sin virtual interrupción. Todo está ahí relacionado. El cabo de hilo del que primero se tira resulta en el desmadejamiento del total del ovillo. De entrada, estos tres últimos capítulos podrían incluso ser tomados como tres escenas independientes, tal como se hizo con los capítulos 17 y 18; pero ahora no puede haber duda alguna respecto a la unidad dramática del conjunto. Tomado, pues, como un drama unitario en tres actos, el telón se levanta en 19:1 para caer de forma definitiva en 21:25, coda final repetida una vez más: “En esos días no había rey en Israel”. Drama, pues, centrado prácticamente en exclusiva en la trasgresión de reglas y normas, cabe concluir que, en ausencia de una moral asumida y practicada en el día a día, el ritual del domingo litúrgico carece de sentido.

a. Las reglas de la hospitalidad (Jue. 19:1–30)

“Permitidme ahora que os cuente la historia del otro levita...”. Este había estado, en algún momento u otro en el pasado, en el sur de Belén y allí había conocido a una mujer con la que se casó. En un sentido estricto, no era su esposa sino más bien su concubina; pero lo cierto es que el hombre consideraba familia política a los parientes de su mujer. Relación que, andando el tiempo, habría de ser origen de repetidos acontecimientos trágicos, llegando a un punto tal en el que la pareja inicial pasa a un segundo plano dada la magnitud de una tragedia que viene a sumir en el caos y la disolución a una nación entera.

La historia abarca un total de 103 versículos y ocupa más espacio que la de Gedeón, pero lo cierto es que bastan tres versículos para situarnos en el punto crucial que desencadenará los acontecimientos. El levita se había desplazado al sur y desde allí se había vuelto a su casa en Efraín acompañado de una joven, la cual, por razones distintas según qué versión, había vuelto de nuevo con su padre. Lo cual indujo al hombre a regresar a Belén para persuadirla a que volviera con él.

Pero, prosigamos con la lectura.

“Cuando el padre de la joven lo vio, se alegró de conocerlo”, y “lo retuvo” (Jue. 19:3–4). Y ahí es justamente donde da comienzo el tema de la hospitalidad, que va a ocupar la práctica totalidad del capítulo. Costumbre ancestral, compartida por otras culturas aparte de la bíblica, es sin embargo en las Escrituras donde cobra particular importancia. De hecho, hay pasajes en los que se habla de ello de forma explícita, como es el caso en Hebreos 13:2 (“No os olvidéis de mostrar hospitalidad”), donde se pone en palabras lo que se esperaba de las personas de recto comportamiento. Ahora bien, de detenerse a considerarlo, constituye un fenómeno social sumamente interesante. El segundo mandamiento, justamente detrás del amor a Dios, está el amor al prójimo, y el hecho de que el prójimo puede no ser un amigo queda debidamente resaltado en el viajero que asume voluntariamente ese papel de “prójimo”. Lo cierto es que, como visitante, puede hacer su aparición cualquier clase de persona. De ahí que la hospitalidad para con el forastero que nos sale al encuentro en el relato roce el núcleo esencial de lo moral y apropiado. Se nos facilita la aproximación al tema introduciendo a los familiares que aparecen en primer lugar, todos ellos en perfecta relación armoniosa, para, casi sin previo aviso ni transición, ocuparse de completos desconocidos que van ciertamente a poner a prueba esa obligación a un tiempo moral y social de acoger al extraño.

En un primer momento, nos encontramos con un núcleo familiar unido y feliz, con el levita y su compañera a todas luces reconciliados entre sí, estando, además, criado y asno bien considerados y atendidos, y un padre de la muchacha más que dispuesto a portarse como buen anfitrión. Sin embargo, pasados tres días de convivencia, empiezan a dejarse notar las tensiones. No es que los visitantes se excedieran en su estancia, sino justamente todo lo contrario. El padre de la joven es el que parece ahí extralimitarse en su comportamiento. Tan encantado parecía estar con su compañía que no estaba en modo alguno dispuesto a dejarles marchar. Y es con asunto tan baladí —un mero incidente de falta de comunicación— como se desencadena la tragedia. En la mañana

del cuarto día: “¡No hay por qué irse tan temprano! ¡Tenéis todo el día por delante!”. Escena que se repite al oscurecer: “Te ruego que te dignes pasar la noche”. Y al quinto día el levita decidió que de ninguna manera estaría bien seguir allí, no dejándose convencer esta vez por las palabras del padre de la muchacha, y ello aun a sabiendas de que no podría ir muy lejos con la noche a punto de caer. De modo y manera que a la insensatez del suegro había ahora que sumar la falta de prudencia del levita. Lógicamente, había momentos en la jornada de una caravana en los que era necesario parar, porque, de no hacerse así, se corría un riesgo cierto: “quedaron desiertos los caminos, y los viajeros andaban por sendas tortuosas” (Jue. 5:6). Y ese era precisamente el caso de nuestro levita.

La noche les sorprendió cerca de la ciudad de Jebús, lugar conquistado por los israelitas hacía ya tiempo (1:8). Pero lo cierto es que no habían eliminado a sus gentes en ese primer momento, tal como sí deberían haber hecho (1:21), con lo cual la verdadera posesión de la tierra no había tenido lugar, hecho importante, hasta los primeros tiempos de la monarquía de David, pasando a ser entonces, Jerusalén, “la ciudad del gran rey”. Pero dado que —en el momento en que se desarrolla este capítulo 19 de Jueces— la ciudad seguía siendo jebusea, el levita no las tenía todas consigo respecto a la conveniencia de pasar ahí la noche. Lo cual viene a querer decir que el siguiente factor para tener en consideración, en cuanto al hilo general de la historia, es justamente un error táctico cometido en un pasado ya un tanto lejano, por parte de un general israelita deficitario tanto en fe como en obediencia.

Un tanto irónicamente, al levita podría haberle ido mejor entre esas gentes paganas de lo que le iba a ir entre sus compatriotas en ese lugar elegido en el último momento para pernoctar. “El sol se puso sobre ellos cerca de Guibeá”. Y siendo el caso que Guibeá pertenecía a la tribu de Benjamín, no era de prever contratiempo grave. Sin embargo hay dos cosas que hay que tener en cuenta respecto a Guibeá que debieran haberle alertado de forma previa. La primera es que, aun entendiendo que era época estival y las gentes se protegerían del calor en el interior de las casas, las personas con las que se cruzan ni les hablan ni se interesan por ellos. “Nadie los llevó a su casa para pasar la noche” (19:15). ¿Dónde había ido a parar el proverbial código universal de hospitalidad? Para remate, la única persona que les dirige la palabra era a su vez forastero en el lugar, un anciano efraimita residente de forma temporal en esta ciudad benjamita. Lo que este dice son palabras que aun hoy llaman poderosamente nuestra atención, haciendo que nos preguntemos qué podría estar ahí pasando (paráfrasis de mi cosecha): “Será mejor que vengáis a mi casa; no os arriesguéis de ninguna manera a *pasar la noche en la plaza*” (19:20).

Lo que allí pasaba —como pronto tuvieron ocasión de comprobar el levita y sus acompañantes— sobrepasa la imaginación. El único pasaje que pueda comparársele en la Biblia en su totalidad es la descripción de la situación que llevó al Señor a borrar de la faz de la tierra a Sodoma y Gomorra (Gn. 19). Pero, en ese caso, se trataba de gentes paganas, mientras que ahora eran israelitas los que cometían los desmanes. Y no era simplemente que los tronados de Guibeá se juntaran al llegar la noche para sus tropelías, sino que se lanzaban a la calle cometiendo a la vista de todo el mundo unas

prácticas degeneradas que incluían violaciones masculinas que fue lo que, en última instancia, llevó a la muerte de la concubina. Esos eran, sin duda, actos reprobables; y lo peor no es que fueran prácticas habituales de la vida nocturna de la ciudad, sino que, en compañía de jebuseos y cananeos, los propios israelitas, pueblo elegido por Dios, no tenía reparo alguno en sumarse a tales orgías.

Viene ahora el segundo componente de tan repulsiva mezcla, pues a esa ausencia total de principios morales, desenfreno y flagrante desobediencia, hay que sumar la patente maldad de una ciudad israelita cuyos habitantes, al igual que las gentes de Sodoma, eran, de forma patente y claramente impenitente, “pecadores contra el Señor”.

Pero no todo iba a ser ahí pecado y degeneración. El anciano que les acoge viene a ser lo único salvable del desastre. Esa hospitalidad suya a ultranza, que había sido excesiva en Belén, no buscada en Jebús y no ofrecida por las gentes de Guibeá, viene a ser el hilo conductor del relato. Para los más ancianos del lugar, la hospitalidad era algo de suma importancia. El levita era su huésped, y era del todo impensable plantearse siquiera la posibilidad de entregárselo a los hombres pecadores del lugar —el hacerlo constituiría, de hecho, toda una abominación—. Ante tan terrible disyuntiva, y antes que faltar a la ley de la hospitalidad, el anciano no duda en transgredir otras reglas: “Aquí está mi hija virgen y la concubina de él [...] [abusad de] ellas [...] lo que queráis, pero no cometáis semejante infamia contra este hombre” (19:23–24).

Por si todo esto fuera poco, hay que calibrar ahora la reacción del propio levita que, a la vista de la situación, no vacila en ofrecerles su propia mujer. “Y ellos la ultrajaron y abusaron de ella toda la noche hasta la mañana” (no procede aquí tratar de parafrasear a tan soberano narrador de historias: dejemos, pues, que sea él quien nos lo cuente con sus propias palabras). Al levantarse el levita al día siguiente “salió para seguir su camino, y he aquí que su concubina estaba tendida a la entrada de la casa, con sus manos en el umbral. Y él le dijo: Levántate y vámonos; pero ella no respondió” (19:25, 27–28). No era ahí tan siquiera necesario que se aclarara que la mujer estaba muerta. El último detalle macabro que queda por añadir es ese descuartizamiento previo al reparto macabro del cuerpo maltratado de la víctima. A cada tribu su correspondiente porción sanguinolenta: una cabeza cercenada a Judá, pongamos que una mano y parte de un brazo a Zabulón —con el añadido de la correspondiente nota explicativa (i) para que se sepa de lo ocurrido y se reavive el resto de conciencia que aún quede en Israel.

b. Las ordenanzas de la justicia (Jue. 20:1–48)

Con una nación en tan lamentable desintegración moral, como es el caso en Jueces 19, no ha de sorprendernos que las leyes y ordenanzas de la justicia hayan corrido la misma suerte que las reglas de la hospitalidad. El modo en que estas últimas han sido observadas sin la debida discriminación, dice bastante del estado moral de esa sociedad, y la manera en que las primeras han sido flagrantemente contravenidas nos pone en antecedentes del talante social de Israel como nación a la vista del colapso absoluto del entramado legal. Y lo cierto es que en ninguno de ambos casos hay algo

que pueda decirse a su favor.

Es un hecho innegable que los hombres de Guibeá habían actuado de forma abominable, estando en consonancia la propia actuación del levita. Pero el capítulo 20 viene a subrayar el contenido del 19 poniendo de manifiesto que nada de lo que ahí ocurre es como debiera ser, estando parte de ello incluso muy lejos de lo que debe y debiera haber sido.

La demostración pública de simpatía ante lo ocurrido es ciertamente impresionante. Por una vez —y cosa rara en Jueces— Israel se agrupa en un todo —o casi— con la presencia de un gran número de hombres armados en prueba de que la cosa va en serio (20:1–2). Aun así, cuesta creer que fuera esa una respuesta bien ponderada. Después de todo, el llamamiento apelaba a las emociones. Y aun cuando el levita careciera de los medios modernos de comunicación, contaba con tres factores que no podían fallar: un cadáver, un cuchillo, y una intuición certera respecto a lo que conmociona a las gentes.

El Israel que se junta en Mizpa no es una nación unida. Usando de la prudencia, los benjamitas no habían respondido al llamamiento, probablemente por pensar que, dada la exaltación de ánimos, ellos, al igual que la concubina, podrían acabar descuartizados. Pero el resto sí que estaba dispuesto a escuchar el relato de lo sucedido (20:3). Lo esencial ya lo sabían, y eso había sido precisamente lo que les había hecho reaccionar, pero eran, por otra parte, de esa clase de gentes que gustan de oír los hechos repetidos. Además, el encuentro tenía los visos de una reunión con autoridad suficiente como para tomar decisiones y pasar a la acción. Y puede que así fuera en efecto; pocos de los presentes serían capaces de recordar posibles antecedentes del caso. Y, sea como fuere, lo cierto es que se buscaba ahí una acción legal que sancionara toda actuación posterior.

Al igual que tuvimos que esforzarnos por no conmisernarnos en exceso por Micaía y lo que le sucede en el capítulo 18, tenemos que admitir aquí que lo que al levita le sucede no suscita precisamente simpatías hacia su persona. La versión de los hechos que él presenta a la asamblea de Mizpa obra a favor suyo. Nadie podría imputarle ahí una conducta desviada y una actuación impulsiva que abocaran a tan trágico final.

Inflamados por la notoria publicidad dada a los hechos, y engañados en cierta medida por una información sesgada, la asamblea resuelve de inmediato intervenir con un castigo fuera de toda proporción. Puede, claro está, que el Israel en el que ya hemos detectado síntomas de desintegración en los días de Débora, de Gedeón,²¹ y de Jefté no pueda creer que esté verdaderamente actuando “como un solo hombre” (20:8 y 11), y desee intervenir estando aún la situación candente.

Algunas mentes más equilibradas de entre los líderes proponen que a los benjamitas ausentes se les debería dar la oportunidad de emprender acción contra esos parientes suyos, tan descarriados, antes de que Israel se apreste a machacar a los transgresores como si de una nuez seca se tratara. Pero esa es una iniciativa que plantea más problemas de los que resuelve, al suscitar entre los benjamitas una lealtad injustificable para con las desalmadas gentes de Guibeá. El resultado es que, en vez de emprenderse una acción, por así decirlo, policial contra una cuadrilla de indeseables,

Israel se encuentra de repente en plena guerra civil, cuyo desenlace no es en absoluto previsible. Puede que los benjamitas sean inferiores en número, pero lo cierto es que son guerreros nada despreciables (20:15–17). Todo apunta ahí, pues, a un desgarramiento del entramado que los mantenía unidos como nación. ¡Y todo ello por causa de un sentido de la hospitalidad fuera de toda proporción, que impulsa a un suegro a retener un día más a sus huéspedes!

En el trasfondo del drama están esos tiempos en los que “no había rey en Israel”; pero se tiene también la impresión de que era un tiempo en el que ni siquiera había jueces y tampoco opresor pagano que les atenazara, con lo cual resulta difícil saber dónde encajarlo históricamente. La mención del nieto de Aarón vivo (20:28), junto con otros indicios menos concretos, lleva a la mayoría de los comentaristas a concluir que esa guerra civil tuvo lugar muy a principios de ese período, esto es, poco “después de la muerte de Josué”. Pero, desde el punto de vista literario y teológico, el final del libro es el sitio apropiado para situarlo. Pocas dudas pueden caber en que Jueces 20 es la respuesta a Jueces 1. El libro comienza y termina con un Israel reunido, y con lo que de ello se sigue. Las correspondencias son verdaderamente sorprendentes, mientras que las diferencias resultan ciertamente instructivas.

Una vez más, se ha convocado una asamblea nacional, y “la congregación se reunió al Señor como un solo hombre en Mizpa” (20:1). Y así era también cómo se había reunido en 1:1. La batalla se perfilaba en el horizonte y, una vez más, se buscaba la guía del Señor. La cuestión planteada sigue siendo la misma: “¿Quién de nosotros subirá primero a pelear?” (20:18; cf. 1:1). Y también en esta ocasión es el Señor el que responde, siendo su respuesta la misma que en la ocasión previa: “Judá *subirá*”.

Pero, por ahora, ocupémonos de las diferencias. En su conjunto, se relacionan con esos lugares mencionados en el capítulo 20 en los que es nombrado el Señor. “La congregación se reunió al Señor como un solo hombre” (20:1), pero no ahora como un pueblo obediente, ansioso por borrar de la faz de la tierra la maldad de Canaán, como era el caso en el capítulo 1, sino como un pueblo mortificado por verse a sí mismo contaminado hasta tal punto por esa maldad. Israel oyó *al Señor* decir “Judá subirá primero” (20:18), para dirigir el ataque no contra sus enemigos naturales los cananeos —como era el caso en el capítulo 1— sino contra su propia familia “los hijos de mi hermano Benjamín” —hecho trágico ya dos veces señalado (20:23 y 28)—. La lucha empieza y, desde su mismo inicio, las cosas comienzan a irles mal a los israelitas. Noche tras noche se presentan *delante del Señor* (20:23, 26–28), con creciente preocupación, para recibir órdenes que no eran, a diferencia de tiempos pasados, garantía de éxito, sino receta segura para el desastre. Los ejércitos de las once tribus coaligadas van sufriendo pérdidas importantes, y para cuando finalmente llega la promesa de victoria, ésta no supone alivio alguno, pues va seguida de la práctica extinción de la tribu número doce.

El coraje y valentía patentes en el capítulo 1 se han vuelto ahora una desenfrenada orgía de destrucción, que deja la campiña benjamita sembrada de cadáveres y bestias sacrificadas, cada ciudad una ruina humeante, y la tribu de Benjamín reducida a tan sólo seiscientos supervivientes. Y todo ello por voluntad *del Señor* (20:35), al igual que

lo había sido la destrucción de las naciones cananeas en tiempos de los jueces; la diferencia es que ahora esto viene a suponer la virtual destrucción de una *tribu de Israel*.

c. Las reglas de la restitución (Jue. 21:1–25)

Una vez castigado ese obrar equivocado, en virtud de una justicia aplicada de manera que deja al lector en suspenso, se trata ahora de poner las cosas en su debido lugar. La ley tenía reglas propias respecto a la restitución allí donde se producía una pérdida, o un daño, o alguien había resultado herido. El problema en este caso es que lo sucedido superaba la capacidad humana para dirimir quién le debía qué a quién. La única cosa que estaba por encima de cualquier posible cuestionamiento era que, para todo posible propósito, “[*falta*] hoy una tribu en Israel” (21:3). La cuestión es que era, de hecho, algo totalmente impensable que Israel no contara con las doce tribus correspondientes a una estructura ya fija. Cierto que las distintas formas que las doce tribus habían ido sucesivamente adoptando eran todo un tema dentro de las Escrituras, pero lo que nunca había cambiado era su número total. Y es fácil imaginar el desconsuelo de las otras once al hacérseles evidente la posibilidad de que hubiera sido destruida —y de forma irreparable— característica tan fundamental de su vida nacional. El admitir que había sido el Señor el que había ordenado personalmente esa campaña contra Benjamín, sabiendo que Él podría restaurar cuando quisiera esa unidad rota, era algo factible. Lo que resultaba más difícil de soportar era el recuerdo de su propia insensatez, cuando, en pleno ofuscamiento en Mizpa, habían jurado que ya no habría más acuerdos matrimoniales entre Benjamín y las restantes tribus (21:1). Por ello, pese a esos seiscientos supervivientes varones de la tribu de Benjamín, ya no cabía pensar en posible descendencia (israelita) de su tribu a partir de ellos.

Es entonces cuando alguien sugiere que el problema podría ser resuelto si Israel ponía en práctica ese otro insensato “gran juramento” hecho en Mizpa, que a todo aquel que no acudiese a la asamblea convocada se le debería dar muerte (21:5). Jabes-galaad no había enviado ningún representante, con lo cual lo único que había que hacer era masacrar a la población del lugar, esto es, hombres, mujeres y niños, dejando con vida tan sólo a las muchachas casaderas. Tan genial ocurrencia venía a suponer que, de entre todos los benjamitas supervivientes, unos cuatrocientos como mínimo podrían optar a una esposa israelita. Y para que ello fuera posible iba hacerse la vista gorda ante el hecho de que ninguno de los respectivos juramentos había sido cumplido al pie de la letra. Pero, aun así, persistía el problema de esos otros doscientos que no tenían ni esposa ni los medios necesarios para hacerse con una.

Pero “los ancianos de la congregación dijeron: ¿Qué haremos para *conseguir* mujeres [...]? Y dijeron: *Debe haber* herencia para los de Benjamín que han escapado [...] Y dijeron: He aquí, cada año hay una fiesta [...]” (21:16–19), siendo la conclusión final que el número necesario de muchachas se obtendría raptando a las correspondientes jóvenes que acudieran a la fiesta de Silo, de modo y manera que, en un sentido estricto, no habrían sido *dadas* a los de Benjamín, quedando en cierto modo

incólume el primero de los juramentos (21:22).

Y eso fue lo que ocurrió; y, una vez pudo darse todo por concluido satisfactoriamente, cada cual se volvió a su casa. (No hay que olvidar ahí, dicho sea de paso, que “en esos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que le parecía bien ante sus ojos”).

Y así es como concluye el libro de Jueces.

Ahora bien, ¿puede verdaderamente decirse que esa sea la forma adecuada de practicar la hospitalidad y administrar la justicia, y llevarse a efecto la restitución en el seno del pueblo de Dios? Evidentemente, tan sólo allí donde no se haya entendido debidamente dónde reside y puede hallarse la autoridad, aun en ausencia de un rey. La historia del primer levita —tal como la encontramos en los capítulos 17 y 18— traza la semblanza de la vida religiosa del pueblo de Dios, pero no cómo debiera ser, sino cómo puede, demasiado fácilmente, venir a ser: un burdo remedo de la auténtica justicia, con la atención prestada casi en exclusiva al cumplimiento de las formas, envuelto todo ello en una atractiva liturgia y su correspondiente parafernalia, y un incesante, pero vano, volverse al Señor. La historia del segundo levita, con sus correspondientes ramificaciones dentro de los capítulos 19–21, pone al descubierto la fibra moral del pueblo de Dios, pero no tal como debería ser y haber sido, sino como demasiado fácilmente se manifestaba: bajo una aparente capa de rectitud, un inconcebible entramado de conducta indebida y juicio desviado, recurriéndose al Señor en último extremo, pero sin sentir agrado ante sus respuestas; en cuanto a lo demás, las decisiones se toman — tal como hacíamos notar líneas atrás— sin detenerse a consultar al Señor: “dijeron” las preguntas y, a continuación, “dijeron” ellos mismos las respuestas (21:16–19), por ser el caso ahí que el pueblo de Israel se interpela a sí mismo. Ahí quedan, pues, las dos pesimistas visiones que Jueces nos ofrece de la vida en el seno del pueblo de Dios, junto con el veredicto final. Bajo una atractiva fachada se esconde la triste realidad de un pueblo que ha perdido el norte y está abocado al caos y la desintegración.

Pero el proceso de declive que hemos presenciado no tenía por qué haber ocurrido. Por más que se nos recuerde una y otra vez el hecho de que “en aquellos días no había rey en Israel”, de ello no se sigue de forma automática que las buenas costumbres declinaran por su ausencia, o que cuando David hiciera su aparición en escena todo empezaría a marchar en la forma debida. Llegado el momento de la aparición de los reyes, éstos contarían ciertamente con el poder necesario (aunque no con la debida voluntad) para poner freno a la impiedad; pero, aun así, el período de la monarquía también fue ocasión de toda clase de pecados e infidelidades. En tiempos de los jueces el poder se había concentrado en gran medida en manos del pueblo — traigamos aquí al recuerdo el título del conocido autor E. M. Forster, *Two Cheers for Democracy!* (“¡Dos Hurras por la Democracia!”)— a lo que hay que unir, en cita obligada ya de frase recurrente, que cada uno hacía ciertamente “lo que le parecía bien ante sus ojos”. Lo cual, en su conjunto, viene a querer decir que las propias gentes tenían, tanto en el ámbito individual como corporativamente, la posibilidad de poner freno a la impiedad y fomentar, en contrapartida, la santidad de vida. La cuestión era, pues, adónde volvía la

mirada el común de las gentes a la hora de buscar un referente y la autoridad competente que les dijese cómo obrar bien.

En la práctica, lo cierto es que consultaban primero su propio corazón pecador. Sin embargo, podían haber recurrido a una fuente superior mucho más digna de confianza. En ese punto inicial, en que el período de los jueces estaba a punto de empezar, la respuesta de todo el pueblo de Israel, ante el reiterado reto que plantea Siquem, no es sino un rotundo y repetido “Nosotros [...] serviremos al Señor [...], [le] serviremos [...] al Señor nuestro Dios serviremos y su voz obedeceremos”. Pero para cuando llegamos al final, el Señor le advierte al último de los jueces que el rechazo de la ley, la propia de Samuel, equivale al rechazo de la Ley del Señor.²⁷ Y el propio Gedeón, aun en medio de la refriega, no vacila en recordarle al pueblo que su auténtico gobernante es el Señor (Jue. 8:23).

No tiene por qué haber duda alguna, pues, respecto al lugar donde encontrar la autoridad. Y ello aun en ausencia de Moisés, Josué, David y Salomón. La voluntad revelada de Dios, en virtud de la palabra dada, está a nuestra disposición en todo momento y ocasión, y puede ser leída y entendida por el limpio de corazón y el obediente. “Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará lleno de luz”, y el actuar como es debido adquirirá entonces un nuevo sentido. Habría sido perfectamente posible vivir como genuino pueblo de Dios en tiempos de los jueces —que es justamente lo que viene también a querer decirnos el libro de Rut—. Así, en vez de escudarse en la muy superficial religiosidad de los capítulos 17 y 18, venir a insistir en practicar la verdadera adoración y el uso debido del nombre del Señor, conscientes en todo momento de los peligros del sacramentalismo y las prácticas subjetivas (discernir lo que verdaderamente debe hacerse y sentirse). En vez del caos moral de los capítulos 19–21, insistir en la práctica diaria del reconocimiento de la autoridad y soberanía del Señor.

Ahora bien, ¿cómo es que esto puede llegar a ser posible? Pues, sencillamente, porque incluso ahí donde, en esos cinco capítulos correspondientes, el Señor preside desde su estrado con desaprobación, tomando la palabra tan sólo cuando se le interpela de forma directa, permitiendo además que Israel salga del atolladero como mejor pueda, dado que eso es lo que ha preferido hacer, aun entonces, insistimos, Él sigue estando real y verdaderamente *ahí*. Él no ha abandonado a su pueblo. De hecho, aun sin habérselo pedido —y con total discreción— hace cuanto está en su mano para evitar que se aniquilen a sí mismos víctimas de su propia locura. Lo que ahí tenemos, en definitiva, es nada más y nada menos que una historia de gracia y redención.

Dos grandes verdades del evangelio —salidas de la pluma del apóstol Pablo— servirán para resumir el mensaje final de Jueces, libro que trata de los avatares de un pueblo al que el Señor

se ha ligado por propia voluntad en virtud de promesas inquebrantables, aun cuando ese pueblo no haya hecho otra cosa que tratar de zafarse de esas ligaduras de amor.

Pero, “Donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia”; “Si somos infieles, Él permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo”.